Ayuntamiento de Madrid

MB olim
1.890
(dos tomos)

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Panorama

MATRITENSE.

Ayuntamiento de Madrid

MB 1704

Ayuntamiento de Madrid

Barbazan 1890 olim
(Dos tomos)

PANORAMA
MATRITENSE.

Cuadros de costumbres

DE LA CAPITAL,

observados y descritos

POR

EL CURIOSO PARLANTE.

50518

TOMO TERCERO.

BIBLIOTECA MUNICIPAL - MADRID

MADRID.
Imprenta de Repullés.
1838.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

..... el círculo de serenos se estrecha, y se encuentra el malhechor en medio de ellos.....

(MADRID A LA LUNA.)

Ayuntamiento de Madrid

PANORAMA

MATRITENSE.

Mi calle.

«Yo, Talia, en despedirte,
y tú en que me has de querer,
tijeretas han de ser.»
Iglesias.

Cierto que es preciso haber nacido con una inclinacion bien pronunciada hácia la observacion de las costumbres para pretender seguir describiendo las nuestras en los tiempos de rápida transicion y de movilidad prodigiosa que alcanzamos. Si la primer circunstancia recomendada por el artista para obtener la semejanza de un retrato es la inmovilidad impasible del original, ¿cómo pretender alcanzar aquella, cuando el modelo se cambia y agita en todas direcciones y á cada momento, y ora rie, y charla y se envanece haciendo pomposo alarde de su arrogancia, ora se lamenta y escon-

Ayuntamiento de Madrid

de como para ocultar su abyeccion y miseria? ¿Cómo y en qué momento sorprender á un ave que vuela, á un niño que crece, á una rueda que gira, á un pueblo antiguo, en fin, que desaparece y se confunde en otro nuevo, que renuncia lo pasado y sacrifica lo presente por entregarse á las ilusiones y esperanzas del porvenir?

Y cuenta, señores lectores, que aqui no voy á tratar de los grandes acontecimientos políticos que diariamente vemos sucederse en nosotros; mi particular condicion me mantiene á una distancia respetuosa para querer ocuparme en ellos, y nunca mi modesta pluma lo ha pretendido ni aun intentado. En este punto digo con *Mercier* "Pasagero en el navío no pretendo gobernar al piloto." Empero aquellos acontecimientos, aquella vitalidad asombrosa de este siglo del vapor que atravesamos, imprimen á las costumbres su reflejo, prestan al nuestro su carácter rápido é indeciso, y bajo este aspecto entra en la jurisdiccion del *curioso* el considerarle no ya en los profundos y enmarañados bosques de la ciencia política, no en el animado cuadro de la historia contemporánea, sino en el no menos armónico y consecuente de los usos y costumbres populares. Quédese para espíritus mas elevados, para plumas mejor cortadas, el indagar y desenvolver las causas; mi natural cortedad me limita á los efectos mas pequeños y palpables.

Reducido á este estrecho recinto, apenas lle-

Ayuntamiento de Madrid

gan á mi noticia los acontecimientos públicos; ni frecuento los salones políticos, ni los señores periodistas de todos los colores del iris ven mi nombre en las listas de sus abonados, ni el cartero sabe las señas de mi habitacion, ni en los cafés hago otra cosa que beber, ni pueden quejarse de mí las tiendas de la calle de la Montera ni las losas de la Puerta del Sol. Pero en medio de este aislamiento, y cuando las ideas vienen, por decirlo asi, á materializarse, no puedo menos de observar en ellas la marcha de este siglo correton, y que parece va huyendo de su sombra. Como de paso, y desde el ventanillo de una diligencia, veo sucederse los hombres y las cosas, cual se suceden en un camino los troncos y los brutos, y multiplicada la rapidez con que ellos marchan, por la rapidez con que yo vuelo, viene á producirse en mi imaginacion un resultado tal de movimiento, que apenas acierto á bosquejar en ella ni aun los objetos mas notables.

Asi que procediendo por impresiones del momento y sin ningun conocimiento de causa, no es estraño que lleguen á sorprenderme las cosas que me ocurren al paso, y que á falta de conocer su objeto, venga á deducir consecuencias que por lo naturalmente simples y materiales pudieran figurar airosamente en el diccionario de Pero Grullo. Por ejemplo:

Cuando recorriendo de esta manera las calles de nuestra capital, veo darse tanta prisa á derri-

Ayuntamiento de Madrid

bar edificios, supongo de buena fé que habria sobra de ellos; cuando miro construirse anchas aceras y cuidarse de la mayor comodidad de los pedestres, entiendo que acaso vayan á suprimirse los coches; cuando advierto la riqueza escitante de las tiendas, calculo la ingrata esquividad de los compradores; cuando reparo en la elegancia y profusion de nuestras boticas, saco la consecuencia del profundo saber de nuestros médicos; la variedad y confusion en los trages me hace sospechar la que reina sin duda en las opiniones; la enciclopédica ostentacion de los esquinazos de la Puerta del Sol me pone al corriente del estado brillante de nuestra literatura; y la grata diafanidad de los nuevos faroles me convence plenamente de que estamos en el siglo de las luces.

Mas ¡oh contraste! ¡contraste verdaderamente romántico y teatral! cuando miro el empedrado de algunas calles, las casas á la malicia, los calesines desvencijados, las escaleras de la plaza, los tocadores al sol de la calle de Lavapies, la fuente de la Puerta del Sol, las droguerías de la calle de Postas, el teatro de la Cruz y la fachada del Hospicio, entonces como que prescindo de todo lo demas que vi, y recuerdo entre sueños el Madrid pasado, aquel Madrid de la clásica antigüedad que cada dia me veo precisado á arrancar hoja á hoja del *Panorama* y del *Manual*.

Vuelvo á repetirlo; el espectáculo de nuestras costumbres actuales, de estas costumbres inde-

Ayuntamiento de Madrid

cisas, ni originales del todo ni del todo traducidas, ni viejas ni nuevas, ni buenas ni malas, ni serias ni burlescas; esta mezcla de nuestros propios gustos con los gustos aprendidos en el estrangero; este refinamiento de lujo al lado de la mas espantosa miseria; esta inconstancia de ideas que nos hace abandonar hoy el proyecto de ayer y deshacer lo hecho solo porque ecsiste, y ensayarlo todo y todo ecsagerarlo, y llevar el género clásico-retrógrado hasta dormir, y el romántico-progresivo hasta accidentarse; y silbar á los unos y á los otros; y matarse porque se escriba, y luego no comprar un libro; y correr desde los toros á la ópera italiana, desde la tribuna al sermon, desde las sociedades políticas al Prado, desde lo alto á lo bajo, desde lo pasado al porvenir, y desde lo presente á lo pasado; desde el año 8 al 14 y del 14 al 8, del 23 al 14 y del 33 al 20, del 36 al 12 y del 37 al... sábelo Dios; todos estos vaivenes, todas estas inconsecuencias toman forma material, por decirlo asi, en nuestras casas, en nuestros trages, en nuestras diversiones, en nuestros placeres, en los usos, en fin, mas indiferentes de nuestra vida privada.

Un filósofo práctico no puede dejar de ver todo esto con solo recorrer las calles de Madrid, y sin ser *Victor Hugo* ni estar acostumbrado á trasladar el lenguaje de las piedras al lenguaje vulgar, no podrá menos de reconocer estos vaivenes, esta incertidumbre en todos los objetos que hieran sus

Ayuntamiento de Madrid

sentidos. Ellos le ofrecerán una poblacion rica y pobre, indiferente y agitada, atrasada y progresiva, jóven y vieja, con recuerdos y con esperanzas, con fanatismo y con filosofia; mezcla, en fin, de lo delicado y lo grosero, de las épocas que pasaron y de las que van á suceder.

Puede que haya alguna ecsageracion poética en este aserto; pero yo veo todo esto y algo mas en las calles de Alcalá y de Lavapies, de la Montera y del Barquillo, de san Anton y de Carretas. Pero ¿qué digo? sin salir de la mia pudiera presentar á mis lectores un compendio que bastará á probar *ex ungue leonem*; y por cierto ya que he nombrado *mi calle* no quiero renunciar á trazar este ligero *vervigratia*, este prospecto sustancial, siquiera parezca impertinente y como traido á mi intento por la cabellera.

Figúrese, pues, el que guste acompañarme, una calle que sin ser elegante ni bulliciosa de suyo, participa de la influencia de dos de las principales de Madrid, á quienes sirve de paso y comunicacion. Con solo salir de una de estas y dar un paso en la mia, ya se han retrogradado dos siglos; ya se ha constituido el viajero no diremos en el Madrid de los Moros, pero al menos menos en el de Cervantes y Calderon. Las anchas y cómodas aceras *camino real de Pontejos*, no han penetrado aun en este modesto recinto, ni lo permite su estrechez y torcida direccion, semejante en lo indecisa á la que llevamos en lo que va de siglo; un

Ayuntamiento de Madrid

empedrado menudo, vacilante y desigual, forma la base de su sistema; algunas de sus casas, aparentando marchar con el siglo, elevan su cándida frente sobre los edificios estacionarios que las rodean, y el lujo y la juventud de aquellas contrasta singularmente con la decrepitud y desaseo de estas; unas y otras, empero, por su forma respectiva favorecen ya al esplendor, ya á la miseria de sus habitantes, y de aquí el que los efectos del ya citado contraste se estiendan no tan solo al aspecto físico de las casas, sino tambien á las inclinaciones, usos, y condicion moral de sus pobladores.

Para proceder con el orden debido, ó lógicamente, como dicen los escolásticos, podemos tomarnos la molestia de penetrar por una de las entradas de la dicha calle, deteniéndonos segun conviniere en aquellos objetos mas marcados. Por de pronto se nos presenta interrumpida la línea general de las casas por dos ó tres de ellas que intestan algunos pies mas retiradas que las demas, lo cual sin duda debió originarse de algun plan de desahogo y de mejora de esta calle que ecsistiria en los tiempos antiguos, y que como todos los planes de mejora que se forman en España, fue abandonado despues. Este ligero desnivel forma lo que en Madrid se llama una plazuela, bien que (sea dicho en verdad) tan incógnita, que aunque con su rótulo y todo, se escapó á la solícita averiguacion del último corregidor de la villa. Ustedes, señores lectores, querrian que yo aquí

Ayuntamiento de Madrid

compulsase el dicho rótulo, aunque no fuera mas que para sacar el ovillo por el hilo, y averiguar de esta manera la calle que hoy me toca sacar á la escena; ¿pero no conocen ustedes que esto sería demasiada candidez, candidez semejante á la del pintor de Orbaneja, ó á la de aquel otro que habiendo trasladado en su lienzo á san Anton, y á su indispensable compañero, puso debajo para evitar dudas indiscretas: "Este es san Anton, y este otro es el cochino?" Yo, en fin, no he de revelar el nombre de mi calle, sino dar tales señas de sus facciones, que aquel que la conozca no pueda menos de esclamar "Esta es."

Volviendo á la plazoleta de su entrada, no hay que alegar de su inutilidad, pues que sirve de comun patrimonio á un herrador, á un carbonero, y á una cabrería, los cuales alternan armónicamente en su tranquila posesion, segun las horas del dia, á saber: el carbonero durante las primeras de la mañana procediendo al descargo y encierro de las seras del carbon, operacion atlética en que los robustos asturianos ofrecen gratis un espectáculo no menos prodigioso que el de los señores *Darrás* y *Manche;* el herrador en lo restante del dia usa de la plazuela acondicionando bestias de toda especie; y el cabrero al anochecer, como es uso y costumbre en toda égloga, echando á pacer las mansas cabrillas no ya *la yerba aljofarada*, sino los pedazos de tachuela, y los desperdicios del cisco.

Ayuntamiento de Madrid

Una taberna (con perdon) sale al paso, y detendria al menos aficionado sino fuera por otras tres ó cuatro que se disputan con ella el surtido de la calle; pero cuenta, que la que hablamos es taberna filosófica, con dos puertas como el templo de Jano, la una de paz, la otra de guerra; una pública y ostensible, otra disfrazada en un portal, ¡y qué portal! portal-*passage* que comunica con una calle principal y con una oficina, y luego por la parte de arriba huéspedes, y qué sé yo cuántas cosas. ¡Feliz situacion de establecimiento!

"¡Si es ó no invencion moderna
vive Dios que no lo sé!
pero delicada fue
la invencion de *esta* taberna."

Las casas nuevas y renovadas se ostentan por lo general en la acera izquierda; la derecha la ocupan las accesorias de dos establecimientos públicos, el uno *financiero*, el otro *artístico;* aquel concurrido, este solitario; este demostrando en su lúgubre manto el miserable estado de las artes en España, aquel dando á conocer en su animacion la tendencia y objeto de este siglo *del oro.* Uno y otro á decir la verdad podrian haberse ido á situar en otra parte, y no venir á oponerse á la propagacion de nuestras luces: afortunadamente para el último tercio de la calle, ciertas tapias de un convento de monjas favorecen á la claridad del fren-

Ayuntamiento de Madrid

te, mácsime despues que la revolucion ha venido á batir las cataratas ó pantallas de los balcones; esto en cuanto á la vista; en cuanto al olfato, no nos falta regalo á los vecinos de la tal calle, teniendo á mano la seccion central del diabólico invento de Sabatini; mas allá brinda mil placeres al gusto un establecimiento gastronómico de seis reales arriba; tres ó cuatro barberos oportunamente colocados se encargan por su parte de asegurar al oido las mas punzantes sensaciones; y por último, algunas cortinillas vergonzantes dejan adivinar otros estímulos al mas perseguido y envidioso de los sentidos.

De todo hay, pues, en esta enciclopédica calle; lujo é indigencia, clásico y romántico, virtudes y hierro, oro y estiercol; y todo en cuatro pasos como quien dice, y en estos cuatro pasos, que dan ustedes todos los dias, señores lectores, distraidos é indiferentes, no habrán hecho alto en el bullicio de las tabernas, ni en el silencio del convento, ni en la desentonada vihuela y la seguidilla del entresuelo, ni en el armónico piano y la *preghiera* del principal, ni en la carretela parada á una puerta, ni en la sabatina que sale por otra, ni en los cabritillos que triscan, ni en los muchachos que retozan, ni en las casas al estilo de Lóndres, ni en las otras al estilo de Leganés, ni en los empleados que entran, ni en los que salen, ni en los huéspedes forasteros, ni en los habitantes indígenas, ni en la elegante romántica de la edad media,

Ayuntamiento de Madrid

ni en la compaseada manola de la mantilla de terciopelo, ni en los dichosos del dia, ni en los desdichados de la noche, ni en nada, en nada, en fin, de lo que constituye este variado espectáculo, este cuadro de fantasía que llamamos... — ¿Su calle de usted? — Sí, señores lectores, la de ustedes, la mia; cualquiera de las calles de Madrid; se entiende, del Madrid de 1837.

Ayuntamiento de Madrid

El dia de Toros.

I.

En la parte mas intrincada y costanera del antiguo y famoso cuartel de Lavapies, siguiendo por la calle de la Fé, como quien se dirije á la parroquia de san Lorenzo, y revolviendo despues por la diestra mano para ganar una altura que se eleva sobre la izquierda, hay una calle, *de cuyo nombre no quiero acordarme*, que tiene por apéndice oriental un angosto y desusado callejon, *de cuyo nombre no me acordaria aunque quisiera.*

Entre esta calle y este callejon, y formando en escuadra los límites ordinarios de ambos, descuella sobre las inmediatas un caseron de forma ambigua, tan caprichoso y hetereogéneo en el orden de sus fachadas como en el de su distribucion y mecánica interior. El aspecto de la primera de ellas, que sirve á la calle principal, no ofrece ni en la forma de su entrada, ni en la triple fila de balcones, ninguna discordancia con la de los demas edificios que pueblan el casco de esta noble

Ayuntamiento de Madrid

capital; antes bien, sujeta en un todo á las formas autorizadas por el uso, encubre con el velo de cándida vestal (inocente disfraz harto comun en las casas de Madrid) deformidades y faltas de mas de un género. Por el opuesto lado es otra cosa; el color primitivo de la pared, en que la azarosa mano del tiempo ha impreso todos sus rigores, la combinacion casual de ventanas y agujeros, el alero prolongado, el estrecho portal, y mas que todo la estravagante adicion de un corredor descubierto y económicamente repartido en sendas habitaciones ó celdillas, prestan al todo del edificio un aspecto *romántico*, que revela su fecha y el gusto de la época de su construccion.

El interior de esta mansion no es menos fecundo en halagüeños y significativos contrastes. Cualquiera que entre por la escalera principal no advertirá en la respectiva colocacion de las puertas de cada piso notable disparidad con lo que está acostumbrado á ver en las demas casas de Madrid, y costárale trabajo persuadirse de que en esta puedan encontrar habitacion independiente sesenta y dos familias, que puesto que habitantes de un mismo pueblo, de un mismo barrio, de una misma casa, representan ocupaciones, gustos y necesidades tan distintos entre sí, como son discordantes los guarismos que forman el precio de su alquiler. Empero esta duda cesará de todo punto si guiado por la natural curiosidad, acierta á traspasar el límite que separa la aristocracia de

Ayuntamiento de Madrid

la tal casa, de la parte que constituye su tripulacion popular.

Preséntasele, pues, para este paso al nuevo Magallanes, un nuevo estrecho ú pasillo que le conduce desde el piso segundo al cuadrado patio, en torno del cual se ostenta el abierto corredor de que arriba dejamos hecha mencion. La multiplicidad de las puertas de las viviendas que interrumpen el lienzo causárale por el pronto alguna confusion; pero muy luego adoptará por brújula para navegar en tan procelosos mares los sendos números que mirará estampados sobre cada una de aquellas. Por último, si limitado al objeto de mero descubridor buscára la salida de aquel archipiélago, y su comunicacion con la calle, no será para él objeto menor de admiracion el encontrarla directamente á aquella altura (el piso segundo) por la parte del callejon escusado; notable desnivel de algunos sitios de Madrid, que permite á varias de sus casas tan estrambótica construccion.

II.

En el intrincado laberinto que queda bosquejado, todo era animacion y movimiento uno de los pasados lunes en que, segun la piadosa y antigua costumbre, celebraba la Junta de hospita-

Ayuntamiento de Madrid

les una de las funciones de la temporada en el ancho circo de la puerta de Alcalá. Era *dia de toros*, y los que conocen la influencia de estas palabras mágicas para la poblacion madrileña, pueden calcular el efecto producido por semejante causa en las trescientas setenta y dos personas que por término medio pueden calcularse cobijadas bajo aquel techo.

El movimiento, pues, estaba á la orden del dia, y por emblema de él ostentábase á la puerta principal un almagrado coche de camino, abierto y ventilado por todas sus coyunturas, y arrastrado por seis vigorosas mulas, cubiertas las colleras de campanillas y cascabeles, al paso que por la puerta del costado dejábanse contar hasta cuatro calesines de forma análoga, dirigidos por mitad entre los menguados caballejos de sus varas y los despiertos mancebos de sombrero de cucurucho, cinto y marsellés.

Del ya referido coche acababa de desembarcar un apuesto caballero, ni tan viejo que ostentase blanca cabellera sobre su frente, ni tan jóven que se hallara comprendido en el último alistamiento militar. Y mientras atusándose el pelo dictaba desde el portal las órdenes convenientes al cochero, era, sin advertirlo, el objeto de la curiosidad general de entrambas calles, en cuyos balcones y ventanas el ruido del coche habia hecho aparecer multitud de espectadores de todos secsos y condiciones.

Ayuntamiento de Madrid

— Oyes, Paca, la del número 12, ¿conoces á ese señor de tantas campanillas que se ha apeado en tu portal? — Toma si le conozgo: ¡si es mi casero el percurador! ¡todos los domingos me hace una vesita por el monís! — ¡Fuego, hija, y qué casero tan aquel, que viene á visitar en coche á sus inquilinos! — Yo le diré á usted, seña Blasa, me esplicaré; lo que es por la presente no viene á por cuartos, y en tal caso no son de cobre por cierto. —¿Trampilla tenemos? ay, cuenta, cuenta, hija, que no hay como escuchar para aprender; apostaré á que lo dices por cierto sombrerillo de raso que veo asomar por entre las cortinas del principal. — Pues... ya me entiende usted... ¡ay Jesus, y qué encapotado está el tiempo! —No temas, muchacha, que pronto cambiará. —Diga usted, madre Blasa, usted que endiña desde hay la muestra, ¿á cuántos apunta el reloj? — Dos en punto, sino veo mal. — Pues punto y coma, que hay moros en la costa y salvages en portillo.

— ¡Qué lengua, qué lengua, seña Paca! — Calle, tio Mondongo, ¿usted está ahí? ¿y quién le mete á usted en la conversacion de las presonas? Mas le valiera cuidar de su tia Mondonga y de su hija, que no entrarse donde no le llaman. — Me llaman y me importa, seña Paca, que al cabo soy hombre de ley, y no puedo ver esos tiruleques. — ¡Ay Jesus, llamar al abogado de probes para que se lo cuente á su señoría! — Pues

Ayuntamiento de Madrid

tengo mil razones, y mi concencia es concencia, y ¡digo! ahí que no es nada; estar sacando al aire, como quien no dice la cosa, los trapos de nuestro casero don Simon Papirolario, honrado percurador, administrador judicial por la justicia de esta casa de mostrencos. — El mostrenco será él, y usted que le abona; vaya usted á decírselo de mi parte, y que le baje el cuarto, que harto subido está sobre el tejao.

— Dice bien el tio Mondongo, Pacorra; ¿qué tienes tú que meterte en cuidiaos agenos, y si don Simon vesita á la seña doña Catalina, y si viene por ella para llevarla á los toros, y si la viste y la calza y la da de comer, y el cuarto de valde, y si es casao y con tres hijos que deja en casa, y si doña Catalina tiene otro cortejo por otro lao, y si... en fin, cada uno se gobierna como puede, y á quien Dios se la dió, san Pedro se la bendiga. — Que se la bendiga en buen hora, mario, y á tí te dé magin para echar sermones, y á mí paciencia para oirlos; pero ahora que me acuerdo, ¿no ha venido todavía tu compadre? — Mi compadre estará legítimamente ocupao, que es el que pone el hierro á las banderillas. — No digo ese, sino el Chato, que tiene que venir por mí para llevarme á los toros. — Ese no es mi compadre, canalla, que es el tuyo; y si no fuera por armar un escándalo, no te dejaria ir con él. — Calla, mal genio, que no te quedarás en casa, y puedes irnos á esperar á la vuelta á la taberna de la Al-

Ayuntamiento de Madrid

fonsa. — Bien sabe Dios que solo la necesiaá... — Tiene cara de herege, Juancho, y tú no la tienes mejor por cierto.

— Eh, hombre, ¡cuidao! ¿Dónde diablo vas á pasar? — Adonde quiero, y puedo; y háganse toos á un lao de la calle, y dejen á mi carroza la puerta franca. — Pues nosotros hemos llegado antes. — Pues yo llego siempre á tiempo, y... hola... muchacho, aguija la bestia, y que salte sobre esas otras. — Huii... soo... ráa... iak... eh... atras... — Vaya, señores, ahora que estamos acomodaos, la paz, y caa uno se espere mientras me apeo, que ya saben que soy hombre de malas pulgas. —

Y aqui un sordo murmullo de reniegos y juramentos, reconcentrados por aquella prudencia que dicta el miedo, acompañó respetuosamente al descenso del *Chato*, que era el que en tal momento se apeaba de su carroza de dos ruedas.

III.

Ya nos han dejado solos, tio Mondongo, á mí con los puntos de mi calceta, y á usted con su banquillo y su piedra; á mí echando al aire mis arrugas, y á usted asomando los cuernos al sol. — ¡Qué quiere usted, seña Blasa, la juventu es juventu, y nosotros... — Usted será el viejo, que yo á Dios gracias todavía tengo mi alma en mi

Ayuntamiento de Madrid

almario, y mi cuerpo donde Dios me lo puso, y si no fuera por el hambre del año 12 que me hizo caer los dientes y el pelo, todavía era negocio de salir á la plaza á echar una suerte; pero dejando esta plática y viniendo á lo del dia, ¿sabe usted que se me hacian los dientes, digo las encías, un agua pura al ver la alegría de nuestra gente? — Ello dirá, tia Blasa, ello dirá; y tras del dia viene la noche, y al fin se canta la gloria. — Vaya, hombre, que no parece sino que viene de casta de disciplinantes; ¿pues qué mal hay en que la gente se divierta y se ponga maja? pero á propósito, ¿sabe usted que la Paca iba que ni una reina de Gito con aquel guardapies encarnado, y delantal de flores, y medias negras caladas hasta la liga, y pañuelo amarillo, y roete de cesto, y mantilla al hombro? Cierto que el Chato es hombre que lo entiende, y que no hace mal el tio Juancho en tener paciencia. — Chito, tia Blasa, que las paredes oyen. — ¡Qué! tio Mondongo, si aqui no nos oyen mas que las golondrinas. — Pues una vez que es asi, sepa usted (y dejemos un rato el mandil, que de menos nos hizo Dios, y la noche diz que se ha hecho para dormir y el dia para descansar), sepa usted, pues, como iba diciendo, que luego que se marcharon todas las calesas, y en ellas los ya dichos y el Bereque y la Curra, con Malgesto el banderillero, Lamparilla, con la muger del herrador, y este con la hija del alguacil, y despues que nos que-

Ayuntamiento de Madrid

damos solos yo y mi chica (que es una muchacha que ni pintada, y que no quiere ir á los toros por mas que la pedrico), vino el dengue, el filé, el lechuguino de los bigotillos y la pera, y miró al balcon del principal; se acercó callandito á la rejilla de la escalera, y dió dos golpecitos, y le abrió la vieja, y allá se coló; con que si viene el percurador ¿sabe usted que es lance? — ¡Ah, ah, ah! — Ello dirá, señora Blasa, ello dirá.— Pero dígame usted, ¿qué ruido infernal es ese que salió hace un rato por ese bujero del diablo? —Qué quiere usted que sea, los siete chicos de la tuerta que se han quedado solos, y estan jugando al toro con un gato en la guardilla del rincon. — ¡Pobres criaturas! pero en fin, ellos podrán dejar las divisas cuando quieran, mientras que su pobre padre... — Pues no pára ahí lo mejor, sino que la puerta del ebanista está abierta, y hay quien sospecha del barbero de en frente, que ha sido aprendiz de herrador, y asi parece hecho para afeitar barbas como para rapar la bolsa al prójimo. — Yo no queria decirlo á usted, pero me parece que cuando estaba comiendo vi salir una caña por cierto agujero que encaminándose á la guardilla de la Paca, enganchó por su propia virtud en los pañales que estaban colgados; pero no lo quisiera afirmar, porque como mi vista es débil, y luego los antojos se me quebraron la otra noche leyendo el Bertoldo... — Ahora que dice usted Bertoldo, ¿no sabe usted

Ayuntamiento de Madrid

que el Cacasenillo del alguacil del número 13 ha dado en requebrar á la Paca, y en querérsela disputar á su marido y al banderillero, y lo que aun es mas, al matachin del Chato, que es capaz de enristrar alguaciles como el toro á los dominguillos? — ¡Ah, ah, ah...! me ha hecho usted reir con la comparacion, y á fé que es menester haber vivido años para entenderla. — El año de 89, si mal no me acuerdo. — Y es la verdad, yo estaba en la plaza, y acababa de casarme con mi marido Rodriguez (que Dios allá tenga), cuando echaron al toro dominguillos: pero á propósito de dominguillo, ¿dice usted que el lechuguino quedaba en el principal con la criada? — Pues, para mientras venga el ama con don Simon. — ¿Y está usted seguro de ello? — Toma si lo estoy. — ¿Seguro? — Seguro. — ¿Un muchacho como de 22, alto, bien plantado, bigote rubio, barbas capuchinas, pantalon colorado, levita corta y sombrerito ladeado, bastoncillo y espolines? — Ese mismo, ese mismo es. — Pues es el caso que si no veo mal paréceme que le miraba ahora mismo salir por el portal de la otra calle con una muchacha de vestido corto, color de pasa, delantal y mangas huecas, mantilla de tira, y... — ¡Qué! no, no lo crea usted, tia Blasa, si no ha quedado en casa mas moza de esas señas que mi hija. — Es que pudiera ser que acaso fuera su hija de usted. — ¿Mi hija? sí, bonita es ella; ahora quedaba allá dentro espul-

Ayuntamiento de Madrid

gando al dogo; Juanilla... Juanilla... ¡Diantres! no responde; voy á ver. — No se moleste usted, tio Mondongo, que hace ya rato que doblaron la esquina.

IV.

— Perdone usted, señor alcalde, que no fue asi como lo ha contao mi mario, porque él se quedó en cá e la Alifonsa durmiendo la mona y no supo naa del sucedido. — Pues diga usted cómo fue. — Yo, señor, ya ve usted, soy una probe muger y no sé espricarme de corrido; pero el señor es mi mario, y su conducta es la que usted ve, siempre borracho y sin trabajar, con que de algun modo ha de comer una y tener cuatro trapos. — Vamos al caso. — Pues al caso voy: ello es que el que tiene la culpa de todo es un amigo de la casa y muy compadre, como too el mundo sabe que llaman Malgesto, y capaz de plantar una banderilla al lucero del alba cuanto ni mas al toro; pues como iba diciendo, este tal me tenia dicho "Paca, no quiero que mires al Chato, porque si tal haces le voy á cortar las pocas narices que le quedan." — ¡Que sí! decia yo; y como ya ve su señoría ó su merced, el gusto es gusto, y en dengun catecismo he visto el pecado *no mirarás;* yo, ya se ve, no le hacia

Ayuntamiento de Madrid

caso, y... — Adelante, fue usted con el otro á los toros. — Pues ahí está, porque tomó su calesa y me llevó, que yo no me fui sola, y esto cualquiera lo hubiera hecho, y señoronas conozco yo... — Al grano, al grano. — El grano es un grano de anis, como quien dice, porque el otro desde la plaza mira que te mira, no nos quitaba ojo en toa la corrida, y ponia las banderillas en cruz, y nos las juraba con unos gestos que Dios nos libre.— Pero al cabo... — Al cabo se acabó con el último toro como es costumbre, y todos nos íbamos en paz y en gracia de Dios, cuando al salir de la plaza, el Chato se desapareció no sé cómo, y yo que me esperaba encontrarle al pie de la calesa, ¿á quién dirán ustedes que encontré? pues fue naa menos que al banderillero, que diciéndome "¡ingrata! no, endina (me dijo), ¿es ese el modo de obedecer mis precetos?" — Yo le dije, pero no, entonces no dije nada, como que estaba encojida, pero solo le hice un gesto, y aun no sé si algo mas. Él no me respondió mas que dos ó tres juramentos y algunos reniegos, y luego agarrando á la Curra que venia conmigo la subió por fuerza á la calesa; en seguida puso una rodilla en tierra y me la presentó como estribo diciéndome por lo bajo "Paca, si no subes mato al Chato;" — yo ya ve su señoría, soy muger de bien, y no quiero la muerte de naide.— ¿Con que en fin, qué hizo usted? — ¿Qué habia de hacer? *subí.* — ¿Y despues? — Despues fue la jarana, porque la Curra,

Ayuntamiento de Madrid

que para servir á su señoría es, segun dicen malas lenguas, muger de Malgesto, empezó á gruñir, y yo tambien, y él nos quiso tranquilizar y nos dió dos ó tres bofetones á cada una; pero nosotras empezamos á menudearle y á menudearnos, y ya ve usía, la defensa es natural; por último, que se espantó el caballó y por poco nos vuelca, pero en fin nos apeamos en la calle del Barquillo, y él ya habia echado á correr, y luego la Curra, y no he vuelto á saber mas de ellos. — ¿Con que nada mas tiene usted que alegar? — Nada mas. — ¿Y se ratifica usted en ello? — Me ratifico en que soy una muger de bien, incapaz de dar escándalos, sino que á veces no puede una...; pero ahora voy á quejarme yo á su señoría, que tambien tengo mi por qué. — Veamos. — En primer lugar me quejo de toda la vecindad porque me han robado todo lo que tenia en casa y dejado por puertas. — ¿Y cómo puede usted probar...? — Puedo probar que me han robado, que es lo principal; en segundo lugar me quejo de mi marido porque no me defiende en mis peligros; en tercer lugar me quejo de la Curra por catorce arañones y diez pellizcos, amen de algunas bofetadas donde no se puede nombrar; ademas me quejo del alguacil porque se empeña en llevarme á la carcel, y todo porque le hice una mueca el dia de san Anton, que quiso requebrarme; por último me quejo de usía porque desde que es alcalde de este barrio... — Ca-

Ayuntamiento de Madrid

lle usted, demonio, que ya no la puedo sufrir mas, ó por el alma de mi padre que la ponga una mordaza que no se la caiga tan pronto.

Veamos otro. ¿Usted, buen hombre, qué quejas tiene usted que proponer á la autoridad? sea breve, y yo le prometo justicia. — Yo, señor, me llamo Cenon Lanteja, alias Mondongo, tengo una hija que se llama Juanita, alias la Perla. — Adelante sin mas ribetes, seor Mondongo, que si volviere á echar otro alias, por este baston que empuño que no le baje la multa de cuarenta ducados. — Pues señor, claro, esta muchacha tan recatada se me ha ido con un lechuguino á los toros, y...—Aqui entro yo, señor alcalde; yo me quejo de ese pícaro, que despues de hacerme salir de casa de mi padre no me llevó á los toros, y sabe Dios...

— Señor alcalde, palabra. — Señor don Simon y muy señor mio, ¡qué gentecita tiene usted en casa! — Calle usted por Dios, señor, que todas son cuitas; pues ya usted sabe que en el principal tengo una parienta jóven á quien su tio, oidor de Filipinas, me dejó recomendada al morir. — Sí sí, ya lo sé todo, y sé tambien que la convida usted á los toros, y... Pues ahí voy, despues de hacer con ella los oficios de padre, ¿sabe usted con lo que me encuentro? — ¿Qué?—Ahí es nada, que al volver con ella á su casa me he hallado en la escalera á un galancete jóven, que cuando le he descubierto, me insulta, me desafia,

Ayuntamiento de Madrid

y... — Pues no es eso lo mejor, señor don Simon, sino que su esposa de usted, segun me ha dicho el escribano, ha estado esta mañana en mi casa á quejarse de su infidelidad, y á ponerle como quien no quiere la cosa demanda de divorcio. — ¿De divorcio? — Yo la he procurado calmar y desengañar, aconsejándola que para esto se dirija al tribunal de mostrencos, porque como usted tiene ese carácter...

Señor alcalde, señor alcalde. — ¿Alguacil? — Que vienen á avisar que á la puerta de la taberna de la tia Alfonsa se han dado dos hombres de navajadas, y han quedado los dos muy mal heridos. — ¡Ay Dios mio! ¡Ellos son! — ¡El Chato! — ¡Malgesto! — ¡Ay, ay, ay! — Orden, dijo el alcalde pegando un bastonazo en el suelo. ¿Hay aqui algun hombre bueno...? Nadie responde; pues bien, sirva usted, escribano, por esta vez, y apúnteme un prospecto de providencia... ; á ver, lea usted.

"En la villa de Madrid, á tantos de tal mes &c., vistos, juzgamos, que debiamos mandar y mandábamos que al muerto, si le hubiere, se le dé cómoda sepultura y el herido sea conducido al santo hospital: que á la llamada Paca la Zandunga, muger del Juancho, se la encierre en galeras por dos años y lo mismo á la otra moza alias la Curra, de estado indirecto: condenamos al zapatero Mondongo á un encierro de tres meses por no haber sabido encerrar á su hija, y á esta á

Ayuntamiento de Madrid

las arrepentidas para que tenga tiempo de llorar sus estravíos: que á la señora del principal y al amante incógnito se les remita al cura de la parroquia para que los case, bajo partida de registro, y que cada uno de los vecinos de la casa pague diez ducados de multa; últimamente al representante de los mostrencos don Simon Papirolario, se condena en las costas del proceso y cien ducados mas, sin que esta nuestra sentencia pueda perjudicar en lo mas mínimo á la buena opinion y fama de los causantes; y hágase saber á las partes para su ejecucion y debido cumplimiento. — El señor don Crisanto de Tirafloja, maestro guarnicionero y alcalde de este barrio, lo mandó entre dos luces por ante mí el infrascrito escribano de S. M., hoy lunes 17 del corriente del año del señor de 1836. = *Gestas de Uñate.*"

Ninguno de los presentes se conformó con la sentencia, porque el juez era *lego* y no la podia dar, á pesar de que la dió, pero luego fueron ante otros jueces *profesos*, y la cosa en sustancia vino á ser la misma, con el apéndice de otros seis meses de encerrona mientras se *sustanciaba* el proceso con todos los requisitos legales.

Tal fue el resultado de aquel *dia de toros;* la riqueza pública perdió en él, es verdad, aquel tiempo y aquellos brazos; la agricultura, algunos animales destinados á su fomento; los establecimientos públicos, el fruto de la caridad y de las contribuciones; las costumbres sintieron la falta

Ayuntamiento de Madrid

del pudor y la decencia; y la religion el olvido de los sentimientos mas nobles y generosos; pero en cambio dos personas tuvieron ocasion de felicitarse y salir gananciosas, á saber: la tabernera Alfonsa, y el escribano don Gestas. ¡Feliz compensacion!

Ayuntamiento de Madrid

Una visita á san Bernardino.

El puro sentimiento de la beneficencia es tan natural á la especie humana, y se halla ademas tan fortalecido por los preceptos de todas ó casi todas las religiones, que el ejercicio de aquella virtud sublime ha venido á ser una ley social para todos los pueblos civilizados.

Sabias disposiciones han sido adoptadas en muchos estados con el objeto de reducir á práctica aquel sentimiento religioso, procurando conciliar en ellas, á par que el interes del indigente beneficiado, el que reclama la sociedad bienhechora; se ha querido pues que este devuelva á aquella los réditos del beneficio, libertándola de su importuna solicitud, moderando sus costumbres, y trabajando en adquirirse medios honrados de subsistir. El antiguo sistema de *hacer bien sin mirar á quien*, es mas generoso que político; las sociedades modernas han considerado justamente que los dones indiscretos hacen florecer la mendicidad, que la holganza ningun derecho tiene á ser mantenida por el trabajo ageno, y que todo el que reclame el ausilio de sus semejantes es preciso que sea á cambio proporcional del que les preste con el suyo. Tales

Ayuntamiento de Madrid

principios presiden hoy los establecimientos públicos de beneficencia en los paises civilizados, y la esperiencia demuestra la solidez del raciocinio que les dirigió.

Menguada por cierto era la idea que de la civilizacion de nuestra capital podriamos dar á un estrangero, cuando sus calles cubiertas de andrajosos y clamoreantes mendigos daban un testimonio positivo de la inmensa distancia que nos separaba de los pueblos adelantados en la ciencia administrativa y en la educacion popular. En vano los hombres instruidos y amantes de este pueblo habian clamado de tiempo inmemorial por el remedio de tan escandaloso mal; en vano viajeros celosos, de vuelta á su pais, presentaron por resultado de sus observaciones el cuadro animado de los establecimientos benéficos en las ciudades estrangeras; en vano la religion y la filantropía de algunos magnates y personas acaudaladas habian dispuesto en favor de la pública indigencia sumas considerables y creado establecimientos parciales para este objeto; en vano, en fin, el sarcasmo y envenenada hiel de plumas estrangeras, realzando atrevidamente el negro colorido de aquel repugnante cuadro, picaban en la parte mas sensible el honor nacional, designándonos como avezados á la estupidez y la miseria.

Todos aquellos esfuerzos, todos estos lamentables resultados eran inútiles ante la incuria y el abandono que partiendo de las leyes se reflejaba

Ayuntamiento de Madrid

tan visiblemente en nuestras costumbres; y la capital del reino, el pueblo que por sus medios y circunstancias debia dar la señal de los adelantamientos sociales, era, por decirlo asi, el ejemplo mas práctico de aquella incuria, de aquel abandono.

Una gran calamidad suele á veces ser causa de un progreso, porque los hombres en los momentos críticos de la desgracia vuelven los ojos del lado de la virtud y de los sólidos principios con mas entusiasmo y fervor que cuando se hallan lisonjeados por la fortuna. La destructora guerra con la Gran Bretaña en 1799, y la indigencia á que dió lugar con la paralizacion del comercio y de la industria, fue ocasion en la populosa Barcelona á un establecimiento filantrópico que por su importancia y régimen puede competir con los mas celebrados en el estrangero; tal es la *Casa de Caridad*, que tiene por objeto recoger no solo á los mendigos de aquella ciudad, sino á los de todo el principado, proporcionando educacion á los jóvenes, ocupacion á los adultos, y la posible comodidad á los ancianos é impedidos. Un desastre semejante produjo en Madrid un resultado análogo, pudiendo asegurarse que á pesar de todos los planes y proyectos concebidos, nunca hubiera llegado á plantearse el *Asilo de mendicidad de san Bernardino* sin el desarrollo del funesto *cólera morbo* en nuestra capital.

La real orden de su creacion lleva la fecha de

Ayuntamiento de Madrid

3 de agosto de 1834, en aquellos críticos momentos en que atribulada la capital por el terrible azote con que el cielo quisiera probarla, se hallaba mas que nunca dispuesta á ejercer la beneficencia con sus semejantes, y en que las consecuencias palpables de la miseria y de la relajacion de las costumbres hicieron parar la atencion del gobierno sobre la imperiosa necesidad de mejorarlas.

Reuniéronse por fortuna para dar cumplimiento á sus intenciones cuantas circunstancias ventajosas pudieran apetecerse. Un vecindario sensato y filantrópico; una junta de caridad celosa y distinguida; una autoridad local, en fin, ilustrada, enérgica, y ante cuya firme decision y voluntad desaparecian como por encanto los obstáculos que hasta entonces se creyeron insuperables; y lo que acaso no tiene ejemplo en nuestra España, á poco mas de un mes de dada la orden, empezó á recibir su cumplimiento. El 18 de setiembre de aquel año fue el dia en que entraron los mendigos en el nuevo establecimiento.

Yo no le habia visitado desde aquella primera época, y no sabia de su estado actual mas que las ligeras indicaciones que de tiempo en tiempo han publicado los periódicos. Por desgracia, la situacion de aquel edificio (si bien ventajosa bajo otro aspecto) es tan fuera del cuotidiano itinerario matritense, que solo una intencion decidida puede aprocsimar á él. Esta intencion es la que yo

Ayuntamiento de Madrid

formé el viernes último, y aun hice mas, pues la llevé á cabo.

Ya habia salvado el espacio que media entre el portillo de san Bernardino y la cuesta de Harineros, y seguia lentamente la tapia de la estéril montaña del Príncipe Pio, sin que persona alguna viniese á interrumpir la soledad del sitio y el monótono espectáculo que me presentaba. Sin embargo, no tardé en sentir pasos á mi espalda, y volviendo á contemplar quién era el impulsado por la misma intencion que á mí me dirigia, observé que su trage y atavíos me revelaban uno de los acogidos al establecimiento que yo iba á visitar. Paréceme que le estoy viendo todavía con su blusa azul, su sombrero encerado en que campeaba el número 710, su soga encendida en la mano (recurso de fumadores callejeros), y su cepillo al cinto para recoger las limosnas ó gratificaciones por aquel servicio.

Su aspecto era mesurado y tranquilo; su semblante espresivo y alegre, y su voz, ya cansada por el transcurso de diez lustros, dejaba escapar por lo bajo una de las canciones favoritas de la guerra de la independencia

"*Dupont, terror del Norte,*
fue vencido en Bailen."

Al ir á pasar delante de mí, se quitó su sombrero con cortesía y dignidad, y yo, deseoso de entablar conversacion durante el camino, pedíle

Ayuntamiento de Madrid

candela, que me ofreció con voluntad y prontitud.

A muy pocas palabras que habiamos hablado, eché de ver que las habia con uno de los decanos del establecimiento, que por su honradez é inteligencia se hallaba en el goce de la confianza de los gefes, que sabia todas las interioridades de la casa, y era en ella una rueda indispensable y laboriosa. Dejo pensar al pio lector la conveniencia de semejante hallazgo para quien como yo no llevaba al *Asilo* mas objeto que el enterarse de todos sus pormenores.

El diálogo que en su consecuencia entablamos figuraría oportunamente en este lugar si su demasiada prolijidad lo permitiese. Quisiera sin embargo poner en conocimiento de mis lectores de lo mas sustancial de él, para que formasen la idea que yo concebí del establecimiento, razon por la que me veo obligado á estampar aqui las mas notables de sus indicaciones, que la memoria ha logrado conservar.

Despues de contarme por menor la historia de la creacion del Asilo y las inmensas dificultades que hubo que vencer, vino á hablarme de su régimen interior, produciéndose poco mas ó menos en estos términos:

— El establecimiento admite todas las personas que se presentan voluntariamente, y recoge todos los mendigos á quienes se encuentran pidiendo limosna por las calles, teniendo derecho á permanecer en él aquellas que llevan siete años de

Ayuntamiento de Madrid

residencia en Madrid, y los niños de seis años de edad. Si no tuviesen estas circunstancias se les considera como forasteros, y despues de socorridos se les entrega el pasaporte para los pueblos de su naturaleza.

Una vez entrado el mendigo y anotado en los registros de la casa, es destinado á una de las *brigadas* segun su secso y condicion, y recibe el vestido y número correspondiente.

Las brigadas se subdividen en *escuadras* de diez á quince personas, procurando que sean las de un mismo oficio ó de ocupaciones análogas. Los gefes cabos de brigada son escogidos entre los individuos que tienen mejor conducta.

Cada individuo recibe á su entrada una *libreta* ó asiento en que se anota los vestidos y prendas que lleva al establecimiento, y los ahorros que produzca con su jornal, asi como los descuentos que se le hagan por sus faltas.

Las horas de levantarse son las cuatro y media en verano, y las seis y media en invierno, y una hora despues se entra al trabajo hasta las doce, y luego por la tarde hasta el anochecer, recogiéndose despues. Los dias festivos se emplean en la enseñanza de la religion, en revista de las ropas, en paseos y lecturas.

Los niños y niñas asisten á la escuela del establecimiento. Ademas se les dedica de aprendices en los talleres.

Los mendigos hábiles asisten á los talleres es-

Ayuntamiento de Madrid

tablecidos en la casa segun su inclinacion ú oficio anterior, ganando en ellos ademas de la manutencion un pequeño jornal, que una parte se les entrega cada semana, y la otra parte se les abona en *libreta* para cuando salgan del Asilo. Lo mismo sucede cuando salen á trabajar ó servir fuera del establecimiento. En el dia hay operarios que tienen en depósito de 300 á 700 rs.

Los pobres ademas de este trabajo prestan todo el servicio interior de la casa, como el de cuarteleros, porteros, cocineros, barberos, lavanderas, barrenderos y hortelanos.

El servicio esterior consiste en conducir los enfermos al hospital, dar lumbre para fumar en calles y paseos, cuidar las sillas de las iglesias, y asistir á los funerales á que sean invitados, y cualquiera otro servicio que se les reclame fuera del establecimiento.

Las penas por faltas son: privacion de todo ó parte del jornal ó de una parte del alimento, recargo del trabajo, é imposicion de multas y encierros.

Las recompensas son: mencion honorífica en la lista general, permiso de salida, destino al servicio menos penoso, ascenso á gefe de brigada, y alguna recompensa pecuniaria.

El trage de la casa consiste en chaqueta y pantalon de paño pardo con botones blancos con el nombre del establecimiento, dos pantalones de lienzo, tres camisas id., un sombrero encerado,

Ayuntamiento de Madrid

una gorra para dentro de casa, un par de zapatos, dos pañuelos, una blusa azul y un cinturon. Las mugeres un jubon y saya de estameña con escudo del establecimiento al brazo, dos sayas bajeras, tres camisas, un apretador, dos pares de medias, dos pañuelos del cuello, dos de cabeza y dos de bolsillo, dos delantales, un par de zapatos, dos paños. Las camas de la casa constan de un tablado, un gergon, una almohada, una funda, un par de sábanas y una manta.

El alimento consiste en lo siguiente. *Almuerzo:* Un cuarteron de pan en sopa condimentada con aceite, sal, ajos y pimiento. *Comida:* Un potage de menestras y patatas, condimentado con cabezas de carnero ó grasas de animales, y aceite en dias de vigilia, y media libra de pan. *Cena:* Un potage de menestras y patatas, y un cuarteron de pan. Todo esto suele alterarse en ocasiones estraordinarias. —

El número de pobres acogidos hoy en la casa es de 744 personas, á saber: 193 hombres, 179 mugeres, 279 niños y 96 niñas, y fuera 103 personas en el hospital, 250 sirviendo en Madrid, y 12 aprendices con varios maestros de oficio. Los talleres corrientes son carpintería, ebanistería, pintura, zapatería, sastrería, carretería, fragua, costura, espartería y albañilería, ademas de los trabajos de la casa ya indicados. —

Tales fueron en resumen las oportunas esplicaciones del viejo *Tomas* (que asi se llamaba mi

Ayuntamiento de Madrid

interlocutor), y con ellas entretuvimos curiosamente el tiempo hasta llegar á la puerta del establecimiento, donde conocida mi idea por los caballeros encargados de su direccion, tuvieron la bondad de acompañarme en mi visita, satisfaciendo en todas sus partes mi ecsigente curiosidad.

Desde luego hubieron de llamar mi atencion los notables aumentos y mejoras del edificio que han logrado disimular en gran parte su pequeñez y deformidad. El nuevo patio de entrada y las habitaciones de ambos lados estan dispuestos con inteligencia y sencillez. Los dos hermosos comedores que se encuentran á la derecha son notables por su espaciosidad, escelentes luces y la feliz idea de la cocina circular que les divide, dispuesta con un mecanismo ingenioso. Las oficinas de la izquierda, portería, almacenes, talleres, botica, barbería, son todas cómodas, aseadas y sencillas. Entrando en lo principal de la casa-convento, se observa en ella la oportunidad de la distribucion á pesar de la poca analogía del edificio con su actual objeto, siendo de notar la espaciosidad y aseo de los dormitorios, la limpieza de los tránsitos, la abundancia de aguas repartidas por toda la casa, y sobre todo un principio general de economía é inteligencia poco comun en nuestros establecimientos públicos, donde suele pasarse desde la miseria mas completa á un fausto y primor ecsagerados.

El establecimiento de san Bernardino, á pe-

Ayuntamiento de Madrid

sar de su inmensa utilidad é importancia, no contó para su creacion con aquellos cuantiosos recursos que otras casas de beneficencia. Sin embargo no solo se creó y sostuvo hasta el dia el gasto corriente, sino que ha emprendido obras indispensables, cuyo coste pasa ya en el dia de 400ª reales. Compárese este resultado con el que ofrecen en esta misma capital otros institutos benéficos que, á pesar de disfrutar cuantiosas rentas, permanecen estacionarios sin progresar en lo mas mínimo, y en los mas de ellos sin cumplir siquiera con el objeto de sus fundadores y donatarios.

Feliz fue por estremo la idea de apelar á la caridad individual del vecindario de Madrid, y mas feliz aun la de reducir esta caridad á la moderada cuota personal de una *peseta* al mes. Semejante regla, limitando los efímeros impulsos del orgullo, alienta y asegura los mas sólidos de la verdadera caridad.

Sin embargo, y á pesar de haber correspondido el resultado, el producto solo de la suscricion no basta para las necesidades de aquel vasto establecimiento, como puede demostrarse numéricamente. El mácsimun que la suscricion llegó á alcanzar fue 37ª reales al mes; pero en el dia en razon de las escaseces generales, atrasos de pagas &c., solo se puede calcular en 29ª. Cuenta ademas el establecimiento por ingresos eventuales con unos 4ª reales mensuales por producto

Ayuntamiento de Madrid

de limosnas, candela, sillas y venta de efectos fabricados en el mismo, lo cual ofrece un total de 330 reales poco mas ó menos. La manutencion solo de los acogidos ascendió en el mes de junio último á 34,766 reales: ademas hay que atender á los demas gastos, pagos de sueldos, obras y compra de materiales, siendo por lo tanto considerable el déficit que tiene que cubrirse por medio de préstamos.

La economía sin embargo no puede llevarse mas adelante, segun se ve por el dicho gasto del mes de junio, pues habiendo habido en él por término medio 750 personas diarias, arroja un resultado de *un real y* 18 *maravedises por persona*, gasto sobradamente económico, atendido á que el establecimiento no disfruta ninguna franquicia, y hasta los derechos de puertas abona mensualmente á la intendencia de la provincia.

Vése por lo tanto la situacion precaria de un establecimiento tan importante, al paso que su utilidad le hace ya tan indispensable, que si desapareciera sería una calamidad para la capital. Ademas, y en tanto que sus productos han rebajado, han aumentado notablemente sus necesidades por las escaseces del dia, el crédito de la casa, y la supresion de los socorros que dispensaban las comunidades estinguidas; de esta manera ha crecido considerablemente el número de los acogidos, tanto que en el año pasado por igual época no se contaba mas que con 530 personas,

Ayuntamiento de Madrid

y en el actual ya queda dicho que llega á 744.

El pueblo de Madrid ha hecho por su parte cuanto tenia derecho á ecsigirle un establecimiento semejante. Este sin embargo necesita mayor proteccion, y debe recibirla del gobierno, que considerando su importancia en las costumbres y la riqueza pública, debe tratar de aplicarle los fondos suficientes refundiendo en él las rentas de otros institutos análogos en esta capital.

Muchas observaciones morales me ocurrieron durante mi larga visita é inspeccion de aquella casa. El silencio y compostura de los acogidos, su buen humor y aspecto saludable, convencen al espectador de que el trabajo es solo capaz de infundir en el hombre aquella tranquilidad y bienestar tan análogo á la especie civilizada. El aseo y limpieza de las habitaciones, la cortesía de los encargados, desde el administrador en gefe hasta el último dependiente, la belleza de los productos artísticos elaborados en el establecimiento, la inteligencia y armonía en todas sus partes, me llenaron de placer y de entusiasmo.

A varios de los pobres dirigí la palabra, y todos me convencieron de la importancia y moralidad de la institucion. Por boca del buen *Tomas*, que no se apartó un punto de mi lado, supe la historia de varios de ellos, historia de desgracias y de debilidades. Él me hizo observar el obstáculo progresivo que la edad y el hábito arraigado oponian á la reforma de las costumbres. En gene-

Ayuntamiento de Madrid

ral, los niños presentaban como es consiguiente mayor facilidad que los adultos, los hombres mayor que las mugeres, y los que en la sociedad ejercieron algun oficio, mas que los que siempre se ocuparon en la vagancia y pordioseo. Entre los mismos oficios habia una notable diferencia; por ejemplo, observé que los sastres y carpinteros eran pocos en número y ya viejos, y muchos mas y mas jóvenes los albañiles y zapateros. Esto me inclinó en favor de los primeros, como que solo recurren al estado de mendicidad cuando las fuerzas físicas llegan á abandonarles.

Mi conductor Tomas, entre tanto me habia hecho saber su vida, llena de desgracias no merecidas. Habia sido soldado diez años, y tenia su cuerpo lleno de honrosas cicatrices. La injusticia de los gobiernos le habia abandonado despues cuando ya no era apto para aprender un oficio. Tuvo varios amos, que todos se portaron con él harto mal; y de una en otra desdicha vino á tener que pedir su ausilio á este establecimiento, donde su honrada conducta le hacia ofrecer un modelo á sus compañeros, atrayéndole cargos honoríficos y premios que le eseguraban en la caja de ahorros un resultado de 600 reales.

Varias veces su narracion me hizo asomar las lágrimas, y otras tantas las suyas me dieron bien á conocer la lealtad de su corazon.

La desgracia vino sin embargo en aquel momento á turbar la felicidad de Tomas. Al bajar

Ayuntamiento de Madrid

las escaleras vimos conducir al calabozo á un mendigo de siniestro aspecto, cogido en una taberna de esta poblacion. Largo tiempo habia burlado la vigilancia de los encargados de recogerle, y otro tanto á favor de sus estafas era el azote de los vecinos honrados y el apoyo de los malhechores del pueblo. Su vida era un tejido de crímenes; desertor de casa de sus padres, desertor de su regimiento, insubordinado y vagamundo, unas veces abiertamente bandolero, otras ratero petardista, holgazan y borracho, este hombre dejaba ver en su aspecto toda la deformidad del vicio, todo el temor del trabajo y del castigo. Tomas sin embargo corrió á abrazarle, á pesar de que él le repulsaba.—"Ya estás aqui, Dios sea bendito;" esclamó. — Este hombre tan opuesto en ideas y en antecedentes era su hermano. La desgracia y el vicio suelen encontrarse en el mismo sitio, aunque partidas de diverso punto. La desgracia sin embargo halla descanso en el trabajo y la tranquilidad de la conciencia: el vicio encuentra en ambos un suplicio prolongado.

Despues de abandonar aquel triste espectáculo, Tomas y yo nos dirigimos á la huerta, y encaminándome aquel por entre sus estrechas sendas, dimos vista á un templete formado de ramages, y con una sencilla portada compuesta de adornos rústicos de las artes y oficios. Delante de esta portada se paró mi conductor, y quitándose respetuosamente el sombrero, me señaló á un bus-

Ayuntamiento de Madrid

to que se alzaba en el interior del templete diciéndome entusiasmado:—"Mirad ahí el protector de los infelices."—Este dictado que le dió el honrado Tomas me recordó la idea del ilustre promovedor del establecimiento (1), si antes no lo hubiera adivinado por la sencilla inscripcion que se leía al pie de su busto: "*Gratitud y aprecio.*"

Antes de despedirme de aquella mansion me presentaron un *Album* donde todos los visitantes solian escribir sus observaciones: recorriendo estas, encontré algunas muy dignas de atencion y firmadas por las personas mas respetables de Madrid. Por último tropecé con una, consignada por mi amigo don M. R. de T., que por su elegante frase y sublime sentido, escitó de tal modo mi simpatía que la tomé en la memoria para repetirla al final de este artículo. Decia asi: "No envidio á los que ven con indiferencia las desgracias agenas, contentos con su propia felicidad; y agradezco al cielo el haberme dado un corazon que se identifica con las dolencias de mis semejantes, y sino puede remediarlas, al menos las llora. ¡Feliz el que puede y sabe no hacer estériles sus lágrimas como el digno protector de este establecimiento! Su nombre será mas grato á los hombres sensibles que el de los guerreros y el de los sabios."

(1) Don Joaquin Vizcaino, marqués viudo de Pontejos y corregidor de Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

El salon de Oriente.

Abrióse, en fin, *el Salon de Oriente*, este hermoso paréntesis entre la guerra civil y los empréstitos forzosos, entre la falta de pagas y los dabates parlamentarios, entre el palacio y el Espíritu Santo, entre la aristocracia y la democracia, entre la edad pasada y las futuras edades, entre la miseria y la opulencia, entre los antiguos amores y los amores nuevos, entre las harturas de navidad y las abstinencias de la cuaresma, entre los desengaños de 1836 y las esperanzas de 1837.

Abrióse, en fin, absorviendo en su bullicioso seno la política, los triunfos militares, los reveses parlamentarios, los discursos periodísticos, las felicitaciones, la oposicion, los planes de campaña, los presupuestos, las pretensiones, las relaciones, en fin, las enemistades y desvaríos de un pueblo grande, en cuya marcha tienen fija la vista los demas pueblos, y que en este momento se entrega apaciblemente á las gratas combinaciones de la *mazzourka*...

Justo es pues que dando al tiempo lo que es suyo sigamos el impulso general y abandonemos

Ayuntamiento de Madrid

tambien por un momento los modestos objetos á que ordinariamente nos dedicamos para tratar del ídolo del dia, que olvidemos las ciencias y la literatura por la máscara y el dominó, las narraciones históricas por el ruido de las músicas y la danza, y los monumentos de la antigüedad por el moderno Salon oriental.

Nuestras fuerzas, sin embargo, nos abandonan cuando queremos penetrar en aquel complicado laberinto, y pretendemos traducir las páginas de un libro que á medida que la edad va emblanqueciendo nuestros cabellos, se nos hace menos inteligible y espresivo. Colocados en medio del Salon veíamos indiferentes y con aire de estupidez el rápido movimiento, los encontrados giros de moros y valencianas, de beatas y dominós, de arlequines y capuchones. — Para nosotros todos aquellos encuentros eran *casuales*, todas aquellas separaciones *imprevistas*. Semejantes al que mira jugar sin entender el juego, parecíanos á veces que tal jugador debia *triunfar* cuando *renunciaba*, que tal otro debia *pasar* cuando tenia un *estuche*. Aplaudíamos sin oportunidad, reíamos fuera de tiempo, y dábamos la vuelta por el salon para abrogarnos el aspecto de antiguos conocidos, y el Salon nos respondia con la mas profunda indiferencia. De aqui vinimos á sacar una gran verdad, y es que el año de 1837 no era el de 1830, que nuestra época habia pasado, que otra generacion nos habia sucedido, y que tranquilamente

Ayuntamiento de Madrid

y sin apercibirlo nos hallábamos ya colocados entre los desperdicios de la clásica antigüedad.

Resignados con nuestra suerte íbamos á retirarnos sin osar penetrar en los arcanos de aquel interesante cuadro, cuando quiso la fortuna depararnos el mas oportuno instrumento para dibujar hasta una forma microscópica todos los detalles y matices de aquella escena, un completo diccionario de aquellas simbólicas páginas, una brújula, en fin, segura, para navegar con acierto en aquel agitado mar.

Consistia, pues, nuestro feliz encuentro en una de esas muchachas chiquitas, *estereotípicas* y de *faldriquera*, que se reproducen en todas partes y á todas horas como una edicion completa *á mil ejemplares;* que en invierno solemos hallar en el Prado tomando el sol, y en verano tomando la luna; que en febrero engañan con máscara de alegría, y en marzo con máscara de devocion; que en abril asisten á las tinieblas, y en mayo á la pradera de san Isidro á ver salir el sol; que en junio pasean la carrera del Corpus, y en julio la de la plaza de los toros; que en agosto se bañan en todos los establecimientos posibles, y en setiembre ya estan puestas en feria en la calle de Alcalá; que en octubre miran los cuadros de la academia, y en noviembre los epitafios del campo santo; que en diciembre frecuentan los dulces de la plaza, y en enero los patines del Retiro, y que en *todos* los meses, en *todos* los dias, en *to-*

Ayuntamiento de Madrid

das las noches, llenan *todas* las calles, *todas* las tiendas, *todas* las iglesias, *todas* las tertulias, *todas* las procesiones, *todos* los circos, *todas* las romerías, *todos* los teatros, *todas* las misas de tropa, *todos* los entierros, *todas* las revistas, *todas* las entradas triunfales y *todas* las asonadas; desde la puerta de Toledo hasta el jardin de Apolo; desde la plaza de toros á la casa de Campo; muchachas, en fin, polipos, azogadas, imánicas, verdaderos *Kaleidescopios* multiformes, reproducciones fantásticas, y resolucion práctica del problema del movimiento contínuo.

Esta muchacha, viva, corretona y sulfúrica, era como si dijéramos una segunda edicion corregida y aumentada de cierta mamá verde, en plena posesion de sus treinta y ocho carnavales y de sus veinte y cuatro reales de Monte pio, y viuda con quien yo habia simpatizado bastante en mis años juveniles.

El lector me perdonará si me veo precisado á hacer aqui esta ligera revelacion, pues no puedo de otro modo esplicar la franqueza con que la niña, atravesando el Salon, vino flechada á encontrame á uno de sus ángulos, donde á guisa de estátua de rinconera me hallaba entretenido con mis pensamientos, falto de mejor ocupacion.

—¿Qué hace usted ahí? (me dijo mi amable interlocutora con una voz que penetró en mis oidos, como un recuerdo ds mis alegres años, cual un viento de primavera en una tarde cani-

Ayuntamiento de Madrid

cular.) — ¿Qué tengo de hacer? respondí procurando poetizar un si es no es mi discurso; estaba contando las luces del Salon, pero en este momento echo de ver que habia errado la cuenta, pues no habia visto las dos que ahora me iluminan — ¡Bah, bah! ¡lindo retruécano! ¡gusto clásico! por esas señas, si usted trata de darnos la estadística del Salon, escribirá que tiene *cuatro mil pies*, si es que son dos mil los concurrentes.

Un si es no es me desconcertó la respuesta por la parte que ridiculizaba mi concepto, pero no pude menos de confesar que tenia razon, y se la dí, y el brazo para conducirme hasta el otro estremo del Salon, donde á la sazon se hallaba la viuda madre verificando, por lo que pude sospechar, la conversion de un Sarraceno á su creencia.

En peor ocasion no podriamos llegar á la presencia maternal. — Esta voz *mamá*, dirigida por una muchacha de quince años á una vestal, delante de un moro adorador de su *cándida inocencia*, era una verdadera interpelacion ecsótica, grosera, y como lo son las mas de las interpelaciones; por otro lado mi presencia al lado de la hija venia á ser un discurso entero de oposicion; era un drama completo, unas *memorias autógrafas* en cuatro tomos. — La sacerdotisa de Vesta se encontró, pues, tan desconcertada como un ministro tribunizado, ó como un jugador de manos á quien

Ayuntamiento de Madrid

hayan acertado la trampa; pero acordándose luego de sus treinta y ocho, nos dijo con entera seseguridad: —"Tu mamá ha cambiado de trage conmigo; yo la he dado mi pasiega y ella me ha dado su vestal."

Y hétenos aquí, lector carísimo, buscando un zagalejo amarillo por aquellos salones, corredores y escaleras, y preguntando á todos por una pasiega que primero habia sido vestal.

Pero en vano; todas las vestales se ofendian de que las tomásemos por pasiegas, y ninguna pasiega estaba tampoco conforme en parecernos vestal.

Durante esta larga travesía, que para mi volátil pareja no fue sino un breve episodio, vino á revelarse en mí la accion principal de aquella noche. Y sino temiera abusar de la paciencia de mis lectores, daríales cuenta de las observaciones crítico-filosóficas que la inteligencia de aquella me proporcionaba; espondríales *d'aprés nature* todas las escenas antes mudas á mis ojos y ahora tan espresivas y significantes ausiliado por el natural instinto de mi compañera. Ella reía, burlaba, preguntaba, respondia, observaba, y hacia, en fin, lo mismo que en ocasiones semejantes solia yo hacer algunos años antes; mi imaginacion iba colgada de mi brazo; mi cabeza descansaba en la mas profunda inaccion; el Príncipe, Solís, Trastamara, san Bernardino, Abrantes, santa Catalina, todos los sitios fecundos en sucesos que

Ayuntamiento de Madrid

para mí venian á ser ya otros tantos acusadores de mis años, otras tantas guias atrasadas, otros tantos laureles marchitos, reproducíanse á mi vista con todos sus encantos y frescura: placíame en recorrer con aquel misterioso talisman el magnífico Salon, y vivificado con su fuego veía renovado en mí aquel sentimiento bullicioso, maligno y juvenil que algunas horas antes creía estinguido para siempre; ya no me parecia el baile monótono, confuso y desacordado; ya no hallaba á la concurrencia fatigada, displicente y distraida; todo en mi imaginacion habia recibido un nuevo sentimiento; la agitacion y el movimiento eran entonces condiciones de mi ecsistencia: el ruido y el contínuo roce, el resplandor de las luces, los vapores de la atmósfera obraban fuertemente en mis sentidos; necesitaba ya como antiguamente correr del Salon á la fonda, de los tocadores á las piezas de descanso, de la tribuna á la sala de jugar, y aquel contínuo vagar, por tránsitos y escaleras, y preguntar á todos y no responder á ninguno, y respetar los misteriosos coloquios de los ángulos de las salas, y evitar las banquetas donde tienen su asiento las mamás *inamovibles* y *sólidas*, y embrollar al paso alguna pareja dichosa, y servir de punto de conciliacion de las nuevas intrigas en agraz.

No sé cómo esplicarlo, pero aquella muchacha habia cambiado mi ecsistencia, habia hecho retroceder mi edad. Ya no habia para mí Orien-

Ayuntamiento de Madrid

te, ni observaciones, ni 1837 — habia únicamente amor, máscaras y 1830.

A imitacion de mi cabeza mis piernas tambien se hallaban aligeradas, y luego ¿quién no vuela con el ausilio de un serafin? No hubo mas, sino que al ruido de la música vínome á la memoria el olvidado compas, y creyéndome el genio de aquella Silfide, improvisé desde luego una *galope* instintiva, espontánea, aérea, que... mas ¡oh dolor! mis pies entumecidos largos años se rehusan al movimiento... mi pareja sigue la figura en los móviles brazos de un barbudo galan, y... ¡ay de mí! ¿qué es esto...? las luces... se apagan las luces... la gente desaparece... el ruido se convierte en silencio... y... se abre una puerta... alguien me toca — ¿eres tú, divina criatura...? ¿qué es esto? ¿quién me mueve...? — *Señur... las ochu en puntu...* — ¡Ah, maldito gallego! —

¡Desapareció la ilusion! Todo se esplica. — El Salon era mi alcoba; el que entraba á llamarme mi gallego; el baile un sueño, y mi amable pareja, aérea, incorpórea, impalpable... era, en fin, mi imaginacion, que no quiere aun renunciar á la juventud.

Ayuntamiento de Madrid

El primer dia en Paris.

Para un espíritu observador, para una imaginacion viva, para un ánimo ecsaltado por el deseo de conocer y comparar los hombres y las cosas, no hay duda alguna que el dia de la llegada á París es uno de aquellos acontecimientos solemnes, de aquellas sensaciones profundas que ó no se borran jamas, ó dejan honda huella en el corazon y en los sentidos.

Yo llegaba á París por *Charenton* (1), asi como otros van á Charenton desde París. Habia salido aquella mañana de la linda ciudad de *Melum*, y deseoso de saborear detenidamente todos los objetos que me ofrecieran las inmediaciones de la gran capital, habia abandonado la diligencia y tomado una carretela con otro compañero de viaje tambien jóven, tambien estrangero y tambien como yo deseoso de gozar. Ignoro si á él le sucedería lo que á mí, ni sé si pensaria en Viena, su patria; por mi parte no podia apartar la memoria de la mia, y estableciendo una relacion mental entre el punto de mi partida y el de mi

(1) En esta villa hay un célebre hospital de locos.

Ayuntamiento de Madrid

llegada, contemplaba el Manzanares desde el *Sena*, el cerro de los Angeles desde las alturas de *Montmartre*, y los puentes de Segovia y de Toledo desde los de *Jena* y *Austerliz*. Y todavía no eran estas las comparaciones mas desventajosas; pero cuando veía desplegarse á mis pies aquellas ricas y frondosas campiñas, cuando contemplaba los caminos cuidadosamente enlosados y acotados por dobles filas de hermosos árboles, cuando en vano pretendia enumerar la multitud inmensa de las casas de campo (*chateaux*), paradores (*hotels*), fondillas (*restaurateurs*), y caseríos no interrumpidos durante algunas leguas, y que á cada paso me hacian avanzar en la idea que formaba de la capital que iba á conocer, cuando esta se desplegó á mi vista en toda su estension, y me representó positivamente las cúpulas del Panteon y de los Inválidos, las torres de nuestra Señora, de San Sulpicio y de las Tullerías; aquellos palacios, en fin, aquellos templos que ya de antemano tenia yo tan impresos en mi idea; cuando en fin comparé todo este magestuoso espectáculo con el triste y monótono que tantas veces habia contemplado en los alrededores de nuestro Madrid, no pude menos de dejar escapar un suspiro, que bien rápidamente debió atravesar las trescientas leguas que me separaban de este.

Ya habiamos pasado el puente de Charenton, y yo, contando cuidadosamente los pasos que me acercaban á la capital, habia preguntado al con-

Ayuntamiento de Madrid

ductor cuánto nos faltaba aun para esta. — Dos leguas, me contestó. — Pero la serie de casas de uno y otro lado no concluía, antes bien de bajas y sencillas iban tomando formas mas magestuosas y elegantes; ya se dividian en calles traviesas y de una prolongada estension; ya daban lugar á plazas regularmente formadas; ya la multitud de carruages de todas las formas conocidas, de trageneros, de paseantes, iba aumentando prodigiosamente; ya veía desplegarse á mi vista un prodigioso número de tiendas, almacenes, cafés... y sin embargo París no parecia.—Conductor, ¿cuánto nos falta aun para llegar? — ¿Adónde? — A París. — Hace hora y media que estamos en él. — Pues ¿cómo? ¿desde cuándo? — Desde Charenton.—¿Pues no habia dos leguas? — Sí señor, pero son contadas desde la plaza de nuestra Señora, punto general para todos los caminos de la Francia.

— ¡Con que esto es París! ¡dos leguas! ¡por cierto que es bien grande! ¡Y en verdad que debia haberlo adivinado, porque estas calles interminables, estos altísimos edificios, este bullicio de pueblo, no eran cosas que podian encontrarse en cualquier parte. — Pero señor, adónde vamos á parar? Dos horas hace que andamos, y aun no hemos llegado al punto de parada; y eso que vamos en pies agenos: ¡cielos! qué será cuando tenga que franquear estas distancias con los mios...! ¡Qué tristeza...! esto será vivir solo en medio de

Ayuntamiento de Madrid

la multitud. Esta sentida reflecsion es terrible, y sin embargo es la primera que asalta á un estrangero.

Por lo demas (continuaba yo mi monólogo mental), ¡qué feo es París! ¡qué calles tan súcias y oscuras! ¡qué casas tan negras! ¡qué monotonía, qué pesadez de edificios! ¿Dónde estás, alegre y hermosísima calle de Alcalá con tu arco de triunfo, y tus árboles, y tu Retiro, y tu Prado, y tus fuentes, y tu Aduana, y tus casas blancas, y tu cielo azul, puro y brillante? ¿Y para esto he andado yo trescientas leguas, para meterme en este tenebroso basurero? Reniego de París, reniego y me arrepiento de mi resolucion.

"*Hotel royal des messageries.*" Hola, aqui es donde haremos alto... ¡Qué confusion! ¡cuántos coches y diligencias en el patio! Aquel que descarga alli viene de Bruselas; el otro de Viena; el de mas allá de Berlin; pero ¿qué quieren estos hombres que me cercan, me acosan, y me hacen mil reverencias...? ¡ay que el uno se lleva mis baules, otro mi maleta, otro mi sombrerera y mi saco! ¡que los meten en aquel coche...! ¿qué es esto, dónde me llevan ustedes? — *Entrez Monsieur.* — Pues señor, héme aqui trasegado con todos mis efectos á un coche de ciudad; ¿pero adónde nos dirigiremos? veamos las papeletas de los *hotels* que me han dado estos hombres... escojamos. — "Conductor, al *hotel de... Rue Richelieu.*" — "Estamos en él."

Ayuntamiento de Madrid

El que vaya á juzgar de lo que en París se llama un *hotel* por lo que en Madrid llamamos una fonda ó casa de posadas, desde luego puede estar convencido de que se equivoca de medio á medio. En una capital como aquella, donde van á reunirse constantemente lo mas escogido y brillante de la poblacion de Europa, donde los potentados y aun los reyes llegan de incógnito confundiéndose con la inmensa multitud, donde no hay clase de aliciente y de comodidad que no se ponga en uso para fijar todo lo posible esta poblacion móvil de viajeros que tanto beneficio dejan al comercio y á la industria, puede desde luego concebirse que las mansiones dedicadas á recibirlos y hospedarlos reunirán cuantos agrados pueden imaginarse para hacerles mas grata su permanencia. Asi es la verdad; los primeros edificios particulares de París, los magníficos palacios de la antigua nobleza, han sido convertidos en *hotels* por el espíritu de especulacion. Añádase á esto la elegancia y primor del mueblage de las habitaciones, el esmero y aseo en el servicio, el orden admirable en el régimen interior de aquellas casas, donde cada uno llega á dudar si está solo, y si solo para él se prodigan aquellos cuidados, y nadie estrañará la facilidad con que de este modo se identifica muy pronto el forastero con una vida en que no puede echar de menos las comodidades de su propia casa.

Héme aqui instalado en mi habitacion pari-

Ayuntamiento de Madrid

sien, con mi chimenea, con su espejo incrustado en la pared, mi cama, mi cómoda ó *secretaire*, mi velador, mis sillones, mi reloj y mis candeleros y campanillas: ¡cuán grato es aquel primer momento en que uno entregado á sí mismo, y descansando de las fatigas de tan largo viaje, no teme ya que nadie le moleste, y volviendo agradablemente la vista á los objetos que le rodean, les escucha aunque mudos decirle todos "Estás en París."

Pero no dura largo tiempo este reposo. La puerta se entreabre respetuosamente.—Es el criado conductor (*Domestique de place*), que viene á ofrecer sus importantes ausilios sirviéndoos de guia en el laberinto de París: para él no hay secretos, ni puerta cerrada en la ciudad; los museos y bibliotecas, los jardines y paseos, los monumentos públicos, los establecimientos particulares de todos géneros, todo lo conoce prácticamente, y de paso que os lo enseña os repetirá la historia de cada uno, su fundacion, sus vicisitudes y progresos; este personage, digno de la pluma de *Scribe*, es un tipo original de París, es París mismo, que os habla, que os enseña sus tesoros, como una coqueta que gusta de ostentar sus perfecciones, es la clave de aquella cifra, la luz de aquella linterna, el maese Pedro de aquel retablo. — No lejos de él viene á ofrecerse á vuestras órdenes el cochero del hotel, que os brinda con su cabriolé á *dos francos por hora;* este os hace aprovechar los

Ayuntamiento de Madrid

momentos, y en caso necesario os sirve tambien de *cicerone;* pero su jurisdiccion no se estiende mas allá de las fachadas y de los patios de los edificios. — Luego viene el barbero con su cajita llena de ungüentos y cosméticos para todos los males conocidos, y os afeita y os peina al mismo tiempo, y os perfuma y barniza de pies á cabeza, siempre amenizándolo con las novedades del dia, y envidiando la guitarra y la alegría de los *fígaros* españoles. — Despues se acerca con mil cortesías y muecas la planchadora de la casa, con su pañolito graciosamente prendido en la cabeza y su delantal, su zapatito ajustado, y sus sortijas de *souvenir;* luego entran las fantásticas targetas de *adresses* (señas) de los sombrereros, peluqueros, casas de baños, restauradores, y gabinetes de lectura de todo el cuartel; y por último teneis que sufrir la inevitable visita del sastre del hotel, el mas cansado de todos aquellos solícitos servidores, el cual abrirá vuestros baules, los reconocerá de arriba á bajo, y mirará vuestros trages con una sonrisa compasiva; despues, dirigiéndose á vos con un aire solemne, esclamará: — "Monsieur, mucho me aflije el tener que decíroslo, pero vuestro guarda-ropa necesita *incesantemente* una rehabilitacion completa, *con arreglo á los adelantamientos del siglo.*" — Y tú, pobre viajero, que habias pensado sorprender á aquel práctico con la manifestacion de tu elegancia y buen gusto, tienes que sufrir semejante sarcasmo, y ponerte en

Ayuntamiento de Madrid

sus manos á riesgo de pasar por un antípoda.

Ya, en fin, se acabaron las visitas y el tocador; ya he reconocido detenidamente el plano de París para medir el grado de latitud á que me encuentro; ya he metido en mi bolsillo *la verdadera guia parisien*; por hoy no quiero ni cabriolés, ni cicerones, ni amigo conductor; quiero saborear por mí solo mis primeras impresiones; vamos pues á la calle. ¿Pero adónde dirigiré mis pasos? ¿iré á ver los edificios públicos, las Tullerías, el Louvre, la Bolsa, la Magdalena, la Columna ó el Panteon? ¿preferiré los paseos? ¿recorreré los *Boulevarts* ó el *Palais royal*? Sigamos, pues, sin dirigirle el impulso de mis pies, y entreguémonos al numen tutelar que sin duda debe haber para los recien llegados á esta Babilonia.

¿Has reparado acaso, benévolo lector, en uno de tus chiquillos (si los tienes) metido en dias de feria en una tienda de tiroleses, en el momento en que tú, deseoso de proporcionarle aquella dicha, le dices que escoja entre todos los objetos que el esperimentado vendedor le muestra profusamente? Pues hé aqui la *vera efigies* de un forastero en su primer salida por las curiosas calles de aquella capital. Mírale correr precipitado de un objeto á otro sin entenderlos ni clasificarlos en su memoria, pararse de pronto, y volver á desandar lo andado; y que tan pronto llama su atencion un magnífico templo, como la muestra de un peluquero; el prolongado faeton *omnibus*, como el brillante aparato

Ayuntamiento de Madrid

digestible de una pastelería; las caricaturas de Boily que cubren los cristales de una estampería, como la elegante y agraciada *limonadiere* que regenta el mostrador de un café; que se rie en la cara á su sansimoniano con su trage fantástico, y por poco se ve atropellado por un cabriolé por volver á mirar el gracioso talle de una *griseta* que va á llevar los vestidos á las parroquianas; que luego sube en un *omnibus* para dejarse conducir por ocho cuartos sin saber adónde, y en seguida se apea y vuelve atras, y entra en una tienda de guantes, y compra varios pares sin necesidad, por solo tener el gusto de entablar conversacion con las muchachas del almacen; y mas allá se le antoja una estampa, y luego una sortija, y despues un libro, y mas arriba una caja de música, y mas abajo una máquina para afeitarse sin navajas y sin jabon, ó para escribir sin pluma, ni tinta, ni lapiz, ni papel, ni manos, ni cabeza; entre tanto recibe con agrado las innumerables targetas que le entregan por las calles con las señas de todos los almacenes y establecimientos públicos; y luego compra en el *Puente nuevo* una cadena *casi de oro* por cinco reales, y despues recibe de una vieja un calendario y un paquete de cerillas fosfóricas, á cambio de una limosna vergonzantemente demandada; y al mismo tiempo come sin pararse *des petits patés á deux sous*, ó bebe una taza de caldo en algun establecimiento á la holandesa, y luego se detiene un momento á recorrer los periódicos en

Ayuntamiento de Madrid

un gabinete de lectura, ó para ver las habilidades de los monos *Mma. Angot y Mr. Leprice*, y despues sube á las torres de *nuestra Señora*, y desde allí quiere bajar á las *Catacumbas*, y saliendo del bullicio de la Bolsa, corre al silencio sepulcral del jardin del padre *Lachaise*.

Pero hay entre todos estos un momento verdaderamente solemne y magnífico, y este es aquel en que por primera vez se introduce el forastero en las brillantes galerías del *Palais Royal*. He viajado bastante, y deseoso de aprovechar las gratas sensaciones que proporcionan los objetos nuevos y estraordinarios, he solido verlos con el entusiasmo de una imaginacion apasionada; pero ninguno, lo confieso con franqueza, me ha causado impresion tan profunda y agradable como el interior del gran jardin del Palacio Real. Si he de decir la verdad, hasta París no habia encontrado aquella Francia que yo me figuraba: pues bien, ahora debo añadir que solo en el Palacio Real encontraba el París objeto de los ensueños de mi fantasía.

Los que han tenido el placer de contemplar aquel bullicioso recinto, no encontrarán ecsagerada esta observacion; á los que no, toda descripcion sería inútil y cansada. Baste decirles que en él viene á reunirse todo lo qne una poblacion numerosa, activa y brillante puede ofrecer de interes en las artes, la industria y el comercio; todos los halagos y comodidades de la ecsistencia, todos

Ayuntamiento de Madrid

los encantos de la imaginacion y de los sentidos; infinidad de almacenes magníficos surtidos de todos los objetos de lujo y de necesidad; teatros, cafés, fondas, gabinetes de lectura, y espectáculos de todos jéneros; y animado todo ello por una concurrencia tan numerosa, por una brillantez de decoracion esterior tal, que es para constituir en un verdadero encanto al que por primera vez llega á contemplar tan animado cuadro.

Yo me hallaba precisamente en este estado; pero mi estómago, mas positivo aun que mi cabeza, vino á sacarme bruscamente de él, recordándome caritativamente que hacia seis horas que le habia abandonado. Llegaba en aquel momento delante de la puerta del famoso restaurador *Very*, y en ninguna ocasion podia avisarme tan á tiempo. Tuve, pues, que transigir con su justa ecsigencia y entrar en aquella suculenta mansion.

Tambien se llevan otro chasco los que sin haber visitado á París calculen de los llamados *restauradores* en aquella capital por los conocidos por fondistas en la nuestra; los que crean que hay algo de semejante entre los Dos amigos y *Rocher de cancale*, entre la Fontana y *Les freres provencaux*. Se ha dicho no sin razon que para saber lo que es el placer de una buena mesa es menester ir á París; con efecto, el mas delicado gastrónomo no tiene alli la menor queja; y para edificacion de los madrileños, que nos solemos contentar con nuestra olla y nuestros míseros guisados, conven-

Ayuntamiento de Madrid

dria reimprimir cualquiera de los abultados volúmenes (no listas) de artículos, que las mesas parisienses ofrecen al feliz consumidor. De aquí la voga de tales establecimientos, que no solamente estan en posesion de servir á todos los forasteros, sino á una gran parte de la poblacion fija de aquella capital. Su elegancia por otro lado, la limpieza y esmero en el servicio, la profusion de vajillas y cristalería, la magnífica iluminacion de gas, la combinada escala de precios desde los mas ínfimos hasta los mas inauditos, el placer sensual que dejan adivinar los animados rostros de toda la concurrencia, son cosas tales que en vano pretenderia yo aquí ni tan solo delinearlas.

La casualidad me hizo encontrarme allí con mi compañero de viaje, y de quien me habia separado aquella mañana á mi llegada á París; y como práctico de otras veces en aquella capital, gustó hacer un ecsamen de mis primeros pasos en aquel pueblo, dándome de camino algunos avisos que no me fueron perdidos para en adelante. Acabada la comida, y teniendo á la vista el *Entreacte* y el *Vert-vert*, periódicos de *teatros*, estuvimos largo tiempo ocupados en resolver la cuestion de á cuál dariamos la preferencia. ¡Ay que no era nada! Uno, dos, tres, cinco, diez, veinte, treinta y cuatro espectáculos teniamos adonde escoger ¿Y qué espectáculos? *Roberto el Diablo*, *I Puritani*, *El misantropo*, *Ifigenia*, *Lucrecia Borgia*, *El arte de conspirar*, *La torre de Nesle*,

Ayuntamiento de Madrid

El diablo en Sevilla, *El hombre del siglo...*, Mayerbeer, Bellini, Moliere, Racine, Victor Hugo, Scribe, Dumas, Gomis, todos ofreciéndonos á porfía el fruto de sus talentos, y por bocas tales como las de *Mlle. Mars*, *Fay*, *Mres. Ligier*, *Joanny*, *Samson*, *Rubini*, *Tamburini*, *Ybanoof*, *La Grisi*, *y la Unguer...* y esto sin contar otro sin número de diversiones mas *vergonzantes*, bailes públicos, campestres y cortesanos, altos y bajos, descarados y con careta, *Campos eliseos*, *Idalia*, *Tívoli*, *Vauxall*, *Frascati*, *el Prado* y *el Retiro*; conciertos franceses, ingleses, rusos, italianos, alemanes, y de Indios del Malabar; figuras representantes, fantasmagoría, sombras chinescas, pájaros militares, pulgas maravillosas, perros sapientes, arlequines, monos, y volatineros...

Pero era el primer dia que yo estaba en París y me hallaba en el Palacio Real: creí, pues, de mi deber no salir de él y tributar aquella noche al primer teatro francés, al teatro de Racine y de Corneille. Reuníase casualmente en él una circunstancia favorable. La célebre actriz Mars, viniendo de las provincias, salia á ejecutar el papel de *Celimene* en el Misantropo... Confieso francamente que al contemplar su admirable inteligencia y el decoro escénico de aquel templo digno de las musas, no pude menos de volver á lanzar un suspiro que por fuerza debió de oirse en las calles del Príncipe y de la Cruz de Madrid.

Pero aun no quise concluir aqui las gratas sen-

Ayuntamiento de Madrid

saciones de aquel dia; comuniquéle á mi compañero el pensamiento, y marchamos ambos con direccion á la *Academia real de música*, donde á la sazon se hallaban cantando el *Roberto el Diablo*, de Mayerbeer. Al llegar aqui, al escuchar aquellos filosóficos y sublimes acentos, en el primer teatro del mundo, y realzados por una admirable ejecucion y por un aparato de que solo viéndolo puede formarse idea, al ver el mágico vuelo de *Mlle. Tallioni*, y demas comparsa aérea, al considerar que despues de esto todo me habia de parecer inferior, y sacarme del écstasis dulce en que me hallaba, tomé acabada la ópera el camino de mi posada, sin hacer alto en el bullicio de los coches, sin hacer parada por aquella noche en el café de *Tortoni* ni en el *Inglés*, sin apenas reparar en la larga procesion de *seducciones emplumadas* que á tales horas detienen cariñosamente al forastero, sin acordarme, en fin, de que estaba en París ni de mis proyectos para el siguiente dia, reconcentrándome completamente en el actual, hasta que me quedé dormido en aquel dichoso término que media entre la grata posesion de lo presente y las esperanzas aun mas gratas del porvenir.

Ayuntamiento de Madrid

El duelo se despide en la iglesia.

I.

«Ved de cuán poco valor
son las cosas tras que andamos
y corremos
en este mundo traidor,
que aun primero que muramos
las perdemos.»
Jorje Manrique.

Solamente otra vez en mi vida me he visto tan apurado... pero entonces se trataba de un padrinazgo de boda que la suerte y mi genio complaciente habíanme deparado: bastaba para quedar bien en semejante ocasion dar rienda suelta á la lengua y al bolsillo, y reir y charlar, y hacer piruetas, y engullir dulces, y echar pullas á los novios, y cantar epitalamios, y disparar redondillas, y llenar de simones la calle, y dar dentera á la vecindad; mas ahora ¡qué diferencia...! otros deberes mas serios eran los que ecsigia de mí la amistad... ¡Funesto privilegio de los años, que blanqueando mi cabellera han impreso en mí

Ayuntamiento de Madrid

aquel carácter de formalidad *legal* que la *Novísima* ecsige para casos semejantes!

Dia 1.º de marzo era... me acordaré toda mi vida... y acababa yo de despertarme y de implorar la proteccion del Santo Angel de la Guarda, cuando ví aparecer en mi estudio una de estas figuras agoreras que un autor romántico no dudaria de calificar de *siniestro bulto;* un poeta satírico apellidaria *espía del purgatorio;* pero yo, á fuer de escritor castizo, me limitaré á llamar simplemente *un escribano.* Venia, pues, cubierto de negras vestiduras (segun rigorosa costumbre de estos señores, que siempre llevan luto, sin duda porque heredan á todo el mundo), y con semblante austero y voz temblorosa y solemne me hizo la notificacion de su nombre y profesion.— *Fulano de tal, secretario de S. M...* — Confieso francamente que aunque mi conciencia nada me argüía, no pudo menos de sorprenderme aquella ecsótica aparicion... ¡Un escribano en mi casa! ¿pues en qué puedo yo ocupar á estos señores...? ¿Denuncias...? Yo no soy escritor político, ni tal permita Dios. ¿Notificacion? Con todo el mundo vivo en paz, é ignoro siquiera dónde se vende el papel sellado. ¿Protesta? Un autor no conoce mas letras que las de imprenta. ¿Pues qué puede ser? — Voy á decírselo á usted, me replicó el escribano, aunque me sea sensible el alterar por un momento su invariable tranquilidad.

Ignoro si usted es sabedor de que su amigo

Ayuntamiento de Madrid

don Cosme del Arenal está enfermo. — ¿Cómo? ¿pues cuándo, si hace pocas noches que estuvo jugando conmigo en Levante una partida de dominó? — Pues en este momento se halla muy prócsimo á llegar á su ocaso. — ¿Es posible? — Sí señor; una pulmonía, de estas pícaras pulmonías de Madrid, que traen aparejada la ejecucion; letras de cambio, pagaderas en el otro barrio á cuatro dias, fijos, y sin cortesía (con arreglo al art. 447, título 9.º, libro 2.º del código de comercio), ha reducido al don Cosme á tal estremidad, que en el instante en que hablamos se halla, como si dijéramos, apercibido de remate, y á menos que la divina Providencia no acuda á la mejora, es de creer que quede adjudicado esta misma tarde al señor cura de la parroquia.

Viniendo ahora á nuestro propósito, debo notificar á usted *pro forma*, como el susodicho don Cosme hallándose en su cabal entendimiento y tres potencias distintas, aunque postrado en cama *in articulo mortis*, á causa de una enfermedad que Dios nuestro Señor se ha servido enviarle, ha determinado hacer su testamento, y declarar su última voluntad, ante mí el infrascristo escribano real y del número de esta M. H. Villa, segun y en los términos en él contenidos, y son como sigue. — Y aqui el secretario me hizo una fiel lectura de todo el testamento desde el *In dei nomine* hasta el signo y rúbrica acostumbrado; y por la dicha lectura vine en co-

Ayuntamiento de Madrid

nocimiento de que el moribundo don Cosme habia tenido la tentacion (que tentacion sin duda debió de ser) de acordarse de mí para nombrarme su albacea, y encargado de cumplir su disposicion final.

Héme, pues, al corriente de aquel nuevo deber que me regalaba la suerte, y si me era doblemente sensible y doloroso, déjolo á la consideracion de las almas tiernas que sin pretenderlo se hayan hallado en casos semejantes.

Mi primera diligencia fue marchar precipitadamente á la casa del moribundo, para recoger sus últimos suspiros y asistir y consolar á su desventurada familia. — Encontré aquella casa en la confusion y desorden que ya me figuraba; las puertas francas y descuidadas; los criados corriendo aqui y alli con cataplasmas y vendajes; los amigos hablándose misteriosamente en voz baja; los médicos dando disposiciones encontradas; las vecinas encargándose de ejecutarlas; los viejos penetrando en la alcoba para cerciorarse del estado del paciente; los jóvenes corriendo al gabinete á llevar el último alcance á la presunta viuda.

Mi presencia en la escena vino á darla aun mayor interes: ya se habia traslucido el papel que me tocaba en ella, que si no era el de primer galan (porque este nadie se le podia disputar al doliente), era por lo menos el de barba característico, y conciliador del *interes* escénico. Bajo este concepto, la viuda, los hijos, parientes,

Ayuntamiento de Madrid

criados, y demas referentes al enfermo, me debian consideraciones, que yo no comprendí por el pronto, aunque en lo sucesivo tuve ocasion de apreciarlas en su justo valor.

A mi entrada en la alcoba el bueno de don Cosme se hallaba en uno de aquellos momentos críticos entre la vida y la muerte, de que volvió por un instante á fuerza de álcalis y martirios. Su primer movimiento al fijar en mí la vista, fue el de derramar una lágrima; quiso hablarme, pero apenas se lo permitian las fuerzas; únicamente con voz balbuciente y apagada y en muy distantes períodos, creí escucharle estas palabras... "Todos me dejan... mis hijos... mi muger... el médico... el confesor..." — ¿Cómo? esclamé conmovido: ¿en qué consiste esto? ¿Por qué causa semejante abandono? — No haga usted caso (me dijo llamándome aparte un jóven muy perfumado, que, sin quitarse los guantes, aparentaba aprocsimar de vez en cuando un pomito á las narices del enfermo), no haga usted caso, todos esos son delirios, y se conoce que la cabeza... Vea usted, aqui hemos dispuesto todo esto; el médico estuvo esta mañana temprano, pero viendo que no tenia remedio, se despidió y... por señas que dejó sobre la chimenea la certificacion para la parroquia... el confesor queria quedarse, es verdad; pero le hemos disuadido, porque al fin ¿qué se adelanta con entristecer el pobre paciente? En cuanto á la señora, ha sido preciso hacerla que

Ayuntamiento de Madrid

se separase del lado de su esposo, porque es tal su sensibilidad, que los nervios se resentian, y por fortuna hemos podido hacerla pasar al gabinete que da al jardin; por último, los niños tambien incomodaban, y se ha encargado una vecina de llevarlos á pasear. — Todo eso será muy bueno, repliqué yo, pero el resultado es que el paciente se queja. — ¡Preocupacion! ¿quién va á hacer caso de un moribundo? — Sin embargo, caballerito, la última voluntad del hombre es la mas respetable, y cuando este hombre es un esposo, un padre, un honrado ciudadano, interesa á su esposa, interesa á sus hijos, interesa á la sociedad entera el recoger cuidadosamente sus últimos acentos. — ¡Bah! ¡antiguallas del siglo pasado! dijo el caballerito, y frunció los labios, y arregló la corbata al espejo, y se deslizó bonitamente del lado del gabinete del jardin.

Entre tanto que esto pasaba, el enfermo iba apurándose por momentos; los circunstantes, conmovidos por aquel terrible espectáculo, fueron desapareciendo, y solo dos criados, un practicante y yo quedamos á ser testigos de su último suspiro, que á la verdad no se nos hizo esperar largo rato.

Ayuntamiento de Madrid

II.

«Pompa mortis magis terret quam mors ipsa.»

El difunto don Cosme habia casado en segundas nupcias á la edad de 59 años con una muger jóven, hermosa y petimetra... puede calcularse por estas circunstancias la esquisita sensibilidad de la recien viuda, y cuán natural era que no pudiera resistir el espectáculo de la muerte de su consorte. — La casualidad que acabo de indicar de haberme dejado solo, me obligó á ser mensagero de tan triste nueva, pasando al efecto al gabinete donde se hallaba la nueva Artemisa, reclinada en un elegante sofá, y asistida por diversidad de caballeros con la mas interesante solicitud. Al verme entrar la señora, se incorporó, y alargándome su blanca mano, hubo aquello de respirar agitada, y sollozar, y desvanecerse, y caer redonda en el almohadon. Aqui la tribulacion de aquellos rutilantes servidores; aqui el sacar elicsirs y esencias antiespasmódicas; aqui el aflojar el corsé, y repartirse las manos, y apartar los bucles, y colocar la cabeza en el hombro, y hacer aire con el abanico... ¡Qué apurados nos vimos...! Pero en fin pasó aquel terrible momento, y la viuda pareció en fin resignarse con la

Ayuntamiento de Madrid

voluntad del Señor, y aun nos agradeció á todos nominalmente por nuestros respectivos ausilios, como si ninguno se la hubiera escapado, en medio de la *ofuscacion de su vitalidad*, que asi la llamó mi interlocutor de la alcoba.

Pero como todas las cosas en este pícaro mundo suelen equilibrarse por el feliz sistema de las compensaciones, vi que era ya llegada la hora de neutralizar la profunda afliccion de la viudita con la lectura del testamento de don Cosme, en el cual este buen señor, con perjuicio de sus hijos (que no sé si he dicho que eran del primer matrimonio), hacia en favor de su consorte todas las mejoras que le permitian nuestras leyes; rasgo de heroicidad conyugal que no dejó de escitar las mas vivas simpatías en la agraciada y en varios de los afligidos concurrentes.

Desde este momento quedé instalado en mi fúnebre encargo, y despues de tomar la vénia de la señora, pasé á dar las disposiciones convenientes para que el difunto no tuviera motivo de arrepentirse de haber muerto, dejando como dejaba su decoro en manos tan entendidas y generosas.

Mientras esto pasaba en la sala, la alcoba mortuoria servia de escena á otra transformacion no menos singular, cual era la que habia esperimentado el difunto en las diligentes manos de los enterradores, de las vecinas y del barbero. Cuando yo regresé á aquel sitio ya me encontré al buen don Cosme convertido en reverendo

Ayuntamiento de Madrid

P. Fr. Cosme, y dispuesto al parecer y resignado á tomar de este modo el camino de la puerta de Toledo. Pero como antes que esto pudiera verificarse era preciso obtener el pasaporte de la parroquia, tuve que trasladarme á ella para negociar el precio y demas circunstancias de aquel viaje final.

Si estuviéramos despacio, y si los indispensables antecedentes de esta historia no me hubieran ya obligado á dilatarme mas que pensé, ocuparia un buen rato la atencion de mis lectores para transcribir aqui el episodio del dicho ajuste, y las diversas escenas de que fui actor ó testigo durante él en el despacho parroquial. — Pero baste decir que despues de largas y sostenidas discusiones sobre las circunstancias del muerto, y la clase de entierro que segun ellas le correspondia, despues de pasar en revista una por una todas las partidas de aquel diccionario funeral, despues de arreglar lo mas económicamente posible la tarifa de responsos, tumba, crucero, sacerdotes, sacristan, acólitos, capa, clamores, ofrenda, sepultura, nicho, posas, vestuarios, paño, lutos, blandones, tarimas, blandoncillos, sepultureros, hospicio, depósito, veladores, licencias, cera de tumba, santos y altares, cera de sacerdotes, voces y bajones, manda forzosa, y oblata cuarta parroquial, quedó arreglado un entierro muy decentito y cómodo *de segunda clase* en los términos siguientes:

Ayuntamiento de Madrid

	Reales.
A la parroquia, dependientes y cera. .	1712
Ofrenda para los partícipes.	630
Dos bajones y seis cantores con el facistol, á veinte y cuatro rs.	192
Dos filas de bancos.	80
Nicho para el cadáver y el capellan del cementerio.	490
Bayetas para entapizar el suelo y cubrir el banco travesero, diez piezas, á diez rs. y veinte y cuatro mrs. . .	107—2
Seis hachas para el túmulo, á ocho rs.	48
La cuarta parte de misas para la parroquia.	250
	3509—2

Ya que estuvo esto arreglado convenientemente, solo tratamos de echar, como quien dice, el muerto fuera, pues todo el empeño de los amigos, y aun de la misma viuda, era que no pasara la noche en la casa, por no sé qué temores de apariciones románticas como las que acababa de leer en uno de los cuentos de Balzac.

En los tiempos antiguos, cuando la civilizacion no habia hecho tantos progresos, era frecuente el conservar el cuerpo en la cama mortuoria uno, dos, ó mas dias, con gran acompañamiento de blandones y veladores, responsos y agua bendita. Los parientes del difunto, los amigos y vecindad, alternaban religiosamente en su custo-

Ayuntamiento de Madrid

dia, ó venian á derramar lágrimas y dirigir oraciones al Eterno por el alma del difunto, y la religion y la filosofia encontraban en este patético espectáculo ámplio motivo á las mas sublimes meditaciones. Ahora, bendito Dios, es otra cosa; desde la invencion de los nervios (que no data de muchos años), nuestros difuntos pueden estar seguros de que no serán molestados con visitas impertinentes, y que aun no habrán enfriado la cama, cuando de incógnito, sin aparato plañidero, y como dicen los franceses *á la derobee*, serán conducidos en hombros de un par de mozos como cualquiera de los trastos de la casa; v. gr., una tinaja, un piano, ó una estátua de yeso. Luego que le hayan entregado al sacristan de la parroquia, este le hará colocar en una cueva muy negra y muy fria, y dando el gesto á una rejilla que arranca sobre el piso de la calle, le acomodará entre cuatro blandones amarillos, que con su pálido resplandor atraerán las miradas de los chicos que salgan de la escuela, y se asomarán, y harán muecas al difunto, y dirán á carcajadas: "¡qué feo está!" y los elegantes al pasar se taparán las narices con el pañuelo, y las damas esclamarán: "¡Jesus qué horror! ¿por qué permitirán esta falta de policía?"

Y luego que haya trasnochado en aquel solitario recinto, por la mañanita, con la fresca, le volverán á coger los susodichos acarreadores, y le subirán bonitamente á la llanura de Chamberí,

Ayuntamiento de Madrid

ó le bajarán á las márgenes del Manzanares, donde sin mas formalidad preliminar, pasará á ocupar su hueco de pared en aquella monótona anaquelería con su número corriente y su rótulo que diga: "Aqui yace don Fulano de tal;" y sin mas dísticos latinos, ni admiraciones, ni puntos suspensivos, ni oraciones fúnebres, ni coronas de siemprevivas, se quedará tranquilo en aquel sitio, sin esperar otras visitas que las de los murciélagos, ni escuchar ruido alguno hasta que le venga á dispertar la trompeta del juicio. Quédense la tierna solicitud, las lágrimas, las oraciones y las flores, para las humildes sepulturas de la aldea, adonde todos los dias al tocar de la oracion vuelen la desconsolada viuda y los huérfanos á dirigir al cielo sus plegarias por el objeto de su amor, recibiendo en cambio aquel dulce bálsamo de la conformidad cristiana que solo la verdadera religion puede inspirar. Nosotros, los madrileños, somos mas desprendidos; para nada necesitamos estos consuelos, y hacemos alarde de ignorar el camino del cementerio, hasta que la muerte nos obliga por fuerza á recorrerle.

Ayuntamiento de Madrid

III.

«*Vestida toda de luto*,
cédula que dice al aire,
aqui se alquila una boda,
el que quiera que no tarde.»
Castro, comedia antigua.

A los cuatro dias de muerto don Cosme se celebró el funeral en la parroquia correspondiente, para cuyo convite hice imprimir en papel de holanda algunos centenares de esquelas, poniendo por cabeza de los invitantes á El Excmo. Sr. Secretario de estado y del despacho de la Guerra, por no sé qué fuero militar que disfrutaba el difunto por haber sido en su niñez oficial supernumerario de milicias; y ademas, por advertencia de la viuda, que queria absolutamente prescindir de recuerdos dolorosos, no olvidé estampar al final de la esquela y en muy bellas letras góticas la consabida cláusula de

El duelo se despide en la Iglesia.

Llegado el momento del funeral, ocupé con el confesor y un vetusto pariente de la casa el banco travesero ó de ceremonia, y muy luego vimos cubiertos los laterales por compañeros, ami-

Ayuntamiento de Madrid

gos y contemporáneos del anciano don Cosme, que venian á tributarle este último obsequio, y de paso á contar el número de bajones y de luces para calcular el coste del entierro y poder murmurar de él. En cuanto á la nueva generacion, no tuvo por conveniente enviar sus representantes á esta solemnidad, y creyó mas análogo el permanecer en la casa procurando distraer á la señora.

Concluido el *De profundis*, con todo el rigor armónico de la nota, y despues de las últimas preces dirigidas por los celebrantes delante de nuestro banco triunviral, en tanto que se apagaban las luces, y que las campanas repetian su lúgubre clamor, fuimos correspondiendo con sendas cortesías á las que nos eran dirigidas por cada uno de los concurrentes al desfilar hácia la puerta, hasta que cumplido este ligero ceremonial pudimos disponer de nuestras personas. Y sin embargo de que ya la costumbre ha suprimido tambien la solemne recepcion del acompañamiento en la casa mortuoria, el otro pie de banco y yo creimos oportuno el pasar á dar cuenta de nuestra comision á la señora viuda.

Hallábase esta en la situacion mas sentimental, envuelta en gasas negras que realzaban su hermosura, y con un prendido tan cuidadosamente descuidado, que suponia largas horas de tocador. Ocupaba, pues, el centro de un sofá entre dos elegantes amigas, tambien enlutadas, que la te-

Ayuntamiento de Madrid

nian cogida de entrambas manos, formando un frente capaz de inspirar una elegía al mismo Tibulo. — A uno y otro lado del sofá alternaban interporlados diversas damas y caballeros (todos de este siglo), que en voz misteriosa entablaban *apartes*, sin duda en alabanza del finado. Nuestra presencia en la sala causó un embarazo general; los duos *sotto voce* cesaron por un momento; la viuda como que hubo de llamar en su ausilio la *ofuscacion vital* del otro dia; pero luego aquellas amigas diligentes acertaron á distraer su atencion enseñándola las viñetas del "*No me olvides*," y de aqui la conversacion volvió á reanimarse, y todos alababan los lindos versos de aquel periódico, y hasta el difunto me pareció que repetia, aunque en vano, su título. Despues se habló de viajes, y se proyectaron partidas de campo, y luego de modas, y de mudanzas de casa, y de planes de vida futura; y la viuda parecia recobrarse á la vista de aquellos halagüeños cuadros, como la mústia rosa al benéfico influjo del astro matinal. ¡Qué consejos tan profundos, qué observaciones tan acertadas se escucharon alli sobre la necesidad de distraerse para vivir, y la demencia de morirse los vivos por los muertos, y luego las ventajas de la juventud y las esperanzas del amor...! Viendo, en fin, mi compañero y yo que íbamos siendo alli figuras tan ecsóticas como las del *silencio* y la *sorpresa* que adornaban las rinconeras de la sala, tratamos de despedir-

Ayuntamiento de Madrid

nos; pero el buen hombre (¡castellano y viejo!) atravesando la sala é interponiéndose delante de la viuda, compungió su semblante é iba á improvisar una de aquellas relaciones del siglo pasado que comienzan "*Que Dios*" y concluyen "*por muchos años*," cuando yo, observando su imprudencia y lo mal recibido que iba á ser este apóstrofe ecstemporáneo de parte de todos los concurrentes, le tiré de la casaca y le arrastré hácia la puerta diciéndole: "Hombre de Dios, ¿qué va usted á hacer? ¿no sabe usted que *El duelo se ha despedido en la iglesia*?"

Ayuntamiento de Madrid

El cesante.

«Les hommes en place ne sont que des pantins; coupez le fil qui le faisoit mouvoir, le pantin reste inmovile.»

Diderot.

La sociedad moderna con su movilidad y fantasías, ofrece al escritor filósofo usos tan estravagantes, caractéres tan originales que describir, que espontáneamente y sin violencia alguna han de hacerle distinguirse entre los que le precedieron en la tarea de pintar á los hombres y las cosas en tiempos mas unísonos y bonancibles.

Uno de estos tipos peculiares de nuestra época, y tan frecuentes en ella como desconocidos fueron de nuestros mayores, es sin duda alguna el hombre público reducido á esta especie de muerte civil, conocida en el diccionario moderno bajo el nombre de *cesantía*, y ocasionada no por la notoria incapacidad del sugeto, no por la necesidad de su reposo, no en fin por delitos ó faltas cometidos en el desempeño de su destino, sino por un capricho de la fortuna, ó mas bien de los que mandan á la fortuna, por un vaiven político, por

Ayuntamiento de Madrid

un *fiat* ministerial, por aquella ley en fin de la física que no permite á dos cuerpos ocupar simultáneamente un mismo espacio.

Fontenelle solia decir que el *Almanak royal* era el libro que mas verdades contenia; si hubiera vivido entre nosotros y en esta época, no podria aplicar igual dicho á nuestra *Guia de forasteros*. Esta (segun los mas modernos adelantamientos) no rige mas que el primer mes del año; en los restantes solo puede consultarse como documento histórico; como el ilustre panteon de los hombres que pasaron; monetario roñoso y carcomido; museo antiguo ofrecido á los curiosos con su olor de polvo y su ambiente sepulcral.

Fueron ya los tiempos en que el afortunado mortal que llegaba á hacerse inscribir en tan envidiado registro, podia contar en él con la misma inamovilidad que los bienaventurados que pueblan el calendario. En aquella eternidad de ecsistencia, en aquella unidad clásica de accion, tiempo y lugar, los destinos parecian segundos apellidos, los apellidos parecian vinculados en los destinos. Ni aun la misma muerte bastaba á las veces á separar los unos de los otros; transmitíanse por herencia directa ó transversal, descendente ó ascendente; á los hijos, á los nietos, á los hermanos, á los tios, á los sobrinos; muchas veces á las viudas, y hasta á los parientes en quinto grado. De este modo ecsistian familias verdaderos planteles (*pepinieres* en francés) para las respectivas carreras

Ayuntamiento de Madrid

del estado; tal para la iglesia, cual para la toga, esta para el palacio, estotra para el foro, aquella para la diplomacía, una para la militar, otra para la rentística, cuales para la municipal, y hasta para la porteril y alguacilesca; familias venerandas, providenciales, dinásticas, que parecian poseer esclusivamente el secreto de la inteligencia de cada carrera, y transmitirlo y dispensarlo únicamente á los suyos, cual el inventor de un bálsamo antisifilítico, ó de un emplasto febrífugo, endona y transmite sigilosamente á su presunto heredero el inestimable secreto de su receta.

Desgraciadamente (para ellas) estos tiempos desaparecieron, y con ellos el esclusivo monopolio de los empleos y distinciones sociales. Hoy estos corren las calles y las plazas, y penetran en los salones, y suben á las boardillas; y bajan al taller del artesano, y arrancan al escolar del aula, y al rústico de la aldea, y al comerciante de la tienda, y al atrevido escritor de la redaccion de su periódico; pero á par de esta universalidad de derecho, de esta posibilidad en su adquisicion á todas las condiciones, á todos los individuos, asi es tambien la inconstancia de su posesion, la veleidosa rapidez de su marcha. Semejantes á los actores de nuestros teatros, los hombres públicos del dia aprenden costosamente su papel, y no bien le han ensayado cuando ya se les reparte otro ó se quedan las mas veces para *comparsas;* hoy de magnates, mañana de plebe; ora dominantes, luego

Ayuntamiento de Madrid

dominados; tan pronto de Césares, tan luego de Brutos; ya de la oposicion, ya de la resistencia; cuándo levantados como ídolos, cuándo arrastrados por los pies.

Esta porcion agitada, esta masa flotante de individuos que forman lo que vulgarmente suele llamarse *la patria*, viene á constituir el mas entretenido juego teatral para el modesto espectador que sentado en su luneta, y sin otra obligacion que la de pagar cuando se lo mandan (obligacion no por cierto la mas lisonjera ni agradecida), apenas tiene tiempo de formarse una idea bien clara de los actores ni aun del drama, y con la mayor buena fé, atento siempre á los movimientos del patio, aplaude lo que este aplaude, y silba cuando este tiene por conveniente silbar.

Pero dejemos á un lado los hombres en accion; prescindamos de este cuadro animado y filosófico, digno de las plumas privilegiadas de un Cervantes ó del autor de Gil Blas; mi débil paleta no alcanza á combinar acertadamente los diversos colores qne forman su conjunto; y volviendo á mi primer propósito, solo escogeré por objeto de este artículo aquellas otras figuras que hoy suelen llamarse *pasivas;* dejaremos los hombres *en plaza* por ocuparnos de los hombres *en la calle;* los empleados *de labor*, por los empleados *de barbecho;* los que con mas ó menos aplauso ocupan las tablas, por aquellos á quienes solo toca abrir los palcos ó encender las candilejas.

Ayuntamiento de Madrid

Como no todos los lectores de este artículo tienen obligacion de haberlo sido de todos mis anteriores cuadros de costumbres, muchos habrá que no tengan noticia de las varias figuras que segun lo ha ecsigido el argumento han salido á campear en esta mágica linterna. Tal podrá suceder con *don Homobono Quiñones*, empleado del antiguo y ex-vecino mio, cuyo carácter y semblanza me tomé la libertad de rasguñar en el artículo titulado *El dia 30 del mes* (1).

Cinco años han transcurrido desde entonces, y en ellos los sucesos, marchando con inconcebible rapidez, han arrastrado tras sí los hombres y las cosas, en términos que lo de ayer, es ya antiguo; lo del año pasado, inmemorial.

Pongo en consideracion del auditorio qué parecerá don Homobono con sus sesenta y tres cumplidos, su semblante jovial y reluciente, su peluca castaña, su corbata blanca, su vestido negro, su paraguas encarnado y sus zapatos de castor; ni si un hombre que no se sienta á escribir sin haberse puesto los guardamangas, que no empieza ningun papel sin la señal de la cruz, ni le concluye sin añadirle puntos y comas, podia alternar decorosamente con los modernos funcionarios en una oficina *montada* segun los nuevos adelantamientos de la ciencia administrativa.

No es, pues, de estrañar que pesadas todas

(1) Véase el tomo I del *Panorama Matritense*.

Ayuntamiento de Madrid

aquellas circunstancias, y puestos en una balanza la peluca del don Homobono, sus años y modales, su añejo formulario, su letra de Palomares, sus anteojos á la Quevedo, su altísimo bufete y sus carpetas amarillas; y colocadas en el otro peso las flamantes cualidades de un jóven de 28, rubicundo Apolo, con sus barbas de á tercia, y su peinado á la Villamediana; su letra inglesa, sus espolines y su lente, su erudicion romántica, y la estension de sus viajes y correrías; no es de estrañar, repito, que todas estas grandes cualidades inclinasen la balanza á su favor, suspendiendo en el aire al don Homobono, aunque se le echasen de añadidura sus treinta años de servicio puntual, sus conocimientos prácticos, su honradez y probidad no desmentidas. Verdad es que para neutralizar el efecto de estas cualidades, cuidó de echarse mano de algunas muletillas relativas á las opiniones del don Homobono; v. g., si no leía mas periódicos que el Diario; si rezaba ó no rezaba novenas á santa Rita; y si paseaba ó no paseaba todas las tardes hácia Atocha con un ex-consejero del ex-consejo de la ex-hacienda.

Sea, pues, de estas causas la que quiera, ello fue en fin, que una mañanita temprano, al tiempo que nuestro *bonus vir* se cepillaba la casaca y se atusaba el peluquin para trasladarse á su oficina, un cuerpo estraño á manera de portero se le interpone delante y le presenta un pliego á él dirigido con la S. y la N. de costumbre; el desven-

Ayuntamiento de Madrid

turado rompe el sello fatal, no sin algun sobresalto en el corazon (que suele no engañar en tales ocasiones), y lee en claras y bien terminantes palabras, que S. M. ha tenido á bien declararle *cesante*, proponiéndose tomar en consideracion sus servicios &c., y terminando el ministro su oficio con el obligado sarcasmo del "*Dios guarde á usted muchos años.*"

Hay circunstancias en la vida que forman época por decirlo asi; y el tránsito de una ocupacion constante á un indefinido reposo, de una tranquila agitacion á una agitada tranquilidad, no es por cierto de las menores peripecias que en este pícaro drama de nuestra ecsistencia suelen venir á aumentar el interes de la accion. Don Homobono, que por los años de 1804 habia logrado entrar de meritorio en su oficina por el poderoso influjo de una prima del cocinero del secretario del príncipe de la Paz, y no habia pensado en otra cosa que en ascender por rigorosa antigüedad, se hallaba por primera vez de su vida en aquella situacion escéntrica, despues de haber visto pasar sobre su impermeable cabeza todos los sistemas retrógrados y progresivos, todas las formas de gobierno conocidas de antiguos y modernos.

Volvió, pues, á su despacho; dejó en él con dignidad teatral los papeles y el cortaplumas; pasó al cuarto de su esposa, con la que alternó un rato en escena jaculatoria; tomó una copita de Jerez (remedio que aunque no le apuntó el an-

Ayuntamiento de Madrid

daluz Séneca, no deja de ser de los mas indicados para la tranquilidad del ánimo), y ya dadas las once, se trasladó en persona á la calle, donde es fama que su presencia á tales horas, y en un dia de labor, ocasionó una consternacion general, y hasta los mas reflecsivos de los vecinos del barrio auguraron de semejante acontecimiento graves trastornos en nuestro globo sublunar.

Yo quisiera saber qué se hace un hombre cuando le sobra la vida, quiero decir, cuando tiene delante de sí seis horas que acostumbraba á prescindir de su imaginacion entre los estractos y los informes. ¿Oir misa? Don Homobono tenia la costumbre de asistir á la primera de la mañana, y por consecuencia ya la habia oido. ¿Sentarse en una librería? En su vida habia entrado en ninguna, mas que una vez cada año para comprar el calendario. ¿Pararse en la calle de la Montera? Todos los actores de aquel teatro le eran desconocidos. ¿Entrar en un café? ¿qué se diria de la formalidad de nuestro héroe? No habia, pues, mas remedio que ir á dar tormento á una silla en casa de algun amigo, y por cuanto y no este amigo en quien recayó la eleccion fue desgraciadamente un servidor de ustedes.

Dejo á un lado mi natural estrañeza por semejante visita y á tales horas; prescindiré tambien, en gracia de la brevedad, de la apasionada relacion de su cuita que me hizo el buen don Homo; estas cosas son mejor para escuchadas que

Ayuntamiento de Madrid

para escritas, y acaso en mi pluma parecerian pálidos y sin vida razonamientos que en su boca iban acompañados de todo el fuego del sentimiento. Dejando, pues, á un lado estas hipérboles que cada uno de los lectores (y mas si es cesante) sabrá suplir abundantemente, vendremos á lo mas sustancial de nuestro diálogo, quiero decir, á aquella parte que tenia por objeto demandar consejo y formar planes de vida para lo sucesivo.

Cosa bien dificil, por no decir imposible del todo, es dar nueva direccion á un tronco antiguo, y cambiar la ecsistencia de un ser humano, cuando ya los años han hecho de la costumbre la condicion primera del vivir. ¿Qué podia yo aconsejar á nuestro buen cesante en este sentido, aun cuando hubiera llamado á mi ausilio todas las disertaciones de los filósofos antiguos (que no fueron cesantes), y de los modernos, que no sabrian serlo?

Semejante al pez á quien una mano inhumana arrancó de su elemento, pugnaba el desgraciado con la esperanza de volver á sumergirse en él; ideaba nuevas pretensiones; recorria la nomenclatura de sus amigos y de los mios, por si alguno podia servirle de apoyo en su demanda; traía á la memoria sus olvidados servicios á todos los gobiernos posibles; y ya se preparaba á visitar antesalas, y gastar papel sellado; pero yo, que le contemplaba con tranquilidad; yo, que miraba su casacon y su peluca visiblemente retrógrados y opuestos,

Ayuntamiento de Madrid

como quien nada dice, á la marcha del siglo; yo, que sabia que su delito capital era el ocupar una placita que habia caido en gracia para darla por via de dote con una blanca mano al jóven barbudo; yo, en fin, que consideraba lo inútil de todas las diligencias, lo escusado de todas las fatigas del buen viejo, traté de disuadirle, no sin grave dificultad, ofreciendo á su imaginacion otras perspectivas mas gratas que los desaires del ministro y las groserías de los porteros.

Habléle de las dulzuras de la vida doméstica, de la independencia en que entraba de lleno al fin de sus dias; hícele una pintura Virgiliana de los placeres de la vida del campo, escitándole á abandonar la corte, esta colonia de los vicios (como decia el buen cortesano Argensola), y á pasar tranquilamente el resto de su vida cultivando sus campos, ó inspeccionando sus ganados. Pero á todo esto me contestó con algunas pequeñas dificultades, tales como que no tenia campos que cultivar, ni ganados que poder dirigir; que solo contaba con una muger altiva y ecsigente, con unos hijos frívolos y mal educados, con una bolsa vacía, con algunos amigos egoistas, con necesidades grandes, con esperanza ninguna.

— Pues escriba usted (le dije como inspirado), y gane con la pluma su sustento y su reputacion. — ¡Escribir, escribir! (me interrumpió el pobre hombre) ¿usted sabe el trabajo que me cuesta el escribir? ¿usted sabe que el dia que mejor

Ayuntamiento de Madrid

tengo el pulso, podria con dificultad concluir un pliego de líneas anchas y de letra redonda, de la que ya por desgracia no está en moda? Y luego al cabo de este trabajo ¿qué me resultaria de ganancia? Una peseta, como quien dice, todo lo mas, y esto... (prosiguió derramando una lágrima), despues de humillarme y... — Calle usted por Dios (le interrumpí), calle usted, pues, y no prosiga en delirio semejante. Cuando yo le aconsejaba escribir no fue mi idea el que se metiese á escribiente; nada de eso, no señor. Mi intencion fue elevarle á la altura de escritor público, á esta que ahora se llama "alta mision de difundir las luces," "público tribunado de la multitud," "apostólica tarea de los hombres superiores," y otros dictados asi, mas ó menos modestos. Y en cuanto al contenido de sus escritos, eso me daba que fuesen propios ó cuyos, parto de su imaginacion ó adopciones benéficas; que no sería usted el primero que en esta materia se vistiese de prendería; y sepa que las hay literarias y políticas, donde en un santiamen cualquier hombre honrado puede encontrar hecho el ropage que mas cuadre á su talle y apostura.

— En medio de muchas cosas que se me han escapado, creo haber llegado á entender (me replicó don Homobono), que usted me aconseja que publique mis pensamientos. — Cabalmente. — Está bien, señor Curioso; y ¿sobre qué materia parécele á usted que me meta á escribir? — Pre-

Ayuntamiento de Madrid

gunta escusada, señor mio, sabiendo que hoy dia como no sea yo y algun otro pobre diablo, nadie se dedica á otras materias que no sean las materias políticas. — Pero es el caso, señor Curioso, que yo no sé qué cosa sea la política. — Pues es el caso, señor don Homobono, que yo tampoco. — ¡Medrados quedamos...!

Despues de un rato de silencio contemplativo, nos miramos ambos á las caras como buscando el medio de añudar el roto hilo de nuestro diálogo, hasta que yo, dándole una palmada en el hombro, le dije con tono solemne y decidido. — Haga usted la oposicion. — ¿Y á qué, señor Curioso, si usted no lo ha por enojo? — ¡Buena pregunta por cierto! *Al poder.* — Cada vez le entiendo á usted menos. Si usted me habla de oposicion pública, es bien que le diga que este destino mio (que Dios haya) no es de los que suelen darse por oposicion como las cátedras y prebendas. — O usted, don Homobono, no conoce una sola voz del diccionario moderno, ó yo me esplico en hebreo... Hombre de Barrabás, ¿de qué oposiciones me está usted hablando? La oposicion que yo le aconsejo es la oposicion política, la oposicion ministerial, que segun los autores mas esclarecidos, suele dividirse en dos clases: oposicion *sistemática* y oposicion *de circunstancias;* quiero decir (porque segun los ojos y la boca que usted va abriendo veo que no me entiende una palabra), quiero decir que usted debe de hoy mas

Ayuntamiento de Madrid

constituirse en fiscal, acusador, contrincante, denunciador, y opuesto á todos los altos funcionarios (que es á lo que llamamos *el poder*), y añadir el cañon de su pluma al órgano periodístico (que es lo que llamamos *la opinion pública*).

— Y despues de haber hecho todo eso (caso de que yo supiera hacerlo), ¿qué bienes me vendrán con esa gracia? — ¡Qué bienes, dice usted! ¡ahí que no es nada! Desde luego una corona cívica adornará su frente, y podrá contar de seguro con una buena racion de aura popular, cosa de inestimable valor, y sobre lo cual han hablado mucho los filósofos griegos; pero como usted no es filósofo griego, y por el gesto que va poniendo veo que nada de esto le satisface, le añadiré como cosa mas positiva que aun podrá conseguir otros frutos mas materiales y tangibles; que acaso el miedo que llegará á inspirar pueda mas que su mérito; acaso el poder se doblará á su látigo; acaso le tenderá la mano; acaso le asociará á su elevacion y... ¿qué destino tenia usted? — Oficial de mesa de la contaduría de... — ¡Pues qué menos que intendente ó covachuelo! — ¿De veras? — De veras. — ¡Ay señor Curioso de mi alma! ¿por dónde y cuándo debo empezar á escribir? — Por cualquiera lado y á todas horas no le faltará motivo; pero supuesto que usted ha sido empleado durante treinta años, con solo que cuente sencillamente lo que en ellos ha visto, le sobra materia para mas de un tratado de políti-

Ayuntamiento de Madrid

ca sublime, de perpetua y ejemplar aplicacion.— Usted me ilumina con una idea feliz; ahora mismo vuelo á mi casa y... ya me falta el tiempo... ¡ah...! se me olvidaba preguntar á usted ¿qué título le parece á usted que podria poner á mi obra? — Hombre, segun lo que salga.

"Si sale con barbas, sea san Anton,
y sino, la pura y limpia Concepcion."

Pero segun le miro á usted paréceme que á su folleto, libro ó cronicon, ó lo que sea, no le cuadraria mal el titulillo de *Memorias de un cesante*. — Cosa hecha (dijo levantándose mi interlocutor y estrechándome la mano), cosa hecha, y antes de quince dias me tiene usted aqui á leer el borrador; y como Dios nuestro Señor (añadió entusiasmado) quiera continuarme el fuego que en este instante me inspira, creo, señor Curioso, que no se arrepentirá usted de haber proporcionado á la patria un publicista mas.

Ayuntamiento de Madrid

El alquiler de un cuarto.

«Las riquezas no hacen rico; mas ocupado; no hacen señor; mas mayordomo.
Celestina.

A los que acostumbran mirar las cosas solo por la superficie, suele parecerles que no hay vida mas descansada ni ecsenta de sinsabores que la de un propietario de Madrid. Envidiando su suerte, entienden que en aquel estado de bienaventuranza nada es capaz de alterar la tranquilidad de tan dichoso mortal, al cual (segun ellos) bástale solo saber las primeras reglas de la aritmética para recibir puntualmente y á plazos periódicos y seguros el inagotable manantial de su propiedad. — "¡Si yo fuera propietario (dicen estos tales) qué vida tan regalona habia de llevar! De los treinta dias del mes los veinte y nueve los pasaria alternando en toda clase de placeres en el campo y en la ciudad, y solo doce veces al año dedicaria algunas horas á recibir el tributo que mis arrendatarios llegarian á ofrecerme. Tanto de este, tanto del otro, cuanto del de mas allá; suman tanto...; bien puedo descansar y

Ayuntamiento de Madrid

divertirme, y reir por el dia, y roncar por la noche, y compadecerme de la agitacion del mercader, y de la dependencia del empleado, y del estudio del literato, y de la diligencia del médico, y del trabajo, en fin, que todas las carreras llevan consigo." —

Esto dicen los que no son propietarios: escuchemos ahora á los que lo son; pero no los escuchemos, porque esto sería cuento de no acabar; mirémosles solamente hojear de contínuo sus libros de caja para ajustar á cada inquilino su respectivo *debe* y *haber* (porque un propietario debe saber la teneduría de libros y estar enterado de la partida doble); veámosle correr á su posesion, y llamar de una en otra puerta con aire sumiso y demandante, y recibir por toda respuesta un "No está el amo en casa." — "Vuelva usted otro dia." —"Amigo, no me es posible; los tiempos... ya ve usted cómo estan los tiempos..." — "Yo hace veinte dias que no trabajo." — "A mí me estan debiendo ocho meses de mi viudedad." — "Yo estoy en enero." — "Yo en octubre de 36." — Pues yo, señores mios (dice el propietario), estoy en diciembre de 1840 para pagar adelantadas las contribuciones, con que si ustedes no me ayudan... — Otros la toman por diverso estilo... — "Oiga usted, señor casero, en esta casa no se puede vivir de chinches; es preciso que aqui ponga cielo raso." — Yo quiero que me blanquee usted el cuarto." — "Yo que me desatasque usted el comun."

Ayuntamiento de Madrid

—"Yo que me ensanche la cocina."—"Yo que me baje la buardilla."

Mirémosle, pues, regresar á su casa tan lleno el pecho de esperanzas, como vacío el bolsillo de realidades, y dedicarse luego profundamente á la lectura del Diario y la Gaceta (porque un propietario debe ser suscritor nato á ambos periódicos) para instruirse convenientemente de las disposiciones de la autoridad sobre policía urbana, y saber á punto fijo cuándo ha de revocar su fachada, cuándo ha de blanquear sus puertas, cuándo ha de arreglar el pozo, cuándo ha de limpiar el tejado; ó bien para estudiar los decretos concernientes á contribuciones ordinarias y estraordinarias, y calcular la parte de propiedad de que aun se le permite disponer. Veámosle despues consultar los libros forenses, la Novísima recopilacion y los autos acordados (porque un propietario debe ser legista teórico y práctico), con el objeto de entablar juicios de conciliacion y demandas de despojo. Escuchémosle luego defender su derecho ante la autoridad (porque el propietario debe tambien ser elocuente), para convencerla de que el medianero debe dar otra salida á las aguas, ó que el inquilino tiene que acudirle con el pago puntual de sus alquileres, cosa que de puro descasada ha llegado á ponerse en duda. Oigámosle mas adelante dirimir las discordias de los vecinos sobre el farol que se rompió, el chico que tiró piedras á la ventana de la otra buardilla, el mozo

Ayuntamiento de Madrid

que no deja dormir á la vecindad, el zapatero que se emborracha, la muger del sastre que recibe al cortejo, el albañil que apalea á su consorte, el herrador que trabaja por la siesta, la vieja del entresuelo que protege á la juventud, el barbero que cortó la cuerda del pozo, y otros puntos de derecho vecinal, para resolver sobre los cuales, es preciso que el propietario tenga un espíritu conciliador, un alma grande, una capacidad electoral, una presencia magestuosa, actitudes académicas, sonora é imponente voz. Por último, veámosle entablar diálogos interesantes con el albañil y el carpintero, el vidriero y el soladador, y disputar sobre *panderetes*, y *bajadas*, y *crujías*, y *solarones*, y *emplomados*, y *rasillas*, y nos convenceremos de que el propietario tiene que saber por principios todos aquellos oficios, y encerrar en su cabeza todo un diccionario tecnológico; y cuenta, que esto no ha de salvarle de repartir por mitad con aquellos artífices el líquido producto de su propiedad.

Pero en ninguno de los casos arriba dichos ofrece tanto interes al espectador la situacion de nuestro propietario, como en el acto solemne en que va á proceder á *el alquiler de un cuarto.*

Figurémonos un hombre de cuatro pies, aunque sustentándose ordinariamente en dos; frisando en la edad de medio siglo; rostro apacible, sereno y vigorizado por cierto rosicler... el rosicler que infunde una bolsa bien provista; los ojos vi-

Ayuntamiento de Madrid

vos, como del que sabe estar alerta contra las seducciones y las estafas; las narices pronunciadas, como de hombre que acostumbra á oler de lejos la falta de pecunia; la frente pequeña, señal de perseverancia; los labios gruesos y adelantado el inferior, en muestra de grosería y avaricia; las orejas anchas y mal conformadas para ser sensibles á los encantos de la elocuencia; y amenizado el resto de su persona con un cuello toril en diámetro, y tan corto de talla que la punta de la barba viene á herirle la paletilla; con unos hombros atléticos; con una espalda como una llanura de la Mancha; con unas piernas como dos guardacantones; y colocada sobre entrambas una protuberante barriga como la muestra de un reloj sobre dos columnas, ó como un caldero vuelto del reves, y colgado en una espetera.

Envolvamos esta fementida estampa en siete varas de tela de algodon, cortada á manera de bata antigua; cubramos sus desmesurados pies con anchas pantuflas de paño guarnecidas de pieles de cabrito; y coloquemos sobre su cabeza un alto bonete de terciopelo azul bordado de pájaros y de amapolas por las diligentes manos de la señora propietaria. Coloquémosle asi ataviado en una profunda silla de respaldo, con la que parece indentificada su persona, segun la gravedad con que en ella descansa; haya delante un espacioso bufete de forma antigua, profusamente adornado de legajos de papeles y títulos de pergamino, ani-

Ayuntamiento de Madrid

males bronceados y frutas imitadas en piedra, manojos de llaves, y padrones impresos; y atraviesemos el resto del *estudio* con un reloj aleman de longanísima caja, un estante para libros, aunque vacío de ellos, dos figuras de yeso, unas cuantas sillas de Vitoria y un plano de Madrid de colosales dimensiones. Y ya imaginado todo esto, imaginémonos tambien que son las ocho de la mañana, y que nuestro casero, despues de haber dado fin á sus dos onzas de chocolate, abre solemnemente su audiencia á los postulantes que van entrando en demanda de la habitacion desalquilada.

Buenos dias, señor administrador. — Dueño, para servir á usted. — Por muchos años. — ¿En qué puedo servir á usted? — En poca cosa. Yo, señor dueño, acabo de ver una habitacion perteneciente á una casa de usted en la calle de... y si fuera posible que nos arreglásemos, acaso podria convenirme dicha habitacion. — Yo tendria en ello un singular honor. ¿Ha visto usted el cuarto? ¿le han instruido á usted de las condiciones? — Pues ahí voy, señor casero, yo soy un hombre que no gusta de regatear; pero habiéndome dicho que el precio es de diez reales diarios, paréceme que no estaria demas el ofrecer á usted seis con las garantías necesarias. — Conócese que usted gusta de ponerse en la razon; pero como cada uno tiene las suyas, á mí no me faltan para haber puesto ese precio á la habitacion. — Pero

Ayuntamiento de Madrid

ya usted se hace cargo de la calle en que está; si fuera siquiera en la de Carretas... — Entonces probablemente la hubiera puesto en quince reales. — Luego la sala es pequeña y con solo un gabinete; si tuviera dos... — Valdria ciertamente dos reales mas. — La cocina oscura y... — Es lástima que no sea clara, porque entonces hubiera llegado al duro. — El despacho es pequeño y los pasillos... — En suma, señor mio, yo por desgracia solo puedo ofrecer á usted el cuarto tal cual es, y como antes dijo que le acomodaba... — Sí; pero el precio... — El precio es el último que ha rentado. — Mas ya usted ve, las circunstancias han cambiado. — Las casas no. — Los sueldos se han disminuido. — Las contribuciones se aumentan. — Los negocios estan parados. — Los albañiles marchan. — ¿Con que es decir que no nos arreglamos? — Imposible. — Dios guarde á usted. — Dios guarde á usted... Entre usted, señora.

Beso á usted la mano. — Y yo á usted los pies. — Yo soy una señora viuda de un capitan de fragata. — Muy señora mia; mal hizo el capitan en dejarla á usted tan jóven y sin arrimo en este mundo pecador. — Sí señor, el pobrecito marchó de Cádiz para dar la vuelta al mundo, y sin duda hubo de darla por el otro, porque no ha vuelto. — Todavía no es tarde... ¿y usted, señora mia, trata de esperarle en Madrid por lo visto? — Sí señor; aqui tengo varios parientes de distincion, el conde del Cierzo, la marquesa de

Ayuntamiento de Madrid

las siete Cabrillas, el baron del Capricornio y otros varios personages que no podrán menos de ser conocidos de usted. — Señora, por desgracia soy muy terrestre y no me trato con esa corte celestial. — Pues como digo á usted, mi prima la marquesa y yo hemos visto el cuarto desalquilado, y, lo que ella dice, para tí que eres una persona sola, sin mas que cinco criados... aunque la casa no sea gran cosa... — ¿Y el precio, señora, qué le ha parecido á mi señora la marquesa? — El precio será el que usted guste, por eso no hemos de regañar. — Supongo que usted, señora, no llevará á mal que la entere como forastera de los usos de la corte. — Nada de eso, no señor; yo me presto á todo... á todo lo que se use en la corte. — Pues señora, en casos tales, cuando uno no tiene el honor de conocer á las personas con quien habla, suele ecsigirse una fianza y... — ¿Habla usted de veras? ¿Y yo, yo, doña Mencía Quiñones, Rivadeneira, Zúñiga de Moron, habia de ir á pedir fianzas á nadie? ¿y para qué? ¿para una fruslería, como quien dice, para una habitacioncilla de seis al cuarto que cabe en el palomar de mi casa de campo de Chiclana? Como soy, señor casero, que eso pasa ya de incivilidad y grosería, y siento haber venido sola y no haberme hecho acompañar siquiera por mi primo el freire de Alcántara, para dar á conocer á usted quién yo era. — Pues señora, si usted, á Dios gracias, se halla colocada en tan elevada esfera, ¿qué trabajo

Ayuntamiento de Madrid

puede costarle el hacer que cualquiera de esos señores parientes salga por usted? — Ninguno, y á decir verdad no desearian mas que poder hacerme un favor; pero... — Pues bien, señora, propóngalo usted y verá cómo no lo estrañan, y por lo demas supuesto que usted es una señora sola... — Sola, absolutamente; pero si usted gusta de hacer el recibo á nombre del caballero que vendrá á hablarle, que es hermano de mi difunto, y suele vivir en mi casa las temporadas que está su regimiento de guarnicion... — ¡Ay, señora, pues entonces me parece que la casa no la conviene, porque como no hay habitaciones independientes... luego tantos criados... — Diré á usted; los criados pienso repartirlos entre mis parientes y quedarme sola con una niña de doce años. — Pues entonces ya es demasiada la casa, y aun paréceme, señora, que la conversacion tambien. —

A este punto llegaban de ella, cuando entra el criado con una esquela de un amigo rogando á nuestro casero que no comprometiera su palabra, y reservase el cuarto para unos señores que iban á llegar á Madrid: con esta salvaguardia el propietario despacha á la viudita, pero sigue recibiendo á los que vienen despues; entre ellos un empleado de quien el diestro propietario se informa cuidadosamente sobre el estado de las pagas, y compadeciéndose con el mayor interes de que todavía le tuviesen en enero, le despacha con la mayor cordialidad; despues acierta á entrar un

Ayuntamiento de Madrid

militar que con aire de campaña reclama la preferencia, y á las razones del casero responde con amenazas, de suerte que este hace la resolucion de no alquilarle el cuarto, por no tener que sostener un desafio mensual; mas adelante entra un hombre de siniestro aspecto y asenderada catadura, que dice ser agente de negocios y vivir en un cuarto cuarto (vulgo buardilla); despues entra una vieja que quiere la habitacion para subarrendarla en detalle á cinco guardias de corps; mas adelante un perfumado caballero que lo pide para una jóven huérfana y se promete á salir fiador de ella, y aun á poner á su nombre el recibo; mas allá se presenta otra señora acompañada de dos hermosas hijas que arrastran blondas y rasos, y cubren sus cabezas con elegantes sombrerillos, y tocan el piano, segun parece, y bailan que es un primor; "y tan virtuosas y trabajadoras las pobrecitas (dice la mamá), que todo esto que usted ve lo adquieren con su trabajo, y nada nos falta, bendito Dios."—Él, señora, premia la laboriosidad y protege la inocencia... mas sin embargo, siento decirlas que el cuarto no puede ser para ustedes. —

Estando en esto vuelve el criado á decir que el amigo que queria el cuarto ya no le quiere, porque á los señores para quien era no les ha gustado; que la otra señora que se convenia á todo, tampoco, porque despues ha reparado que no cabe el piano en el gabinete; que el militar

Ayuntamiento de Madrid

ha quitado los papeles y dice que el cuarto es suyo, quiera ó no quiera el casero; que el llamado agente de negocios al tiempo que lo vió se llevó de paso ocho vidrios de una ventana, cuatro llaves, y los hierros de la hornilla; que dos manolas que lo habian visto habian pintado con carbon un figuron harto obsceno en el gabinete; que unos muchachos habian roto las persianas y atascado el comun; y por último (y era el golpe fatal para nuestro casero), que una amiga á quien nada podia negar, queria el cuarto, pero con la condicion de pintarlo todo, y abrir puertas en los tabiques, y poner tabiques en las puertas, y ensolarlo de azul y blanco, y blanquear la escalera, y poner chimenea en el gabinete... en punto á fiadores daba solo sus bellos ojos, harto abonados y conocidos de nuestro Quasimodo; y en cuanto al precio, solo quedaba sobreentendida una condicion, á saber: que fuera este el que quisiera, el casero no se lo habia de pedir, pero ella tampoco se lo habia de pagar.

Asi concluyó este *alquiler*, sin mas ulteriores resultados que una escena de celosía entre el casero y su esposa, una multa de diez ducados por no haber dado el padron al alcalde á su debido tiempo, y un blanco de algunas páginas en su libro de caja, por aquella parte que se referia á la habitacion arriba dicha.

Ayuntamiento de Madrid

El romanticismo y los románticos.

« Señales son del juicio
ver que todos le perdemos,
unos por carta de mas
y otros por carta de menos. »
Lope de Vega.

Si fuerá posible reducir á un solo eco las voces todas de la actual generacion europea, apenas cabe ponerse en duda que la palabra *romanticismo* pareceria ser la dominante desde el Tajo al Danubio, desde el mar del Norte al estrecho de Gibraltar.

Y sin embargo (¡cosa singular!) esta palabra tan favorita, tan cómoda, que asi aplicamos á las personas como á las cosas, á las verdades de la ciencia como á las ilusiones de la fantasía; esta palabra que todas las plumas adoptan, que todas las lenguas repiten, todavía carece de una definicion esacta que fije distintamente su verdadero sentido.

¡Cuántos discursos, cuántas controversias han prodigado los sabios para resolver acertadamente

Ayuntamiento de Madrid

ésta cuestion! y en ellos ¡qué contradiccion de opiniones! ¡qué estravagancia singular de sistemas...! "¿Qué cosa es romanticismo...?" "(les ha preguntado el publico;)" y los sabios le han contestado cada cual á su manera: unos le han dicho que era todo lo ideal y romanesco; otros por el contrario, que no podia ser sino lo escrupulosamente histórico; cuáles han creido ver en él la naturaleza en toda su verdad; cuáles la imaginacion en toda su mentira; algunos han asegurado que solo era propio á describir la edad media; otros le han hallado aplicable tambien á la moderna; aquellos le han querido hermanar con la religion y con la moral; estos le han echado á reñir con ambas; hay quien pretende dictarle reglas; hay, por último, quien sostiene que su condicion es la de no guardar ninguna.

Dueña, en fin, la actual generacion de este pretendido descubrimiento, de este mágico talisman, indefinible, fantástico, todos los objetos le han parecido propios para ser mirados con el ausilio de aquel prisma seductor; y no contenta con subyugar á él la literatura y las bellas artes que por su carácter vago permiten mas libertad á la fantasía, ha adelantado su aplicacion á los preceptos de la moral, á las verdades de la historia, á la severidad de las ciencias, no faltando quien pretende formular bajo esta nueva enseña todas las estravagancias morales y políticas, científicas y literarias.

Ayuntamiento de Madrid

El escritor osado, que acusa á la sociedad de corrompida al mismo tiempo que contribuye á corromperla mas con la inmoralidad de sus escritos; el político, que ecsagera todos los sistemas, todos los desfigura y contradice, y pretende reunir en su doctrina el feudalismo y la república; el historiador, que poetiza la historia; el poeta, que finge una sociedad fantástica y se queja de ella porque no reconoce su retrato; el artista, que pretende pintar á la naturaleza aun mas hermosa que en su original; todas estas manías que en cualesquiera épocas han debido ecsistir, y sin duda en siglos anteriores, habrán podido pasar por estravíos de la razon ó debilidades de la humana especie; el siglo actual, mas adelantado y perspicuo, las ha calificado de *romanticismo puro*.

"La necedad se pega" ha dicho un autor célebre. No es esto afirmar que lo que hoy se entiende por romanticismo sea necedad, sino que todas las cosas ecsageradas suelen degenerar en necias; y bajo este aspecto la romanticomanía se pega tambien. Y no solo se pega, sino que al reves de otras enfermedades contagiosas que á medida que se transmiten pierden en grados de intensidad, esta, por el contrario, adquiere en la inoculacion tal desarrollo, que lo que en su origen pudo ser sublime, pasa despues á ser ridículo, lo que en unos fue un destello del genio, en otros viene á ser un ramo de locura.

Y hé aqui por qué un muchacho que por los

Ayuntamiento de Madrid

años de 1811 vivia en nuestra corte y su calle de san Mateo, y era hijo del general francés *Hugo*, y se llamaba *Victor*, encontró el romanticismo donde menos podia esperarse, esto es, en el seminario de nobles; y el picaruelo conoció lo que nosotros no habiamos sabido apreciar y teniamos enterrado hace dos siglos con Calderon; y luego regresó á París, estrayendo de entre nosotros esta primera materia, y luego la confeccionó á la francesa, y provisto como de costumbre con su patente de invencion, abrió su almacen, y dijo que él era el Mesías de la literatura, que venia á redimirla de la esclavitud de las reglas; y acudieron ansiosos los noveleros; y la manada de imitadores (*imitatores servum pecus* que dijo Horacio) se esforzaron en sobrepujarle y dejar atras su ecsageracion; y los poetas transmitieron el nuevo humor á los novelistas, estos á los historiadores, estos á los políticos, estos á todos los demas hombres, estos á todas las mugeres; y luego salió de Francia aquel virus ya bastardeado, y corrió toda la Europa, y vino en fin á España y llegó á Madrid (de donde habia salido puro), y de una en otra pluma, de una en otra cabeza, vino á dar en la cabeza y en la pluma de mi sobrino, de aquel sobrino de que ya en otro tiempo creo haber hablado á mis lectores; y tal llegó á sus manos, que ni el mismo Victor Hugo le conocería, ni el seminario de nobles tampoco.

La primera aplicacion que mi sobrino creyó

Ayuntamiento de Madrid

deber hacer de adquisicion tan importante, fue á su propia física persona, esmerándose en poetizarla por medio del romanticismo aplicado al tocador. — Porque (decia él) la fachada de un romántico debe ser gótica, ogiva, piramidal y emblemática. — Para ello comenzó á revolver cuadros y libros viejos, y á estudiar los trages del tiempo de las cruzadas; y cuando en un códice roñoso y amarillento acertaba á encontrar un monigote formando alguna letra inicial de capítulo, ó rasguñado al margen por infantil é inesperta mano, daba por bien empleado su desvelo, y luego poníase á formular en su persona aquel trasunto de la edad media.

Por resultado de estos esperimentos llegó muy luego á ser considerado como la estampa mas *romántica* de todo Madrid, y á servir de modelo á todos los jóvenes aspirantes á esta nueva, no sé si diga ciencia ó arte. Sea dicho en verdad; pero si yo hubiese mirado el negocio solo por el lado económico, poco ó nada podia pesarme de ello; porque mi sobrino procediendo á simplificar su trage, llegó á alcanzar tal rigor ascético, que un ermitaño daría mas que hacer á los *Utrillas* y *Rougets*. Por de pronto eliminó el frac por considerarle del tiempo de la decadencia, y aunque no del todo conforme con la levita, hubo de transigir con ella como mas análoga á la sensibilidad de la espresion. Luego suprimió el chaleco, por redundante; luego el cuello de la camisa, por inconcecso; luego las

Ayuntamiento de Madrid

cadenas y relojes y los botones y alfileres, por minuciosos y mecánicos; despues los guantes, por embarazosos; luego las aguas de olor, los cepillos, el barniz de las botas, y las navajas de afeitar; y otros mil adminículos que los que no alcanzamos la perfeccion romántica creemos indispensables y de todo rigor.

Quedó, pues, reducido todo el atavío de su persona á un estrecho pantalon que designaba la musculatura pronunciada de aquellas piernas; una levitilla de menguada faldamenta, y abrochada tenazmente hasta la nuez de la garganta; un pañuelo negro descuidadamente añudado en torno de esta, y un sombrero de misteriosa forma, fuertemente introducido hasta la ceja izquierda. Por bajo de él descolgábanse de entrambos lados de la cabeza dos guedejas de pelo negro y barnizado, que formando un doble bucle convecso, se introducian por bajo de las orejas, haciendo desaparecer estas de la vista del espectador; las patillas, la barba y el bigote, formando una continuacion de aquella espesura, daban con dificultad permiso para blanquear á dos mejillas lívidas, dos labios mortecinos, una afilada nariz, dos ojos grandes, negros y de mirar sombrío, una frente triangular y *fatídica*. Tal era la *vera efigies* de mi sobrino, y no hay que decir que tan uniforme tristura ofrecia no sé qué de siniestro y é inanimado, de suerte que no pocas veces, cuando cruzado de brazos y la barba sumida en el pecho se hallaba abismado en sus

Ayuntamiento de Madrid

tétricas reflecsiones, llegaba yo á dudar si era él mismo ó solo su trage colgado de una percha; y acontecióme mas de una ocasion el ir á hablarle por la espalda, creyendo verle de frente, ó darle una palmada en el pecho, juzgando dársela en el lomo.

Ya que vió romantizada su persona, toda su atencion se convirtió á romantizar igualmente sus ideas, su carácter y sus estudios. Por de pronto me declaró rotundamente su resolucion contraria á seguir ninguna de las carreras que le propuse, asegurándome que encontraba en su corazon algo de volcánico y sublime, incompatible con la ecsactitud matemática, ó con las fórmulas del foro; y despues de largas disertaciones vine á sacar en consecuencia que la carrera que le parecia mas análoga á sus circunstancias era la carrera de poeta, que segun él es la que guia derechita al templo de la inmortalidad.

En busca de sublimes inspiraciones, y con el objeto sin duda de formar su carácter tétrico y sepulcral, recorrió dia y noche los cementerios y escuelas anatómicas; trabó amistosa relacion con los enterradores y fisiólogos; aprendió el lenguaje de los buhos y de las lechuzas; encaramóse á las peñas escarpadas, y se perdió en la espesura de los bosques; interrogó á las ruinas de los monasterios y de las ventas (que él tomaba por góticos castillos); ecsaminó la ponzoñosa virtud de las plantas, é hizo esperiencia en algunos animales del filo de su cuchilla, y de los convulsos movimientos de la

Ayuntamiento de Madrid

muerte. Trocó los libros que yo le recomendaba, los Cervantes, los Solís, los Quevedos, los Saavedras, los Moretos, Melendez y Moratines, por los Hugos y Dumas, los Balzacs, los Sands y Souliés; rebutió su mollera de todas las encantadoras fantasías de Lord Byron, y de los tétricos cuadros de d'Arlaincourt; no se le escapó uno solo de los abortos teatrales de Ducange, ni de los fantásticos ensueños de Hoffman, y en los ratos en que menos propenso estaba á la melancolía, entreteníase en estudiar la Craneoscopia del doctor Gall, ó las Meditaciones de Volney.

Fuertemente pertrechado con toda esta diabólica erudicion, se creyó ya en estado de dejar correr su pluma, y rasguñó unas cuantas docenas de *fragmentos* en prosa poética, y concluyó algunos *cuentos* en verso prosáico; y todos empezaban con puntos suspensivos, y concluían en *¡maldicion!* y unos y otros estaban atestados de *figuras de capuz*, y de *siniestros bultos*, y de *hombres gigantes*, y de *sonrisa infernal*, y de *almenas altísimas*, y de *profundos fosos*, y de *buitres carnívoros*, y de *copas fatales*, y de *ensueños fatídicos*, y de *velos transparentes*, y de *aceradas mallas*, y de *briosos corceles*, y de *flores amarillas*, y de *fúnebre cruz*. Generalmente todas estas composiciones *fugitivas* solian llevar sus títulos tan incomprensibles y vagos como ellas mismas, v. g. *¡¡¡Qué será!!!* — *¡¡¡...No...!!!* — *¡Mas allá...!* — *Puede ser.* — *¿Cuándo?* — *¡Acaso...!* — *¡Oremus!*

Ayuntamiento de Madrid

Esto en cuanto á la forma de sus composiciones; en cuanto al fondo de sus pensamientos, no sé qué decir, sino que unas veces me parecia mi sobrino un gran poeta, y otras un loco de atar; en algunas ocasiones me estremecia al oirle cantar el suicidio, ó discurrir dudosamente sobre la inmortalidad del alma; y otras teníale por un santo, pintando la celestial sonrisa de los ángeles, ó haciendo tiernos apóstrofes á la Madre de Dios. Yo no sé á punto fijo qué pensaba él sobre todo esto, pero creo que lo mas seguro es que no pensaba nada, ni él mismo entendia lo que queria decir.

Sin embargo, mi sobrino con estos *raptos* consiguió al fin verse admirado por una turba de aprendices del delirio, que le escuchaban enternecidos cuando él con voz monótona y sepulcral les recitaba cualquiera de sus composiciones, y siempre le aplaudian en aquellos rasgos mas estravagantes y oscuros, y sacaban copias nada escrupulosas y las aprendian de memoria, y luego esforzábanse á imitarlas, y solo acertaban á imitar los defectos y de ningun modo las bellezas originales que podian recomendarlas.

Todos estos encomios y adulaciones de amistad lisonjeaban muy poco el altivo deseo de mi sobrino, que era nada menos que atraer hácia sí la atencion y el entusiasmo de todo el pais. Y convencido de que para llegar al templo de la inmortalidad (partiendo de Madrid) es cosa indispensable el pasarse por la calle del Príncipe, quiero

Ayuntamiento de Madrid

decir, el componer una obra para el teatro, hé aquí la razon por qué reunió todas sus fuerzas intelectuales, llamó á concurso su fatídica estrella, sus recuerdos, sus lecturas; evocó las sombras de los muertos para preguntarles sobre diferentes puntos; martirizó las historias, y tragó el polvo de los archivos; interpeló á su calenturienta musa, colocándose con ella en la region aérea donde se forman las románticas tormentas, y mirando desde aquella altura esta sociedad terrena, reducida por la distancia á una pequeñez microscópica, aplicado al ojo izquierdo el catalejo romántico, que todo lo abulta, que todo lo descompone, inflamóse al fin su fosfórica fantasía, y compuso un drama.

¡Válgame Dios! ¡con qué placer hacia yo á mis lectores el mayor de los regalos posibles, dándoles *in integrum* esta composicion sublime, práctica esplicacion del sistema romántico, en que segun la medicina homeopática, que consiste en curar las enfermedades con sus semejantes, se intenta á fuerza de crímenes corregir el crimen mismo! Mas ni la suerte ni mi sobrino me han hecho poseedor de aquel tesoro, y únicamente la memoria, depositaria infiel de secretos, ha conservado en mi imaginacion el título y personages del drama. Hélos aquí.

¡¡¡ELLA...!!! y...¡¡¡El...!!!

Drama romántico natural, emblemático-sublime, anónimo, sinónimo, tétrico y espasmódico;

Ayuntamiento de Madrid

original, en diferentes prosas y versos, en seis actos y catorce cuadros. Por... (aquí habia una nota que decia: *Cuando el público pida el nombre del autor*); y seguia mas abajo:

Siglos IV y V. *La escena pasa en toda Europa,* y dura unos cien años.

INTERLOCUTORES.

La muger, (todas las mugeres, toda la muger).
El marido, (todos los maridos).
Un hombre salvage, (el amante).
El Dux de Venecia.
El tirano de Siracusa.
El doncel.
La archiduquesa de Austria.
Un espía.
Un favorito.
Un verdugo.
Un boticario.
La cuadruple alianza.
El sereno del barrio.
Coro de monjas carmelitas.
Coro de PP. agonizantes.
Un hombre del pueblo.
Un pueblo de hombres.
Un espectro que habla.
Otro idem que agarra.
Un demandadero de la Paz y Caridad.
Un judío.
Cuatro enterradores.
Músicos y danzantes.
Comparsas de tropa, brujas, gitanos, frailes, y gente ordinaria.

— Los títulos de las jornadas (porque cada una llevaba el suyo á manera de código) eran, si mal no me acuerdo, los siguientes: 1.ª *Un crimen.* — 2.ª *El veneno.* — 3.ª *Ya es tarde.* — 4.ª *El panteon.* — 5.ª *¡Ella!* — 6.ª *¡El!* y las decoraciones eran las seis obligadas en todos los dramas románticos, á saber: *Salon de baile; Bosque; La capilla; Un subterráneo; La alcoba, y El cementerio.*

Con tan buenos elementos confeccionó mi so-

Ayuntamiento de Madrid

brino su admirable composicion, en términos que si yo recordase una sola escena para estamparla aqui, peligraba el sistema nervioso de mis lectores; con que asi no hay sino dejarlo en tal punto y aguardar á que llegue dia en que la fama nos las transmita en toda su integridad, dia que él retardaba aguardando á que *las masas* (las masas somos nosotros) se hallen (ó nos hallemos) en el caso de digerir esta comida que él modestamente llamaba *un poco fuerte*.

De esta manera mi sobrino caminaba á la inmortalidad por la senda de la muerte; quiero decir, que con tales fatigas cumplia lo que él llamaba su mision sobre la tierra. Empero la continuacion de las vigilias y el obstinado combate de sentimientos tan hiperbólicos habíanle reducido á una situacion tan lastimosa de cerebro, que cada dia me temia encontrarle consumido á impulsos de su fuego celestial.

Y aconteció, que para acabar de rematar lo poco que en él quedaba de seso, hubo de ver una tarde por entre los mas labrados hierros de un balcon á cierta Melisendra de diez y ocho abriles, mas pálida que una noche de luna, y mas mortecina que lámpara sepulcral; con sus luengos cabellos trenzados á la Veneciana, y sus mangas á la María Tudor, y su blanquísimo vestido aéreo á la Estraniera, y su cinturon á la Esmeralda, y su cruz de oro al cuello á la Huérfana de Underlach.

Ayuntamiento de Madrid

Hallábase á la sazon meditabunda, los ojos elevados al cielo, la mano derecha en la apagada mejilla, y en la izquierda sosteniendo débilmente un libro abierto... libro que segun el forro amarillo, su tamaño y demas proporciones, no podia ser otro á mi entender que el *Han de Islandia* ó *el Bug-Jargal*.

No fue menester mas para que la chispa eléctrico-romántica atravesase instantáneamente la calle y pasase desde el balcon de la doncella sentimental al otro frontero donde se hallaba mi sobrino, viniendo á inflamar súbitamente su corazon. Miráronse pues; creyeron adivinarse; luego se hablaron, y concluyeron por no entenderse, esto es, por entregarse á aquel sentimiento vago, ideal, fantástico, frenético, que no sé bien cómo designar aqui, sino es ya que me valga de la consabida calificacion de... *romanticismo puro*.

Pero al cabo el sugeto en cuestion era mi sobrino, y el bello objeto de sus arrobamientos una señorita, hija de un honrado vecino mio, procurador del número y clásico por todas sus coyunturas. A mí no me desagradó la idea de que el muchacho se inclinase á la muchacha (siempre llevando por delante la mas santa intencion), y con el deseo tambien de distraerle de sus melancólicas tareas no solo le introduge en la casa, sino que favorecí (Dios me lo perdone) todo lo posible el desarrollo de su inclinacion.

Lisonjeábame, pues, con la idea de un des-

Ayuntamiento de Madrid

enlace natural y espontáneo, sabiendo que toda la familia de la niña participaba de mis sentimientos, cuando una noche me hallé sorprendido con la vuelta repentina de mi sobrino, que en el estado mas descompuesto y atroz corrió á encerrarse en su cuarto gritando desaforadamente: — ¡Asesino...! ¡Asesino...! ¡Fatalidad...! ¡Maldicion...!

— ¿Qué demonios es esto? — Corro al cuarto del muchacho; pero habia cerrado por dentro y no me responde; vuelo á casa del vecino por si alcanzo á averiguar la causa de aquel desorden, y me encuentro en otro no menos terrible á toda la familia: la chica accidentada y convulsa, la madre llorando, el padre fuera de sí... — ¿Qué es esto, señores? ¿qué es lo que hay? — ¿Qué ha de ser? (me contestó el buen hombre) ¿qué ha de ser? sino que el demonio en persona se ha introducido en mi casa con su sobrino de usted... Lea usted, lea usted qué proyectos son los suyos, qué ideas de amor y de religion... y me entregó unos papeles que por lo visto habia sorprendido á los amantes. — Recorrílos rápidamente, y me encontré diversas composiciones de estas de tumba y hachero que yo estaba tan acostumbrado á escuchar á mi sobrino. En todas ellas venia á decir á su amante con la mayor ternura, que era preciso que se muriesen para ser felices; que se matara ella, y luego él iria á derramar flores sobre su sepulcro, y luego se moriria tambien, y los enterrarian bajo una misma losa... Otras veces la

Ayuntamiento de Madrid

proponia que para huir de la tiranía del hombre ("este hombre soy yo," decia el pobre procurador) se escurriese con él á los bosques ó á los mares, y que se irian á una caverna á vivir con las fieras, ó se harian piratas ó bandoleros; en unas ocasiones la suponia ya difunta, y la cantaba el responso en bellísimas quintillas y coplas de pie quebrado; en otras llenábala de maldiciones por haberle hecho probar la ponzoña del amor. — Y á todo esto (añadia el padre) nada de boda, ni nada de solicitar un empleo para mantenerla... vea usted, vea usted; por ahí ha de estar... oiga usted cómo se esplica en este punto... ahí en esas coplas ó seguidillas, ó lo que sean, en que la dice lo que tiene que esperar de él...

Y en tan fiera esclavitud
solo puede darte mi alma
un suspiro... y una palma...
una tumba... y una cruz...

Pues cierto que son buenos adminículos para llenar una carta de dote... no, sino échelos usted en el puchero y verá qué caldo sale... Y no es esto lo peor (continuaba el buen hombre), sino que la muchacha se ha vuelto tan loca como él, y ya habla de féretros y letanías, y dice que está deshojada, y que es un tronco carcomido, con otras mil barbaridades que no sé cómo no la mato... y á lo mejor nos asusta por las noches des-

Ayuntamiento de Madrid

pertando despavorida y corriendo por toda la casa, diciendo que la persigue la sombra de no sé qué Astolfo ó Ingolfo *el esterminador;* y nos llama tiranos á su madre y á mí, y dice que tiene guardado un veneno, no sé bien si para ella, ó para nosotros; y entre tanto las camisas no se cosen, y la casa no se barre, y los libros malditos me consumen todo el caudal.

— Sosiéguese usted, señor don Cleto, sosiéguese usted. — Y llamándole aparte le hice una esplicacion del carácter de mi sobrino, componiéndolo de suerte que sino le convencí de que podia casar á su hija con un tigre, por lo menos le determiné á casarla con un loco.

Satisfecho con tan buenas nuevas, regresé á mi casa para tranquilizar el espíritu del jóven amante; pero aqui me esperaba otra escena de contraste, que por lo singular tampoco dudo en apellidar romántica.

Mi sobrino, despojado de su lacónico vestido y atormentado por sus remordimientos, habia salido en mi busca por todas las piezas de la casa, y no hallándome se entregaba á todo el lleno de su desesperacion. No sé lo que hubiera hecho considerándose solo, cuando al pasar por el cuarto de la criada, hubo sin duda esta de darle á conocer por algun suspiro que un ser humano respiraba á su lado. Se hace preciso advertir que esta tal moza era una moza gallega con mas bellaquería que cuartos, y mas cuartos que peseta

Ayuntamiento de Madrid

columnaria, y que hacia ya dias que trataba de entablar relaciones *clásicas* con el señorito. La ocasion la pintan calva, y la gallega tenia buenas garras para no dejarla escapar; asi fue que entreabrió la puerta, y modificando todo lo posible la aguardentosa voz, acertó á formar un sonido gutural, término medio entre el graznido del pato y los golpes de la codorniz. — Señoritu... señoritu... ¿qué diablus tiene...? Entre y dígalo... si quier una cataplasma para las muelas ó un emplastu para el hígadu... — Y cogió y le entró en su cuarto y sentóle sobre la cama, esperando sin duda que él pusiera algo de su parte.

Pero el preocupado galan no respondia, sino de cuando en cuando ecsalaba hondos suspiros, que ella contestaba á vuelta de correo con otros descomunales, aderezados con aceite y vinagre, ajos crudos y cominos, parte del mecanismo de la ensalada que acababa de cenar. De vez en cuando tirábale de las narices ó le pinchaba las orejas con un alfiler (todo en muestras de cariño y de tierna solicitud), pero el hombre estátua, permanecia siempre en la misma inmovilidad.

Ya estaba ella en términos de darse á todos los diablos por tanta severidad de principios, cuando mi sobrino con un movimiento convulsivo la agarró con una mano de la camisa (que no sé si he dicho que era de lienzo choricero del Vierzo), é hincando una rodilla en tierra, levantó en ademan patético el otro brazo y esclamó:

Ayuntamiento de Madrid

Sombra fatal de la muger que adoro,
ya el helado puñal siento en el pecho;
ya miro el funeral lúgubre lecho,
que á los dos nos reciba al perecer.
Y veo en tu semblante la agonía
y la muerte en tus miembros palpitantes
que reclama dos míseros amantes
que la tierra no pudo comprender.

— Ave María purísima... (dijo la gallega santiguándose) Mal dimoñu me lleve si le comprendu... ¡Habrá cermeñu...! pues si quier lechu ¿tien mas que tenderse en ese que está ahí delante, y dejar á los muertus que se acuesten con los difuntus?

— Pero el amartelado galan seguia, sin escucharla, su improvisacion, y luego variando de estilo y aun de metro esclamaba:

¡Maldita seas, muger!
¿No ves que tu aliento mata?
Si has de ser mañana ingrata,
¿por qué me quisiste ayer?
¡Maldita seas, muger!

— El malditu sea él y la bruja que lo parió... ¡ingratu! despues que todas las mañanas le entru el chucolate á la cama, y que por él he despreciadu al aguador Toribiu, y á Benitu el escarolero del portal... —

Ayuntamiento de Madrid

Ven, ven y muramos juntos,
huye del mundo conmigo,
angel de luz,
al campo de los difuntos;
allí te espera un amigo
y un ataud.

— Vaya, vaya, señoritu, esto ya pasa de chanza; ó usted está locu, ó yo soy una bestia... Váyase con mil demonius al cimenteriu ú á su cuartu, antes que empiece á ladrar para que venga el amu y le ate.

— Aquí me pareció conveniente poner un término á tan grotesca escena, entrando á recoger á mi moribundo sobrino y encerrarle bajo de llave en su cuarto; y al reconocer cuidadosamente todos los objetos con que pudiera ofenderse, hallé sobre la mesa una carta sin fecha dirigida á mí, y copiada de la *Galería fúnebre*, la cual estaba concebida en términos tan alarmantes, que me hizo empezar á temer de veras sus proyectos y el estado infeliz de su cabeza. Conocí, pues, que no habia mas que un medio que adoptar, y era el arrancarle con mano fuerte á sus lecturas, á sus amores y á sus reflecsiones, haciéndole emprender una carrera activa, peligrosa y varia; ninguna me pareció mejor que la militar, á la que él tambien mostraba alguna inclinacion; hícele poner una charretera al hombro izquierdo, y le vi partir con alegría á reunirse á sus banderas.

Ayuntamiento de Madrid

Un año ha transcurrido desde entonces, y hasta hace pocos dias no le habia vuelto á ver; y pueden considerar mis lectores el placer que me causaria al contemplarle robusto y alegre, la charretera á la derecha, y una cruz en el lado izquierdo, cantando perpetuamente zorcicos y rondeñas, y por toda biblioteca en la maleta, la ordenanza militar y la *Guia del oficial en campaña*.

Luego que ya le vi en estado que no peligraba, le entregué la llave de su escritorio; y era cosa de ver el oirle repetir á carcajadas sus fúnebres composiciones; deseoso sin duda de probarme su nuevo humor, quiso entregarlas al fuego; pero yo, celoso de su fama póstuma, me opuse fuertemente á esta resolucion, y únicamente consentí en hacer un escrupuloso escrutinio, dividiéndolas, no en clásicas ni románticas, sino en tontas y no tontas, sacrificando aquellas, y poniendo estas sobre las niñas de mis ojos. En cuanto al drama no fue posible encontrarle, por haberle prestado mi sobrino á otro poeta novel, el cual le comunicó á varios aprendices del oficio, y estos le adoptaron por tipo, y repartieron entre sí las bellezas de que abundaba, usurpando de este modo, ora los aplausos, ora los silbidos que á mi sobrino correspondian, y dando al público en mutilados trozos el esqueleto de tan gigantesca composicion.

La lectura, en fin, de sus versos trajo á la memoria del jóven militar un recuerdo de su va-

Ayuntamiento de Madrid

porosa deidad; preguntóme por ella con interes, y aun llegué á sospechar que estaba persuadido de que se habria evaporado de puro amor; pero yo procuré tranquilizarle con la verdad del caso, y era que la abandonada Ariadna se habia conformado con su suerte: item mas; se habia pasado al género clásico, entregando su mano, y aun no sé si su corazon, á un honrado mercader de la calle de Postas: ¡ingratitud notable de mugeres! bien es la verdad que él por su parte no la habia hecho, segun me confesó, sino unas catorce ó quince infidelidades en el año transcurrido. De este modo concluyeron unos amores que si hubieran seguido su curso natural, habrian podido dar á los venideros Shakespeares materia sublime para otro nuevo *Romeo*.

Ayuntamiento de Madrid

Hablemos de mi pleito.

«Beatus ille qui procul negotiis.»
Horat.
«*Dichoso el que de pleitos alejado...*»

Cuando la imaginacion se halla afectada de una idea dominante, es en vano el pretender reducirla á ocuparse en otro objeto, pues la menor coincidencia, la mas insignificante espresion, suelen ser causas suficientes para hacer inútiles nuestros esfuerzos, y volvernos á lanzar de nuevo en el agitado círculo de aquella misma idea de que pretendíamos huir.

Hablo por esperiencia propia, y si ya de antemano no estuviera muy convencido de ello, el suceso presente bastaria á probármelo con rigorosa esactitud.

Despues de haber pasado una noche bien larga y agitada, soñando con lo que suele soñar un litigante, es decir, con *mi pleito*, me preparaba á disipar aquellas tumultuosas ideas, borrageando un artículo crítico-burlesco que ofrecer á mis benévolos lectores; pero el diablo (que no duerme) habia estravasado entre mis papeles uno que

Ayuntamiento de Madrid

por el sello real, sus anchas márgenes, y las tres iniciales "M. P. S." que le encabezaban, reconocí muy luego por uno de los alegatos, el alegato número 62 de mi derecho en el pleito consabido. Y no fue menester mas, para que mi imaginacion rebelada de nuevo y dispuesta á no transigir con otra idea, me arrancase violentamente á mis propósitos, lanzándome, sin voluntad mia, desde el palacio de Momo al santuario de Themis, desde mis libros favoritos á la Guia de Forasteros y al Febrero adicionado, desde la festiva máscara de Talía á la indigesta faz de un escribano.

El compromiso era grande: de un lado el cajista de la imprenta esperando el artículo de costumbres; por otro mi pluma negándose por aquel momento á trazar otras frases que no fuesen las consabidas del *otro-sí* y del *y por qué;* Adisson y Labruyere huyendo á todo correr de mi cabeza; la pieza corriente de los autos brindándome con trescientas cincuenta fojas de entretenida lectura; mi memoria llena de trámites judiciales; mi voluntad buscando en vano lances cómicos y observaciones festivas: ¿qué recurso, pues, me quedaba? ¿recurso de apelacion ó de injusticia notoria? Mi escaso entendimiento no halló otro alguno que el de amalgamar si fuese posible aquellas dos ideas, y supuesto que el público reclamaba costumbres, y que mi imaginacion se encastillaba en el foro, probar á escribir un artículo de costumbres del foro, con lo cual tranquilamente, y como

Ayuntamiento de Madrid

por la mano, encontraba la salida de tan grave compromiso. Tomada, en fin, esta resolucion, falta saber si los lectores aceptan el partido... ¿Dicen ustedes que sí...? vaya, pues *hablemos de mi pelito;* casualmente *aqui tengo los papeles.*

Ante todas cosas conviene advertir que yo no soy de aquellos litigantes infatigables que en llegando á agarrar por su cuenta un tantico de auditorio, no estan contentos si no le embocan la historia de su litis, tomando su principio, cuando no desde el pecado de Adan, por lo menos y en gracia de la brevedad, desde la mismísima arca de Noe. No señor; nada menos que eso; me hago cargo de la razon, y á decir la verdad, ¿qué les importa á los lectores el que yo haya heredado un pleito por parte de un tio materno, el cual tio lo recibió directamente de su padre, y este se hizo cargo de él por via de dote con la blanca mano de mi bisabuela, la cual es fama que ya venia representando en el tal embrollo el derecho y accion de tres generaciones anteriores? ¿qué falta les hace enterarse de que este tal pleito sea sobre propiedad de unas, en otro tiempo viñas, en tierra de Jerez, ni que empezara su sustanciacion (la del pleito, no la de las viñas) en dicha ciudad, y que siguiera en Granada, y que luego viniera á Madrid, y pasara por todos los juzgados posibles (incluso el de los Mostrencos), y subdividido en *incidentes* como un drama romántico, ó en *artículos* como el *Panorama Matriten-*

Ayuntamiento de Madrid

se, abrace, en fin, bajo una misma cuerda las capacidades acumuladas de cuatro alcaldes mayores, dos audiencias, una chancillería y un supremo consejo? ¿qué les importa, digo, saber que el dicho proceso entre *interlocutorios* y *definitivas*, entre *confirmaciones* y *reformas* cuenta ya en su seno hasta catorce sentencias, de las cuales cinco á favor de la contraria, y cinco al mio, amen de otras cuatro á guisa de oráculo ú logogrifo que nadie ha acertado á descifrar? ¿qué adelantará, en fin, con saber que mientras los autos se robustecen de un modo asombroso con el fecundo raudal de la sabiduría de jueces y abogados, las viñas desaparecieron hace siglo y medio, y que hoy dia la tradicion se esfuerza vanamente á conjeturar hácia qué parte, legua mas ó menos, estuvieron plantadas?

Todo esto, á decir la verdad, de poco ó nada aprovecha al lector, y de lo que sí únicamente le conviene enterarse, es de que yo tengo justicia; y esto se lo aseguro yo bajo la fé de mi abogado; el cual me lo asegura á mí bajo la fé de la Novísima Recopilacion; fé sin embargo tan voluntariosa y coqueta, que suele no pocas veces hacerme rabiar, empeñándose en favorecer á mi contrario.

Satisfechos ya los oyentes de que uno y otro somos litigantes *de buena fé*, aunque de poca caridad, resta decir que nuestra obstinacion respectiva heredada y adquirida es tal, que ni que

Ayuntamiento de Madrid

fuéramos partidos políticos, y antes consentiríamos en perder ambos la ecsistencia que acercarnos al menor término de transaccion y de acomodo. Nada de eso. "Perezcan las viñas (dice la contraria) antes que mi derecho." — "Perezcan las tierras (digo yo) antes que el derecho de mi abuela."

Y nuestros abogados respectivos, dignos intérpretes de aquellos sentimientos, aplauden y encomian nuestro valor, y nos convencen mas y mas de nuestra justicia (todo por supuesto con su cuenta y razon), y nos esplayan y formulan nuestros derechos, á tanto la hoja, y nos ajustan un memorial cargado de razon, y nos aflojan el bolsillo descargado por ellos de pesetas. Asi que lo menos curioso del tal pleito somos las *partes*, quiero decir, mi contraria y yo, porque solo aparecemos en relacion, y nuestro nombre solo sirve de pretesto para hacer resaltar la elocuencia de nuestros respectivos defensores.

El encargado de pensar por mí y de reducir á fórmula lo que dice que yo deseo, es un veterano del foro formado en las aulas salmanticenses, curado en chancillerías y audiencias, cocido luego en concursos y abintestatos por todas las escribanías de número de esta heróica villa, y servido despues en menestra de *tanteos*, *moratorias* y *despojos* en todas las salas de los antiguos consejos y de los modernos tribunales. Déjase por lo dicho inferir lo sabroso que será el

Ayuntamiento de Madrid

manjar de su forense erudicion, y si habrá causa por menguada que sea que no adquiera en manos de *don Simeon Pandectas* todos los colores del iris.

"El estilo (dice Montaigne) es el hombre;" y si esta observacion es esacta, como yo creo muy bien, pueden echarse á discurrir qué hombrecito será el que escribe por este estilo. — *Y por cuanto los supradichos argumentos bastarian á pulverizar y reducir al silencio cualquiera erizada batería de sofisticas almenas tras de la que pretenda encastillarse la contraria; y por qué, las pruebas en que hoy nos revolcamos, combinadas y puestas en infusion en el lucífero crisol de la sabiduría de V. A., no podrán menos de hacer patente á todas luces del dia y de la noche, de presentes y venituros, el indubitable derecho de mis partes, en formidable contraste con la simulacion y mendacioso artificio dispuesto por su mal aconsejado contrincante; y toda vez, en fin, que en los ciento sesenta y dos años que ha que acudió mi cliente ó sus causantes al templo de la justicia en denuncia de la detentacion de que era víctima por parte del precitado N., y atendiendo á que despues del sostenido combate con que demandantes y demandados, tirios y troyanos han venido sosteniendo el argumento respective en el magnífico palenque de las cincuenta y dos piezas de los autos que hoy desentrañamos, aparece, en fin, satisfactoriamente dilucidada la cuestion, y disipadas las*

Ayuntamiento de Madrid

densas nieblas, refulgente penetrando el sol de la verdad en las mentes mas aceradas y obtusas. = *A V. A. suplico se sirva por méritos de lo espuesto proveer, resolver y determinar, conforme y en los términos que en el ingreso de este escrito dejo impetrado, y anular y reformar las ilegalidades (hablo con la venia) del inferior, como asi es de justicia que pido, juro, costas &c.* = Otro sí digo: *que por cuanto en el alegato contrario á que contesto se sientan espresiones á su folio 14 vuelto líneas 16 por manera injuriosas al defensor que suscribe, apellidándole retrógrado y añejo, y á su estilo ecsótico y gerundense, con otras varias demasías que ponen de manifiesto la juvenil arrogancia y la falta de práctica del letrado contendente.* = *A V. A. suplico se sirva mandar que se tilden, borren y tachen supradichas palabras con los apercibimientos y declaraciones y aditamentos que V. A. en la balanza de su ilustracion tenga á bien ordenar, como tambien asi procede en términos legales &c. &c.* = Licenciado don Simeon Pandectas. = *Honorario por reconocimiento, estracto y alegato, cien ducados.*

El defensor de la contraria es en efecto un jóven de 28, recientemente laureado por la universidad de Alcalá, y tan diferente en genio y en estilo de mi vetusto don Simeon, como se infiere de todos sus escritos, en que todavía respira el sabor declamatorio del aula, y el hiperbólico estilo tribunicio. A las indigestas disertaciones de

Ayuntamiento de Madrid

mi letrado suele responder él con trozos tan oportunos como el siguiente. = "*Hasta cuándo, señor, hasta cuándo la contraria abusará de nuestra paciencia? ¿Hasta cuándo el error ocupará el lugar de la verdad, la debilidad ó la ignorancia, el de la justicia y la sana razon? ¡Alma virtud! ¡Tú que desde el cielo riges el destino de los mortales que te imploran, rasga ya, rasga el misterioso velo que encubre el derecho de mi defendido, y dinos que á él y solo á él pertenecen las viñas en cuestion! Abranse, señor, las páginas de la historia, y desde las mas remotas edades veremos el sagrado derecho de propiedad combatido por los sofisticos argumentos de la envidia; empero las leyes venerandas vuelan por do quier á su socorro. Y para no engolfarnos en los siglos mas remotos, escuchemos únicamente al gran orador del foro esplayar con este motivo las reflecsiones siguientes.* (Aqui transcribia un buen trozo de la oracion *pro domo sua*, y continuaba) *Ni se diga, señor, que para huir del caso presente me remonto á los tiempos heróicos y á las legislaciones estrañas, no; para dar la robustez necesaria á mis argumentos la justicia patria me servirá de apoyo suficiente; ábranse esas Partidas, código venerando de la sabiduría de un gran pueblo, recórranse esos Fueros, y Recopilaciones, y en los tiempos modernos esas copiosas colecciones de derechos y reales órdenes, y se concluirá &c. &c...*" y por aqui iba discurriendo hasta

Ayuntamiento de Madrid

que probaba con los discursos de *Mirabeau* y las coplas de *Juan de Mena*, que las tierras no me pertenecian, y que se me debia imponer perpetuo silencio en materia de viñas.

Pero no son únicamente los dos abogados los personages que figuran en primer término en el interesante cuadro de mi pleito. Agrúpanse en torno de ellos á la sombra de sus respectivas banderas dos numerosas cohortes de figuras simbólicas, cada una de las cuales representa una gerarquía determinada en el inmenso campo curialense. Los procuradores y agentes; los escribanos de cámara, de número, y de diligencias; los relatores y agentes fiscales; los pages de bolsa, alguaciles y porteros; y otra porcion de aves menores de esta gran familia plumática, forman vistosa y distinguida comparsa á los dos mantenedores del torneo, ó sea combate, en que mi contrario y yo somos las bellezas rivales, y algunas doradas monedas el noble galardon del vencedor. Allá en el fondo, último término del cuadro, alumbrados por escasa luz, y cobijados bajo magnífico dosel, los jueces del campo dejan adivinar las plateadas frentes, y con voz providencial y fatídica pronuncian el fallo, é interpretan al caso particular las disposiciones generales de la ley.

¡Oh dichosa la edad, y siglos dichosos aquellos en que un secsagenario patriarca sentado en el humilde escaño á la sombra de un olmo, escuchaba las quejas sencillamente espresadas de los

Ayuntamiento de Madrid

demandantes y las contestaciones francas y categóricas de los demandados, y con arreglo á entrambas, y sin mas código que el de la verdad y la sana razon, pronunciaba una palabra de paz y de justicia, y luego los hombres se apresuraban á respetarla, y á dar á cada uno lo que suyo era! Empero, por desgracia, aquellos siglos pasaron, y vinieron otros de petulancia y de falsía, y las nubes de la ignorancia se agruparon sobre el templo de la ley, y la estátua de la justicia se vió á veces cubierta con el velo del error, y la sofistería ó la mala fé pugnaron por estender su dominio en el santuario de la verdad y de la sabiduría. Desde entonces, cual en templo profanado y en ruinas suelen aparecer por entre las anchas grietas de sus murallas los malignos insectos ó las silvestres plantas, viéronse hormiguear en el foro los abusos y los errores, y nacer y alimentarse variedad de alimañas que hicieron temer al hombre justo el acercarse á tan peligroso recinto.

Y porque dejemos el estilo metafórico, y vengamos al material y positivo, figúrate tú, caro lector, que una mañanita temprano te encuentras con la novedad de que mi señora la Discordia se ha entrado de rondon por tus puertas, y que sin parte activa tuya has sido víctima de algun entuerto que en pro de tu interes ó de tu buena fama te conviene enmendar ó desfacer. Tú quisieras ¡ya se ve! acabar si fuese posible en

Ayuntamiento de Madrid

un minuto con tu competidor (ó sea si te place competidora), y cuando esto no fuera dable, acudir á quien breve y sumariamente te diese la razon si la tenias, y á tu contrario obligase á dártela tambien. Cosa es todo esto muy natural y sencilla en teoría; pero el interes (principal móvil que dirige esta máquina mundana) ha llegade á poner en la práctica tales travas entre la demanda y la sentencia, entre el agravio y el desagravio, que muchas veces la muerte suele encontrar en el camino á los contrincantes y arrebatarles á su torbellino antes de llegar al término deseado.

Y á tal punto llegan las cosas, y tal ha venido á parar la señora justicia en manos de los hombres de letras, que no es para todos el entenderla, y solo á los iniciados en sus misterios (¡los misterios de la verdad!) es dado el penetrar en su oráculo y promover é interpretar sus decisiones para darlas luego á conocer á los profanos á quienes obliga su cumplimiento; porque los abogados dividen el mundo en dos clases de gentes, á saber: abogados, y no abogados; á la primera regalan la inteligencia, en la segunda suponen el vacío.

Y volviendo al v. gr. de tu pleito, lector amigo, has de saber que desde el primer momento que le entables, parece claramente aquella nulidad de tu persona, sin que te valga para evitarla el ir acompañado de tus respectivos padri-

Ayuntamiento de Madrid

nos forenses, porque ellos te harán quedar á la entrada del palenque, y solo ellos penetrarán en el interior, y allí te dejarán el único consuelo de verlos batirse con tus municiones.

Y así es que para presentarte á usar de tu derecho, lo primero que tienes que hacer es llamar á un escribano real, notario de los reinos, para que use de él por tí, porque nada serviria que tú dijeses: "Yo, fulano de tal, quiero esto y digo lo otro, y otorgo lo de mas allá," si un escribano no da fé de que tú eres tú, y que quieres otorgar ó decir lo que quieres decir y otorgar; que es decirte, que si quieres ser creido en juicio y fuera de él, tienes que hablar por su boca, como pudieras hacerlo por boca de ganso, y dar un poder *ámplio*, *general*, *y bastante cual de derecho se requiere y es necesario* á fulano ó mengano para que te defienda en el supuesto pleito &c., con otra multitud de fórmulas todas tan rotundas y eufónicas como estas... "*pida ejecuciones*, *prisiones*, *solturas*, *embargos*, *desembargos*, *ventas*, *trances y remates de bienes...*" "*Tache y contradiga*, *recuse*, *jure y se aparte...*" "*Oiga autos y sentencias*, *interlocutorios y definitivas*, *consienta lo favorable*, *y de lo adverso apele y suplique &c. &c...*" todo esto te hace decir tu escribano, por supuesto en el papel del sello correspondiente, porque tambien desde aquel momento has renunciado á tu papel, por muy bueno que lo gastes, habiendo de trocarle por otro

Ayuntamiento de Madrid

bastante malo, pero que no por eso dejará de costarte á razon de cuarenta maravedís por foja; y advierte que estas tampoco serán economizadas por los amanuenses, que con sus anchas márgenes y letras gordas parecen tener convenio tácito con la hacienda nacional.

Luego que hayas otorgado el poder y ejecutado con él la misteriosa incubacion de tu persona en la persona de tu apoderado, desaparecerá aquella, y únicamente quedarás bajo la forma de tu agente de negocios, ó tu *alter ego*, al cual cuidarás de continuar influyendo la vitalidad, suministrándole los correspondientes fondos é instrucciones; pero sobre todo los fondos, porque sin ellos te espones á verle convertido en autómata descompuesto, y solo quiero recordarte lo que con este motivo dice el ingenioso don Ramon de la Cruz.

"Los agentes y relojes
son máquinas delicadas,
que si no se les da cuerda
luego al instante se paran."

Y ya en los tiempos antiguos el mordaz Góngora (que sin duda habia tenido un pleito) se anticipó á espresar una idea semejante en los siguientes versos:

"Cualquiera que pleitos trata
aunque sea sin razon,

Ayuntamiento de Madrid

deje el rio Marañon
y éntrese en el de la Plata,
que hallará corriente grata
y puerto de claridad.
Verdad."

Mas volviendo al agente, este tampoco se presentará ostensiblemente en representacion de tu derecho, sino que oculto entre telones dirigirá desde alli los movimientos de los actores, regulará su accion, y aplicando á la máquina el necesario combustible, la hará marchar con la rapidez conveniente, tocando con oportunidad los resortes que se descompongan ú entorpezcan. Por lo demas aparentemente y para *dar la cara* en la cuestion, él substituirá tu poder en uno de los procuradores del número, que encabezará y firmará tus peticiones y te hará saber su resultado, y correrá del tribunal á la escribanía, y apremiará al contrario, y será apremiado por él, y en *tomas* y *recibos* (tomando y recibiendo), y en *apremios* y *términos* y *rebeldías* y *avisos* te regalará al cabo del año con una minutita de vara y media que habrás de aceptar á la vista.

Ya tienes un representante jurado en el tribunal, ya ha presentado el poder que le autoriza, y el juzgado ha dicho: "*Hásele por parte;*" ya tiene que probar tu demanda; pero hasta esto no alcanza su juicio material ni sus escasas letras; con que tienes precision de valerte de un aboga-

Ayuntamiento de Madrid

do (y si no lo has por enojo te recomiendo al mio, que ya habrás conocido por el estilo que es hombre de calibre y de brocha gorda), el cual formulará tu peticion en unos cuantos pliegos de argumentos, y luego la pasará al procurador, y este al escribano, el cual la hará presente al tribunal, y el tribunal dirá: "*Traslado á la otra parte;*" y la otra parte no querrá acudir á responderte, y tendrás que acusarle tres *rebeldías* con otros tantos *autos*, y por último se presentará, y luego pedirá tres *términos* para contestar, y al cabo de ellos lo verificará, y vendrá de nuevo el proceso á manos de tu defensor, que volverá á reproducir lo dicho, y luego al otro, y despues á tí, y mas adelante serás *recibido á prueba*, y se te concederán los ochenta dias de la ley; y ambas partes buscareis testigos, y hareis largas informaciones, y despues cuando el escribano dé cuenta al tribunal, este dirá que lo haga el relator, y este hará nuevo estracto y apuntamiento y relacion, y dirá el tribunal: "*Pase al fiscal;*" y este mandará á su agente fiscal que le diga lo que ha de responder; y luego vuelta á la rueda; y á lo mejor el contrario formará un artículo de *no contestar*, el cual es otro pleito aparte (como si dijéramos un episodio del drama), y despues de bien *sustanciado* se reunirá todo á la principal, y por último se llamará á *estrados*, y acudirán los abogados á esforzar sus pulmones, y el presidente tocará la campanilla, y dirá: "*Vistos;*" y os

Ayuntamiento de Madrid

retirareis; y aquella noche no dormirás, y á la mañana siguiente vendrá el page del relator con una providencia que no entenderás y tu agente tampoco, y la pasarás al abogado, y este no se conformará, y *apelará* á la otra sala, y vuelta á la rueda; y despues será confirmada la sentencia, y *suplicarás* de ella, digo, suplicarán tus nietos, porque tú supongo que ya estarás hace años en el otro mundo; y por último tal vez ganarás el pleito; pero será cuando ya tu derecho se haya convertido en *derechos* de todos aquellos señores que han trabajado por tu cuenta y sin tu riesgo, y hallarás que tus viñas (si pleiteas por viñas como yo) se han transformado en *pedimentos*, *autos*, *apremios*, *tiras*, *juntas*, *pases*, *encomiendas*, *tomas*, *llevadas y traidas*, *firmas*, *notas*, *entregas*, *propinas*, *y papel sellado*; pero en cambio te encontrarás con una *ejecutoria* para tomar posesion de lo que ya no ecsiste; y un proceso en variedad de letras por donde puedan aprender á leer tus biznietos; esto si ganas el pleito, mas si lo perdieres, te quedarás sin todo aquello, mas sin la ejecutoria, y solo podrás usar de la cuerda de los autos si acaso te viniese gana de acabar dramáticamente tu ecsistencia.

Perdona, caro lector, si la agitacion de mi mente me ha conducido adonde no pensaba: tú por fortuna acaso te hallas libre de este temor; mas para lo sustancial, que es desahogarme contigo, y enterarte de lo que yo debo sufrir como

Ayuntamiento de Madrid

litigante, tanto da que hablemos de mi pleito como del tuyo... ¿qué no le tienes? (me dices) ¡tanto mejor! ¡Dichoso tú que te habrás fastidiado con la la lectura de mi artículo, y podrás arrojarle repitiendo con Horacio: *¡Beatus ille qui procul negotiis!*

Ayuntamiento de Madrid

La almoneda.

«Venus, la diosa de Chipre,
ya es matrona genovesa,
guarismo sabe su niño,
multiplica, suma y resta.»
Góngora.

En la pintoresca galería de caractéres originales que se pasean por el mundo, merece una honorífica mencion *don Policarpo de la Transfiguracion Omnibus de los Santos*, sugeto singular en quien parecen haberse reunido todas las circunstancias sustanciales de los dos siglos pasado y presente, formando, por decirlo asi, un verdadero mosáico de cualidades tan varias y hetereogéneas que causarian la desesperacion del químico que intentara analizarle.

Allá en sus juventudes fue estudiante, y metió mucho ruido en la universidad, no tanto con la brillantez de sus conclusiones, como con las cuerdas de su guitarra. Andando el tiempo vino á ordenarse de abate, cosa indispensable en aquel entonces para cortejar y bailar el bolero; hasta que cansado de los estudios renegó del latin y se hizo poeta. Luego vino la patria á requerir su es-

Ayuntamiento de Madrid

pada, y combatió valerosamente en todas las acciones que se perdieron; y despues, no pudiendo acostumbrarse á la paz, se abrazó de nuevo con sus antiguos bártulos, y guerreó en los tribunales con cañones de cisne y balas de papel sellado. Mas adelante aficionado á los viajes, se hizo comerciante, y quebró; y entonces echó coche para evitar que le persiguiesen los acreedores; por último, se metió á pretendiente, y fue mueble obligado de todas las antesalas; y luego que consiguió, hizo que otros frecuentasen la suya. Y en todas estas andanzas fue tres veces casado, y otras tantas acertó á enviudar, heredando por supuesto á sus respectivas consortes; y despues de serlo todo, llegó por fin á no ser nada, que es lo que hay que ser en este mundo, si es que nada sea el hallarse un hombre á los cincuenta de su edad con cara fresca, y humor alegre, y bolsa llena, y salud cumplida, y ninguna obligacion mas que la de todo fiel cristiano.

Ya, en fin, que se vió dueño absoluto de su persona, de sus cuantiosas rentas y de sus veinte y cuatro horas diarias, se consideró por el pronto en aquel estremo de felicidad á que siempre habia aspirado. Pero muy luego empezó á fastidiarse de aquella inaccion, y acostumbrado como lo estaba toda su vida á una ocupacion contínua, á un agitado movimiento, llegó á mirar su reposo como una paralisis moral, como una muerte prematura. Su inclinacion y su genio natural

Ayuntamiento de Madrid

triunfaron al fin de su conveniencia, renunciando voluntariamente á este, y dando rienda suelta á aquellos, en términos que hoy dia es el hombre mas ocupado que conozco, sin embargo de que nadie tenga derecho á ocuparle.

Porque él corre las calles desde que amanece Dios hasta las altas horas de la noche, y tan pronto se le ve disputando políticamente en un corrillo de la Puerta del Sol, como pidiendo para los pobres del barrio á la puerta de una iglesia; ya sirviendo de testigo en un tribunal; ya defendiendo proyectos en una sociedad literaria; ora poniendo cataplasmas ó dando caldos á un enfermo; ora acompañando á unas señoras en un palco de la ópera. No hay boda desde la calle de san Anton hasta la de Carretas, desde Afligidos á las Vistillas, en que él no sea el padrino, ó corra con los contratos, ó componga los versos, ó coma los dulces. Si es entierro, él por fuerza ha de ser el albacea, ó dirigir el inventario, ó presidir el funeral; si bautizo, alquilará los coches, ó imprimirá las esquelas, ó tendrá en la pila al recien nacido. Todos los ministros que se nombren han de ser por fuerza amigos suyos, y los habrá de felicitar, y les hará recomendaciones, y desde la casa del entrante irá á la del que cayó, y consolará á la señora, y declamará con el señor sobre la injusticia de los hombres. A nadie se puede prender que él no vaya á visitar en el calabozo; si hay junta de acreedores, él que-

Ayuntamiento de Madrid

dará nombrado síndico, si demanda de divorcio, él será el juez árbitro entre ambos consortes, y si juicio de conciliacion, por fuerza una de las dos partes le ha de escoger por hombre bueno. Ni puede haber ruptura de amantes que él no componga, ni mudanza de habitacion que él no dirija, ni cofradía en que él no sea mayordomo ó tesorero, ni carga concejil que no le encaje. ¿Se habla del fuego? sucedió casualmente enfrente de su casa: ¿se cuenta un asesinato ó una quimera? allí precisamente estaba él. En el patio de las diligencias acude á recibir y despedir á todos los que entran y salen; en la Bolsa es el alma de todas las operaciones; en el Prado está al corriente de todas las intrigas amorosas; en la plaza de toros lleva cuenta de los *puyazos* y de los *volapies;* en la Alameda ó la Moncloa, dirige todas las comidas de campo; en los desafios arregla el almuerzo; en el teatro es presidente *nato* de toda comision de aplausos; en las esposiciones de pinturas habla de *formas* y *coloridos;* en el mercado de caballos á todos los pone su pero; y en las partidas de caza dirige los ojeos, ó cuida de que los perros no se escapen.

Esta multiplicidad de aspectos, esta vitalidad asombrosa, unidas á su carácter determinado, á su ninguna aprension, á su edad respetable, y mas principalmente á la consideracion de su fortuna, han vinculado en él una autoridad tal que no hay cosa sobre que no se atreva á decidir *ex*

Ayuntamiento de Madrid

cátedra; ni hay reunion que no someta facilmente á sus opiniones. Si un abogado quiere acreditarse, si una prima donna va á hacer su salida al teatro, si un autor va á publicar una obra, bien pueden encomendarse á mi hombre, si no quieren pasar incógnitos ó criticados; porque su opinion es la opinion normal de un sin número de admiradores que si él dice: —"¿Fulano, el médico? ¡valiente majadero! ¡fue la causa de la muerte de un amigo mio!"— todos repetirán en coro que el médico tal es un asesino; si él asegura que tal comedia es buena, todos se pasmarán aunque no la entiendan; si afirma que tal ó cual noticia la sabe de buena tinta, la harán pasar por mas de oficio que si estuviese estampada en la Gaceta; y si le diese gana de decir que un libro es malo, huirán de la librería como pudieran hacerlo de un lazareto.

El, en fin, se reproduce en términos que es imposible dar un paso atras ó adelante sin encontrarle; y si toma uno el partido de estarse en casa, alli le ha de ir á buscar, y aun saliendo de Madrid á viajar, él es el primero que nos hemos de hallar en la diligencia. Y es tan cierto esto, que dias pasados habiendo subido á la torre de santa Cruz, me pareció desde alli que le veía á un mismo tiempo en la calle de la Montera, y en el Prado, y en la plaza de Oriente, y en el Canal, y en la puerta de Toledo, y alli mismo en la torre conmigo, que me asediaba y me perseguia

Ayuntamiento de Madrid

como una aparicion fantástica, inevitable, imposible, semejante á una obstinada pesadilla ó al ruido sempiterno y monótono de una cascada.

Entre los diversos placeres que (digan lo que quieran) proporciona esta pícara farsa que llamamos vida, uno de los mayores para mí es la lectura del Diario, operacion obligada que verifico constantemente entre siete y ocho de la mañana con mas escrupulosidad y saboreo que un catador de vinos en los diques de Londres ó en las bodegas afamadas de Jerez. Y si no fuera por los filosóficos *Mementos* de la intendencia de rentas, que cuida de recordarnos á cada paso que nos hemos de convertir en cartas de pago ó billetes del tesoro, se pudiera decir muy bien que mi placer era inefable y sin punta alguna de sinsabor. Perdonen los periódicos políticos; pero no puedo menos de decirles que segun mi opinion ninguno puede competir en *sustancia* con aquel *sustancioso* papel, y aun si me apuran no dudaria en asegurar que los mas de los lectores darian de buena gana seis de los artículos que aquellos llaman *de fondo*, por cualquiera de los *de fonda* que amenizan al Diario los domingos.

Todo esto lo digo, no porque venga muy á cuento, sino por tomar ocasion de introducir el mio, y era para servir á ustedes que aquella mañana (una mañana, la que ustedes gusten) caminando viento en popa por el Diario arriba, acerté á tropezar á su página tercera con el anun-

Ayuntamiento de Madrid

cio de una *almoneda*... y para mí el segundo placer de esta vida es una almoneda, es decir, una casa adonde sin disfraz de ninguna especie se dice: "Aqui todo se reduce á maravedís."

Verdad es que no teniendo que mudar de habitacion, ni abrir tienda, ni recibir huesped, en rigor nada tenia que comprar; mas sin embargo, ¿quién resiste á la tentacion de una almoneda? Un libro curioso, un mueble raro, una tela barata... ¿qué no suele encontrarse allí? Yo por lo menos no soy dueño de dominar mi curiosidad, asi que no dejo pasar una ocasion; de suerte que todos los prenderos y revendedores de libros viejos me conocen ya, porque ellos y yo somos los primeros que tomamos posesion de todas las almonedas de Madrid.

Y aquel dia tampoco me descuidé, sino que á las nueve en punto, hora marcada en el anuncio, ya estaba yo en la casa de la venta pugnando por adelantarme á preguntar precios y á apartar todos los objetos que me llamaban la atencion. Y era tal mi calor, que ilusionado con la rebaja de la tercera parte del precio (uso general en toda almoneda), no reparaba que aquellos mismos objetos los hallaria nuevos en cualquiera tienda, aun con mayor equidad, y que ademas me salian doblemente caros supuesto que no me eran absolutamente necesarios. Yo, en fin, que no sé de música, compré un piano porque me le dieron en un precio arreglado; sin tener caballo me hice

Ayuntamiento de Madrid

por lo que yo creía poco dinero con unas ricas guarniciones; compré cigarros sin fumar, y vino de Arganda embotellado en frascos de *Lafitte*, y barriles de *madera* con vino de Chinchon; compré algunos tomos sueltos de varias obras, esperando la casualidad de encontrar en otra almoneda los que faltaban; y sin reparar que no me cabian en toda la casa, compré unos almarios que ni los de la sacristía del Escorial.

De todos estos arrojos mios tuvo la culpa un maldito prendero tuerto que siempre me acosaba con la siguiente interpelacion: — "Caballero, ¿lleva usted eso ú no?" — Con lo cual temiendo vérmelo arrebatar de las manos parecia que me faltaba el tiempo para decir que sí.

Todo se me volvia hojear y cotejar los inventarios puestos sobre las mesas, y correr de la sala al gabinete, y de este á la antesala, y probar anteojos, y mirar cuadros, y abrir y cerrar libros, y dar música á los relojes, y desplegar mapas, y alcanzar muebles, y agruparlos en un rincon, y tomar notas en mi cartera, y... estando en esta afanosa ocupacion siento una palmadita en el hombro... alzo la cabeza... ¿y á quién dirán ustedes que vi? pues era nada menos que al mismo *don Policarpo Omnibus*, en persona... ¡Si era preciso...! Allí estaba tambien él.

—¿Qué traes por aqui, señor Curioso? (porque el amigo tiene tambien esta gracia, que es de los que tutean á todo el mundo). — No traigo, sino

Ayuntamiento de Madrid

llevo, señor don Policarpo. — Veamos qué. — Y me sujetó á un escrupuloso ecsamen de todas mis mercancías, probándome hasta la evidencia que habia dado por ellas el doble de su valor. No contento con esta inhumanidad, me empezó á encajar la historia de aquella casa, y puesto que nada me interesaba, tuve que saber que la causa de la tal almoneda era el haber separado del empleo que tenia al amo de aquellos muebles, habiéndole dado otro en una provincia á virtud del trasiego general de funcionarios tan frecuente en estos tiempos. — Era muy amigo mio, añadió, y á decirte la verdad del caso yo solo vengo aqui para averiguar una dudilla... — y al decir esto todo se le volvia entreabrir las cortinillas de la alcoba y lanzar por entre los cristales algunas miradas indiscretas.

Entre tanto que él averiguaba su dudilla, la casa se iba llenando de nuevos compradores, y don Policarpo, flechándoles uno á uno sus lentes, se agarró de mi brazo y no hubo ya forma de verme libre de él... — A tus pies, Mariquita. — Hola, perillan, ¿tú por aqui...? — ¿Y tambien el condecito...? vaya, ya veo que estamos en tierra de amigos... (Como si hubiera alguna tierra incógnita para él). — Mira, Curioso, tú que todo lo cuentas, ¿ves aquella pareja ecsigua y acaramelada que todo lo tienta y nada compra, y se miran á todos los espejos, y él lleva la sombrilla, y ella la bolsa, y él la derecha y ella la iz-

Ayuntamiento de Madrid

quierda? pues esos son Fulanito y Menganita, esposos de quince dias, que estan poniendo casa, y... advierte con qué tierna solicitud el recien marido hace que ella se siente de vez en cuando, sin duda para que no se malogre algun proyecto de paternidad; mira cómo repara en sus ojos, esforzándose á leer en ellos algun antojo para luego satisfacerlo, de miedo que el muchacho salga con una cornucopia en la frente ó un mapamundi en el embés... Vuelve la cabeza á estotro lado, y repara en ese viejo alto de los anteojos cómo hojea ese libro para que creamos que entiende el griego, pues ya habrás advertido que no mira mas que las láminas... observa aquel otro martirizando las telas y vestidos... ese es un sastre del teatro que las está convirtiendo ya en su imaginacion en galas de *Semiramis* y *de Tancredo*. ¿Ves aquella dama que ajusta unas espuelas de oro? pues su marido es gotoso de ambos pies. ¿No reparas aquel abogado que carga con la Novísima? pues ya hace veinte años que ejerce sin ella. Pero dejemos esto y vamos á mi negocio... ¿Quieres que veamos el cuarto? porque me parece muy bien para alquilarle para mí... — Y sin darme lugar á responder me arrastró por las piezas interiores, hasta que llegando á un gabinetito cerrado miró por la ventana, y apartándome un poco me dijo al oido. — Aqui está mi dudilla... — Dió dos golpecitos á la puerta... — ¿Quién va...? — Señora, á los pies de usted. ¿Da usted per-

Ayuntamiento de Madrid

miso para que veamos la habitacion? — No hay inconveniente. — Y se abrió la puerta y nos dejó ver un precioso retrete ocupado decorosamente por una matrona de treinta y dos, de figura heróica y magnífico continente. — ¡Oh Fulanita! (esclamó al verla don Policarpo) no me engañaba el corazon; ¿cómo? ¿pues no ha acompañado usted á su esposo á su nuevo destino? — Y me apretaba el brazo y como que se sonreía el maldito al reparar la imprevista turbacion que tal pregunta habia causado á la señora. — No señor... hay tantas cosas que arreglar... ¡y luego los caminos estan tan malos para las damas...! — Y sobre todo si las damas son del talle de usted no estraño yo que acudirán al reclamo todos los salteadores de quince leguas á la redonda. — Usted siempre de tan buen humor. — Y usted siempre de tan bella cara...—

A decir la verdad yo estaba un poco empachado observando mi inutilidad en aquella escena, y por miedo de que los otros dos interlocutores no cayesen tambien en ella, tomé el partido de salirme por los corredores á silbar á los canarios ó coger flores de las macetas; cuando de allí á pocos minutos sale mi don Policarpo á buscarme, en un estado radiante de alegría... Aquel hombre era otro enteramente... antes todo lo miraba con desden, ahora todo lo compraba por su precio. — Y no te admires de esto (me decia), me quedo con el cuarto, me quedo con los mue-

Ayuntamiento de Madrid

bles, y en cuanto á la señora... porque has de saber que aunque la pregunté por su esposo, bien sabia yo que no lo era, porque hace años que le serví de padrino cuando se casó en Goatemala y... — ¿Con que es decir que se queda usted con la dama tambien? ¿y dígame usted, en esa adquisicion ha tenido usted presente la rebaja de la tercera parte de la tasa á estilo de almoneda? — Anda, socarron, me replicó don Policarpo entre mohino y risueño... Nada tengo que añadirte sino que vuelvas mañana por tus muebles, y yo me quedaré con los mios; en cuanto á los demas, señores (añadió alzando la voz), escusan ustedes de molestarse mas, porque todos los enseres de la casa los he comprado yo.

Volví en efecto al siguiente dia y me le encontré ya instalado en su nuevo *estudio*, que era el mismo gabinete del dia anterior: como tiene confianza conmigo me hizo sabedor de todas las condiciones de aquel *traspaso*, y aun me añadió que para que la mistificacion fuese completa tenia ya solicitado el mismo empleo que dejó su antecesor, cosa que no le podia negar el ministro, por ser, como era de pensar, amigo suyo; por lo demas en la casa nada se habia mudado, si no era un retrato en el tocador de la señora, y un original en su corazon.

Ayuntamiento de Madrid

De doce á una.

I.

« Toujours triste ou fougueux, pestant contre le jeu, ou d'avoir perdu trop, ou bien gagné trop peu. »
Regnard.

Ora frenético y loco,
ora triste y abatido;
ya porque mucho ha perdido,
ya porque ha ganado poco.

Cuando Madrid se llamaba capital de dos mundos, y cuando las minas del Potosí desaguaban en su recinto, entonces no teníamos *Bolsa;* ahora tenemos Bolsa, pero en cambio hemos perdido los mundos, las minas, y el Potosí.

En aquellos felices tiempos todo el sistema de hacienda estaba reducido á necesitar dos y gastar cuatro (porque habia estos cuatro); en el dia por el contrario, todo el chiste está en necesitar cuatro y componerse con dos... y gracias si se puede contar con estos dos. Es verdad que todo se halla equilibrado por el feliz sistema de las compensaciones, y de este modo si perdimos nuestra

Ayuntamiento de Madrid

superioridad metálica, nos hallamos, Dios sea bendito, con que hemos adquirido la científica; si no tenemos dinero, tenemos libros y cátedras en que instruirnos sobre la *teoría del crédito*, y podemos convencernos por ellos de que el pedir prestado es un signo favorable de riqueza (sobre todo cuando el que pide se propone no pagarlo nunca). Tenemos tambien *caja de amortizacion*, donde todo se amortiza, capital é intereses: tenemos una grata variedad de documentos de crédito de todas formas y de diverso primor artístico: *Inscripciones*, *certificaciones*, *transferibles*, *no negociables*, *títulos al portador*, *resíduos*, *cupones*, *acciones*, *dividendos*, *y billetes del Tesoro*; todo de muy entretenida vista por la multitud de sellos, cifras y contraseñas, ademas del notable ahorro de canastillos de paja y talegos de arpillera. Tenemos, en fin, *Bolsa de comercio* en donde poder usar de aquella baraja, y tratar de despojarnos cordialmente unos á otros por medio de atrevidas apuestas y demas lances que constituyen el entretenido *juego* de *fondos públicos*.

Otros eran, en verdad, aquellos tiempos en que el honrado comerciante dirigia desde su bufete las mas grandiosas empresas, espedia sus buques cargados de nuestros deliciosos frutos al Callao ó á la Vera-Cruz; ora recibia los ingeniosos artefactos de Manila ó el cacao de Caracas, ora contentándose con mas moderada y segura ganancia limitaba sus operaciones al descuento de letras,

Ayuntamiento de Madrid

y cambio de fondos en las diversas plazas mercantiles.

En el dia tal clase de negocios solo queda para gentes apocadas de suyo y que carecen de la inteligencia y el valor necesario para lo que en lenguaje técnico llamamos *meterse en la Bolsa*, y á la verdad ¿cómo la perspectiva de un mezquino interes de doce ó quince por cierto al año podria lisonjear á un atrevido especulador que lanzándose en el juego público sueña en el mismo espacio de tiempo cuadruplicar su capital?

Verdad es que, como dice un adagio vulgar, "no todo lo que reluce es oro," y que tales suelen ser los resultados de estas gigantescas operaciones, que destruyan en breves momentos las fortunas mas sólidas y acreditadas. Pero los hombres en sus proyectos de ambicion acostumbran generalmente á mirarlos solo por el lado favorable, y el resplandor que difunde uno solo que alcance á conseguir un buen resultado, ofusca y hace olvidar la multitud inmensa que quedaron arruinados por levantarle. Semejantes al atrevido navegante que fija la imaginacion en las delicias del puerto, no reflecsiona que su bajel marcha sobre los restos de otros infinitos á quienes animaba la misma esperanza.

En vano los escritores moralistas y concienzudos han intentado probar los inconvenientes de tales empresas; en vano han dicho y repetido que destruyen el comercio, que atacan á la moralidad

Ayuntamiento de Madrid

de las familias, que ponen en contínuo peligro á los gobiernos y á las naciones; los hombres del dia no han querido escuchar tales plegarias; y no contentos con seguir su inclinacion, la han reducido á sistema; han compuesto libros en su elogio, y la teoría del crédito ha encontrado aduladores, como los encontraria la peste, si la peste tuviera dinero para pagarlos. Inútil es, pues, cuanto se declame; la esperiencia acredita que cuando se abre una puerta en el templo del interes, cierran las suyas la filosofia y la razon.

No por eso conviene que queden abandonados los argumentos de estas, y el hombre inesperto sin otra brújula para caminar en el mundo que su propia reflecsion. Carga es, pues, noble del escritor filósofo el trazarle un fiel espejo en que mire sus deberes y los peligros á que le espone la ambicion; si despues de ello gusta lanzarse en tan funesta via, por lo menos no será por ignorancia de los escollos; algunos podrá evitar teniendo presente aquella pauta, y siquiera no sirviese ella mas que para precaver á un individuo solo, ese solo individuo será una noble conquista de la virtud sobre el vicio; esa sola conquista será un nuevo laurel para la frente del escritor.

Ayuntamiento de Madrid

II.

Don Honorato Buenafé, rico comerciante de una de nuestras primeras capitales, habia llegado á una edad avanzada, disfrutando por su probidad de una reputacion honrosa, y en posesion de la inmensa fortuna que le habian proporcionado sus negocios mercantiles. Satisfecha ya su noble ambicion de legar á su familia un buen nombre y un puesto distinguido en la sociedad, trató de dar grato reposo á su imaginacion en los últimos años de su vida, y al efecto liquidó sus negocios; y dividiendo en dos su casa-comercio, puso al frente de cada una de ellas á uno de sus hijos, á quienes habia de antemano educado convenientemente para la carrera á que pensaba destinarles.

Ambos jóvenes por fortuna manifestaban á ella la mayor inclinacion, al paso que ayudados de los conocimientos adquiridos, prometian aplicar á su giro toda aquella inteligencia que es necesaria. El carácter sin embargo de los dos disentia notablemente, y prometia imprimir á sus negociaciones respectivas un sello peculiar.

Benigno (que asi se llamaba el mayor) se distinguia por su espíritu metódico y reflecsivo; pensaba mucho, y obraba lentamente; pero su constancia y regularidad le aseguraban hasta cierto

Ayuntamiento de Madrid

punto un écsito seguro, aunque tardío. El cambio de frutos coloniales, el giro de letras, las anticipaciones á un premio moderado; tales eran sus negocios favoritos, y el tiempo un necesario elemento que combinaba en ellos con su interes y su inteligencia. La mas pequeña comision, el negocio de menor cuantía eran por él mirados con la misma atencion, con igual celo que aquellos de primer orden. La esactitud de sus libros de caja podia servir de modelo; y el estilo de su correspondencia llevaba todo el sello de la honradez y de la minuciosidad. Con este sistema, si se quiere rutinario y apocado, es verdad que no duplicó en poco tiempo su capital, ni ofuscó con su brillo el nombre paterno; pero al cabo de cada año resultaba de su *balance* un progreso cierto, al paso que su reputacion se aseguraba mas y mas. Para colmo de su felicidad habia escogido una esposa que le amaba tiernamente, y que participando en un todo de su buen juicio, cuidaba de dirigir noblemente aquella economía interior que los hombres solemos despreciar, y cuya falta viene á ser la lima que consume lentamente las mas sólidas fortunas.

Enrique, el otro hermano menor, estaba dotado, segun se dice en el mundo, de mas elevadas miras, de mas brillantes cualidades. Su educacion tambien habia sido distinta de la de su hermano; este jamas habia salido de su pais, y acostumbrado toda su vida á aquel sistema uniforme

Ayuntamiento de Madrid

y á aquellos mismos objetos, gozaba tranquilamente de ellos. Enrique por el contrario, habia viajado mucho; habia visitado las capitales estrangeras, y las mas famosas plazas mercantiles; se preciaba de sabio economista, y como él decia gran *financiero;* tenia una selecta librería, gustaba de hablar y disputar largamente, y obraba en todo con precipitacion, que él apellidaba valor y energía.

Desde el instante en que á vuelta de cien consejos saludables recibió la emancipacion paternal y se vió al frente de su casa, trató de disponerla en un todo diversa de la de su hermano, dándola aquel estilo que habia observado en varias estrangeras, y que él llamaba *sabor europeo.* Para ello dejó á su hermano los viejos muebles, los antiguos dependientes, las inmemoriales corresponsales de la casa; y pareciéndole una capital de provincia estrecho recinto á sus gigantescas disposiciones, se trasladó á la corte, y se estableció en ella con toda la brillantez que le sugeria su ecsaltada imaginacion.

Desdeñando como era de esperar los negocios comunes, vió en las operaciones hursátiles el ancho campo adonde podria lucir los grandes recursos de su fantasía. Era precisamente la época en que recien establecida la Bolsa de Madrid se convertian á ella todos los conatos de los grandes capitalistas, y cada dia servian de objeto á la conversacion general las inmensas fortunas realizadas

Ayuntamiento de Madrid

en breves horas por especuladores atrevidos. Enrique, que habia sido testigo de iguales portentos en otras capitales, y en cuya imaginacion estaba siempre fija la idea de un *Roschild;* que contaba con grandes conocimientos en el juego de fondos públicos, y que ademas podia emprenderle desde luego con un mediano capital, no se descuidó un punto en ello, y desde los principios sus numerosas y osadas operaciones llamaron á su casa á todos los agentes de cambio, y su firma ó endoso fue señal obligada en todos los créditos en circulacion. En vano su esperimentado padre y su prudente hermano, temerosos de tanta fortuna, le ecshortaban continuamente en sus cartas á la prudencia, describiéndole este último con los mas vivos colores la felicidad que disfrutaba en su medianía, la tranquilidad de su imaginacion, las dulzuras de su vida doméstica, el respeto y cariño de sus amigos y convecinos. Enrique se contentaba con responderles el resultado de sus operaciones; que su capital se hallaba cuadruplicado, y que al vencimiento de ciertos plazos esperaba realizar diez tantos mas.

Y era asi en efecto la verdad; lisonjeado por la pérfida fortuna, que cual muger coqueta, se complace en aturdir y sujetar con sus favores á aquel amante á quien cuenta luego sacrificar, se diria que una estrella favorable presidia á todas sus operaciones, á todos sus empeños. Los sucesos públicos que tanto influyen en el alza ó la baja de

Ayuntamiento de Madrid

los fondos, parecia que se modelaban y desenvolvian á medida de su necesidad y de su deseo; si compraba *al contado*, luego inmediatamente subia el papel; si vendia *á plazo*, bajaba de precio para que él pudiese cumplir con menos sacrificio. De este modo en pocos meses llegó á realizar un capital inmenso, capital suficiente á satisfacer otra ambicion que no fuera la suya.

Su lujo y sus necesidades crecian sin embargo en razon directa de su fortuna, y deseoso de asociar á ella otra por lo menos correspondiente, contrajo matrimonio con una rica heredera, y brilló por un momento con todo el esplendor que él habia imaginado en sus sueños orientales.

Si va á decir la verdad, en este estado, al parecer tan dichoso, era el hombre menos feliz que puede imaginarse. Devorado constantemente de deseos superiores á la realidad; entregado dia y noche á combinaciones y cálculos complicados; contando las horas que le acercaban á los términos de sus contratos; pendiente de la ruina ó de la fortuna de sus co-negociantes; acosado por la multitud de propuestas de nuevos empeños; lanzado en los círculos políticos para calcular mas acertadamente los sucesos futuros; agitado, en fin, con el peso de mil compromisos, de mil responsabilidades de que pendia continuamente su completa fortuna ó su desgracia irreparable, su vida era una continuada fiebre, un perpetuo delirio, que ni el sueño podia interrumpir, ni el ruido de

Ayuntamiento de Madrid

los festines alcanzaba á templar. ¡Miserable riqueza la que se compra á costa de la vida, y miserable el mortal que no reconoce término á su ambicion!

Pero cuando la prosperidad hubo llegado al suyo; cuando la caprichosa fortuna dando la vuelta á su rueda dijo á su protegido: "hasta aqui llegarás;" cuando todos los medios de su elevacion se convirtieron rápidamente en agentes de su caida, ¿cómo parar el torrente asolador de mil desgracias, causadas unas por imprudencia, otras por misteriosa fatalidad? Ni ¿cómo pintar el frenesí de un hombre que mecido hasta alli apaciblemente por las olas, mira estrellarse su bajel á la entrada del puerto, y caer una á una todas las ilusiones de su fantasía?

La situacion de Enrique en tales momentos entra en el número de aquellas inesplicables, y á que la pluma parece rehusarse. Baste decir que aquella brillante llama de su fortuna se apagó aun mas rápidamente que fue encendida; que llegó un tiempo en que los cálculos mas bien dirigidos le fallaron, que las operaciones mas sencillas se volvieron en contra suya. Ni sus inmensos bienes, ni los de su esposa, ni el poderoso ausilio de su hermano (de aquel hermano á quien él despreciaba por metódico y apocado) bastaron á hacer frente á sus responsabilidades; hasta que acosado por ellas, perseguido por sus acreedores, y conservando en su corazon un sentimiento de orgullo,

Ayuntamiento de Madrid

desapareció de su casa y de su pais, corriendo á ocultar su vergüenza al otro lado de los mares.

De este modo pasó aquel astro brillante; de este modo se apagó su fantástico resplandor. Sintiéronlo sus acreedores y comensales; sus amigos miraron su caida con indiferencia; sus enemigos con alegría; los demas hombres se complacieron en ignorarla, y unos y otros continuaron por el mismo camino peligroso como si tal no hubiese acontecido, y si alguna vez la imaginacion les recordaba á su pesar la desgracia de Enrique, achacábanla á imprudencias y ligerezas de que todos se creían siempre dispensados.

III.

El reloj de la Puerta del Sol acaba de dar las doce... ¡hora fatal que va á decidir la suerte de cien familias, que va á lanzar á unas en la miseria por crecer y aumentar la opulencia de las otras! Hora que es preciso aprovechar, porque los minutos corren, y la ley previene que dentro de los sesenta que median *de doce á una* se traten y cierren todos los negocios, todos los contratos de fondos públicos... ¡Qué agitacion, qué movimiento en todas las avenidas del templo de la fortuna...! Ved al magnífico comerciante, á aquel que preside y gobierna á un centenar de

Ayuntamiento de Madrid

dependientes, dejar entregados á estos sus libros y su correspondencia, y vestirse precipitado, y correr en la mayor agitacion, consultando el reloj cada minuto, y sin quererse detener con la multitud de importunos que vienen á saludarle. Observad al prosáico mercader, que fia la vara á su consocio, y marcha por medio de la calle registrando cuidadosamente su abultada cartera. Dejad paso al birlocho del agente de cambios, á la carretela del político financiero, al inevitable paraguas del viejo prestamista, al agitado movimiento del baston del elegante jugador.

Todos vienen á refluir á un mismo punto; todos dirigen el rumbo á Filipinas, á las Filipinas de la calle de Carretas... Entrad si podeis en aquel angustioso recinto... alli nada se paga á la entrada; ¡lo que se paga es la salida...! Un elegante salon cerrado de cristales, y circundado por una galería, sirve de escena á aquel interesante drama... Varios atributos y pinturas simbólicas en la pared, y sendos tableros en los frentes con los artículos correspondientes de la ley, os hacen ver que ella autoriza todas aquellas operaciones...; repartidos en distintos sitios los nombres de las plazas mercantiles, Amsterdam, Génova, Lisboa, Lóndres, Nápoles, París, Petersburgo y Viena; como que quieren dar á entender que tenemos comercio con ellas; y cuatro estátuas colosales, que representan la España y la Paz, Mercurio y Neptuno, estan alli en buena compañía y de toda eti-

Ayuntamiento de Madrid

queta como gentes que apenas se conocen entre sí.

En el centro del salon, y dentro de una elegante tribuna circular, el *anunciador oficial* de los cambios recibe las notas de los agentes y las publica en alta y desapacible voz, y en derredor de la verja que cierra el *estrado* se agitan y agrupan los celosos concurrentes con una prolongada oscilacion, con un monótono zumbido, semejante al que suele formar un enjambre de abejas; movimiento y ruido que cesan instantáneamente cada vez que la máquina parlante del estrado prorumpe en esta espresion: "*Se han hecho... dos millones de reales, en certificaciones sin interes... al cinco y tres octavos por ciento, á sesenta dias ó voluntad del comprador...*;" y vuelve inmediatamente el murmullo, y el removerse en distintas direcciones, y el correr unos tras otros, y el hablarse al oido, y el hacerse señas de inteligencia, y el rascarse la frente, y el ahuecarse el corbatin, y el abrir y cerrar carteras, y el humedecer con la lengua los lapiceros, y el alzar los ojos al cielo como para recibir inspiraciones, y el leer cartas, y el formar corrillos, y el adelantarse y volver atras, y el escudriñar respectivamente los semblantes para adivinar en ellos por qué lado se pueden sorprender. Los unos mas inespertos ó mas arriesgados andan de aqui para alli proponiendo sus negociaciones; los otros veteranos permanecen inmóviles escuchando con aparente frialdad las propuestas de los corredores; cuáles disputan so-

Ayuntamiento de Madrid

bre las probabilidades de *alza* y los lances de la guerra, y las elecciones, y los fondos estrangeros; cuáles afectan desdeñosamente ocuparse en hablar de los toros, de la ópera y de las *grisetas* de París. La mas agitada espresion brilla en la fisonomía de aquellos; en estos la calma y la sonrisa burladora, y no pocos, simplemente curiosos, revelan en su semblante una admiracion estúpida, y abren un palmo de boca á cada operacion que oyen pregonar. Los agentes de número, verdaderos impulsantes de aquella máquina, reinas de aquella colmena, corren de un lado á otro con una prodigiosa actividad, se introducen en los grupos, dan palmaditas en el hombro de aquel, llaman aparte á este, dicen dos palabras al oido del otro, ó reciben con un movimiento de cabeza una señal del de mas allá...

— ¿Medio millon de cuartos al 20$\frac{1}{2}$ á sesenta dias? — No. — ¿*Prima* de uno? — Vaya. — ¿Dos millones al 5 al contado? — Los tomaré si hay plazo. — ¿Firma segura? — La de... — (Aqui un fruncimiento de labios, y se separan sin hablarse mas.)

— Señor agente, aqui tengo esos 200ↄ reales del 5. — Pues; todos á vender... no puede ser, nadie toma nada, no se encuentra dinero... — Eh... — Allá voy. — Palabra: ¿puede usted proporcionarme *un pico* de 200ↄ reales al 5? — Dificil será... yo no sé en qué consiste... hoy el papel está muy buscado; aguarde usted un momento. — Eh,

Ayuntamiento de Madrid

caballerito, ¿á cómo daba usted su papel? — Al precio corriente, al 20. — Imposible. — Vaya al $19\frac{3}{4}$. — ¿Acomoda al medio? — Sea. — (Y la voz pública pregona:) *Se han hecho un millon de reales títulos del* 5 *por ciento al* $20\frac{1}{2}$ *al contado.* — ¿Lo ve usted? ¿no lo decia yo? — Ya, pero esa es una operacion hecha á primera hora, y luego lo de usted es un pico y... —

Mas volvamos la cabeza á ese otro corrillo ruidoso y agitado... Son políticos que impolíticamente disputan sobre los sucesos públicos, y hablan de congresos y notas diplomáticas, y citan testigos y correos que acaban de llegar, y el mas condecorado dice con solemnidad que la Inglaterra acaba de pasar á cuchillo á los Dardanelos, y que el Czar de Rusia ha mandado tapiar la Puerta Otomana; y mil que le escuchan con los ojos espantados empiezan á temblar como azogados y se apresuran á ofrecer su papel á menos precio, y el cambio baja, y el político se da prisa á comprar, y luego vuelve á reunir el corro, y les dice que no pasen cuidado, que ya el Gran Señor tiene preparadas para este caso las escalas de Levante, y Meternick ha improvisado un congreso en las islas del Polo; con lo cual se restablece la calma y el precio vuelve á subir, y mi especulador geógrafo realiza su papel con beneficio.

Esta agitacion va creciendo sucesivamente por minutos á medida que va acercándose la hora de conclusion, y ya en los últimos momentos es

Ayuntamiento de Madrid

inesplicable el movimiento, la indecision, el estado febril de la mayor parte de los concurrentes. Uno entre ellos, agitado por la ambicion, impulsado por la esperanza, duda, recapacita, vuelve, torna, mira el reloj, mira los semblantes, quisiera preguntar á las estátuas lo que debe hacer... ¡miserable, detente, la suerte de tu esposa y de tus hijos penden de esa tu resolucion...! El vendedor le asedia, la hora se acerca, la campana fatal va á sonar... — ¿Con que toma usted ó no esos dos millones? — Hombre... — Pronto, que tengo ya comprador. — ¿Qué hora es? — Mire usted, un minuto falta nada mas. — Pero... — Que va á cerrarse, que da la hora... — Venga acá.— Enhorabuena. — *Se han hecho, dos millones de reales, títulos del 5 al 21 por ciento al contado.* = LA UNA; suena la campana; el anunciador prosigue... *Concluye la negociacion de fondos públicos, y continúan las demas operaciones comerciales.*

No bien dice estas palabras todos los concurrentes se apresuran á recoger sus bastones y paraguas y abandonar aquel recinto. De alli á pocos minutos todo queda en silencio, y el que por casualidad entrase despues, solo encontraria en él cinco figuras que se asombran ellas mismas de verse juntas, á saber: la *España*, la *Paz*, *Neptuno*, *Mercurio*, y el *anunciador* del crédito nacional.

Ayuntamiento de Madrid

El coche Simon.

I.

Hay en Madrid un Simon
que se alquila... no sé dónde,
y tiene mas aventuras
que Gil Blas ó Don Quijote.
Su figura es de caldera,
verde y negro sus colores,
no tiene muelles de ce,
ni persianas ni faroles;
Ni menos en sus costados
se ostentan empresas nobles,
ni guarnecido pescante
con dobles cifras de bronce.
Modesto en su sencillez,
holgado en sus dimensiones,
tan cerca está de cajon
como distante de coche;
Y á no ser por cuatro ruedas
que se mueven, si no corren,
tomáranle por sepulcro
ó babilónica torre.

Ayuntamiento de Madrid

Arrastran con harta pena
esta máquina deforme
dos mulas que fueron bravas
en mil ochocientos doce.
De la historia de estas mulas
pudiera decir primores,
mas dejarélo esta vez
para contar la del coche.

Fue primero de un marqués
que vino de no sé dónde
á pretender... ¡feliz siglo!
una venera en la corte.
Esto prueba que las cruces
tan caras eran entonces,
como baratas se dan
en estos tiempos que corren.
Llegado que hubo á Madrid
quiso ostentar sus doblones,
que no hay para pretender
como pretender en coche.
Y á falta de los talleres
de Bruselas ó de Lóndres,
un ambulante artificio
buscó por toda la corte;
A tiempo que un gran maestro
(no le nombran los autores)
daba el último barniz
al recien nacido coche.
Sacóle el marqués de pila,

Ayuntamiento de Madrid

luego sus armas le pone,
campo de plata y dos zorras
trepantes á un alcornoque.
Ufano con tal conquista,
por las calles de la corte
salió á lucir y ostentar
su bolsa y prosapia nobles.
¡Cielos, á cuántas envidias,
á qué ingratos sinsabores
dió lugar la tal carroza
en nuestro Prado de entonces!
¿Quién dirá las aventuras,
las intrigas, los honores
que valieron al marqués
estos cuatro tablejones?
Por ellos venció á las diosas,
por ellos mandó á los hombres,
por ellos adquirió gota,
ciencia, orgullo y acreedores;
Hasta que en ellos cruzado
y entre estolas y blandones
le llevaron á enterrar,
y pasó al concurso el coche.

II.

En virtud de providencia
del señor don Juan Quirós,

Ayuntamiento de Madrid

de esta coronada villa
teniente corregidor;
En los autos del concurso
del marqués de... que finó
por óbito abintestato
y han radicado ante nos
El infrascrito escribano
que firma esta relacion,
ordena su señoría
que por cuanto el acreedor
Ha probado su derecho
y la hipotecaria accion
que tiene por mil ducados
al coche que aquel dejó,
Se le endone y adjudique
en íntegra posesion
la referida carroza
tasada en igual valor.
Mandólo su señoría
en Madrid, y lo firmó
á veinte y cuatro de agosto
de mil ochocientos dos.

Ya tenemos á mi coche
con nuevo dueño y señor,
un viejo capitalista
bien cuidado y solteron
Que en las campañas de Venus
altos lauros alcanzó;
azote de los maridos,

Ayuntamiento de Madrid

de las mugeres patron.
Dedicaba por entonces
su secsagenario amor
á una viuda de cuarenta
doña Mencía Albornoz,
Bella tinaja con piernas,
hermoso guardacanton.
¿Qué don pudiera ofrecerla
un apasionado amor
Como una máquina amiga
que á influjo de bestias dos
imprimiese movimiento
á volumen tan atroz?
No sabré decir el cómo,
pero ello se celebró
cuadruple alianza entre aquellas,
la señora y el señor.
Y riéndose del mundo,
libres de vientos y sol,
vivieron encajonados
en íntima relacion,
Como una parte del coche,
como en su celda el castor,
el gusano en su capullo
ó en su concha el caracol.
La muerte, que se complace
en destruir con furor
todas las dichas del hombre,
por este tiempo alcanzó
A aquella dulce pareja,

Ayuntamiento de Madrid

y... ¡cielos! ¡en qué ocasion!
cuando no cabiendo ya
dentro del coche su ardor,
Acababan de adornarle
con emblemas de pasion;
dos corazones flechados,
y riéndose el amor.

—¡Jesus! qué estraños emblemas;
llámenme pronto á un pintor
que borre esas heregías
y ponga el santo cordon,
el báculo y el capelo,
y la cruz del Redentor. —
Esto decia el obispo
que aquel coche remató,
é hisopo y agua bendita
aplicaba al interior
para purgar los pecados
que supuso con razon.
Ya que fue purificado,
el muy ilustre señor
subió con sus familiares
á tomar la posesion.
¡Qué vida la que mi coche
por aquel tiempo pasó!
Ni un capellan de las Huelgas
puede contarla mejor.
Una novena á san Gil,
y luego á tomar el sol

Ayuntamiento de Madrid

al paseo de la ronda
ó al camino de Alcorcon;
O un viajecito hasta Atocha
á visitar al prior,
y luego volverse á casa
al toque de la oracion.
¡Qué vida! vuelvo á decir;
pero aquel tiempo pasó,
y vino otro de cuidados,
de sustos y agitacion.
Un ministro... ¡ay que no es nada!
al obispo sucedió
de aquel histórico coche
en la grata posesion.
Nuevo impulso y movimiento
á sus ejes imprimió,
que estaban entumecidos
por el reposo anterior.
De palacio al ministerio,
desde el consejo al salon,
desde la audiencia al teatro,
desde el dominio al favor.
¡Pobre coche, que agitado
por el mar de la ambicion
caminas á todos vientos
tras un fantástico honor!
¿Qué se hiciera aquel reposo
que un dia te permitió
saborear de la ecsistencia
el progreso bienhechor?

Ayuntamiento de Madrid

¿Qué, mísero, has alcanzado
en premio de tu ambicion
sino llegar mas aprisa
al término del favor?
Que mucho brillas, me dices,
que escuchas de tu patron
altos secretos de estado
reservados á los dos.
Que todos te reverencian
como á tan alto señor,
y escuchas del que suplica
en torno tuyo la voz.
¡Ay cuitado! ¿no reparas
en el cielo del favor
miserable nubecilla
que ve con desprecio el sol?
Pues mírala cuál creciendo
el firmamento ocupó
y roba al astro del dia
su fúlgido resplandor.
Y mira al mortal gusano,
que á su lumbre se ensalzó,
cuál vacila, y tiembla, y cae
de la tormenta al furor.
¡Pobre coche! tu menguada
nulidad te defendió,
quedando para testigo
de tu infamia y tu baldon.
Y vino un hombre sin nombre
que tus favores vendió,

Ayuntamiento de Madrid

y en pago á tus demasías
y ridícula ambicion,
Riéndose á un pueblo entero
por escarnio te entregó,
para que puedas decir
en sentida esclamacion:
¡Aprended, coches, *de mí*,
lo que va de ayer á hoy!

III.

De un anchuroso corral
sobre la menguada puerta
que asienta en el interior
de una sucia callejuela,
En letras greco-romanas
y ortografía caldea,
dice "*Aquí se alquilan coches*"
una envejecida muestra.
Yacen en el interior,
sin guardas y á la inclemencia,
cien carrozas que otro tiempo
ornaron la corte regia.
Y ora tristes, abatidas
por el tiempo y la miseria,
en un lupanar de coches
lloran su pública afrenta.
Míranse en él confundidos,

Ayuntamiento de Madrid

sin gerarquía y sin regla,
mil románticos recuerdos,
mil clásicas esperiencias.
Alli el almagrado coche
que arrastraron seis colleras,
está llorando festines
y soñando en la Alameda.
Alli el bombé vacilante
que dejó el doctor Postema,
reza y murmúra aforismos
y latines de receta.
Mas allá hay una berlina
con cifras y otros emblemas,
de uno que fue al hospital
sin zapatos ni calcetas.
Aqui un sucio faeton,
alli una gran carretela,
que fue premio en otro tiempo
de una virtud de Lucrecia.
Y agrupadas á un rincon
se miran cuatro calesas
que á queso y á vino puro
trascienden á media legua.
En tan sucia compañía,
y en situacion tan adversa,
un coche tambien... ¡Dios mio!
(casi no acierta la lengua.)
Un coche... ¿si será él?
un coche... sí, el mismo era,
el del marqués, del obispo,

Ayuntamiento de Madrid

del ministro, y... ¡santa Tecla!
¡Ay! quién fuera Garcilaso
para esclamar: "Dulces prendas,
aqui por mi mal halladas,"
con lo demas que se deja.
¿Y habrá despues ¡oh fortuna!
quien fie en tu faz risueña,
y no te vuelva la espalda
antes que tú se la vuelvas?
Mas tornemos á mi coche
y dejemos las sentencias,
que dicen bien en un libro
con tal de que no se lea.

En hábito verdi-negro,
como ya descrito queda,
ha transformado sus galas,
sus timbres y sus preseas;
Y los caballos normandos
en dos mulas peli-negras,
que corrieron ha veinte años
todas las ferias manchegas.
Piloto de aquel timon,
sentado en su delantera
un infanzon de Cantabria
tiene en sus manos las riendas.
Un capote franciscano
su tosca persona encierra,
y un sombrero des-alado
metido hasta las orejas.

Ayuntamiento de Madrid

Cantando está á media voz,
mientras que las ocho suenan,
las glorias de Covadonga
por el son de la muñeira;
Y en tanto las pobres mulas
pensando estan en que piensan,
y de este pienso mental
se sostienen y alimentan.
Otro animal de dos pies
como el que en la proa asienta,
sube con pena á la popa
y á los tirantes se cuelga.
Con que la tripulacion
queda del todo completa,
dos mulas y dos rocines,
y sumadas cuatro bestias.
Las ocho suena el reloj,
se abre del corral la puerta,
y en oblicuo movimiento,
y en marcha angustiosa y lenta
Tiran torcidas las mulas
á impulsos de la correa,
y anunciando un fin cercano
crujen girando las ruedas.
Por las calles de la corte,
y á riesgo de las aceras,
la máquina informe arrastra,
dando á quien la mira pena;
Y entre silbos y reniegos
en menos de una hora llega

Ayuntamiento de Madrid

á la puerta del letrado
que va á charlar á la audiencia.
Embarca en él su persona
medio cura y medio enferma,
y saca las doctas mangas
por entrambas portezuelas.
Luego que llega al consejo,
mientras su derecho alega,
cochero y mozo liquidan
la propina en la taberna.
Con que añaden á su celo
de Yepes azumbre y media,
para hacer mas llevadero
el trabajo de la vuelta.
Despues del pleito, á visitas
con la letrada y su suegra,
cinco chiquillos y una ama,
dos pasantes y una perra.
Vuelta despues al corral;
ya don Timoteo espera
para ir á misa de dos
del Buen-Suceso... á la puerta.
La misa ya se ha acabado;
mas por cuanto la marquesa
al ver á don Timoteo
se siente un poco indispuesta.
Él, á fuer de hombre gentil,
la ofrece su carretela,
y á fin de tomar el aire
van camino de la Venta.

Ayuntamiento de Madrid

En vano el pobre Simon
les grita que den la vuelta,
que hace falta en un bautizo
antes de las cuatro y media.
Suéltanle á las cinco, en fin,
toma el paso á media rienda,
y en casa de la parida
á oir maldiciones llega.
Suben en él la madrina,
el padrino, la pasiega,
los hermanos, el autor,
y el chico con falda nueva.
Cien pillos de todo el barrio,
que ha vomitado una escuela,
van corriendo tras el coche;
ya suben en la trasera;
Ya trepan á los estribos;
ya se agarran de las ruedas;
ya gritan: "Señor padrino,
¿cuándo baja la moneda?"
Ya hacen gestos al Simon;
ya al lacayo desesperan,
apoyando sus razones
en alguna que otra piedra.
En tal dia, es de cajon,
va la gente á la comedia,
y el coche hasta media noche
embargan y saborean.
Y en tanto las tristes mulas
guardando siempre la dieta,

Ayuntamiento de Madrid

y cuando dan vuelta á casa
hasta en su sombra tropiezan.

Otro dia... ¿pero acaso
pretendo que sea eterna
esta triste relacion,
y que en crónica se vuelva?
¿No ha de acabarse jamas?
¿ni cómo narrar pudiera
uno á uno los sucesos
que en sus páginas encierra?
Baste decir que en enero
hay un san Anton, y hay *vueltas;*
que hay máscaras en febrero
y en marzo hay Pepes y Pepas.
Que abril encierra una pascua;
mayo á san Isidro fiesta;
junio noche de san Juan
con fandango y con vihuelas;
Julio ostenta de sus toros
las entretenidas fiestas,
y en agosto Manzanares
brinda con húmeda arena.
Viene setiembre despues
con sus históricas ferias,
y sus fiestas de Pozuelo,
Carabanchel y Vallecas.
Y octubre empieza á mostrar
sus frios y calles puercas,
y noviembre sus difuntos,

Ayuntamiento de Madrid

diciembre su Noche-buena.
Y en todos meses del año
hay cortejos y hay cortejas,
y hay revistas, besamanos,
y hay visitas y hay audiencias.
Y hay tontas á quien se engaña
con una máquina de estas,
y hay jugadores que ganan,
y hay empleados que medran.
Y hay indianos de San Lucar,
y hay sin condados condesas,
y hay nobleza que ostentar,
y hay que encubrir la miseria.
De todos estos primores
puede este coche dar cuenta;
mas por desgracia no sabe
por qué carece de lengua.
Yo viéndole sordo-mudo,
en descargo de su pena
quise atreverme á formar
(puesto que no soy poeta)
En estos *clásicos* versos
esta *clásica* leyenda,
á riesgo de que el lector
clásicamente se duerma.

Ayuntamiento de Madrid

Madrid á la luna.

I.

«En el silencio oscuro su belleza
desnuda de afeitadas fantasías
le descubre al pintor naturaleza.»
Pablo de Céspedes.

Madrid es para mí un libro inmenso, un teatro animado, en que cada dia encuentro nuevas páginas que leer, nuevas y curiosas escenas que observar. Algunos años van transcurridos desde que cansado de estudiar mentalmente en dicho libro, cedí á la fuerte tentacion de leerle en alta voz, quiero decir, de comunicar al público mis menguadas observaciones; y sin embargo, todavía no encuentro agotada la materia, antes bien los límites del campo que me tracé cada dia se retiran á mi vista, en términos que primero que el espacio entiendo que han de faltarme las fuerzas para recorrerle.

En esta animada óptica, en este panorama moral, unas veces me ha tocado contemplar sus

Ayuntamiento de Madrid

cuadros á la brillante luz del sol de mediodia, otras al dudoso reflejo del crepúsculo de la tarde; cuándo embalsamados con el suave ambiente de primavera, cuándo entristecidos por las densas nubes invernales; ya inmensos, agitados y magníficos, ya reducidos á límites estrechos y grotescas figuras.

Pero hasta el dia (lo confieso con rubor) no habia parado la imaginacion en uno de los mas interesantes espectáculos, y estaba muy lejos de sospechar que en aquella misma hora en que apagando mi linterna y cerrando el ventanillo, me entregaba tranquilamente á ordenar en mi memoria cualquiera de las escenas anteriores, la naturaleza próvida é infatigable me brindaba con una de las mas interesantes y magníficas, esto es, *Madrid iluminado por la luna.*

Si yo fuera partidario de la escuela rancia, no dejaria de empezar aqui mi narracion por un brillante apóstrofe á la señora Diana, con el *¡oh tú!* de costumbre, y suplicándola que suspendiendo por aquella noche su rato de bureo con el consabido pastorcillo cazador, tuviese á bien prestarme su influjo y su *rayo macilento* para dibujar un cuadro tan pálido y dormilon como ella misma.

O bien, siguiendo el moderno estilo, me dejaria de apóstrofes y de deidades paganas, y encaramándome á una altura (la de san Blas por ejemplo) miraria dibujarse en el espacio, y á la luz del astro de la noche, las elevadas cúpulas de

Ayuntamiento de Madrid

la capital; mi imaginacion las prestaria vida, y convirtiéndolas en gigantescos monstruos, miraríalas

"levantarse, crecer, tocar las nubes,"

y dirigir sus fatídicos agüeros al pueblo incauto que se agitaba á sus pies, y que probablemente seguiria tranquilo su camino sin escucharlas ni entenderlas.

Cualquiera de estos dos estremos prestaria sin duda interes á mi discurso, y convertiria hácia él la atencion de mis oyentes; pero asi creo en las visiones fantásticas como en las deidades de la mitologia, y eso me dan las metamorfósis de Ovidio como los monstruos de Victor Hugo; porque en la luna solo tengo la desgracia de ver la luna, y en las torres las torres, y en el pueblo de Madrid una reunion de hombres y de calles y de casas que se llama la *muy noble, muy leal, muy heróica, imperial y coronada villa y corte de Madrid.*

II.

Hacia ya larga media hora que todos los relojes de la capital sonaban sucesivamente las once de la noche. Los hermosos reverberos (una de las señales mas positivas del progreso de las luces en estos últimos tiempos) iban negando sus reflejos, y cediendo al nocturno fanal la alta mision de ilu-

Ayuntamiento de Madrid

minar el horizonte; por manera que el primer rayo de la luna servia de señal al último destello del último farol; combinacion ingeniosamente dispuesta que honra sobremanera á los conocimientos astronómicos del director del alumbrado. Los encargados subalternos de esta artificial iluminacion recogian ya sus escalas y antorchas propagadoras; las tiendas y cafés cerrando sus puertas despedian políticamente á sus eternos abonados; y los criados de las casas cerrando tambien sus entradas dirigian una tácita reconvencion á los vecinos perezosos ó distraidos. Veíase á algunos de estos llegar apresurados á ganar su mansion antes que la implacable mano del gallego se interpusiese entre ellos y la cena; y llegando á la puerta y encontrándola ya cerrada, daban los golpes convenidos, y el gallego no parecia; y volvian á llamar una vez y otra, y se desesperaban grotescamente hasta que se oía acercar un ruido compaseado semejante á los golpes de un batan ó á las descargas de artillería, y eran los férreos pies del gallego que bajaba, y medio dormido aun, no acertaba la cerradura, y apagaba la luz, y se entablaba entre amo y mozo un diálogo interesante y entre puertas, hasta que, en fin, abiertas estas iba desapareciendo en espiral el rumor de los que subian por la escalera.

Los amantes dichosos habian concluido ya por aquella noche su periódica tarea de suspiros y juramentos, y trocaban el aroma de sus diosas res-

Ayuntamiento de Madrid

pectivas por el grato olorcillo de la ensalada y la perdiz; en el teatro habia muerto ya el último interlocutor, y *Norma* se metia en el simon, y *Antony* tomaba su paraguas para irse á dormir tranquilamente, á fin de volverse á matar á la siguiente noche; el zeloso amo de casa hacia la cuotidiana requisa de su habitacion, y se parapetaba con llaves y cerrojos; la esposa discutia con el comprador sobre varios problemas de aritmética referentes á su cuenta; y el artesano infeliz en su buhardilla descansaba tranquilo hasta que viniesen á herir su frente los primeros rayos del sol.

No todo, sin embargo, dormia en Madrid. Velaba el magnate en el dorado recinto de su gabinete, agotando todos los recursos de su talento para llegar á clavar la voluble rueda de la fortuna; velaba el avaro creyendo al mas ligero ruido ver descubierto su escondido tesoro; velaba el amante bajo el balcon de su querida esperando una palabra consoladora; velaba el malvado probando llaves y ganzúas para sorprender al infeliz dormido; velaba el enfermo contando los minutos de su agonía, y esperando por momentos la luz de la aurora; velaba el jugador sobre el oscuro tapete viendo desaparecer su oro á cada vuelta de la baraja; velaba el poeta inventando situaciones dramáticas con que sorprender al auditorio; velaba el centinela mirando cuidadosamente á todos lados para dar en caso necesario el

Ayuntamiento de Madrid

alerta á sus compañeros dormidos; velaba la alta deidad en el baile siendo objeto de mil adoraciones y agasajos; velaba la infeliz escarbando en la basura para buscar en ella algun resto miserable del festin.

Y sin embargo, en medio de este general desvelo, la poblacion aparecia muda y solitaria; las largas filas de casas eran un fiel trasunto de las calles de un cementerio, y solo de vez en cuando se interrumpia este monótono silencio por el lejano rumor de algun coche que pasaba, por el ahullido de un perro, ó por el lúgubre cantar del vigilante que en prolongada lamentacion esclamaba... *¡Las doce en punto!* y... *sereno.*

III.

No se puede negar que la persona de un *sereno* considerada poéticamente tiene algo de ideal y romancesco que no es de despreciar en nuestro prosáico, material y positivo Madrid, tan desnudo de edad media, de góticos monumentos y de ruinas sublimes.

Un hombre que, sobreviviendo al sueño de la poblacion, está encargado de conservar su sosiego, de vigilar su seguridad, de conjurar sus peligros, tiene algo de notable y heróico que no hubieran desdeñado Walter Scott ni Byron si hu-

Ayuntamiento de Madrid

bieran vivido entre nosotros. Dejemos á un lado el mezquino interes que sin duda le mueve á abrazar tan importante mision; no por ser recompensado con otro mas alto deja de ser noble la tarea del defensor armado de la seguridad del pais, la del abogado, escudo de la inocencia, la del público funcionario, autorizado servidor de los intereses del pueblo.

Cuando todo el vecindario, abandonando sus respectivas tareas, entrega sus cansados miembros al necesario reposo, cuando los gobernantes abandonan por algunas horas el peso de su autoridad, y los gobernados buscan en el recinto de sus hogares el grato premio de sus fatigas, el uso positivo de sus mas halagüeños derechos, el sereno abandona su modesta mansion, y se arranca á los brazos de su esposa y de sus hijos (que tambien es padre y esposo), viste su morena túnica, endurecida por los vientos y la escarcha, toma su temible lanzon, cuelga á la punta el luciente farolillo, y sale á las calles ahuyentando con su vista á los malvados, que le temen como al grito de su conciencia, como al espejo de sus delitos y acusador infatigable de la ley.

Durante su monótono paseo, ora reconoce una puerta que los vecinos dejaron mal cerrada, y les llama para advertirles del peligro; ora sosiega una quimera de gentes de mal vivir rezagadas á la puerta de una taberna; ya impide con su oportuna llegada la atrevida tentativa de un ratero, y

Ayuntamiento de Madrid

salva y acompaña hasta su casa al miserable transeunte á quien aquel asaltó; ya presta su formidable apoyo al baston de la autoridad para descubrir un garito ó proceder á una importante captura. Noblemente desinteresado en medio de tan variadas escenas, deja gozar de su reposo al descuidado vecino, sin ecsigirle siquiera el reconocimiento por el peligro de que le ha libertado, por el servicio que acaba de prestarle sin su noticia; y cuando todavía en su austero semblante se notan las señales del combate que acaba de sostener, ó de la tempestuosa escena que acaba de presenciar, alza sus ojos al cielo, mira la luna, muda, quieta, impasible, como su imaginacion; presta el atento oido al reloj que da la hora, y rompe el viento con su voz, esclamando tranquila y reposadamente: *¡La una menos cuarto!* y... *sereno.*

No sé si he dicho (y sino lo diré ahora) que aquella noche por un capricho, que algunos calificarán de estravagante, me habia propuesto acompañar al buen Alfonso, el vigilante de mi barrio, en su nocturno paseo, y que para poder hacerlo con mas libertad, habia creido conveniente aceptar un capoton y un chuzo como los suyos, que me prestó.

No se rian mis lectores de esta transformacion de mi esterioridad; otras no tan momentáneas, aunque no menos ridículas, vemos y contemplamos todo los dias sin estrañeza; un trage humilde, una corteza grosera, suele á veces encubrir

Ayuntamiento de Madrid

la inteligencia del alma; ¡y cuántas veces un magnífico uniforme suele servir de disfraz á un tronco rudo!

Mi voluntario sacrificio de algunas horas tenia por lo menos un objeto noble. Yo soy un hombre concienzudo y chapado á la antigua, que gusto de estudiar lo que he de escribir, y tratándose ahora de las costumbres de alta noche, creí indispensable una de dos cosas: ó que el sereno se hiciese escritor, ó que el escritor se transformase en sereno. Lo segundo me pareció mas facil que lo primero.

IV.

Ya habia un buen ratillo que andábamos, sin ocurrirnos cosa que de contar sea, cuando al pasar por bajo de unos balcones de una casa principal, hirió dulcemente nuestros oidos una grata armonía de instrumentos. Alzamos involuntariamente la vista, y al resplandor de la suntuosa iluminacion que ecshalaban las ventanas, vimos dibujarse en la pared de enfrente los fantásticos movimientos de mil figuras elegantes que acompañaban los acordes de la orquesta, encontrándose y separándose á compas. Varios grupos estacionarios é inamovibles, ocupando los balcones, formaban entretenidos episodios en este cuadro interesante

Ayuntamiento de Madrid

y animado, y veíanse circular por la sala multitud de familiares, con sendas bandejas distribuyendo refrescos y confitura; y escuchábase el confuso murmullo de mil diálogos interesantes; y sentíase el aroma de cien químicas preparaciones, y todo era risa y algazara, y movimiento y vida, y dulzuras y placer.

El anchuroso portal, decorosamente reforzado con el apéndice del farolon de gala, mirábase henchido de mozos y lacayos que mataban el tiempo cambiando la calderilla á las sublimes combinaciones de la brisca, ó durmiendo al dulce influjo del mosto bienhechor; y á la puerta varios coches y carretelas demostraban la alta categoría de aquella magnífica concurrencia.

Cuando mas embelesados estábamos en esta contemplacion, un ruido penetrante que se aproximaba sucesivamente nos hizo esperar la llegada de nuevas y magníficas carrozas, y ya los cocheros que ocupaban la calle se replegaban y abrian paso de honor á los recien venidos. El ruido, sin embargo, llegó á hacerse sospechoso por una disonancia *sui generis* que no es facil comparar con otra alguna; y al revolver la esquina de la calle la brillante comitiva, nuestras narices acometidas de improviso nos dieron á conocer la verdad del caso.

Un movimiento eléctrico hizo desaparecer á todos los grupos de los balcones, y cerrar los cristales, y huir todos y refugiarse al medio del salon,

Ayuntamiento de Madrid

y prestarse mutuamente pañuelos y frasquillos, y cruzarse las sonrisas y miradas burlonas de inteligencia, y esperar todos á que aquella ominosa nube pasase de largo. Mas... ¡oh desgracia! el imperturbable conductor pára y detiene su primera máquina de guerra (en que montaba) delante de la misma puerta del sarao; á su voz le imitan igualmente todos los demas funcionarios con sus respectivos instrumentos, y sin hacer alto en la consternacion del concurso, ni en la incongruencia de su determinacion, se preparan á ejecutar sus profundos esperimentos en el pozo mismo de la casa en cuestion.

Los criados corren presurosos á avisar al amo del grave peligro que amenaza; este horrorizado baja la escalera vestido de rigorosa etiqueta con zapato de charol y guante blanco; busca y encuentra al director de aquella escena, le suplica que dilate hasta el siguiente dia su operacion; otras veces le amenaza, le insulta y... todo en vano; el grave funcionario responde que no está en su mano el complacerle, y que tiene que obedecer al mandato de sus gefes. Este diálogo animado se estereotipa en la imaginacion de todos los concurrentes; las damas acuden á buscar sus *schales* y sombreros, los galanes toman capas y *surtous*; los lacayos corren á hacer arrimar los coches; el amo patea, y grita, y ruega á todos que no se vayan, que todo se compondrá; nadie le cree, y los salones van quedando desiertos, los músicos envuel-

Ayuntamiento de Madrid

ven en las bayetas sus instrumentos, y toda la concurrencia, en fin, gana por asalto la calle, procurando evitar los ominosos preparativos, cerrando herméticamente sus narices, y corriendo precipitados á buscar otra atmósfera no tan mefítica y angustiosa.

Nuestro ausilio no fue del todo inútil en tan crítica situacion, antes bien pudimos servir, y servimos con efecto, á reunir las discordes parejas que por efecto de la distraccion y aturdimiento propios de semejante catástrofe, tomaban un coche por otro, ó emprendian un camino diametralmente opuesto al que llevaba la familia. Uno de estos grupos episódicos reclamó mi ausilio, para disipar sin duda con mi presencia cualquier sospecha que pudiera infundir á un marido, por poco zeloso que fuese, el verlos llegar tan solos y á tales horas. Comprendí, pues, toda la importancia de mi papel, que era nada menos que representar á la sociedad, defendiendo los derechos del ausente, y en su consecuencia traté de llenar mi deber en términos, que sospecho que el galan mas de una vez me dió á todos los diablos, y hubiera querido no haber tropezado con mi inevitable farol.

Al avistar la casa de la señora, vimos asomar por otra esquina á la demas familia, acompañada casualmente por el buen Alfonso. Trocados el santo y seña, nos reconocimos todos, depositamos nuestro respectivo convoy, y yo, obser-

Ayuntamiento de Madrid

vando las miradas escrutadoras del esposo y su enojo mal reprimido, no pude menos de verter una gota de bálsamo en su corazon.—"Tranquilícese usted (le dije al oido), su esposa de usted es *todavía* digna de su amor; la sociedad entera ha velado por ella en mi persona; pero cuenta, señor marido, que no todos los dias está la sociedad de *vigilante*, ni todos los faróles son tan concienzudos como el mio." — Dicho esto desaparecimos bruscamente sin dar lugar á mayores esplicaciones con el buen hombre, que no acertaba á volver del pasmo y á dar gracias á la sociedad, que por servirle se habia escondido bajo el pardo capuchon de un sereno.

No habíamos andado largo trecho, luego que nos quedamos solos, cuando al volver la esquina de una callejuela hirieron simultáneamente nuestros oidos varias voces acongojadas que gritaban *¡favor! ¡ladrones, ladrones!*— Redoblamos nuestros pasos; Alfonso suena su pito, y muy luego por todas las boca-calles vemos relumbrar sucesivamente los faroles de sus compañeros que acuden á la señal. Corre la voz de que hay peligro, ocúpanse los desfiladeros, y de alli á un instante se siente una carrera precipitada de uno que escapaba gritando: "*A ese, á ese; al ladron, al ladron.*" — Los guardas de la noche no se dejan engañar por este ardid, antes bien enfilan sus lanzones, dirigiéndolos hácia el que corre; este, vien-

Ayuntamiento de Madrid

do ocupadas todas las salidas, intenta volver atras; mas ya no es tiempo; el círculo de los serenos se estrecha, y se encuentra el malhechor en medio de ellos, sufriendo su terrible interrogatorio, y los mas temibles reflejos de los faroles, asestados á su semblante, y á cuyo resplandor se revela en él la turbacion del crimen, que en vano intenta disimular. Cuadro interesante y animado, no indigno por cierto del pincel de nuestros célebres artistas.

Alli mismo se improvisó una cuerda, y ligado convenientemente fue encargado á dos de los aprehensores para conducirle al cuerpo de guardia, en tanto que los demas corrian á prestar su ausilio á los vecinos de la casa asaltada. Estos juraban y sostenian que algun otro malvado se habia escurrido hácia los tejados; y asi era la verdad, y que sin duda lo hubiera conseguido, gracias á la ligereza de sus piernas, en contraposicion á la gravedad de las de los perseguidores, á no haber asomado en aquel mismo momento la ronda del barrio con sus respectivos alguaciles de presa, los cuales, destacados que fueron al ojeo, regresaron muy luego de las alturas trayendo muy bien acondicionado al fugitivo.

"Todas la cosas á ratos
tienen su remedio cierto,
para pulgas el desierto,
para ratones los gatos."

Ayuntamiento de Madrid

Disipada, en fin, aquella tumultuosa escena, volvimos Alfonso y yo á nuestro solitario paseo; y aquel, que vió restablecido el silencio, y que era la ocasion oportuna para volver á lucir la sonoridad de su garganta, tosió dos veces, escupió, echó la cabeza fuera del capuchon, y con brio y magestad lanzó al viento el consabido canto llano... *¡Los dos en punto!* y... *sereno.*

En este mismo instante empezaba á nuestra espalda otra escena que á juzgar por la obertura no podia menos de ser brillante y divertida. Una escogida orquesta de cencerros y esquilones, almireces y regaderas; obligada de periódicos bemoles producidos por aquel instrumento grosero, hasta en el nombre, formaba un estrépito original y estravagante que contrastaba singularmente con el silencio anterior. Semejante modo de hablar simbólico tiene esto de bueno, que espresa rápidamente, y no da lugar á dudas ó interpretaciones. Asi que luego que oimos el sonido del cencerro, no dudamos que aquello podia ser una *cencerrada*, y al escuchar los fúnebres acordes de la *Lira de Medellin*, luego nos figuramos que se trataba de boda ó cosa tal.

Éralo en verdad; y los malignos felicitadores dirigian aquel agasajo á un honrado tabernero que en aquel dia acababa de trocar sus doce lustros de vida y cuatro de viudez con una calcetera tambien viuda, tambien vieja, y tambien honrada;

Ayuntamiento de Madrid

determinacion heróica y altamente social, que en vez de ser recompensada con tiernos epitalamios y coronas de laurel, celebraban sus amigos con aquella algazara que es ya de estilo para el que vuelve á encender segunda vez la antorcha del himeneo.

Un sentimiento de piedad, que sin duda produjo en Alfonso el recuerdo de su esposa, le movió á proteger la inviolabilidad de aquel primer sueño conyugal, y á disipar aquella tormenta que por lo menos tendia á interrumpirle por largo rato. Consiguiólo en efecto, gracias á su persuasiva autoridad, y luego que vió desamparada la calle, no pudo resistir á un movimiento de orgullo, dando á conocer al tendero el servicio que acababa de dispensarle, y esclamó: *¡Las dos y media!* y... *sereno.*

"Gracias, amigo," dijo á este tiempo una aguardentosa voz, escapada de una como cabeza que asomó envuelta en un gorro como verde por el ventanillo de la tienda. Y tras esto una mano amiga pasó por el mismo conducto un vaso de Cariñena que hizo regocijar al buen Alfonso, el defensor del orden público y de los derechos conyugales.

Nuevos y nuevos sucesos ecsigian en aquel momento nuestra franca cooperacion. Una muger desgreñada y frenética atravesaba la calle para rogarnos que fuésemos á la parroquia á pedir la estrema-uncion para su hijo... y por el opuesto

Ayuntamiento de Madrid

lado un hombre, sin sombrero y sin corbata, nos acometia, empeñándonos á acompañarle para ir á casa del comadron á rogarle que viniera á ejercer su ministerio cerca de su esposa. Fue, pues, preciso dividirnos tan importantes funciones; el compañero marchó con la muger á la parroquia, y yo á casa del comadron con el marido. Y al volver á encontrarnos, el uno con el nuncio de la vida, y el otro con el angel de la muerte, no sé lo que pensaria Alfonso; pero yo de mí sé decir que me ocurrieron reflecsiones que acaso no dirian mal aqui.

Una sola calle en todo el cuartel no habíamos visitado en toda la noche, negándose constantemente Alfonso á entrar en ella, no sin escitar mi natural curiosidad. Pero, en fin, instado por mí, y sin duda conociendo que ya podria ser hora oportuna, penetramos en su recinto, y luego reconocí la causa misteriosa de aquella reserva. Érase un apuesto galan embozado hasta las cejas, y tan profundamente distraido en sabrosa plática con un bulto blanco que asomaba á un balcon, que no echó de ver nuestra llegada, hasta que ya inmediatos á él, Alfonso tosió varias veces, y acercándose al preocupado galan, "buenas noches, señorito." — ¿Cómo? ¿pues qué hora es? — Las tres y media acaban de dar. — Un profundo suspiro, que tuvo luego su eco en el balcon, fue la única respuesta. Y el bulto blanco desapareció, y la misteriosa capa tambien. —

Ayuntamiento de Madrid

Al llegar aqui no pude menos de respetar en Alfonso el Dios tutelar de aquel misterio, y comparando esta escena con la anterior, eché de ver que entre la vida y la muerte hay todavía en este mundo alguna cosa interesante y placentera.

Patética iba estando mi imaginacion, sin que bastase á distraerla el sabroso diálogo que poco despues entablamos con un hombre que yacía tendido en medio de la calle, el cual, inspirado por el influjo del mosto que encerraba en su interior, se soñaba feliz en los brazos de su esposa, y dirigia sus caricias al inmediato guarda-canton; asunto eminentemente clásico, y digno de la lira de Anacreonte.

En esto un perro ladró, y luego ladraron dos perros, y despues cuatro, y en seguida diez, y por último ladraron todos los perros del barrio, y Alfonso esclamó con alegría: — "ya viene Colás, y el dia no puede tardar tampoco." — ¿Y quién era (esclamarán sin duda mis lectores) este nuncio del sol, este héroe matinal, á quien aclamaban en coro todos los cuadrúpedos vivientes? — ¡Ahi que no es nada! Era Colás, el investigador de misterios escondidos entre el polvo y la inmundicia, el descubridor de ignoradas bellezas, químico analizador de la materia, sustancia que se adhiere á las sustancias de valor, disolvente metal que sabe separar el oro de la liga y vengar con su ciencia la injusticia de la escoba. Armado con su gancho protector, recorre sucesivamente los

Ayuntamiento de Madrid

depósitos que los vecinos han colocado á sus puertas, y busca su subsistencia en aquellos desperdicios que los demas hombres consideran por inútiles y arrojadizos. Y como la raza canina cuenta tambien con aquellos mismos desperdicios como base de su ecsistencia, y la ley (¡ injusta ley hecha al fin por los hombres!) ha investido al *trápero* de una autoridad perseguidora hácia aquella clase, no hay que estrañarse del natural encono con que le miran, ni que las víctimas saluden á su paso al sacrificador, con aquel interes con que lo harian si él fuera ministro de Hacienda, y ellos fueran los contribuyentes.

En sabrosa plática departian Alfonso y Colás sus mutuos sentimientos, entre tanto que yo apoyado en una esquina saboreaba las consideraciones que me inspiraba aquella escena, y ya me disponia á abandonarla y á despojarme de mi misterioso disfraz, cuando el sonido de una campana estraña llamó rápidamente la atencion de Alfonso, que con el mayor interes interrumpe su diálogo, aplica el oido, cuenta uno, dos, cuatro, cinco golpes; y esclama... *¡Las cuatro menos cuarto...!* y *¡fuego en la parroquia de Santa Cruz!*

Inmediatamente corren precipitados todos los serenos; cuáles á avisar á los obreros, cuáles á reunir á los aguadores de las fuentes; estos á acompañar las máquinas, aquellos á dar aviso á la autoridad. En un momento las calles se pueblan

Ayuntamiento de Madrid

de gentes que corren hácia el sitio del incendio; los carros de las mangas parten precipitados para alcanzar el premio de la que llega primero; cruzan las ordenanzas de los puestos militares; aparecen las autoridades con sus rondas; y unos y otros refluyen por distintos puntos al sitio del incendio. Esta escena era magestuosa é imponente; iluminada de un lado por los últimos rayos de la luna, de otro por el lúgubre resplandor de las llamas; animada por un conjunto numeroso de operarios que acudian á hacer trabajar las máquinas, á estraer las personas y muebles, á cortar el progreso del incendio, ofrecia un golpe de vista por manera interesante y animado.

No faltaban, en verdad, sus grotescos episodios; no faltaba manga que ecshalaba su respiracion por un lado dirigiendo su benéfico raudal á la pared de enfrente, no sin grave compromiso de los curiosos vecinos que campeaban en los balcones; no faltaba hombre aturdido que para salvar de las llamas un precioso reloj, le arrojaba violentamente por el balcon; ni quien propusiera apagar el fuego á cañonazos, ni quien derribar una casa inmediata para ponerla á cubierto de todo temor.

Pero el celo era grande; la filantropía de la mayor parte de los operarios, digna del mas cumplido elogio. Los serenos, colocados en semicírculo delante de la casa incendiada, custodiaban los efectos; las patrullas disipaban á la parte innece-

Ayuntamiento de Madrid

saria de la concurrencia; los vecinos prestaban sus casas á los infelices víctimas de aquella catástrofe; la autoridad procuraba regularizar los movimientos de todos y dirigirlos al fin comun. Por último, despues de un largo rato de inútiles tentativas, pudo llegar á cortarse el vuelo de las llamas; y sucesivamente todo fue entrando en el orden, hasta que ya disipado el peligro, cada uno pensó en retirarse á descansar.

Los cantos de las aves anunciaban ya la próxima aparicion de la aurora; las puertas de la capital daban entrada á los aldeanos que acudian á proveer los mercados; las tiendas de aguardiente se entreabrian ya para ofrecer su alborada á los mozos compradores; los ancianos piadosos seguian el misterioso son de la lejana campana que anunciaba la primera misa; y los honrados guardas nocturnos iban desapareciendo y apagando sus ya inútiles faroles.

Alfonso á este tiempo hizo alto delante de una modesta habitacion, y con mayor alegría que en el resto de la noche esclamó: *¡ Las cinco en punto!* y... — "*Ya bajo*," — le contestó desde la buardilla una voz que supuse desde luego ser la de su cara mitad.

Conocí que era llegado el momento de separarnos; entreguéle chuzo y capoton, y restituido á mi forma primera, volví á ser actor en un drama agitado del que toda la noche habia sido *sereno* é indiferente espectador.

Ayuntamiento de Madrid

Antes, ahora, y despues.

I.

«El tiempo se ve retratado con ecsactitud en las generaciones vivas; de suerte que los viejos representan lo pasado, los jóvenes lo presente, y los niños el porvenir.»

Adisson.

La filosófica observacion de un célebre moralista, que queda estampada como epígrafe del presente artículo, nos conduciria como por la mano á entrar de lleno en aquella cuestion tantas veces agitada de la mayor ó menor corrupcion de los tiempos; y despues de bien debatida, sucederíanos lo que de ordinario acontece, esto es, que acaso no sabríamos decidirnos entre los recuerdos pasados, la actualidad presente, y las esperanzas futuras.

Las mugeres, segun la observacion tambien esacta de otro autor crítico, son las que forman las costumbres, asi como los hombres hacen las leyes; quedando igualmente por resolver la eterna duda de cuál de estas dos causas influye

Ayuntamiento de Madrid

principalmente en la otra, á saber: si las costumbres son únicamente la espresion de las leyes, ó estas vienen á producirse como el reflejo de aquellas.

Parece, sin embargo, lo mas acertado el creer que este es un círculo sempiterno en que quedan absolutamente confundidos el principio y el fin, pues si vemos muchos casos en que el legislador se limitó á formular las costumbres y las inclinaciones de los pueblos, tambien hay otros en que estos se vieron arrastrados por la atrevida mano del legislador.

De todos modos no puede negarse que la educacion es la base principal que sustenta y modela casi á voluntad el carácter del hombre, y de aqui la importancia de las leyes que la dirijan; tambien habrá de convenirse en que las mugeres estan llamadas por la naturaleza á prestar al hombre los primeros cuidados, á inspirarle sus primeras sensaciones, á desenvolver sus primeras ideas; y hé aqui esplicada tambien naturalmente la otra observacion, ó sea su influencia en el futuro desarrollo de la sociedad.

Todas estas y otras muchas verdades se ven materializadas, por decirlo asi, en cada pais, en cada ciudad, en cada casa. Mas cuenta, que no á todos es dado el apreciar distintamente el espectáculo que delante se les presenta; no todos saben adivinar sus causas, medir sus efectos, calcular sus consecuencias; el libro de la vida todos le escriben,

Ayuntamiento de Madrid

muy pocos son los que aciertan á leer en él; y allí donde por lo regular acaba el horizonte del vulgo, suele empezar el del filósofo observador.

II.

«Mucho mas locas las viejas
son en Madrid que las mozas,
y es natural, porque llevan
muchos mas años de locas.»
Leon de Arroyal.

Doña Dorotea Ventosa, de quien ya en otra ocasion tengo hablado á mis lectores (1), era una señora que por mal de sus pecados tuvo la fatal ocurrencia de nacer en los felices años del reinado de Carlos III; y si bien esta circunstancia no fuese averiguada mas que de ella misma, y del señor cura de la parroquia, y pareciese hallarse desmentida por las contínuas modificaciones y revoques de su persona monumental, sin embargo, los arqueólogos y amantes de antigüedades (que como es sabido tienen la descortés osadía de señalar fechas á todo lo que miran) creyeron poder arriesgarse á colocar la del nacimiento de nuestra heroina á los setenta y cinco del pasado siglo, mes mas ó menos.

(1) Véase el tomo II del *Panorama Matritense*, artículo titulado *Las tres tertulias*.

Ayuntamiento de Madrid

Nacida de padres nobles, y sesudamente originales, en aquellos tiempos en que los españoles no se habian aun traducido del francés, vió deslizarse sus primeros años en aquel reducido círculo de sensaciones que constituían por entonces la felicidad de las familias; y el respeto á señores padres y el santo temor de Dios eran los únicos pensamientos que alternaban en su imaginacion con los juegos infantiles. Enseñáronla á leer, lo necesario para hojear el *Desiderio y Electo* y las *Soledades de la vida;* y en cuanto á escribir, nunca llegó á hacerlo, por considerarse en aquellos tiempos la pluma como arma peligrosa en las manos de una muger. No bien cumplió doce años, y antes que la razon viniese como suele á perturbar la tranquilidad de su espíritu, fue colocada en un convento, donde aprendió á trabajar mil primorosas fruslerías, y á pedir á Dios en una lengua que no entendia, perdon de unos pecados que no conocia tampoco.

El amor paterno, velando por su porvenir en tanto que ella dormia y crecia en el seno de la inocencia, negociaba con eficacia un ventajoso matrimonio para cuando llegase el momento de salir al mundo; y no bien hubo cumplido los diez y ocho años de su edad, fue vuelta á la casa paterna, y desposada de allí á pocos meses con un hombre á quien ella apenas conocia, pero que tenia la ventaja de colocarla en una brillante posicion, y añadir á sus apellidos siete ú ocho apellidos mas.

Ayuntamiento de Madrid

Pasó, pues, sin transicion gradual, desde el dominio de la hermana superiora al mas positivo del marido superior. Porque es bien que se sepa que por entonces todos los maridos lo eran, y tenian mas punto de contacto con la arrogancia de los árabes, que con la acomodaticia cortesanía francesa.

Covencidos, no sé si con razon, de lo peligroso que es el aire libre y el contacto de la sociedad á la pureza de las costumbres femeniles, tocaban en el opuesto estremo; y convertian sus casas en fortalezas, sus mugeres en esclavas, y en austera obligacion los voluntarios impulsos del amor.

Ya se deja conocer, y todas mis lectoras convendrán en ello, que sistema tan descortés supone como si dijéramos una sociedad incivilizada, una ilustracion en mantillas, y todas las jóvenes darán en el interior de su corazon mil gracias al cielo por haberlas hecho nacer en un siglo mas filosófico y conciliador. Pero esto no es del caso, ni ahora la ocasion del obligado encomio del siglo en que vivimos; todo ello podrá tener su lugar mas adelante, por ahora habremos de reposar la imaginacion en los últimos años del que pasó.

Nuestra bella mal maridada llevó con paciencia el primer año de aquel tiránico amor: en este punto hay que alabarla la constancia, que en el dia podria hacerla pasar por una nueva Penélope; pero, al fin, el primer año pasó, y vino

Ayuntamiento de Madrid

el segundo; y entonces observó que su marido siempre era el mismo; un señor por otro lado muy formal y muy buen cristiano, pero sin espada ni redecilla, ni botones de acero, ni mucho sebo en el peluquin; que entonces las mugeres se enamoraban de las pelucas, como ahora se enamoran de las barbas. Observó que á su edad (que tenia ya veinte cumplidos) todavía no sabia bailar el bolero, ni cantar la tirana, ni habia podido tomar partido entre Costillares y Romero, ni sabia qué cosa era el arrojar confites á Manolito García; cosas todas muy puestas en razon, y que para servirme de una espresion galo-moderna, *hacian furor* por aquellos tiempos de gracia. Advirtió que su casa era siempre su casa, y las ventanas siempre con celosías, y el perro siempre acostado á la entrada, y el Rodrigon siempre en acecho á la salida, y los muebles siempre silenciosos, y los libros siempre Santa Teresa y Fray Luis, y las estampas siempre el Hijo pródigo y las Bodas de Caná.

Por algunas espresiones sueltas de algunas amigas (que nunca faltan amigas para venir á enredar las casas) llegó á adivinar que estramuros de la suya habia alguna otra cosa que no era ni su marido, ni sus pájaros, ni sus celosías, ni sus tiestos, ni sus *lignum crucis*, ni sus San Juanitos de cera. Supo que habia teatros y toros, y meriendas, y Prado, y abates, y devaneos; y como la privacion es salsa del apetito, rabió por los

Ayuntamiento de Madrid

abates y por las meriendas, y por el Prado y por los toros, y por la comedia y por los devaneos.

Pero á todos estos estraños deseos hacia frente la faz austera del esposo, que rayando en una edad avanzada, y práctico conocedor de los peligros mundanos, se consideraba en el deber de apartar de ellos con vigilante constancia á su jóven compañera, sin que esta por su parte se lo agradeciese, como que solo veía en ello un esceso de egoismo, y una implacable manía de ejercer con ella su conyugal autoridad.

Desengañada, en fin, de la inutilidad de sus esfuerzos para quebrantar sus odiosas cadenas, hubo de conformarse al reducido círculo de sus obligaciones domésticas. Por fortuna el amor maternal pudo hacerla mas halagüeña su ecsistencia: tres hermosos niños vinieron sucesivamente á endulzarla; criábalos ella misma, por no haberse establecido aun la funesta moda que releva á las madres de este sublime deber; vivia con ellos y para ellos, y sus gracias inocentes casi la llegaron á reconciliar con unos lazos que antes miraba como tiránicos y opresivos.

Desgraciadamente de estos tres niños desaparecieron dos, antes que la muerte arrebatase tambien al papá, y cuando este acontecimiento vino á cambiar la ecsistencia de nuestra heroina, quedó esta á los cuarenta y ocho de su edad, con una sola niña de quince abriles que revelaba á la

Ayuntamiento de Madrid

mamá en sus lindas facciones una verdad que apenas habia tenido lugar de advertir, esto es, que ella tambien habia sido hermosa.

Las mugeres en general suelen tener dos épocas de agitacion y de ruido: una cuando en la primavera de la edad recogen los obsequios que la sociedad las dirige, y otra cuando vuelven á recibirlos en la persona de sus hijas. La mamá de que vamos hablando, por las razones que quedan dichas, no habia tenido ocasion de disfrutar de aquella primera época; pero nada la impedia aprovecharse de la segunda. Y como es una observacion generalmente constante que el que ha sido viejo cuando jóven, suele querer ser jóven cuando llega á viejo, déjase conocer la buena voluntad con que aprovecharia la ocasion de rendir al mundo el tributo que tan sin su voluntad le habia negado en tiempo.

Escudada con el pretesto de la hija, que suele ser en madres verdes el salvo-conducto de su ridícula disipacion, halagada por la fortuna con una brillante posicion social, dueña absolutamente de su persona y de sus bienes, y todavía no maltratada por el medio siglo que disimulaba su espejo, trató de indemnizarse de las privaciones pasadas por las delicias presentes. Abrió su casa á la sociedad, y se relacionó con las mas elegantes de la corte; dió bailes y conciertos, visitó teatros, dispuso giras de campo y lucidas cabalgatas, observó hasta la estravagancia los mas estraños pre-

Ayuntamiento de Madrid

ceptos de la moda, y como esta lo autorizaba y su posicion lo permitia tambien, supo fijar al dorado carro de su triunfo y disputar á su propia hija mil adoradores, que suspiraban por los bellos ojos de su bolsillo, y que ofuscados por su esplendor, sabian disimularla sus postizos adornos, su incansable é insulsa locuacidad, su dominante altivez y sus voluntariosos caprichos.

El tiempo, sin embargo, iba imprimiendo su huella cada dia mas hondamente en aquella agitada persona; pero ella, tenazmente sorda á sus avisos, disputaba paso á paso al viejo alado la victoria, en términos que á creerla, tenia el singular privilegio de caminar hácia su origen, pues si un año confesaba cuarenta, al otro no tenia mas que treinta y cinco, y al siguiente treinta y dos, hasta que se plantó en veinte y nueve, y ya no hubo forma de hacerla adelantar mas.

A la implacable rueca de las parcas oponia ella las tijeras de la modista, y la media caña del peluquero, y las preparaciones del químico; allí donde anochecia un diente de amarillento hueso, la industria corria presurosa á colocarla otro de oro purísimo y marfil; allí donde empezaba á amanecer la blanca cabellera, el arte sabia correr el denso velo de un elegante prendido.

..."¿Quién hay
que cuente los embelecos,
los rizos, guedejas, moños

Ayuntamiento de Madrid

que estan diciendo: *Memento, calva, que ayer fuiste raso aunque hoy eres terciopelo?*"

Ella, en fin, era un códice antiguo, cuidadosamente encuadernado en magnífica cubierta; un cuadro del Ticiano restaurado por manos profanas; casco viejo y carenado como aquel en que el inmortal Teseo marchó á libertar á los atenienses del tributo de Minos, del cual se cuenta que fue conservado por estos en señal de veneracion, reponiendo continuamente las piezas que se rompian, en términos que despues de nueve siglos, siempre era el mismo, aunque habia desaparecido del todo.

No sin ocultos zelos esta arrogante mamá veía crecer y desenvolverse diariamente las gracias de Margarita (que asi se llamaba la niña), y mas de una ocasion llegó á disputarla, con grandes esfuerzos, tal cual conquista que ella habia hecho sin ninguno. Bien hubiera deseado ocultarla á los ojos del mundo como un argumento vivo de su edad, ó como un formidable contraste de sus artificiales perfecciones; pero entonces se hubiera ella misma condenado á igual reclusion y silencio. Mas facil era hacerla pasar por sobrina ó por hermana menor, afectar con ella la mayor familiaridad, y renunciar á todo respeto; disminuir su brillantez con la sencillez de su trage; dejarla correr con sus amigas distinto rumbo y diversas

Ayuntamiento de Madrid

sociedades, y evitar, en fin, todo término posible de odiosa comparacion.

Las consecuencias naturales de semejante sistema no se hicieron esperar por largo tiempo; desamparada la jóven de la tutela y del escudo maternal, entregó inadvertidamente su corazon al primer pisaverde que quiso recogerle, y le entregó con tal verdad, que haciendo frente á la terrible oposicion de la madre (que quiso entonces usar de un derecho á que ella misma habia renunciado con su conducta), é impulsada por el primer movimiento de su pasion, imploró la proteccion de las leyes para satisfacer su voluntad, contrayendo matrimonio con el susodicho galan; y mientras esto sucedia, la mamá, libre ya absolutamente de toda trava y responsabilidad, se propuso dar rienda suelta á sus caprichos y disipacion, llegando á lograrlo en términos que solo fue capaz de atajarla una aguda pulmonía, que supo aprovechar la ocasion de la salida de un baile, para llevarla aun cubierta de flores á las afueras de la puerta de Fuencarral.

Ayuntamiento de Madrid

III.

«Ya la notoriedad es el mas noble atributo del vicio, y nuestras Julias mas que ser malas, quieren parecerlo.»
Jovellanos.

Dicho se está lo importante á par que dificil del acierto en la educacion de una muger. Hemos visto en el ejemplo anterior las consecuencias de la escesiva suspicacia paterna y de la opresion conyugal; pero antes de decidirnos por el opuesto término, bueno será fijar la vista en sus naturales inconvenientes. Y las siguientes líneas van á ofrecernos una prueba mas, de que asi es de temer en la muger el estremado rigor y la absoluta ignorancia, como la falsa ilustracion y una completa libertad.

Hemos dejado á Margarita en aquel momento en que colocada por su matrimonio en una situacion nueva, podia tomar su rumbo propio, y reducir á la práctica el resultado de su educacion y sus principios.

Poco queda que adivinar cuáles serian estos si traemos á la memoria el ejemplo de la mamá, y las apasionadas ecsageraciones que no podria menos de escuchar de su boca, contra la rígida severidad de sus padres y de su esposo. Añádase á

Ayuntamiento de Madrid

esto el contínuo roce con lo mas disipado y bullicioso de la sociedad, las conversaciones halagüeñas de los amantes, las pérfidas confianzas de las amigas, y la indiscreta lectura de todo género de libros; porque ya por entonces las jóvenes á vuelta de las *Veladas de la Quinta* y la *Pamela de Andreæs*, solian leer la *Presidenta de Turbel*, la *Julia* de Rousseau.

Por fortuna el carácter de Margarita era naturalmente inclinado á lo bueno, y ni las lecturas, ni el ejemplo, pudiera llegar á corromper su corazon hasta el estremo que era de temer; sin embargo, la adulacion continuada hubo de imprimirla cierto sentimiento de superioridad y de orgullo, que veía celebrado con el título de "amable coquetería;" la irreflecsion propia de su edad y de sus escasos conocimientos pudo á veces ofuscarla contra su verdadero interes; y esta misma veleidad y esta misma irreflecsion fueron las que la guiaron, cuando desdeñando otros partidos mas convenientes, dió la preferencia al jóven que al fin llegó á llamarla su esposa.

Era este, á decir verdad, lo que se llama en el mundo una conquista brillante, muy á propósito para lisonjear el amor propio de Margarita. Jóven, buen mozo, alegre, disipador, sombra fatal de todos los maridos, grata ilusion de todas las mugeres, cierto, que ni por su escasa fortuna, ni por sus ningunos estudios, ni por su carácter inconstante y altivo, parecia llamado á con-

Ayuntamiento de Madrid

quistar entre los demas hombres una elevada posicion social, y que hubiera representado un papel nada airoso en un tribunal ó en una academia; pero en cambio, ¿quién podia disputarle la ventaja en un estrado de damas, siendo el objeto de su admiracion, ó cabalgando á la portezuela de un coche sobre un soberbio alazan? Estas circunstancias, unidas á su buen decir, sus estudiados transportes, y su tierna solicitud, fueron mas que suficientes para dominar un corazon infantil, y alejar de él toda idea de calculada reflecsion.

Pudo, en fin, Margarita ostentar sujeto al carro de su triunfo aquel bello adalid, objeto de la envidia de sus zelosas compañeras; pudo al fin pasear el Prado colgada de su brazo, llamarse por su apellido, y darle de paso á conocer á él mismo la superioridad á que le habia elevado, y el respeto y el amor que le ecsigia en justa retribucion.

Las primeras semanas no tuvo por cierto motivo alguno de queja de parte su esposo; antes bien calculando por ellas, no podia menos de prometerse una ecsistencia de contentos y de paz. Siguiendo en un todo las mácsimas de la moda, ella era la que recibia las visitas, ella la que ofrecia la casa, ella la que reñia á los criados, ella la que disponia los bailes, ella la que presentaba al esposo á la concurrencia, ella, en fin, la que dominaba en aquella voluntad en otro tiempo tan altiva.

Ayuntamiento de Madrid

Entre tanto la suya se conservaba perfectamente libre, sin que ninguna observacion, ni la mas mínima queja, vinieran á turbar aquella aparente felicidad. Margarita (en uso de los derechos que nuestra moderna sociedad concede tan oportunamente á una muger casada) pudo desde el siguiente dia de su matrimonio entrar y salir cuando la acomodaba, recorrer las calles sin compañía, visitar las tiendas, pasear con las amigas á larga distancia del marido; pudo conversar con todo el mundo con mayor familiaridad y descoco, y dar á sus discursos cierto colorido mas espresivo y malicioso; ningun capricho de la moda, ninguna estravagancia del lujo estaban ya vedadas á la que podia titularse señora de su casa; y cuando á vuelta de pocas semanas advirtió, ó creyó advertir, los primeros síntomas de su futura maternidad... ¡oh! entonces ya no hubo género de impertinencia que no estuviese en el orden, capricho alguno que no se convirtiese en necesidad.

Llegó, en fin, despues de nueve meses de sustos y sinsabores, el suspirado momento del parto... ¡Santo Dios! todo el colegio de san Carlos era poco para semejante lance... pero en fin, la naturaleza, que sabe mas que cien doctores, no quiso que estos se llevasen la gloria de aquel triunfo, y antes que ellos acudiesen á estorbarla, salió á luz un primoroso pimpollo de muchacho, que fue recibido con sendas aclamaciones de toda la familia; y reconocido y bien manoseado por

Ayuntamiento de Madrid

una vecina vieja, se vió saludado por ella con aquel apóstrofe de costumbre: "clavadito al padre, bendígale Dios."

Al siguiente dia se celebró el bateo con toda solemnidad, y ya de antemano habian mediado acaloradas disputas sobre el nombre que le pondrian al muchacho; volviéronse á renovar aquella noche, y toda ella la pasaron el papá y la mamá haciendo calendarios, pues que el comun ya no sirve sino para gentes añejas de suyo, retrógradas y sin pizca de ilustracion. Bien hubiera querido el papá, á quien alguna cosa se le alcanzaba de historia, haber impuesto al jóven infante algun nombre sonoro y de esperanzas, como Escipion ó Epaminondas; mas por qué tanto la mamá aborrecia de muerte á griegos y romanos, y estaba mas bien por los Ernestos y los Maclovias, y otros nombres asi, cantábiles, mantecosos, y que naturalmente llevan consigo mayor sentimentalismo é idealidad. Y como en casos semejantes la influencia femenil raya en su mayor altura, no hay necesidad de decir mas, sino que Margarita consiguió su deseo, y que el chico fue inaugurado en el fantástico nombre de *Arturo*.

El amor maternal es un sentimiento tan grato de la naturaleza que cuesta mucho trabajo á la sociedad el contrariarle; asi que nuestra jóven mamá en los primeros momentos de su entusiasmo, casi estuvo determinada á criar por sí misma á su hijo, y como que sentia una nueva ecsis-

Ayuntamiento de Madrid

tencia al aplicarle á su seno y comunicarle su propio vivir; pero la moda, esta deidad altiva, que no sufre contradiccion alguna de parte de sus adoradores, acechaba el combate interior de aquella alma agitada, y apareciendo repentinamente sobre el lecho, mostró á su esclava la seductora faz, y con voz fuerte y apasionada —" ¿qué vas á hacer (la dijo), jóven deidad, á quien yo me complazco en presentar por modelo á mis numerosos adoradores? ¿vas á renunciar á tu libre ecsistencia, vas á trocar tus galas y tus tocados, tus fiestas y diversiones, por esa ocupacion material y mecánica, que ofuscando tu esplendor presente, compromete tambien las esperanzas de tu porvenir? ¿Ignoras los sinsabores y privaciones que te aguardan, ignoras el ridículo que la sociedad te promete, ignoras, en fin, que tu propio esposo acaso no sabrá conciliar con tu esplendor ese que tú llamas imperioso deber, y acaso viendo marchitarse tus gracias...?"

"No digas mas," prorumpió agitada Margarita, no digas mas; — y la voz de la naturaleza se ahogó en su pecho, y el eco de la moda resonó en los mas recónditos secretos de su corazon. Impulsada por este movimiento, tira del cordon de la campanilla, llama á su esposo, el cual sonrie á la propuesta, y conferencia con ella sobre la eleccion de madre para su hijo. Cien groseras aldeanas del valle de Pas vienen á ofrecerse para este objeto; el facultativo elige la mas sana y ro-

Ayuntamiento de Madrid

busta; pero la mamá no sirve á medias á la moda, y escoge la mas linda y esbelta; al momento truécanse su grosero zagalejo en ricos manteos de alepin y terciopelo con franja de oro; su escaso alimento, en mil refinados caprichos y voluntariosos antojos, y cargada con la dulce esperanza de una elegante familia, puede pasearla libremente por calles y paseos, y retozar con sus paisanos en la Vírgen del Puerto, y disputar con sus compañeras en la plazuela de Santa Cruz.

De esta manera pudo ser madre Margarita, y multiplicar en pocos años su descendencia, llenando la casa de *Carolinas* y *Rugeros*, *Amalteas* y *Pharamundos*, con otros nombres asi desenterrados de la edad media, que daban á la familia todo el colorido de una leyenda del siglo XIII. Y hasta en esto se parecia la casa á los dramas modernos, en que no habia unidad de accion, porque el papá, la mamá y los niños formaban cada uno la suya aparte, tan independiente y sin relacion, que sería de todo punto imposible el seguir simultáneamente su marcha.

Porque si nos empeñásemos en seguir al papá, le veríamos ya desdeñando la compañía de su esposa como cosa plebeya y anticuada, abandonar dia y noche su casa, correr con otros calaveras los bailes y tertulias, sostener la mesa del juego, proseguir sus conquistas, entablar y dirigir partidas de caza y viajes al estrangero, y afectar con su esposa una elegante cortesanía, entrar á visi-

Ayuntamiento de Madrid

tarla de ceremonia, y rara vez, ó saludarla cortesmente en el paseo, ó subir á su palco en el entreacto de la ópera.

La esposa por su lado nos ofreciera un espectáculo no menos digno de observar; ocupada gran parte de la mañana en debatir con la modista sobre la forma de las mangas ó el color del sombrerillo, entregada despues en manos de su peluquero mientras hojeaba con interes el *Courrier des Salons* ó el último cuento filosófico de Balzac, el resto del dia empleaba en recibir las visitas de aparato, en murmurar con las amigas de las otras amigas, en escuchar los amorosos suspiros de los apasionados, y aunque riendo de ellos en el fondo de su corazon, ostentarlos á su lado en el paseo, en la tertulia, en el teatro, y vivir, en fin, únicamente para el mundo esterior, representando no sin trabajo el dificil papel de dama á la moda.

Fina y delicada es la observacion que nuestro buen Jovellanos consignó en el bellísimo terceto que arriba queda citado: la moda y los preceptos del gran mundo obligan á muchas mugeres á aparentar lo que no son, al paso que el orgullo y el amor á la independencia suelen á veces ser los escudos de la virtud, si es que sea virtud aquella tan disfrazada que procura ocultarse á los ojos del mundo, y fingir abiertamente un contrario sistema. Grande error es en la muger no tomar en cuenta las apariencias, pues las mas veces suele juzgarse por estas, y como no todos leen en el

Ayuntamiento de Madrid

interior de su corazon, no todos llegan á distinguir la realidad de la ilusion, la consecuencia del vicio, de la que solo es nacida del imperio de la moda. Y aunque se me moteje de la manía de citar dichos agenos, no quiero dejar de hacerlo aqui con unos bellísimos versos de Tirso de Molina que espresan este pensamiento.

"La muger en opinion
mucho mas pierde que gana,
pues son como la campana,
que se estiman por el son."

Margarita tenia, como queda dicho, un corazon escelente, amaba á su marido y á su hijos, y mas de una vez hubiera deseado disfrutar con ellos de aquella paz doméstica, única verdadera en este mundo engañador; pero el ejemplo de su esposo por un lado, la adulacion por otro, triunfaban casi siempre de aquellos sentimientos, y á pesar suyo veíase arrastrada en un torbellino de dificil salida.

Para conservar lo que ella llamaba su independencia, y que mas pudiéramos apellidar vasallage de la moda, habia apartado de su lado á los dos únicos niños que la quedaban, Arturo y Carolina, colocándolos en elegantes colegios, donde pudiesen aprender lo que ahora se enseña. De esta manera se privó voluntariamente de los puros placeres de la maternidad, y sus propios hijos,

Ayuntamiento de Madrid

cuando por acaso solian verla la miraban con la estrañeza y cumplido que era consiguiente.

No paró aqui su desconsuelo; el esposo, que hasta alli habia dado libre rienda á sus caprichos sin fijarse en ninguno, llegó á apasionarse verdaderamente de otra muger, y á hacer sentir á la propia toda la inconveniencia de su ecsistir. Margarita, por el estremo contrario, ó sea que la edad fuese desenvolviendo en ella sus inclinaciones racionales, ó fuese el sentimiento natural de verse suplantada por otro amor, vió renovarse en su corazon el que le inspiraba su esposo. Este por su parte, para librarse de sus importunidades la echó en cara su disipacion y ligereza anterior, el abandono de sus hijos, las injurias que la edad y la tristeza imprimieran en su semblante, y en fin, no pudiéndose resignar á esta contínua reconvencion, huyó del lado de su esposa dejándola abandonada á su desesperacion y á sus remordimientos.

Quedóla, pues, por único consuelo el cariño de sus hijos; pero estos apenas la conocian ni la debian nada, y por consecuencia no la tenian amor. Por otro lado, educados con aquella independencia y descuido, era ya dificil variar sus primeras inclinaciones, darles á conocer mas sólidas ideas. Arturo era ya un muchacho fátuo y presumido, charlatan y pendenciero, que saludaba en francés, cantaba en italiano, y escribia á la inglesa; que llamaba de tú á su mamá, y terciaba en todas las conversaciones; que huía de los mu-

Ayuntamiento de Madrid

chachos, y los hombres huían de él; que retozaba con las criadas, y alborotaba en los cafés, y bailaba en Apolo, y fumaba en el Prado, y en todas partes era temido por su insoportable fatuidad. Carolina era una niña prematura, apasionada y tierna por estremo, que lloraba sin saber por qué, y se miraba al espejo, y dormia los ojos, y hablaba con él, y chillaba al ver un raton, y aplaudia en los dramas la escena del veneno, y se enamoraba de las estampas de los libros, y se ponia colorada cuando la hablaban de muñecas y bordados, y cantaba con espresion el *tenero ogetto* y el *morir per te.*

Margarita vió entonces de lleno todo el horror de su situacion, y tembló por ella misma y por sus hijos. Vió en Arturo una fiel continuacion de la imprudencia de su esposo; vió en Carolina un espejo fiel de su propia imprudencia; se vió ella misma víctima del ejemplo de su madre, modelo que dejaba á sus hijos; y no pudiendo resistir á esta terrible idea, sucumbió de alli á poco, dejándolos abandonados en el mar proceloso de la vida.

La sociedad empero recogió su herencia, la inspiró sus ideas, la comunicó sus ilusiones, y como habia modelado á la abuela y á la madre, modeló tambien á los nietos, y estos servirán de fiel continuacion de aquel drama, y, no hay que dudarlo, lo que fue *antes*, y lo que es *ahora*, eso mismo será *despues.*

Ayuntamiento de Madrid

Escenas de buardilla.

I.

«..... á tus tiernas palomillas
el vuelo peligroso las rehuses;
Que andan muchos azores por asillas
de cuyas uñas penden los despojos
de otras aves incautas y sencillas.»
Bartolomé de Argensola.

Dios sea en esta casa. — Y en la de usted, buena madre; santas noches, ¿qué se ofrece? — Nada, hijo, sino venir en cuerpo y en ánima á ponerme al su mandar, como vecinos que somos, y amigos que, Dios mediante, tenemos que ser. — Por muchos años, y ya veo que si no me engaña el corazon estoy hablando con la señora Claudia, la que viene á habitar la buardilla núm. 7. — Doña Claudia me llamaron en el siglo, y esa misma soy, en buena hora lo cuente; pero tal me verás que no me conocerás, y yo misma me tiento y no me encuentro; ¡cosas del mundo! hoy por tí, mañana por mí; y como dijo el otro, abájanse los adarves y álzanse los muladares; que hoy dia nadie

Ayuntamiento de Madrid

puede decir de esta agua no beberé; y mientras la viuda llora bailan otros en la boda. No digo todo esto por mal decir, que de menos nos hizo Dios, y viva la gallina y aunque sea con su pipita; sino esplícolo para dar á conocer á vuesa merced, señor vecino, que aqui donde me ve con estos trapos, yo tambien fuí persona, y no como quiera, sino como suele decirse empingorotada y de capuz; pero vive cien años y verás desengaños, y tras el dia viene la noche, que lo que Dios da llevárselo ha, y el caballo de regalo suele parar en rocin de molinero.

Pero dejando esto á un lado, y viniendo á lo que importa, ¿qué tal va la parroquia en la tienda nueva? ¡Válgame Dios, y qué aseada y qué provista está de cuanto el Señor crió...! Tal me vea yo á la hora de mi muerte... ¿es rosoli ó aniseta...? gracias por el favor; ¡bien haya la Mancha, que da vino en vez de agua...! á la salud de ustedes, caballeros... ¡fuego de Dios y qué calorcillo tiene el espritu...! ¡y qué bien le parecen al lado esos mantecadillos que estan diciendo "comedme..." ¡ah! sino estuviera una tan atrasada en esto que ahora llaman el porsupuesto, en Dios y en mi ánima que no habia de pedir ayuda para dar buena cuenta de ellos... apostaría que son obra de aquellas manecitas que con tanto salero hacen ahora saltar á la aguja... gracias, hija mia, por el favor... bien se la conoce que es hija de tal padre... ¡bendígala Dios, y qué hermosa es y qué gar-

Ayuntamiento de Madrid

rida! ya me temo yo que han de llorar su venida todos los mozos del barrio. —

Gracias, madre Claudia. — Bien haceis, hija, en dar las gracias, que para eso las teneis, y aun para quedaros despues con ellas; ¡ay! quién me tornára á mí de ese talle y esa frescura, y no me robára la esperiencia de mundo, que por el alma de mi padre que otro gallo me habia de cantar, y no me vería ahora en medio del arroyo, como quien dice; pero asi somos todas; mientras nos reluce el pellejo poco consejo, y luego que vienen los años llorar por los que son idos... ¡Cuánto mas valiera mascar mientras nos ayudan los dientes, y... ¿no es verdad, hija mia...? ¿qué, no me entiendes? ¡picaruela! ¿pues á qué vienen esas colores que se te han asomado al rostro? Pero ¡pecadora de mí! ya veo que no conviene distraerte de tu labor, pues que te has picado con la aguja, y... ¡válgame Dios...! ¡qué no diera alguno que yo me sé bien por atajar con sus labios esa gota de coral...! —

¿Alguno, madre? — Alguno digo, y no hay que hacerse la desentendida, sino ponerle el nombre que mejor le cuadre... pero bajemos la voz, que ya señor padre ha acabado de servir á los parroquianos y se viene derechito hácia nosotras; por fin, hija mia, mas dias hay que longanizas, y cuando querais noticias de la tierra, sabed que allá cerca del cielo hay una vieja que os quiere bien. Y hora me voy, señor vecino, que ya ha

Ayuntamiento de Madrid

acabado de ser noche, y la vieja honrada su puerta cerrada, y cada uno en su casa y Dios en la de todos. A fé que ya me he de ver y de desear para subir la escalera, y á no ser por un cuarto roñoso de Segovia que traigo aqui para trocarlo por un palmo de cerilla... ¿Tambien ese favor? muy obligada me voy, señor vecino; á bien que Dios es mayordomo de los pobres, y él se lo pagará con su tanto por ciento... Y pues ya me siento alumbrada por esas manos caritativas, iremos paso á paso caminando á mi chiscon, donde me espera el huso con deseos de bailar, y mi amigo Micifuz durmiendo al amor de la lumbre, sino es que se haya salido á los tejados en busca de las vecinas, salidas tambien como él; que amor con amor se paga, niña mia, y cuando nace él nace ella, y sino fuera por esto, ¿para qué estamos acá abajo los unos y las otras...? Con que buenas noches, vecino; y cuidado, niña, que no hay que olvidar á quien bien nos quiere, y que cuando quieras tomarte el trabajo de llegar al último tramo de la escalera, sabrás alli muchas cosas y habilidades, asi de punto y aguja como de cazo y sarten, que, gracias á Dios y á mis años, asi me da el naipe para aderezar un guisado, como para coser un zurcido... Con que, á Dios. —

La buena vieja, dicho esto, salió por la puerta de la tienda que daba al portal, y despues de persignada, y sosteniendo con la diestra mano la vacilante cerilla, colocada la siniestra entre ella y

Ayuntamiento de Madrid

su rostro para evitar la ofuscacion de sus resplandores, subió pausadamente los noventa y siete escalones que se contaban hasta su chirivitil, haciendo descanso en todas las mesetas ó tramos de los diversos pisos. Y llegada que fue arriba, sacó de su faltriquera la llave, y con temblona direccion la encajó en la cerradura; reunió todas sus fuerzas para dar las vueltas, y la puerta se abrió, mas desgraciadamente con un impulso muy superior á la resistencia de la cerilla, la cual negó en aquel momento sus reflejos, quiero decir, que se apagó; y la vieja que entraba, y el gato que se esperezaba sobre el fogon, se quedaron á buenas noches.

II.

Algunos dias eran pasados, y ya la buena madre sabia por puntos y comas las condiciones y semblanzas de todos sus convecinos, y mas especialmente de aquella parte de la tripulacion de la casa, que, á hablar con propiedad, cobijaba bajo un mismo techo. Este quinto estado de aquel mecánico artificio no distaba, como hemos visto, mas que unos cien palmos de la superficie de la calle, y por lo tanto tocaba ya en la region de las nubes, con lo cual no habrá de estrañarse si tal cual tormenta solia de vez en cuando alterar la uniformidad de aquella atmósfera. Semejantes tor-

Ayuntamiento de Madrid

mentas, de que apenas tenemos noticia los habitantes del centro, son harto frecuentes en las alturas; sino que nuestra pequeña microscópica no sabe distinguirlas, ó bien afectamos desdeñarlas por el ningun interes que nos inspiran; pero no han faltado por eso arriesgados aereonautas que ascendieron de intento á estudiarlas; y de uno de estos, que logró bajar, aunque con una pierna menos, es de quien hube yo en confianza las noticias y observaciones que de suso y de yuso son y serán esplicadas.

Dividíase, pues, el elevado recinto que queda señalado, en un doble callejon á diestra y siniestra mano, que prestaba paso y comunicacion á ocho ó diez celdillas ó habitaciones, tan cómodas como cepo veneciano, y tan anchurosas como nichos de cementerio. En ellas, mediante sendos treinta reales nominales de alquiler mensual, habian hallado medio de colocarse otros tantos grupos de figuras, reducidas á tal estremo, cuáles por las desdichas pasadas, cuáles por las miserias presentes.

Sabia, por ejemplo, la madre Claudia que en la primera buardilla de la derecha, conforme vamos, vivia un pobre empleado, entrado en nueve meses, reloj descompuesto apuntando á marzo, y con cuatro chiquillos por pesas, que tiraban hácia la prócsima Navidad. Sabia que en la de mas allá ecsistia una honrada viuda, fuera de cuenta, clamando en vano por los dividendos del Monte

Ayuntamiento de Madrid

pio, y sustentada escasamente por el trabajo de tres hijas doncellas, que todo el mundo sabe lo poco que en estos tiempos vale una honrada doncellez. Mas allá cobijaba con dificultad un matrimonio jóven, zapatero y ribeteadora; él mozo garrido, de chaquetilla redonda y sortija en el corbatin; ella airosa y esbelta estampa, de zagalejo corto y mantilla de tira. En el agujero del rincon que formaba el ángulo de la casa, habia entablado su laboratorio un químico de portal, gran confeccionador de agua de colonia y rosa de Turquía, y bálsamo de la Meca, y aceite de Macasar; vendia ademas corbatines y almohadillas, fósforos y pajuelas, cajetillas y otros menesteres, para lo cual mantenia relaciones con todos los mozos de los cafés, y cuando esto no bastaba, corria con los empeños de alhajas, y negociaba por cuenta de algun anónimo cartas de pago y billetes del tesoro, ó bien acomodaba sirvientes ó limpiaba botas en el portal. Él, en fin, era un verdadero tipo de la industria fabricante y mercantil; y tan pronto se traducia en francés, como se trocaba en italiano, y ora se adornaba con un levitin blanco y una enorme corbata como *il Dottore Dulcamara*, ora corria las calles con sombrerito de calaña y agraciado marsellés.

Frontero de la habitacion del químico habia dado fondo una física criatura, que sin mas preparaciones que sus gracias naturales era capaz de volatilizar la cabeza mas bien templada. Valencia,

Ayuntamiento de Madrid

el jardin de España, habia sido la cuna de este pimpollo, y con decir esto no hay necesidad de añadir si sería linda, pues es bien sabido que en aquel delicioso pais es mas dificil encontrar una fea que en otros tropezar con una hermosa. El contar las aventuras por donde ésta habia venido desde las riberas del Turia á las del Manzanares, y á las sombrías tejas de Madrid desde los pajizos techos del Cabañal, fuera asunto para mas despacio; baste decir que vino ella, ó que la trageron, y que la abandonaron, ó que se abandonó; en términos que en el dia era tan romanescamente libre como la bella *Esmeralda* de Victor Hugo, aunque si va á decir la verdad, algo mas positiva que ella; efectos todos del siglo prosáico que vivimos, en el cual no se matan los hombres por las muchachas de la calle, ni se contentan estas con bailar y tocar el pandero.

Pared por medio de la valenciana vivia un viejo adusto y regañon, escribiente memorialista á dos reales el pliego, que por el dia detras de su biombo en un portal, escuchaba las relaciones de los pretendientes, y les ensartaba memoriales, y seguia la correspondencia de media Asturias, y recibia las confesiones de todas las mozas del barrio; y sucedióle á veces, como veía poco, á pesar de los anteojos, trocar los frenos, quiero decir, los papeles, y asentar una declaracion de amor en un pliego del sello cuarto, ó pretender un estanquillo en una orla de corazones y Cupidos. Con lo

Ayuntamiento de Madrid

cual, y otras desazones que le proporcionaba su oficio, traía la cabeza tan llena de embolismos y de vilis, que siempre venia á casa regañando, y como solteron y que no tenia muger con quien pegarla, la solia pegar con toda la vecindad.

Ultimamente, en el ángulo opuesto, y para que nada faltase á este risueño drama, tenia su mansion un hombre de presa (alguacil, que suele decir el vulgo), el cual cuando creía que nadie le miraba, solia hacer sus escursiones por el tejado á correr con los gatos, por inclinacion y natural simpatía. Hombre de rostro enjuto y sospechoso, cuerpo sutil y mal configurado, manos negras como su ropilla, nariz torcida como la intencion, antípoda del agua como un hidrófobo, amante del vino como el mosquito, vara enroscada como sus palabras, oido listo á las promesas y cerrado á las plegarias, multiplicado á veces como edicion estereotípica, y tan invisible é impalpable otras, que no pocas llegaron á dudar los vecinos si subia por la escalera ó por el cañon de la chimenea.

Con tan opuestos elementos, combinados ingeniosamente por la casualidad, déjase conocer si podria estar ociosa la imaginacion de nuestra Claudia, ó si mas bien llegaria en breves dias á ser como si dijéramos el centro de aquel sistema, planeta fijo que girando únicamente sobre sí mismo, obligára á los demas á girar dentro de la órbita que les señaló en su derredor.

Ayuntamiento de Madrid

III.

La primera atencion de la vieja se convirtió naturalmente hácia la valencianita, que como la mas sola é indefensa oponia menos obstáculo á sus ataques... —¿Es posible, hija mia, que tan jóven y hermosa como plugo hacerte al Señor, gustes enterrarte viva en ese zaquizami, sin buscar un apoyo en este pícaro mundo que te defienda de sus recios temporales, y haga sacar de tus gracias el partido que merecen? En buen hora sea, si el mundo te lo agradeciese y tomara en cuenta; ¿pero quién será el que te crea bajo tu palabra y que no sospeche de ese tu recato alguna mengua de tu virtud? Mira que la hermosura es flor delicada que todos codician, y no puede permanecer oculta y entregada á sí misma; antes bien conviene esponerla con precauciones entre guardas y cercados, que no es ella nacida para crecer como el cardo en medio de los campos, sino para ostentar su elevacion como el jazmin en finos búcaros y en cerradas estufas. Mira que la inocencia busca naturalmente su apoyo en la esperiencia, la debilidad en la fortaleza, la tierna edad en el consejo de la vejez. La yedra puede sostenerse si se abraza al olmo erguido, y el débil infante caeria indudablemente al primer paso, sino hubiera una mano amiga que cuidase de sostener-

Ayuntamiento de Madrid

le. Mal estás asi, hija mia, tierna y hermosa, sin olmo que te defienda, sin mano que cuide de tu sosten. Yo seré, si gustas, ese arrimo protector, ese escudo de tu niñez; y asi como la barquilla sabe burlar las furiosas tormentas, confiando su timon á un habil marinero, asi tú en mis manos esperimentadas podrás atravesar sin pena este piélago del mundo, y reirte de los furores de los vientos desencadenados contra tí. —

Yo no sé si fue precisamente en estos términos ú otros semejantes como habló la vieja, ni acierto á decir si ella era tan fuerte en esto de las comparaciones para dar robustez y persuasiva á su discurso; pero lo que sí podré decir es que debió revestirle con argumentos irresistibles, cuando á los pocos dias consiguió su objeto, y atrajo á su red la incauta mariposa, formando con ella una sociedad mercantil, bajo la razon de *Amor*, *Venus* y *Compañía*; sociedad en que una ponia la prudencia y otra la presencia; una el capital industrial y otra el positivo; á partir por supuesto el beneficio que de ambos habia de resultar.

Desde entonces la buardilla de madre Claudia no se veía ya tan solitaria como de costumbre; antes bien se entabló entre ella y la calle una regular y periódica comunicacion; y no era nada estraño oirse en el interior algunos sonidos de voz varonil, ó encontrarse en la escalera tal cual embozado hasta los ojos que bajaba con la debida precaucion.

Ayuntamiento de Madrid

La niña por su parte es de suponer que seguia en un todo los consejos de su madre adoptiva, la cual sin duda la recomendaba la mayor amabilidad y cortesanía con todo el mundo; pero en una sola cosa hubo de oponer una resistencia fatal, resistencia que pudo desde sus principios comprometer aquella naciente sociedad; tal fue la obstinacion con que se negó á admitir los obsequios de su vecino el alguacil, que puesto que recortado de uñas y atusado de greñas, todavía conservaba en su aspecto un no sé qué de siniestro y repugnante, que no pudo neutralizar la natural aversion de la criatura, la cual temblaba de pies á cabeza, y huía á esconderse cada vez que le miraba acercarse á su puerta.

Y era, como lo veremos mas adelante, formidable enemigo este alguacil; pues ademas de las condiciones anejas á su profesion, envolvia la personal circunstancia de ser el instrumento de que se servia el casero para sus ejecuciones y despojos, con que venia á parecer el alma de un propietario, encarnada, por decirlo asi, en la persona de la justicia. Ahora vayan ustedes á profundizar todo el poder de un casero alguacilado, monstruosa aberracion con los ojos de acreedor y las manos de ministril.

Hartos desvelos habia ocasionado á la vieja esta terrible consideracion; pero ya que no podia evitarla, pensó como buena política en prevenir en lo posible sus efectos, y para ello siempre an-

Ayuntamiento de Madrid

daba, como quien dice, bailándole el agua, siempre su mes adelantado por escudo, siempre las mayores precauciones de prudencia para que él no tuviese modo de malquistarla.

No contenta con esto, ideó un plan de defensa que no hubiera desdeñado el mismo Talleyrand, y fue el formar con los demas vecinos una décuple alianza, que pudiera ofrecerla en su caso una benéfica cooperacion contra la alguacilesca enemistad.

Las simpatías naturales de la vieja reparadora y la niña reparada, se inclinaron por de pronto, como era de esperar, hácia el ingenioso químico que cobijaba en el rincon, el cual no se hizo mucho de rogar para prestar á entrambas el apoyo de su espíritu, y colocar su laboratorio bajo la tutela y proteccion de ambas deidades. Aquí tenemos ya un triángulo no menos romántico que el de los dramas modernos, es á saber: la gracia, la esperiencia y la ciencia; ó en otros términos; una muchacha, una vieja y un doctor. Y digo doctor, no porque lo fuera, ni pudiera gloriarse de poseer una de estas borlas que tan frecuentes se dan en las universidades, á trueque de algunos reales y de unos cuantos latines, sino porque estaba cursado en la ciencia de plazas y callejuelas, ciencia desdeñada por los sabios, pero que suele ser mas positiva que todas las que contienen sus libros.

El zapatero no tardó tampoco en entrar en la

Ayuntamiento de Madrid

confederacion, merced á algunas copillas de mosto y sus correspondientes buñuelos, ofrecidos oportunamente cuando se retiraba por las noches; y su esposa tampoco se hizo esperar gran cosa para venir de vez en cuando á escuchar los chistes de la madre, ó á recibir de manos del químico algun frasquito de elicsir con que curar de las muelas ó añadir á las mejillas un benéfico rosicler; todo lo cual, animado con la grata conversacion de tal cual caballero que por casualidad solia hallarse alli, prestaba ciertos ribetes á aquella sociedad muy propios á escitar la simpatía de la alegre ribeteadora.

El vetusto empleado ofrecia alguna mayor dificultad por lo inaccesible de su edad á los sentimientos mundanos; pero al fin era padre de cuatro chiquillos, que puesto que alborotaban toda la casa, y rompian los vidrios con la pelota, y escaldaban al gato, y quebraban las tejas, y rodaban con estrépito por la escalera, eran todavía agasajados con sendas castañas y soldados de pastaflora, que buena falta les hacia á los pobres para engañar el atraso de pagas del papá, el cual por su parte, agradecido á tantos favores recibidos en la persona de sus hijos, cerraba los ojos á lo demas del espectáculo, y achacaba justamente á su miseria aquella capitulacion con sus principios.

La pobre viuda y sus hijas eran tambien un gran obstáculo á los planes de aquella veneranda

Ayuntamiento de Madrid

dueña; ¡pero qué no pueden la astucia de un lado y la miseria de otro! ¡y qué la virtud, cuando tiene que disputarla á la hermosura y al amor! Estas niñas eran jóvenes y lindas, y habian sido educadas con primor en vida de papá, aprendiendo á figurar en bailes y tertulias, sin pensar que muerto aquel, habian de parar en los estantes de un Monte pio, y todo el mundo sabe que una vez empeñada pierde mucho de su valor la alhaja mas primorosa. En vano recurrieron por apelacion á las habilidades de la aguja que hasta alli habian mirado como adorno ó pasatiempo; desgraciadamente todo el trabajo de una muger, no logra al cabo del dia un resultado comparable con el del mas mísero albañil. Y luego, que como eran tres á trabajar y cuatro á consumir, entrando en cuenta la mamá, resultaba un *déficit* por lo menos equivalente á la cuarta parte del presupuesto; lo que en buen romance quiere decir que si comian escasamente tres dias tenian que ayunar el cuarto, cosa ciertamente que no es facil de combinar con ninguno de los sistemas filosóficos. Añádase á esto que como jóvenes aun y amigas del bullicio y los amores, no habian podido renunciar á sus relaciones antiguas, y gustaban todavía de concurrir á las fiestas y diversiones, con lo cual habia tambien que perder mucho tiempo, y otro tanto para preparar guarniciones y prendidos en que lucir la brillantez de su imaginacion, y disimular los rigores de su fortuna. — "¿Quién sa-

Ayuntamiento de Madrid

be? (decian ellas) quizás estos trapillos colocados oportunamente sirvan de reclamo á algun rico mayorazgo ó algun viejo capitalista que nos estienda su mano y nos saque de esta angustiada situacion. ¿Sería acaso por mal este inocente engaño, y seríamos nosotras las primeras que le usáramos en Madrid? — No, á fé mia, respondian todas; y sino ahí estan Fulanita y Zutanita, que cualquiera que las mire darse tono en nuestra tertulia, por fuerza las ha de tomar por escelencias, ó cuando menos señorías; pues lléveme el diablo si sus padres son otra cosa que un portero de no sé qué grande, ó un meritorio de no sé qué oficina. Y con todo eso se ven muy obsequiadas y servidas, y van á los toros en coche, y en el teatro estan abonadas en delantera... No, sino vistámonos de estameña, y acostémonos con las gallinas, y vendrán á buscarnos los novios aqui encerradas en este camaranchon. A fé que, como decia ayer la vecina madre Claudia, que Dios dijo al hombre ayúdate y te ayudaré, y el cristal engarzado en oro, parece diamante, y el diamante en un basurero, parece cristal. —

Madre Claudia sabia muy bien estas bellas disposiciones de las niñas, y no tardó en advertir que por una consecuencia natural de ellas mediaban ya relaciones *extramuros* con tres galanes fantasmas, los cuales luego que descubrieron el buen corazon de la vieja, aprovecharon su mediacion

Ayuntamiento de Madrid

para entablar con seguridad su triple correspondencia. Pasaron, pues, por aquellas yertas y disecadas manos, primero los billetes en papel barnizado con cantos de oro; luego las coplas de *fatalidad* y de *ataud;* mas adelante los paquetes de merengues y las sortijas de *souvenir;* las petacas de abalorio y las cadenitas de pelo; por último, pasaron los mismos galanes en persona, y pudieron reiterar de palabra sus juramentos y maldiciones, mientras mamá dormia la siesta, ó daba una vuelta al puchero.

Con que tenemos en conclusion que por estos y otros caminos, la suprema inteligencia de la vieja Claudia dominaba, por decirlo asi, en toda la vecindad, si se esceptúan el alguacil y el viejo memorialista, á los que de modo alguno halló forma de reducir. Pero en cambio cultivaba sus primeras relaciones con la planta baja, esto es, con el honrado tendero y su hermosa niña, que eran para ella, como veremos, la accion principal, el verdadero interes de su argumento.

IV.

Una noche... ¡qué noche...! llovia á cántaros, y los vientos desencadenados amenazaban arrancar la miserable techumbre de la buardilla de madre Claudia; rodaban las tejas y caian á la ca-

Ayuntamiento de Madrid

lle con estrépito, envueltas en torrentes de agua; por los ángulos del desvan aparecian goteras interminables, cansadas, que llenaban las cofainas, los barreños, las artesas, y prometian inundar aquel miserable recinto, disolviendo su mecánico artificio; y de vez en cuando un brillante relámpago venia á iluminar todo el horror de aquella escena, y una prolongada detonacion concluía por hacerla mas terrible é imponente.

Rezaba la vieja, y pasaba de dos en dos las cuentas de su rosario, puesta de hinojos delante de una estampa de Santa Bárbara, pegada con pan mascado en el comedio de la pared. De tiempo en tiempo entreabria cuidadosa el ventanillo, por ver si serenaba la tormenta, y volvia á rezar y á darse golpes de pecho, y se asustaba de ver al gato que saltaba por las paredes, y temblaba creyendo haber oido andar en la puerta, y retrocedia al mirar su sombra viendo en ella temblar su espantable figura, á las trémulas ondulaciones del candil.

En esto un trueno horrísono estalló, y el gato dió un brinco hácia la chimenea, y cayó la luz, y todo quedó en la mas profunda oscuridad... La vieja despavorida corre á la puerta, á tiempo que esta se abre por sí misma, y al fulgor de otro relámpago se ve entrar con precaucion á un bulto negro y embozado, que alarga la mano y cierra la puerta detras de él.

¡Jesus mil veces! — grita la vieja, y cae en

Ayuntamiento de Madrid

el suelo sin voz ni esfuerzo para decir mas. — Nada tema usted, madre Claudia... soy yo... ¿no se acuerda usted de lo que me prometió para esta noche...? — En el nombre sea de Dios, señorito; el Señor le perdone á usía el susto que me ha dado, pues pienso que en tres semanas no me lo han de sacar del ánima. — Vaya, buena madre, álcese del suelo y encienda una luz, que nos veamos las caras, y pueda yo colgar la capa, que la traigo como sopa de rancho. — ¡Ay, señor! pero con esta noche que parece que va el cielo á juntarse con la tierra... mas cuenta que como estoy toda azorada, ni sé qué me hago, ni dónde puse la pajuela. — A bien que aqui traigo yo el fósforo y... — Alabado sea el Señor, Dios me dé luz en el alma y en el cuerpo; traiga, traiga aqui, y endiñaré el candil...; pero ¿qué es esto? ¿usía tiembla tambien...? — Y asi era la verdad, que el osado mancebo al alargar la luz á la vieja, y mirar su lívida faz y desencajada, no pudo menos de hacer un movimiento de retroceso.

Encendido ya el candil, restablecida la calma, y serenado por fin el ruido de la tormenta, pudo entablarse un diálogo misterioso entre la vieja y el señorito, en que este porfiaba, y la vieja se hacia de rogar, y aquel juraba, y esta se reía, y luego sacaba aquel un bolsillo, y esta se ponia á discurrir.

— ¿Pero no ve usía, señorito, que me pide un imposible? Yo no diré que ella no le quiera á

Ayuntamiento de Madrid

usía, y mucho, que á mis años y á mi esperiencia no lo ha podido ocultar; pero al fin usía es usía, y ella es una pobre muchacha, hija de un tendero de bien, que se mira en ella como en las niñas de sus ojos, y aunque pobre, tambien tiene su aquel, y si él llegara á sospechar la intencion con que por usía he venido á esta casa... Dios nos libre. — Todo eso está bien, replicó el caballero, pero es lo cierto que ella me quiere, porque yo lo sé, porque ella no me lo ha disimulado, y luego tú me prometiste convencerla... — Y mucho, que varias veces la he tanteado sobre el particular; pero, amiguito, una cosa es apuntar y otra caer el gorrion; que no se ganó Zamora en una hora; y para el hierro ablandar, machacar y machacar... No sino aguarda la breva en enero y verás si cae. — Maldita seas con tus refranes y con tu eterno charlar; ¿pues no me dijiste, vieja del diablo, que esta noche...? — No es esto decirle á usía que yo no ponga de mio hasta donde se me alcance al magin, que Dios deja obrar las segundas y aun las terceras causas, y por falta de voluntad ni aun de memoria no me ha de pedir cuenta el Señor; pero nunca la pude reducir á bondad, y eso que la conté el oro y el moro, y la pinté, como quien dice, pajaritas en el aire; pero asi es el mundo; para unas no basta el *só*, ni para otras el *arre*, y muchas conozco yo que no se harian tan remolonas. — No me vayas á hablar de otras, como sueles, bruja mal-

Ayuntamiento de Madrid

dita... Yo no he venido aqui á escuchar tus graznidos, ni por todas tus protegidas hubiera subido un solo escalon de esta escalera infernal... Vengo solo á que me cumplas tu promesa... y ya tú sabes que yo no tengo cara de que se me hagan en valde. — Pues á eso voy, señor: ¡cáspita! y qué vivos de genio son estos boquirrubios, y qué... — Perdona, buena Claudia, pero mi impaciencia... — Despues que una se desvive por servirlos, haciéndose (como quien dice) piedra de molino, para que ellos coman la harina. — Pero... — Ande usté de aqui para alli como un zarandillo, por la gracia del Señor, cuando á él le convenga; deje usté su cuarto entresuelo, que bien me estaba yo en él sin estos trampantojos, súbase usté á las nubes como el gavilan, y póngase desde alli en acecho de la perdiz... y todo ¿para qué...? — Tienes razon, Claudia, tienes razon; pero como tú me dijiste... — Y ya se ve que dije y no me vuelvo atras, que bien sé lo que me tengo que hacer, pero... — Mira, toma lo que llevo conmigo, y esto será nada mas que principio de mi eterno agradecimiento; pero por tu vida que hagas porque yo la vea esta noche, aqui mismo, en tu casa, y... su padre está de guardia, ya ves tú que mejor ocasion... — ¿Y por quién sabe usía todo eso sino por mí? — Es verdad, dices bien, mucho tengo que agradecerte. — Quiera Dios que dure y que á lo mejor no me muestre las uñas. — No lo temas, amiga Claudia, mi protectora, mi esperanza;

Ayuntamiento de Madrid

hora baja, que se va haciendo tarde, y me pesan los momentos que dilate el mirarla en mi presencia. — Vaya, ya bajo, y para la subida me encomiendo á Dios; pero sobre todo, señorito, me encomiendo tambien á su prudencia y... ¡Ah! mejor será que os escondais tras de la puerta, porque el susto de veros no la incline á volver atras... — Bien, bien, como querais, madre mia.

Y la vieja se santiguó, y ayudada de su cerilla comenzó á bajar pausadamente la escalera, y llegada á la tienda, entabló un diálogo, al parecer indiferente, con la inocente criatura, que, como hemos sabido, estaba sola con un hermanito de pocos años; y como se quejase de dolores en las sienes á causa de la tormenta, luego la brindó la vieja con que subiese á su buardilla, donde la pondria unos parches de alcanfor que la remediasen, con que la prometió que la habia de dar las gracias; y la inocente creyó al pie de la letra el consejo de aquel maligno reptil, y luego emprendió con ella la subida de la escalera, encargando de paso á su hermanito el cuidado de la tienda.

Llegadas que fueron arriba abre Claudia la puerta cuidando de cubrir con ella á su cómplice; vuelve entonces á cerrar, y este ya descubierto se arroja precipitado á los pies de la jóven, y la renueva con los mas vivos colores sus juramentos y sus deseos. La sorpresa y la indignacion privaron por un momento á la niña del uso de la voz; despues lanzó una mirada suplicante á la vieja,

Ayuntamiento de Madrid

..... *abre* Claudia *la puerta, cuidando de cubrir con ella á su cómplice.....*

(ESCENAS DE BUARDILLA.)

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

la cual con su diabólica sonrisa la dió á conocer lo que podia esperar de ella; entonces aquella alma pura recobró toda la energía propia de la virtud; en vano la vieja y el galan quieren detenerla; en vano son los juramentos, las promesas, las amenazas; arráncase violentamente de sus manos, corre desalada á la puerta, hace saltar los cerrojos, y aparece en lo alto de la escalera gritando: "*favor, vecinos, favor...*"

En el mismo punto se abren simultáneamente las puertas de las demas habitaciones; y mientras los mas prócsimos acuden á preguntar á la niña, se oye acercar un estrepitoso ruido de un hombre armado de pies á cabeza que subia los escalones cuatro á cuatro, gritando desaforadamente...—"Mi hija... mi hija... ¿quién me la ofende...?" — A esta pregunta contestan el memorialista y el alguacil trayendo de las orejas á madre Claudia hasta plantarla de rodillas á sus pies, en tanto que el galan anónimo habia tenido por conveniente escapar por el tejado... El zapatero, que subia á este tiempo la escalera en amor y compañía con la valencianita, mira escapar á su esposa de la buardilla del químico, y se enfurece de veras, sin reparar que él tambien tenia por qué callar; en tanto los chicos del cesante gritan que en el callejon de las esteras hay tres bultos escondidos que sin duda deben de ser los facciosos; y súbito el alguacil y el memorialista, y el tendero y el cesante, corren á verificar su captura, á tiempo que las

Ayuntamiento de Madrid

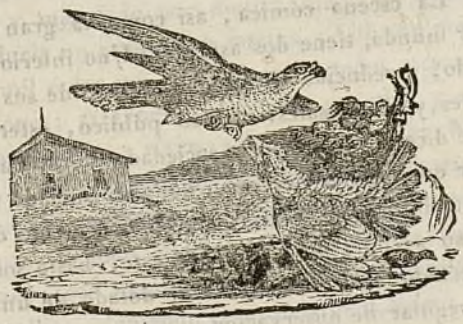
niñas de la viuda salen despavoridas gritando que no los maten, que no son los facciosos, sino sus novios, que á falta de otro sitio estaban hablando con ellas en el callejon. El químico, que desde su chiscon observaba aquel embrollado caos, no halla otro medio para poner un término á semejante escena, que reunir multitud de mixtos de salitre y plata fulminante, con que produce un estampido semejante al de un tiro de cañon, y á su horrísono impulso ruedan por la escalera todos los interlocutores de aquel drama; el tabernero con su hija, el memorialista y el cesante con los chicos, estos agarrados de la vieja, las niñas de sus galanes, el zapatero de la viuda, la ribeteadora del químico, y el alguacil de la valenciana, gritando "*favor á la justicia; dejadme á esta pecorilla que es el cuerpo del delito...*"

V.

Ocho dias eran pasados, y el alguacil, en virtud de providencia de su merced el señor alcalde del barrio, habia hecho desocupar toda la casa y colocado á la vieja en una buena reclusion; el tendero habia cerrado su almacen y caminaba con su hija hácia las montañas de Santander; las niñas de la viuda, por disposicion de esta, trabajaban entre vidrieras bajo la direccion de *Madama*

Ayuntamiento de Madrid

Tal Bobiné: el zapatero habia apaleado á su muger y estaba en la carcel, y esta se habia colocado bajo la proteccion del químico; finalmente, la valencianita alquilaba un entresuelo calle de las Huertas, y al tiempo de estender el recibo daba por su fiador... al alguacil.



Ayuntamiento de Madrid

El teatro por fuera.

«Si hacen de mi humor desden
no tienen mas que gustallo,
mientras por tonto echo el fallo
á quien no le sepa bien.»
Iglesias.

La escena cómica, asi como la gran escena del mundo, tiene dos aspectos. Uno interior, privado, y reducido al estrecho círculo de sus sacerdotes y comensales; el otro público, esterior, y que dice relacion con la sociedad entera. Para entrar en aquel es necesario hallarse iniciado en sus misterios, y tener una parte mas ó menos directa en su accion; para conocer este, basta solo ser espectador constante, y estar dotado de una dósis regular de observacion.

El teatro *por dentro* comprende, pues, á los autores dramáticos, á los artistas, empresarios, empleados, espectáculo material, decoraciones, transformaciones, vuelos, música y acompañamiento. El teatro *por fuera* le constituye únicamente el público espectador. Puede, pues, mirarse la cuestion de ambos modos; ó bien dando la cara á la escena y fijando la vista y la imagi-

Ayuntamiento de Madrid

nacion en la fingida ilusion del espectáculo, ó ya volviéndole la espalda y asestando el catalejo á la animada realidad de los espectadores. Bueno será por hoy prescindir de la primera cuestion, para ocuparnos esclusivamente de la segunda; abandonar el interes dramático por el interes social, el mundo de carton por el mundo positivo, y buscar en el espectáculo cómico lo mas cómico del espectáculo; que sino lo ha por enojo no es otra cosa que el público espectador.

A la verdad que, considerado el asunto bajo este aspecto, no puede ser mas animado y profundo, y manejado por diestra mano no dejaria de producir un asombroso interes. ¡Ahi que no es nada! mil ó dos mil personages de todos secsos y condiciones; vírgenes y matronas; viudas y reincidentes; niños y viejos; solteros y maridos; Mesalinas y Lucrecias; Marcos y Colatinos; patricios y plebeyos; sombrerillos y zagalejos; chaquetillas y *sortús*. Y todo esto visual y gerárquicamente ordenado; por clases, segun el blason heráldico; por familias, siguiendo el sistema de Linneo; por precios, al tenor de la balanza mercantil; por secsos, á la manera fisiológica de Russel; por trages, segun el método de Utrilla; por genios y condiciones conforme á la craneoscopia del doctor Gall.

Las seis y media... entremos en el teatro... Media hora falta aun para comenzar el espectáculo... ¡qué cosa tan triste es un teatro sin gen-

Ayuntamiento de Madrid

te...! Es como si dijéramos un cuerpo sin vida, un cadáver yerto é inanimado... Y si el teatro es uno de los teatros de Madrid, ¡qué cosa tan fea ademas! Mirada desde las alturas la mezquina y económica *platea* parece por sus diversos compartimentos una caja de estuche ó *necesaire* sin las piezas correspondientes; mirando desde la platea los costados del edificio, recuerda las anaquelerías de nuestras boticas, ó los simétricos nichos de nuestros cementerios.

La misma soledad, el mismo silencio que en estos, y á la escasa luz de algunas mechas encendidas provisionalmente en la lámpara central, se ven allá cerca del techo los retratos de algunos de nuestros célebres autores, los cuales solo despues de muertos han adquirido el derecho de asistir gratuitamente al espectáculo; y aun esto tan limitado y en sitio tan poco conveniente, que mas parece que aspiran á escapar á las troneras por entre las enormes piernas de un Apolo, que mas que Apolo parece un tambor mayor.

Conforme se va acercando la hora, empieza aquel solitario recinto á dar señales de vitalidad: ya es una puerta que se abre para dar entrada á un bulto negro que aparece en la arteria de las *lunetas*, el cual mira con interes á todas partes, hace un moviento de impaciencia, y vuelve á salir precipitado; ya son algunas pausadas sombras que van á colocarse aisladas aqui y allá, quebrando asi la uniformidad de las *gradas* laterales, de

Ayuntamiento de Madrid

los *bancos* céntricos, y de la altísima *tertulia*. Ora se escucha un animado diálogo femenil en los hondos abismos de la *cazuela;* ora el ronco sonido de una tos catarral y aguardentosa, revela al observador que algun ser viviente respira sepultado en los últimos confines del *patio*.

El nuncio de la luz aparece, en fin, por un agujero, y saltando por encima de los bancos con una cerilla en la mano, se acerca á la lámpara y comunica su influencia al círculo de *quinquets*, con lo cual, y concluida su tarea, avisa á los de arriba para que den vuelta á la máquina, y sube el luciente fanal con pausa y gravedad hasta quedar colocado á la media altura del espacio. Magestuosa operacion que observan con sorpresa y entusiasmo las tiernas criaturas que han asomado á los palcos, y de que huyen por precaucion todos los desdichados á quienes tocó sentar perpendiculares bajo la influencia de aquel mecánico planeta.

Quedan, pues, al descubierto las sombrías paredes del edificio, el ahumado techo, los mezquinos bancos y sillas; y sucesivamente van dando la cara las misteriosas parejas de los palcos *por asientos*, que no ven con buenos ojos aquella iluminacion, aunque escasa; luego ocupan la delantera de la cazuela todas las diosas de nuestra mitología matritense, y detras de ellas se van agrupando las modestas beldades á quienes no es necesaria tanta publicidad. Harpócrates, el dios del silencio, como todo lo perteneciente al género mas-

Ayuntamiento de Madrid

culino, está desterrado de aquel bullicioso recinto, y mil y mil voces, si quier gangosas y displicentes, si quier melífluas y atipladas, se confunden naturalmente en armónico diapason, y mas de una vez sobresalen por entre los diálogos de los actores, ó sobre los *crescendos* de la orquesta.

Dos campos iguales en dimension, diferentes en calidad, se dividen económicamente el elevado recinto conocido bajo el nombre de *tertulia*. Del lado de la izquierda, el secso que solemos llamar bello, ostenta sus gracias peregrinas, sus ingeniosos adornos y su amable coquetería. En el de la derecha el otro secso feo, juega las armas que le son propias, el desenfado, la galantería y la arrogancia. Crúzanse, pues, de la una á la otra banda las ojeadas, las anteojeadas, los suspiros, las sonrisas y otros signos espresivos de inteligencia, y volando á estrellarse en el techo comun, tornan á descender convertidos en vapor simpático, eléctrico, que estendiendo su influencia por todos los rincones de la sala, impregna y embalsama á toda la concurrencia en igual amoroso sentimiento.

Suspicaz y meticuloso por estremo debió ser el primero que tuvo la ocurrencia de la separacion de los secsos en nuestros teatros... ¿y dónde? precisamente en un pais en que se miran reunidos en los templos, en el circo, y demas espectáculos públicos. A la verdad, nada se arriesgaba en apostar á que no fue marido zeloso el que tal ima-

Ayuntamiento de Madrid

ginó, pues si él lo fuera, á buen seguro que conviniese en abandonar bajo su palabra tres ó cuatro horas á su esposa donde apenas alcanzara á divisarla. Sin embargo, sea dicho en verdad, esta costumbre, como todas las de este mundo, tiene su contra y tambien su pro; la mitad de los hombres dicen que es mala; la mitad de las mugeres la defienden por buena; y las otras dos mitades piensan en sentido contrario... Vayan ustedes á entenderlos, ni á adivinar las razones que cada cual alegará. De todos modos no puede negarse que cuando no sea otra cosa, presta cierto saborete de originalidad á nuestro teatro madrileño que no es de desdeñar para el curioso observador.

Escepcion de esta austera conformidad es la triple fila de aposentos, donde á par que los sombrerillos y manteletas, vienen á colocarse las placas y bordados, las elegantes corbatas y los guantes amarillos; lo cual hace á esta seccion la mas armoniosa y variada del espectáculo. La luneta con sus aristocráticas pretensiones, los sillones y gradas con su público atento, inteligente y de buena fé, y el patio en su humilde modestia, sirven como si dijéramos de base á todo aquel artificio mecánico, de centro de aquellos opuestos polos.

En esta region principal es donde tiene su asiento *el abonado*, especie de planeta teatral, mitad hombre y mitad luneta, que viene periódicamente á efectuar su conjuncion con ella todas las

Ayuntamiento de Madrid

noches, y á formar las mas veces entrambos una sustancia homogénea de palo y de baqueta, para quien son indiferentes el compas clásico ó el romántico vuelo, y en quien suelen embotarse las magnéticas sensaciones con que pretendiera el poeta electrizar al auditorio. Este obligado adorno de las filas mas avanzadas de la luneta es de rigor que ha de entrar con solemnidad á la segunda escena del segundo acto, y atravesar en movimiento ondulatorio por el estrecho límite que permiten las piernas de los demas espectadores, no sin desagrado de estos, que en tal momento miran interponerse aquel cuerpo estraño entre sus ojos y la escena; pero la política ecsige el mayor disimulo, y que se repriman las muestras de aquel enojo, para corresponder con afectada sonrisa al elegante Adonis que reparte sendas cabezadas á todos sus compañeros de banco. Llegado despues á su término final, á su luneta, que le espera para recibirle en sus brazos, es indispensable que ha de bajar el asiento con notable estrépito, y de este modo atraer hácia su persona la puntería de todos los anteojos de los palcos, á cuya interesante atencion corresponde el abonado, permaneciendo en pie largo rato con la espalda hácia la escena, componiendo simétricamente el cabello con el anteado guante, sacando despues el pañuelo, impregnado en *patchouly* y *bálsamo de Turquía*, limpiando cuidadosamente los cristales del doble anteojo, y dirigiéndoles despues circularmente á to-

Ayuntamiento de Madrid

dos los aposentos, la cazuela y la tertulia. Verificadas todas estas operaciones el abonado se vuelve, en fin, á la escena, y si en tal momento alcanza á atraer una rápida sonrisa de alguna actriz, ó tal cual disimulada cortesía de algun cantante, es como si dijéramos el bello ideal de la fortuna, la suprema dicha teatral.

El abonado por lo demas presta poca atencion al espectáculo, y como este nunca es nuevo para él, porque si es segunda representacion asistió igualmente á la primera, y si es primera vió tambien el ensayo, nada puede interesarle, antes bien mira con desden y aun con lástima la obligada atencion del auditorio, y el efecto imprevisto que sobre él suelen ejercer las distintas situaciones del drama; y cuando estas lleguen á su mayor interes, afectará volver desdeñosamente la cabeza, ó hablará con los músicos, ó se dirigirá á cualquiera de sus colaterales, diciéndole: — "Ahora el tirano va á darle la copa envenenada..." — y cuando esto sucede, y todos los espectadores revelan en sus semblantes lo angustioso de la situacion, se ve reir la faz tranquila del abonado, y escúchase su voz harto perceptible que dice: — "No tengan ustedes miedo, porque ahora va á salir la dama á matar al tirano con un agudo puñal." —

Durante el entreacto el abonado sube á visitar los palcos, y como bola de cubilete entra y sale de una en otra casilla, y ora le vemos en un palco bajo hablando en francés, y afectando la serie-

Ayuntamiento de Madrid

dad diplomática entre dos lonjanísimos estrangeros, ora en un principal, siendo la causa de la bulliciosa alegría de una coleccion de beldades que se disputan sus respuestas, sus miradas, y son esactamente del mismo parecer sobre el mérito de la pieza.

No menos interesante y animada otra seccion del auditorio sienta por lo regular en las filas céntricas; esta es la seccion de los inteligentes, y se compone, como quien nada dice, de los autores dramáticos, los escritores folletinistas, y tal cual actor en descanso que aquella noche no le tocó figurar. Esta seccion es bulliciosa de suyo, comunicable y espansiva; sus decisiones son absolutas y sin apelacion; pronúncianse *ex-catedra;* comision de aplausos la llaman unos; sociedad de seguros la dicen otros; pero los unos y los otros esperan con atencion las muestras inequívocas de su sentencia, y aplauden si aplaude, y silban por simpatía cuando escuchan á la inteligencia silbar.

Los demas compartimentos de la planta baja son ocupados en simétrica variedad por aquella parte del *respetable público*, que en el Diccionario moderno solemos llamar *las masas:* en cuya confeccion entran indistintamente los drogueros de calle de Postas y el honrado ropero de la calle Mayor, el empleado vetusto y el imberbe meritorio; el inecsperto provincial y el pacífico artesano; todos los cuales vienen al teatro los domingos y fiestas de guardar á divertirse con la me-

Ayuntamiento de Madrid

jor fé del mundo, y á pillar de paso, si pueden, una leccioncita moral; y la diversion que encuentran no es nada menos que tres ajusticiados y un tormento; y la moral que suelen beber, la que se destila de un suicidio ó un par de adulterios.

Con lo cual, concluida la *diversion*, vuélvese á casa el honrado ciudadano, bien persuadido de que todas las mugeres son cortadas por el patron de *Catalina Howard* ó *Lucrecia Borgia*, y que todos los hombres son poco mas ó menos á la medida de los *Antoni* y *Ricardo Darlingthon*; de todo lo cual viene á deducir que la peor gente del mundo son los hombres y las mugeres, que toda sociedad es una picardía, todo gobierno un embrollo, toda religion una farsa, y toda la ecsistencia una pura calamidad.

Y á la verdad que la consecuencia no puede ser mas natural, porque *si el hombre ó la muger* que se les ha representado en la escena ha sido un príncipe, por fuerza ha de haber tiranizado á sus pueblos, y ha de reunir el fanatismo y la crueldad, la hipocresía y el dolo; si ha sido princesa, habránla visto dar convites envenenados, y entregar sonriéndose al verdugo la hermosa cabeza de su amante, ó arrojar al rio á los favoritos con quienes ha pasado la noche; si ha sido hombre del pueblo, por fuerza sería hijo de un verdugo, y habrá conspirado contra su mismo bienhechor, y se habrá levantado á fuerza de bajezas á las altas dignidades de la república; si ha

Ayuntamiento de Madrid

sido juez, naturalmente habrá sido seductor de su víctima y perjuro, venal y corrompido; si ha sido esposa, habrá enterrado vivo á su esposo para dar la mano á su rival; si ha sido madre, se habrá enamorado de su propio hijo; y si fuere hijo, habrá ensangrentado su acero en el autor de sus dias; si ha sido religioso, habrá abusado de su santo ministerio para seducir la inocencia ó para ejercer sus venganzas; si ha sido, en fin, amante, por fuerza habrá sido movida por un amor vergonzoso y criminal. Semejantes primores de la moderna escena son como si dijéramos el cuotidiano alimento que se da á un pueblo incauto á quien se pretende instruir y deleitar; de esta manera se le enseña la historia en caricatura; se le familiariza con las escenas patibularias; se le aparta de toda creencia; se le arrastra, en fin, á un abismo sin límite conocido.

Por fortuna esta ecsageracion de colorido, esta brillantez de la mentira, lleva su correctivo en su misma demasía, y una vez disipadas las primeras impresiones, la razon va recobrando su imperio, y convirtiendo en ridículo aquello mismo que un momento se admiró como sublime. El observador filósofo no puede menos de reconocer esta benéfica reaccion, y mira con placer á la concurrencia, no ya agitada y entusiasta ante las formidables peripecias del drama inmoral, sino distraida é indiferente, como quien no cree lo que mira, no pocas veces respondiendo con burlona

Ayuntamiento de Madrid

sonrisa en vez de las violentas lágrimas que la demandaba el poeta.

"*On ne voit pas pleurer personne;*
pour notre argent nous avons du plaisir;
et le tragique qu'on nous donne
est bien fait pour nous rejouir."

Pero veo con dolor que arrastrado por lo importante del argumento, me aparto insensiblemente de mi estilo y propósito, y como que parezco volver cara á la escena, abandonando mi objeto, que es pintar al público espectador. Sin embargo, tiene tal relacion el efecto con la causa, que apenas es posible tratar de aquel sin rozarse algun tanto con esta. Afortunadamente en este momento cae el telon y el drama desaparece; unas cuantas varas de lienzo se han interpuesto entre la sociedad fantástica y la sociedad positiva; los *Hernanis* y las *Tisbes* huyeron de nuestra vista, y ya solo tenemos delante las Tomasas y los Pedros; *el hombre* y *la muger* se han convertido ya en mugeres y en hombres; el castillo feudal en un menguado coliseo, y los canales misteriosos de Venecia, en los animados callejones de palcos y cazuela.

Aqui quisiera yo tener una pequeña dósis de la imaginacion poética de nuestros autores, para bosquejar aunque de ligero esta escena final, que aunque para algunos podrá parecer insignificante, es para muchos la que forma el principal interes del drama.

Ayuntamiento de Madrid

Los que conocen la estructura de nuestros teatros madrileños saben ya lo menguado y oscuro de sus escaleras, sus estrechas puertas y pasillos, su taquigráfico portal. Pues bien, en aquellas escaleras, en aquellos callejones, y á la luz de aquellos farolillos, se verifica en el acto solemne de la salida la reunion misteriosa y armónica de quinientas parejas, que suben, que bajan, que cruzan, que corren de aqui para allá, buscando cada uno su cara mitad, y mirando de paso á las mitades agenas... De aqui puede inferirse sustancialmente el interes y fuerza cómica de semejante desenlace, la animacion y el movimiento de tal escena final.

El rápido mozalvete, que volando en alas de su amor y su deseo, atraviesa por sobre las piernas de los lacayos dormidos en la escalera, y vá á situarse á la salida del palco, para tener ocasion de arreglar una manteleta ó correr á avisar al cochero; el pausado esposo, que detenido por la gente que sale de las lunetas, se agita y desespera por llegar á recibir á su esposa, cuando ésta baja ya cortesmente sostenida por una mano anteada que casualmente se encontró al paso; el amante desdichado, que al ir á ofrecer la suya al objeto de su ternura, se siente asir por una harpía de siglo y medio, que empieza ya de antemano á ejercer los rigores de suegra; los formidables lacayos asturianos cargados de almohadas y mantones que cruzan bárbaramente, abriendo un ancho surco en aquella apiñada falange; los zelo-

Ayuntamiento de Madrid

sos papás que tratan de poner á cubierto las gracias de sus hijas, robándolas á las indiscretas miradas de los jóvenes que coronan en correcta formacion ambos límites de la escalera; las viejas, que llaman al gallego con voz nasal y angustiosa; los niños, que lloran porque los pisan, ó que dominados por el sueño van tropezando en todos los escalones; los reniegos de los que van á tomar el coche contra los que no les dejan llegar á él; las imprecaciones de los que esperan ir á pie, contra los coches que obstruyen la salida; las pérdidas improvisadas de alguna dama; los hallazgos repentizados de algun galan; los chascos de tal cual amador que esperaba por una escalera, mientras el objeto de sus esperanzas descendia por la otra; las curiosas glosas del drama, que se escuchan en boca de un mozo del Lavapies ó de una manola del Barquillo; aquel eterno disputar sobre si la escena del veneno era mas bonita que la del tormento, ó si la comedia estaba en prosa ó en verso; aquel decir picardías del traidor, y salir poco satisfechos porque, aunque se dice que le ahorcaron, no le vieron ahorcar; aquel comparar mentalmente al romántico galan ideal con el clásico marido efectivo; aquella rápida transicion desde las imaginaciones poéticas á las prosáicas, desde la historia fingida á la historia verdadera; todos estos son objetos dignos de observacion, y tan gustosos de ver como imposibles de describir.

El teatro, en fin, vuelve á quedar en silen-

Ayuntamiento de Madrid

cio, y el alcaide cierra cuidadoso las puertas del templo de la ilusion; el poeta regresa á su modesta habitacion á dormir al arrullo de los aplausos ó de los silbidos; el actor depone mantos y coronas y toma paraguas y sombrero para dirigirse á cenar; el viento fresco de la noche disipa las quimeras en la agitada mente del espectador, y cuando éste al poner el pie en la calle piensa todavía escuchar la terrible campana de San Marcos, reconoce con placer que no es nada de esto, sino que dan las doce en el reloj de la Trinidad.

Ayuntamiento de Madrid

Costumbres literarias.

I.

La Literatura.

«Virtud y filosofia
peregrinan como ciegos;
el uno conduce al otro,
llorando van y pidiendo.»
Lope de Vega.

Desde que en España hay literatura, se ha venido repitiendo constantemente que en ella no puede haber literatos; y siéndolo los mismos que dicen esto, preciso será creerlos bajo su palabra, y convenir con ellos en que el cultivo de las letras no es entre nosotros el mejor género de cultivo.

Y á la verdad, ¿qué es un literato, meramente literato, en nuestra España? Una planta ecsótica á quien ningun arbol presta su sombra; un ave que pasa sin anidar; espíritu sin forma ni color; llama que se consume por alumbrar á los

Ayuntamiento de Madrid

demas; astro, en fin, desprendido del cielo, en una tierra ingrata que no conoce su valor.

Si confiado en la superioridad de su genio, no supo unir la adulacion á las dotes de su talento; si mirando desdeñosamente los intereses materiales, no acertó á mendigar un favor del poderoso, favor menguado que apartándole de sus nobles ocupaciones le convierte en lisonjeador de oficio ó en mecánico oficinista; todo su saber, por grande que sea, bastará tal vez á conquistarle un lugar distinguido en las crónicas literarias del pais; acaso la posteridad encomiará su genio, acaso levantará estátuas á su memoria; pero en tanto su vida se consumirá angustiosa en medio de las mas tristes privaciones; y aquel hondo despecho que produce en el alma un desden injusto, abreviará sus dias, y le conducirá muy luego al ignorado sepulcro que en vano buscarán sus futuros admiradores.

Hubo un tiempo, es verdad, en nuestro pais que parecia presagiar á las letras mas alta fortuna, mas estimada consideracion. Los siglos XVI y XVII, imprimiendo en este punto á las costumbres una tendencia bienhechora, vieron muy luego aparecer eminentes ingenios que, consignando eternamente la gloria de aquella edad, recompensaron con usura los favores que de ella pudieron recibir.

Sin embargo, no bastó tampoco entonces el talento literario; preciso fue tambien unir á él la

Ayuntamiento de Madrid

intriga cortesana, y saber prescindir en ocasiones del hombre de letras, para aparecer bajo el aspecto del hombre político ó del discreto palaciego. Los que como Quevedo, Mendoza y Saavedra, supieron reunir estas cualidades á las de escritores, vieron recompensado su mérito con altos empleos, con regios favores, y figuraron airosamente entre los primeros hombres públicos de su tiempo; los que como Cervantes, Lope y Moreto, limitaron su ambicion á la gloria literaria, fueron, es verdad, el objeto de entusiasmo de su siglo, y pudieron presagiar en vida el tributo de admiracion que habia de rendirles la posteridad; mas sus trabajos, tan aplaudidos y admirados, no bastaron á asegurarles una cómoda subsistencia, ni á legar á sus hijos otra cosa que la gloria de sus nombres esclarecidos. Lope de Vega quedó empeñado al morir despues de haber escrito dos mil comedias (que los cómicos solian pagarle á 500 reales), y otras muchísimas obras sueltas. Calderon vendió todos sus Autos Sacramentales á la villa de Madrid por 160 reales; y Miguel de Cervantes tuvo que mendigar el socorro de un magnate para dar á luz la obra inmortal que habia de ser el primer título de la gloria literaria del pais.

Cuando en el último tercio del siglo anterior volvieron á aparecer las letras despues de un largo período de completa ausencia, una feliz casualidad hizo que hombres colocados en alta posicion

Ayuntamiento de Madrid

social fueran los primeros á cultivarlas; y de este modo se ofrecieron á los ojos del público con mayor brillo y consideracion. Montiano y Luyando, Luzan, Jovellanos, Campomanes, Saavedra, Llaguno y Amirola, los PP. Isla y Gonzalez, el duque de Hijar, los condes de Haro y de Noroña, Viegas, Forner, Cadahalso y Melendez ocupaban los primeros puestos del Estado, las sillas ministeriales, las dignidades eclesiásticas, las embajadas, la alta magistratura y los grados superiores de la milicia; bajo este aspecto pudieron servir y sirvieron efectivamente á las letras, tanto para adquirirlas en el concepto público aquel respeto que por desgracia solo se prodiga á los falsos oropeles, cuanto para estimular á la juventud á emprender una carrera que no aparecia ya como incompatible con los halagos de la fortuna. Empero de un estremo vinimos á caer en el opuesto; los jóvenes se hicieron literatos para ser políticos; unos cultivaron las musas para esplicar las Pandectas; otros se hicieron críticos para pretender un empleo; cuáles consiguieron un beneficio eclesiástico en premio de una comedia; cuáles vieron recompensado un tomo de anacreónticas con una toga ó una embajada. Y siguiendo este orden lógico se ha continuado hasta el dia, en términos que un mero literato no sirve para nada, á menos que guste de cambiar su título de autor por un título de autoridad. De aqui las singulares anomalías que vemos diariamente; de aqui la

Ayuntamiento de Madrid

prostitucion de las letras bajo el falso oropel de los honores cortesanos. — ¿Fulano escribió una letrilla satírica? Escelente sugeto para intendente de rentas. — ¿Zutano compuso un drama romántico, ó un clásico epitalamio? Preciso es recompensarle con una plaza en la Amortizacion. — Aquel que hace muy buenas novelas, á formar la estadística de una provincia. — Este que ha traducido á Byron, á poner notas oficiales en una secretaría. — El otro que escribió un folletin de teatros, á representar al gobierno español en un pais estrangero.

Entre tanto aquellos escritores concienzudos que ven en el cultivo de las letras su sagrada y única mision, y que no sabiendo ó no queriendo abandonarlas esperan recibir de ellas la única corona á que aspiran, yacen arrinconados, y como se dijo al principio, peregrinos en su propia patria; y el pueblo que los mira, y los magnates que no comprenden la causa noble de su desden, le arrojan al pasar una mirada compasiva, ó llegan á dudar hasta de sus intenciones ó su talento... "¡Literato...! ¿Qué quiere decir literato...?" le preguntará la autoridad al empadronarle. "¡Poeta...!" repetirá el pueblo... "¡valiente poeta será él cuando no ha llegado á ser ni siquiera intendente ó covachuelo!"

De esta manera la multitud, que solo juzga por resultados, se acostumbra á ver la literatura como un medio, no como un fin; como un título

Ayuntamiento de Madrid

de elevacion, no como un patrimonio de gloria; y entre tanto que ensalza y eleva al talento, y engalana la persona del autor con relumbrantes uniformes, deja olvidadas sus obras en la librería; y por una singular contradiccion, aquellos mismos escritos bajo los cuales se escondia una elevada posicion social, sirven al mismo tiempo para que el inhumano tendero envuelva en ellos las pasas de Málaga ó los quesos de Rochefort.

II.

El Manuscrito.

«Así se animarán nuevos autores
á imprimir obras que vender al peso.»
Iriarte.

Y para hacer mas sensible el argumento por medio de un ejemplo, figurémonos un autor que despues de haber dedicado largos años á trabajar concienzudamente una obra literaria, ve por fin concluido aquel trabajo, en que vincula la gloria de su nombre y las esperanzas lisonjeras de su porvenir... ¡Pobre autor! ¡Tú creías cuando dabas fin á la última página de tu libro que nada te quedaba ya que trabajar, nada que padecer! Pues

Ayuntamiento de Madrid

entonces es cuando empieza tu verdadero sufrimiento, tu mas ingrata molestia... Por fortuna en el dia no tienes que temer las trabas de una arbitraria censura, ni necesitas mendigar un permiso que las leyes actuales te conceden gratuitamente... Si hubiera sido hace algunos años, tu primera diligencia sería forzosamente la de poner un *pedimento* en papel sellado, y cargado con él y con tu manuscrito acudir á la escribanía de cámara del Consejo, dejándolos alli confiados en manos de curiales y entre *despojos y moratorias*... ¡Qué agudo puñal para un escritor al dar el tierno á Dios (que podia muy bien ser el último) á su amada obra, y arrojarla entre profanos que midiéndola por su escasa inteligencia no hacian escrúpulo en despreciar un manuscrito que acaso la posteridad miraria como un tesoro!

El secretario formulaba su relacion, y cargando con el manuscrito entre los demas papeles del despacho, entraba al Consejo á dar cuenta de él, entre un permiso de feria y un alegato de bien probado; el tribunal mandaba censurar aquel, y el escribano era regularmente el que designaba el censor; y si la obra era de bella literatura, la remitia al guardian de san Francisco ó al cocinero de los Mínimos; y si hablaba de historia no faltaba algun capellan de monjas; ó algun abogado de colegio si se trataba de una coleccion de poesías. En vano el pobre autor trataba de adivinar por todos los medios posibles en qué manos

Ayuntamiento de Madrid

se hallaba; este secreto era secreto de Estado, y los hombres de ley sabian guardarlo, y dar asi á los censores todo el desahogo posible para que pudieran meditarla á su sabor dos ó tres años. ¿Quién pintará las angustias de aquel mísero autor en este tiempo? ¿Quién sus esquisitas diligencias para descubrir el paradero de su futura gloria? Por fin, al cabo de muchos meses y de varios pedimentos de recuerdo decretados por el tribunal, el tiránico censor devolvia la obra, ó con una negativa terminante, ó toda mutilada con inmundos borrones que hacian desaparecer su mérito principal; y gracias cuando no se metia á enmendarla de su propia autoridad, y hacer decir al autor cosas que ni en sueños imaginara. Satisfecho de este modo el tribunal de que el libro no contenia nada contra nuestra santa religion ni las regalías de la corona, solia conceder el permiso, y el autor se daba por muy satisfecho cuando á vuelta de algunos ducados, y aparapetado con su real cédula, lograba recoger aquella oveja descarriada, su libro querido, todo desvencijado por manos impuras, y con sendas rúbricas en cada una de sus fojas.

Ahora, es verdad, los tiempos han cambiado; para ser autor no se necesita mas que un buen ánimo; y en gracia de esta libertad han llegado las letras á la altura que las vemos. Asombroso, á decir verdad, debe ser el número de obras importantes que han debido ver la luz desde que se

Ayuntamiento de Madrid

abolió toda censura; nuestros escritores, que antes se escudaban con ella para justificar su silencio, han podido dar á conocer sus prodigiosos adelantos y su genio superior. Ciencias, artes, literatura, todo han podido tratarlo con estension; nadie les ha ido á la mano... Desde entonces las imaginaciones han tomado un vuelo gigantesco, las luces se propagan, las prensas gimen, y... ¡desgraciada la madre que en estos tiempos no tiene un hijo escritor...! Por resultado de este movimiento admirable, benéfico, sublime, ¿dónde estan las enciclopedias profundas, las filosóficas historias, los científicos viajes, las críticas novelas, los admirables poemas? Sin duda que han debido abundar en estos tiempos de franquía político-literaria. Sin duda que nuestros escritores se habrán dado prisa á vengar el honor nacional y á responder victoriosamente á los terribles cargos que de dos siglos á esta parte les dirige la Europa entera... Sí señor, han respondido, han escrito multitud de volúmenes... de periódicos, llenos de partes militares ó de alocuciones civiles. El público no quiere mas historias que la historia contemporánea, ni busca otro progreso sino el progreso de la guerra.

Ayuntamiento de Madrid

III.

La Librería.

«En literatura el producto del trabajo está en razon inversa de su importancia.»
Adisson.

Mas volviendo á nuestro anónimo escritor, á quien hemos dejado con su manuscrito bajo el brazo, salvándole cual otro Camoens de los embates de las olas, sigámosle paso á paso en sus diligencias ulteriores hasta ver realizado el objeto de sus esperanzas.

Por de pronto le encontraremos corriendo una á una todas las imprentas de Madrid, y cotejando formas, y demandando precios, y escogiendo papel, y reduciendo, en fin, á números todas las circunstancias del contrato, hasta arreglar convenientemente sus bases.

Pocas cosas hay en verdad tan entretenidas como ver á un literato ajustar una cuenta ó formar un cálculo, con aquella misma pluma con que suele volar por las vagas regiones de la fantasía. La falta de práctica, y su escaso conocimiento de los guarismos, le hacen equivocar á cada paso la

Ayuntamiento de Madrid

cuenta, y suma y multiplica, y vuelve á sumar y multiplicar, y unas veces saca mil y otras un millon, y quien de 24 quita 6 deja 40 y llevo 7; dos mil ejemplares vendidos á duro hacen 200,000 duros; rebajados 500 por el coste de impresion quedan 150,000 duros, limpios de polvo y paja... ¿Adónde vamos á parar?

Que se ajustan, en fin, literato é impresor, y que empieza la tarea de la composicion, y la *correccion de pruebas*, y el *ajuste*, y el *pliego de prensa*, y la *tiracion* y *retiracion*, y las *capillas*, y el *alce*, y el *plegado;* y mi autor en algunos meses no sabe qué cosa es dormir, ni sosiega un solo instante; y unas veces riñe con el regente de la imprenta por la tardanza, y otras con los cajistas por la precipitacion, y se desespera por una errata, porque en vez de *tu mano esquiva* le han puesto *tu mano de escriba*, ó en lugar de *memoria póstuma* han estampado *memoria postema*, ú otros *quid pro quos* tan inocentes como estos, en que suelen incurrir los inocentes cajistas.

Llega, por fin, el suspirado momento en que ya corrientes y encuadernados los ejemplares de impresion va á proceder á la venta, y una mañanita temprano sale mi diligente autor á recorrer uno por uno todos los esquinazos de Madrid, donde ha hecho fijar enormes cartelones con letras tan grandes como todo el libro, y se aflige y desespera porque unos los encuentra demasiado altos, y otros demasiado torcidos; cuáles empeza-

Ayuntamiento de Madrid

dos á rasgar; cuáles rasgados del todo; estos cubiertos por un anuncio de novillos; aquellos ofuscados por una funcion de cofradía. Pero se consuela con que en aquel mismo dia la *Gaceta* y el *Diario* han anunciado su obra *en términos precisos*, y que ya de antemano ha regalado un ejemplar á todos los periodistas de Madrid, los cuales en conciencia no podrán menos de decir que la obra es escelente y su autor muy buen sugeto, con la demas música celestial de costumbre, no olvidando al final la librería donde se vende ó se quiere vender.

Y aqui llamo la atencion de mis lectores no madrileños para hacerles un pasagero bosquejo de lo que es *una librería* en nuestra heróica capital. Siempre que á su paso encuentren una portada gótico-arabesca y hermoso cierre de cristalería; siempre que vean relucir en el interior brillantes dorados y transparentes, y coronada la pintada muestra por un cuerno de Amaltea ó por una fama trompetera, aquello por supuesto no es una librería, sino un almacen de objetos mas sublimes, tales como guantes ó confitura. Siempre que miren un prolongado mostrador, asediado por multitud de bellezas mercantes, por infinidad de galanes paganos, alli por supuesto no se venden libros, sino sedas y cachemiras, ni se conocen otras letras que las de "*precios fijos*" estampadas en góticos caractéres en el fondo del almacen.

Empero cuando vean un menguado recinto de cuarenta pies de superficie, abierto y ventilado

Ayuntamiento de Madrid

por todas sus coyunturas, cubiertas las paredes de unos andamios bajo la forma de estantería, y en ellos fabricada una segunda pared de volúmenes de todos gustos y dimensiones, pared tan sólida é inamovible como la que forma el cuadrilátero recinto; siempre que vean éste cortado á su término medio por un menguado mostrador de pino sin disfraz, tan angosto como banco de herrador, y tan plana su superficie como las montañas de la Suiza; siempre que encima de este laboratorio vean varias hojas impresas á medio plegar, varias orteras de engrudo, y el todo amenizado con las recortaduras del papel y los restos del pergamino; siempre que detras acierten á columbrar la fementida estampa de un hombre chico y panzudo, como una olla de miel de la Alcarria, y vean sobre la abertura que forma la trastienda un mezquino nicho en forma de altar con una estampa de san Casiano, patron de los hombres de letras; siempre que encuentren, en fin, todas estas circunstancias, detengan el paso, alcen la cabeza, y verán en los dos esquinazos de entrada unos misteriosos emblemas de líneas blancas y coloradas, y sobre el cancel un mal formado rótulo que en anticuadas letras dirá forzosamente "LIBRERÍA."

A decir verdad que nada es tan á propósito para dar una idea del estado de la literatura en nuestro pais, como el aspecto de las tiendas de libros, que sin celos ni estímulo de ninguna especie han visto progresar y modificarse segun los

Ayuntamiento de Madrid

preceptos de la moda á las quincallerías, floristas, confiteros, todos los almacenes de comercio, hasta las zapaterías y tabernas, y ellas, impasibles en aquel estado normal que las imprimió el siglo XVIII, han permanecido estacionarias sobreviviendo indiferentes á las revoluciones de la moda y á las convulsiones heróicas del pais.

Si prescindiendo de la librería, consideramos aisladamente la persona del librero, hallaremos en él la misma inamovilidad, igual estoicismo que en aquella. Desdeñando con altivez todos los esfuerzos del resto del comercio, vive tranquilamente encuadernado en su mostrador de pino y sus anaqueles de becerro, repartiendo el producto del humano saber con sus compañeros los ratones (que los hay con un hambre del año 12); si escucha hablar del celoso movimiento de los libreros de Londres y París, del lujo de sus almacenes, de la pompa de sus catálogos y de sus grandes empresas mercantiles, el librero madrileño sonrie desdeñoso, y sigue sin responder, plegando calendarios ó dando á los cartones una mano de engrudo. Si se le pregunta por el mérito de una obra, responde con indiferencia: "No es cosa; no se han vendido mas que cien ejemplares." Para él la pauta de todos los libros está en su libro de caja, y por este estilo aprecia mas que las obras de Homero, el Sarrabal de Milan, y mucho mas el Arte de cocina, que los Varones ilustres de Plutarco.

Ayuntamiento de Madrid

Ocupado constantemente en sus mecánicas tareas, escucha con indiferencia las interesantes polémicas de los abonados concurrentes (todos por supuesto literatos), que ocupan constantemente los mal seguros banquillos estramuros del mostrador; los cuales literatos cuando alguno entra á pedir algun libro, le glosan y le comentan; y dicen que no vale cosa; y despues de juzgarle á su sabor, le piden prestado al librero un ejemplar para leerle. Y mientras tanto ojean un periódico, y mascan y muerden á su sabor el artículo *de fondo*, y luego la pegan con la comedia nueva y hacen una diseccion anatómica de ella y de su autor. Todo hasta que dan las dos, hora en que el librero recogiendo sus chismes les invita por la forma á comer la puchera, que es lo mismo que decirles que se vayan á la calle. Y luego cierra la tienda, y come y duerme su siesta, y vuelve á abrir, y vuelve á reproducirse la escena anterior.

Pero si mal no me acuerdo dejamos á mi autor caminando hácia la librería; pues bien, figurémonos que entra en ella á la sazon que el librero acaba de despachar un ejemplar, el tercer ejemplar de su obra, y que los literatos del banquillo han abierto la discusion sobre ella. — ¿Ha leido usted, señor don Hermógenes, ese libro nuevo? — ¡Cómo si lo he leido! Página por página me lo ha consultado su autor. — ¡Calle! ¿conoce usted al autor? — ¡Pues no le he de conocer, si ha sido discípulo mio! y dé gracias á mis advertencias y

Ayuntamiento de Madrid

correcciones, que sino... pero callemos, que no es cosa de decirlo todo; dejémosle gozar tranquilamente de los honores del triunfo. — Me han dicho (replica don Pedancio) que es un muchacho de mérito, y que... — Sí señor, *tiene chispa*, y si estuviera bien dirigido... — ¿Cómo bien dirigido? ¿pues no he dicho que le dirijo yo? — Tiene usted razon, y á decir la verdad, ya me parecia á mí que era imposible que ese mozo hiciera por sí nada de provecho; figúrense ustedes que le he conocido hace veinte años jugando á la rayuela todas las tardes con los chicos de mi vecino don Abundio... y luego, señor, lo que yo digo, ¿qué han de saber estos muchachos, ni qué universidades han cursado, ni qué oposiciones han sostenido, ni...? (Mientras este ligero diálogo, el jóven autor ha entablado un aparte con el librero para informarse de la venta, y luego que éste le asegura que en todo el dia ha realizado tres ejemplares, hace un gesto espresivo, da un suspiro, y lanzando una mirada fulminante á los interlocutores se sale precipitadamente de la tienda.) — Oiga usted, señor amo de casa, ¿no querrá usted decirnos quién es ese caballerete que acaba de salir? — Ese caballerete (responde el librero) es un amigo de todos ustedes y protegido de mi señor don Hermógenes. — ¿De veras? — Sí señores, es el autor de quien ustedes hablaban, y no sé cómo no le han conocido. — A la verdad, replican todos, que está bastante desfigurado... y

Ayuntamiento de Madrid

luego esta vista tan cansada... ¿no es verdad, usted, señor don Pedancio? —

Los quince primeros dias repite diariamente el jóven la visita á la librería, y ajustando mentalmente la cuenta saca la consecuencia de que en ellos han despachado veinte y cinco ejemplares, y sin embargo todo el mundo le habla de la obra, y todos sus amigos se la elogian y le colocan á par de Cervantes; es verdad que él ha tomado la precaucion de regalársela á todos; y al cabo del mes pide cuentas al librero, el cual se la da de treinta ejemplares, y al segundo mes de diez, y al tercero de ninguno; y entre tanto el impresor le ha cobrado la suya, y el encuadernador igualmente, y advierte, en fin, que su futura gloria le ha costado un purgatorio presente, y que en vez de los ciento cincuenta mil duros de ganancia se halla con cien doblones de menos en el bolsillo.

IV.

El Autor.

«Oui, j'aime mieux, n'en de plaise á la gloire
vivre au monde deux jours que mil ans dans l'histoire.»
Moliere.

Y con perdon de la gloria,
mucho mas estimaría
vivir en el mundo un dia
que mil años en la historia.

Entonces reconoce la ingratitud del siglo, y

Ayuntamiento de Madrid

medita filosóficamente sobre la ignorancia de la multitud; pero templa su dolor con la consideracion de los inconvenientes de las riquezas, y la gloria que le brinda la fama en las futuras edades, con lo cual se determina á pasar el resto de sus dias dedicado á la filosofia y al estudio. Mas desgraciadamente llega el dia 30 del mes, y el casero le recuerda el alquiler del cuarto; la patrona le reclama el gasto de casa, el sastre tiene la inhumanidad de presentarle la cuenta, y hasta el grosero asturiano que le sirve se atreve á interpelarle sobre el pago de su salario.

El desdichado autor cae entonces bruscamente desde su cielo ideal en este mundo mecánico y positivo; mira con dolor que el ingenio es un capital pasivo que no empieza á producir hasta despues de la muerte; que la sabiduría no tiene cosecha, ó que si siembra ideas es para recoger únicamente desengaños; que hacer libros donde nadie lee es ponerse á fabricar rosarios en Pekin; que aquella individualidad, aquella sublime escepcion á que ha aspirado por resultado de sus tareas, le han constituido en una situacion ecsótica en medio de una sociedad material y positiva; y que, en fin, todo su talento, toda su nombradía, no pueden hacerle prescindir de aquellas necesidades que esta misma sociedad le impone.

Entonces es cuando dando un nuevo giro á sus ideas, las materializa y dirige á un resultado positivo; entonces cuando hace el sacrificio de su fu-

Ayuntamiento de Madrid

tura gloria en gracia de su vivir presente; y trata de hacer valer sus circunstancias para llegar á clasificarse en esta misma sociedad que antes miraba con enfático desden. Entonces es cuando cambia las bibliotecas por las antesalas, los profundos volúmenes por los periódicos fugitivos; las relaciones literarias por las encumbradas y políticas; entonces cuando hace la oposicion ó la defensa de los ministros; entonces cuando brilla en su mayor esplendor, y todos alaban su talento y pasa de mano en mano altamente recomendado, hasta que da en los de un poderoso Mecenas que en justo galardon de sus conocimientos literarios, ó de su númen poético, le encaja una contaduría de estancadas ó una administracion de correos; con lo cual el ex-autor hace almoneda de sus libros, vende al peso todas sus impresiones á un almacenista de chocolate, y marcha satisfecho á desempeñar su destino y á firmar *oficios* y *cargarémes*. Y aqui concluyó el literato y empezó su positiva carrera el funcionario público.

Ayuntamiento de Madrid

Requiebros de Tavapies

EN ROMANCE.

Asoma, estrella del barrio,
á esa ventana rasgada,
y oirás cómo un Manolo
sabe espresarse cuando ama.
Verás con tus negros ojos,
oirás con tus orejazas,
olerás con tus narices,
y tentarás con tus palmas,
Cómo mi rostro se arruga,
cómo mi lengua se traba,
cómo mi cuerpo padece,
cómo se agita mi alma;
Cuando con aire de taco
pones los brazos en jarras,
cuando cruzas la mantilla
ó echas un voto de marca.
¡Oh bien haya el que á su lado
te tenga un rato sentada,
quien te cogiere una liga
ó te rascáre la caspa!
¿Por qué, dime, infiel manola,
por qué dime, fiera *Paca*,

Ayuntamiento de Madrid

te huelgas con mis suspiros
y te ries de mis ansias?
¿Es acaso por el chirlo
que me divide la cara,
por lo poco que cojeo,
ó porque un ojo me falta?
Advierte que estas señales
pruebas son de mis hazañas,
que ha cantado en estos barrios
la trompeta de la fama.
¿No soy yo aquel temeron
cuya historia se relata
desde el *campo de Manuela*
hasta la costa africana?
¿No soy aquel cuyas glorias
en nobles versos ensalzan
todos los ciegos al son
de destemplada guitarra?
¿No soy aquel que los hombres
supo humillar á sus plantas
dispensando á las mugeres
mi proteccion soberana?
¡Cuántas me hicieron favor!
¡cuántas me dieron las gracias,
y aumentaron mis trofeos
con el brillo de su fama!
Mas... ¿qué digo? tú tambien,
ora tan fiera y tirana,
hubo un tiempo... ¿no te acuerdas?
en que dijiste me amabas.

Ayuntamiento de Madrid

Y aquel tiempo ya pasó...
¿mas por qué ha pasado, ingrata?
¿qué causas te pude dar
para tan fiera mudanza?
Culpa de un garrote fue;
mas ¿qué son, prenda adorada,
entre dos que bien se quieren
tres palizas por semana?
Fantasías juveniles,
zelos, propios de quien ama,
mi osada mano impelieron
contra tus dulces espaldas.
Ya la razon me templó;
ya no soy zeloso, Paca,
ya la mano que pecó
quiere reparar sus faltas.
Seis años de *esposa* dura
la hacen desear la blanda;
hierros borraron sus yerros
y amansaron su pujanza.
Heme, que ya arrepentido
torno á humillarme á tus plantas
en demanda de aquel *sí*
que el amante pecho aguarda.
Tus gracias y mi valor
formen de hoy mas alianza,
y naveguemos unidos
del mundo en la fragil barca.
Mis facultades son pocas,
mas ya te dice la fama

Ayuntamiento de Madrid

que serán las que quisiere
poniéndome donde lo haya.
Lo que mi mano conquiste,
lo que conquisten tus gracias,
disiparáse en meriendas,
toros, calesas y zambras.
Con lo cual, y mi respeto,
verás que todos te aclaman
por reina del *Lavapies*
y por Diosa de las gracias.
Yo en tanto al pie de tu altar,
sin escuchar sus plegarias
me haré cargo del tributo
que brinde amor á tus plantas.
Tú, dueña de tu albedrío
de la noche á la mañana,
modelarás tus acciones
como quieras modelarlas.
Yo llevaré la razon
de las salidas y entradas,
y jamas, te lo prometo,
querré terciar con mi baza.
Antes bien tendré por dicha
si tras de aquellas andanzas
te acuerdas que solitario
te espera tu esposo en casa;
Y vuelves á su cariño
despues de matar cien almas
desde la *red de San Luis*
á la *plaza de Santa Ana*.

Ayuntamiento de Madrid

O sino quieres casarte,
abre esa puerta, tirana,
y hazme tan solo un favor,
que no quedarás burlada;
Porque aqui con estos trapos
y debajo de esta capa
todavía queda *un duro*
para premiar tanta gracia.
Esto decia *el Zurdillo*
á la puerta de la *Paca;*
pero era hablar á los vientos,
porque ella no estaba en casa.

Ayuntamiento de Madrid

Una noche de vela.

I.

¡Oh variedad comun, mudanza cierta!
¿quién habrá que en sus males no te espere,
quién habrá que en sus bienes no te tema?
Argensola.

Doy por supuesto que todos mis lectores conocen lo que es pasar una noche en un alegre salon, saboreando las dulzuras del carnaval, en medio de una sociedad bulliciosa y partidaria del movimiento; quiero suponer que todos ó los mas de ellos comprenden aquel estado feliz en que constituyen al hombre la grata conversacion con una linda pareja, el ruido de una orquesta armoniosa, el resplandor de la brillante iluminacion, la risa y algazara de todos aquellos grupos, que se mueven, que se cruzan, que se separan, y que luego se vuelven á juntar. Quiero igualmente sospechar, que concluido el baile y llegada la hora fatal del desencantamiento, alguno de los concurrentes, lleno el corazon de fuego y la cabeza de magníficas

Ayuntamiento de Madrid

ilusiones, reconcentrado su sistema vital en el interior de su imaginacion, no haya hecho alto en la esterioridad de su persona; no haya reparado en la humedad de su frente, en la dilatacion de sus poros, en el ardor ecsagerado de su pulmon; y que tan solo ocupado en sostener una blanca mano para subir á un coche, ó en aguardar el turno para reclamar su capa en un frio callejon, apenas haya reparado que el sudor de su rostro se ha enfriado, que su voz se ha enronquecido, que su pecho y su cabeza van adquiriendo por momentos cierta pesadez y mal estar.

Doy por supuesto que el tal, de vuelta á su casa, sienta unos amables escalofrios, amenizados de vez en cuando con una tosecilla seca, sendos latidos en las sienes, y un cierto aumento de gravedad en la parte superior de su máquina, que apenas le permite tenerse en pie. Quiero imaginar que le asaltan las primeras sospechas de que *está malo;* y que tiene que transigir por lo menos con una fuerte constipacion; que se mete en la cama, donde le coge un involuntario y frio temblor, y luego un ardor insoportable; pero se consuela con que merced á un vaso de limonada ó un benéfico sudor, bien podrá estar á la noche en disposicion de repetir la escena anterior. Supongo por último que esta esperanza se desvanece, pues ni el sudor ni el sosiego son bastantes á devolverle la perdida salud; con lo cual, y sintiéndose de mas en mas agravado, hace llamar á su médico, quien despues

Ayuntamiento de Madrid

de echarle un razonable sermon por su imprudencia, le dice que guarde cama, que se abstenga de toda comida, y que beba no sé qué brevages purgativos, intermediados de cataplasmas al vientre, y realzado el todo con sendos golpes de sanguijuelas donde no es de buen tono nombrar. Remedios únicos en que se encierra el código de la moderna escuela facultativa, y que parecen ser la *panacéa* universal para todos los males conocidos.

Pues bien; despues de supuesto todo ello, quiero que ahora supongan mis lectores que el sugeto á quien acontecia aquel desman era el condesito del Tremedal, sugeto brillante por su ilustre nacimiento, sus gracias personales, su desenfadada imaginacion, y una cierta fama de superioridad, debida á las conquistas amorosas á que habia dado fin y cabo en su magestuosa carrera social. Cualidades eran estas muy envidiables y envidiadas; pero que para el caso actual no le servian de nada, preso entre vendas y ligaduras, inútil y agoviado, ni mas ni menos que el último parroquiano del hospital.

Mediaba sin embargo alguna diferencia en la situacion esterior de nuestro conde, si bien su naturaleza interior revelaba en tal momento su completa semejanza con los seres á quienes él no hubiera dignado compararse. Hallábase, pues, en su casa, asistido mas ó menos cuidadosamente, en primer lugar por su esposa, jóven hermosa y elegante de veinte y cuatro abriles, que sino recor-

Ayuntamiento de Madrid

daba á Artemisa, por lo menos era grande apasionada de las heroinas de Balzac. Luego venia en la serie de sus *veladores* un íntimo amigo, un tercero en concordia de la casa; militar cortesano; cómplice en las amables calaveradas del esposo; encargado de disimular su infidelidad y tibieza conyugal; de suplir su ausencia en el palco, en el salon, en las cabalgatas; depósito de las mútuas confianzas de ambos consortes; y mueble, en fin, como el lorito ó el galgo inglés, indispensable en toda casa principal y de buen tono.

En segundo término del cuadro, ofrecíase á la vista una hermana solterona del conde, que segun nuestras venerandas sabias leyes, estaba destinada á vegetar honestamente, por haber tenido la singular ocurrencia de nacer hembra, aunque fruto de unos mismos padres, é igual á su hermano en sangre y derechos naturales. Añádase á esta injusticia de la ley, la otra injusticia con que la naturaleza la habia negado sus favores, y se formará una idea aprocsimada de la cruel posicion de esta indefinida vírgen, con treinta y dos años de espectativa, y dotada ademas de un gran talento, que no sé si es ventaja al que nace infeliz y segundo. En compensacion, empero, de tantos desmanes, todavía podia alimentarse en aquel pecho alguna esperanza, hija de la falta de descendencia del conde, esperanza no muy moral en verdad, pero lo suficientemente legal para prometerse algun dia ocupar un puesto distinguido en la sociedad.

Ayuntamiento de Madrid

Rodeaban, en fin, el lecho del enfermo varios parientes y allegados de la casa. — Una tia vieja, viuda de no sé qué consejero, y empleada en la real servidumbre; archivo parlante de las glorias de la familia; cadáver embalsamado en almizcle; figura de cera y de movimiento; tradicion de la antigua aristocracia castellana; y ceremonial formulado de la etiqueta palaciega. — Un ayuda de cámara, secretario del secreto del señor conde, su confidente y particular favorito para todas aquellas operaciones mas allegadas á su persona. — Varias amigas de la condesa y de su cuñada, muchachas de humor y de travesura, con sus puntas de coquetería. — Un vetusto mayordomo disecado en vivo, vera efigies de una cuenta de quebrados; con su peluca rubia, color de oro; su pantalon estrecho como bolsillo de mercader; su levita de arpillera; su nudo de dos vueltas en la corbata; el puño del baston en forma de llave; los zapatos con hebilla de resorte; un candado por sellos en el reloj, y este sin campanilla, de los que apuntan y no dan; persona, en fin, tan análoga á sus ideas, que venia á ser una verdadera formulacion de todas ellas, un compendio abreviado de su larga carrera mayordomil. — El resto del acompañamiento componíanle tal cual elegante doncel que aparecia de vez en cuando para informarse de la salud de su amigo el condesito; tal cual vecina charlatana y entrometida que llegaba á tiempo de proponer un remedio milagroso, ó verter una bo-

Ayuntamiento de Madrid

tella de tisana, ó destapar distraida un vaso de sanguijuelas; el todo amenizado con el correspondiente acompañamiento de médicos y quirúrgicos; practicantes y gentes de ayuda; criados de la casa, porteros, lacayos, niños, viejas y demas del caso. — ¡Ah! se me habia olvidado; allá en lo mas escondido de la alcoba, como el que se aparta algunos pasos de un cuadro para contemplar mejor su efecto de luz, se veía un hombre, serio, triste y meditabundo, que apenas parecia tomar parte en la accion, y sin embargo moderaba su impulso, el cual hombre, segun lo que pudo averiguarse, era un antiguo y sincero amigo de la familia, á quien el padre del conde dejó encomendado este al morir; que le queria entrañablemente; pero que mas de una vez llegó á serle enojoso con sus consejos francos y desinteresados; pero en aquella ocasion el pobre enfermo se hallaba naturalmente mas inclinado á él, y no una vez sola, despues de recorrer la desencajada vista por todos los circunstantes, llegaba á fijarla largo rato en aquella misteriosa figura, la cual correspondia á su mirada con otra mirada, y ambas venian á formar un diálogo entero.

II.

Era, segun los cómputos facultativos, el sétimo dia, digo mal, la sétima noche de la enfermedad

Ayuntamiento de Madrid

del conde. Su gravedad progresiva habia crecido hasta el punto de inspirar serios temores de un funesto resultado. El médico de la casa habia ya apurado su ordinaria farmacopea, y temeroso de la grave responsabilidad que iba á cargar sobre su única persona, determinó repartirla con otros compañeros que, cuando no á otra cosa, viniesen á atestiguar que el enfermo se habia muerto en todas las reglas del arte. Para este fin propuso *una junta* para aquella noche, indicacion que fue admitida con aplauso por todos los circunstantes, que admiraron la modestia del proponente, y se apresuraron á complacerle.

Designada por el mas antiguo en la facultad la hora de las ocho de aquella misma noche para verificar la reunion, viéronse aparecer á la puerta de la casa, con cortos minutos de diferencia, un *birlocho* y un *bombé*, un *cabriolé* y un *tilbury;* ramificaciones todas de la antigua familia de las *calesas*, y representantes en sus respectivas formas del progreso de las luces, y de la marcha de este siglo correton.

Del primero (en el orden de antigüedad) de aquellos cuatro *equipages*, descendió con harta pena un vetusto y cuadrilátero doctor, hombre de peso en la facultad, y aun fuera de ella; rostro fresco y sonrosado, á despecho de los años y del estudio; barriga en prensa y sin embargo fiera; trage simbólico y anacrónmico, representante fiel de las tradiciones del siglo diez y ocho; baston de caña de

Ayuntamiento de Madrid

indias de tres pisos, con su puño de oro macizo y refulgente, y gorro, en fin, de doble seda de Toledo, que apenas dejaba divisar las puntas del atusado y grasiento peluquin.

Seguia el del *bombé;* estampa grave y severa; ni muy gorda, ni muy flaca, ni muy antigua, ni muy moderna; frente de duda y de reflecsion; ni muy calva, ni con mucho pelo; ojo anatómico y analítico; sencillo en formas y modales como en palabras; trage cómodo y aseado, sin afectacion y sin descuido; sin sortija ni baston, ni otro signo alguno esterior de la facultad.

El *cabriolé* (que por cierto era alquilado) produjo un hombre chiquitillo y lenguaraz, azogado en sus movimientos é interminable en sus palabras; descuidado de su persona; con el chaleco desabotonado, la camisola entreabierta, é inclinado hácia el pescuezo el lazo del corbatin. Este tal no llevaba guantes para lucir cinco sortijas de todas formas, y su correspondiente baston, con el cual aguijaba al caballejo (que por supuesto no era suyo), y llegado que hubo á la casa, saltó de un brinco á la calle, y subió tres á tres los peldaños de la escalera.

El cuarto carruage, en fin, el *tilbury*, lanzó de su seno un elegante y apuesto mancebo, cuyos estudiados modales, su fino guante, sus blancos puños, su bien cortada levita, el aseo y primor, en fin, de toda su persona, representaba al físico viajador, culto y sensible, al médico de las da-

Ayuntamiento de Madrid

mas; su semblante juvenil, sobradamente severo para su edad, revelaba el deseo de sobreponerse á ella, afectando un si es no es de gravedad científica y de profunda reflecsion que no decia bien con el complicado nudo de su corbata; si bien su mirar profundo y animado daba luego á conocer un alma bien templada para el estudio y entusiasmada con la idea de un glorioso porvenir.

Despues del reconocimiento y de las preguntas de estilo, á que contestaba como sustentante el médico de cabecera, quedaron, pues, los cuatro doctores instalados en un gabinete inmediato para tratar de escogitar los medios de oponerse al vuelo de la enfermedad. Animados por este filantrópico deseo, la primera diligencia fue pasar de mano en mano petacas y tabaqueras, hasta quedar armónicamente convenidos, cuál con un purísimo cigarro de la Habana, cuál con un abundante polvo de aromático rapé.

El primer cuarto de hora se dedicó, como es natural, á pasear el discurso sobre varias materias, todas muy interesantes y oportunas; tales como la rigidez del invierno, las muchas enfermedades, y la aperreada vida que con tal motivo cada cual decia traer. Alli era oir asegurar á uno que á la hora presente llevaba ya arrancadas catorce víctimas á las garras de la muerte; alli el afirmar muy seriamente otro que aquella noche habia estado de parto; cuál limpiándose el sudor

Ayuntamiento de Madrid

repetia el discurso que acababa de pronunciar en una junta; cuál otro metia prisa á los demas por tener, segun decia, que contestar á cuatro consultas por el correo.

Despues de compadecerse mutuamente, entraron luego á compadecerse de sus caballos y de sus míseros carruages, amenizando el diálogo con la historia de sus compras, cambios y composturas, y el interesante presupuesto de sus gastos; y de aqui vino á rodar el discurso sobre el obligado clamor de la escasez de los tiempos, y las malas pagas de los enfermos que sanaban, y el escaso agradecimiento de los que morian. A propósito de esto tomó la palabra el rostri-seco, y habló de las elecciones, y analizó largamente los últimos partes del ejército, á que contestaron los demas con la mudanza de ministerio, y el resultado de la última interpelacion.

Despues de haber discurrido largamente por estos alrededores de la facultad, pensaron que sin duda sería ya tiempo de entrar de lleno en ella, y empezaron á disertar sobre la causa posible de las enfermedades, colocándola unos en el estómago, otros en la cabeza, cuál en el hígado, y cuál en el tobillo del pie. Aqui hubo aquello de defender cada cual su sistema médico favorito, y se declaró el viejo fiel partidario de los antiguos aforismos, y del tonífico método de Juan *Browm*, á lo que contestó el serio con toda una esposicion del sistema fisiológico, y del tratamiento antiflo-

Ayuntamiento de Madrid

gístico y de la dieta de *Broussais*. Replicó el tercero (que era el pequeño) con una descarga cerrada de burletas y sinrazones contra todos los antiguos y futuros sistemas, diciendo que para él la medicina era una adivinanza, hija de la casualidad y de la práctica; y que solo empíricamente podia curarse, por lo cual no admitia sistema fijo, y que si tal vez se incliclinaba á alguno, parecíale mejor que ningun otro el de Mr. *Le-Roy*, por lo heróico y resolutivo de su procedimiento. Una ligera sonrisa de desden que se asomó á los labios del fisico elegante, bastó para dar á conocer la superioridad en que se colocaba á sí mismo sobre todos sus compañeros, si al mismo tiempo no hubiera querido consignarla con la palabra, esponiendo científicamente los errores de los diversos sistemas anteriores, y la filosofia de un nuevo descubrimiento á que él como jóven se hallaba naturalmente inclinado, esto es, la medicina *homeopática* del doctor *Hanneman*.

Aqui soltó el viejo una carcajada, y el chiquito lanzó varios epígramas sobre el sistema de *curar las enfermedades en sus semejantes*, preguntándole si, como decia Talleyrand, acostumbraba cortar la pierna buena para curar la mala, con otras sandeces que irritaron la bilis del homeopático, y descargó una furibunda filípica contra los charlatanes que, segun dijo, deshonraban la noble ciencia de Esculapio; á lo cual el Brusista trató de aplicar sus emolientes, y el antiguo

Ayuntamiento de Madrid

Galeno dar un nuevo tono á la desentonada conversacion.

En esto uno de los circunstantes (que sin duda debió ser el adusto incógnito de que antes hicimos mencion) tuvo la descortesía de abrir despacito la vidriera del gabinete, para advertir á aquellos señores que el pobre enfermo se agravaba por instantes, y preguntarles si habian acordado á buena cuenta alguna cosa que poder aplicarle, mientras llegaba la resolucion formal de aquella cuadruple alianza. Los doctores quedaron como embarazados á tan ecsótica demanda; pero, en fin, salieron de ella diciendo: que hiciesen saber al enfermo que tuviese un poquito de paciencia para morirse, porque ellos á la sazon estaban formalmente ocupados en salvarle, y mientras tanto que esto hacian, formaban sinceros *votos* por su alivio, y sentian hácia su persona las mas fuertes *simpatías;* con lo cual el interpelante volvió á retirarse á comunicar al enfermo tan consoladora respuesta.

Declarado el punto suficientemente discutido respecto al diagnóstico y el pronóstico, vinieron, por fin, á proponer la curacion, y fiel cada cual á sus respectivos métodos, indicaron, el Browmista un tonífico *récipe* de treinta y dos ingredientes entre sólidos y líquidos; pero con la condicion de tenerlo todo cuarenta y ocho horas en infusion, y que se habia de hacer precisamente en la botica

Ayuntamiento de Madrid

de... y entre tanto que la muerte tuviese la bondad de aguardar. — El alumno de Broussais sostuvo que á beneficio de seis docenas de sanguijuelas y cuatro sangrías se cortaria el mal, y que para sostener las fuerzas al enfermo no habia inconveniente en administrarle de vez en cuando algun sorbo de agua engomada, ó un azucarillo.— El *homeopático* puso á discusion la aplicacion de la vigesimillonésima parte de un grano de arena, disuelto en tinaja y media de agua del Rhin, con lo cual se habian visto pasmosas curaciones en el hospital de Meckelembourg-Strelitz. — El *empírico*, en fin, propuso que el enfermo se levantara y saliese á paseo, tomando únicamente de dos en dos horas catorce cucharadas del vomi-toni-purgui-velocífero de *Le-Roy*.

Dejo pensar á mis lectores la impresion que semejantes propuestas harian respectivamente en el ánimo de todos los doctores; por último, viendo que era ya pasada la hora, y que otros mil enfermos reclamaban el ausilio de su ciencia, convinieron en que, supuesto que el médico de cabecera habia seguido su sistema con este parroquiano, cada uno continuase haciendo lo propio con los suyos; por último, despues de acordar por la forma unos nuevos sinapismos y no sé qué purga, decidieron unánimemente que sería bueno que el enfermo fuese preparando sus papeles, por si acaso le tocaba marchar en el prócsimo convoy; todo lo cual dijeron con aire sentimental á aquel

Ayuntamiento de Madrid

señor feo de cara, de que queda hablado, y despues de asegurarle del profundo acierto con que el médico de la casa dirigia la curacion, recibieron de manos del mayordomo sendos doblones de á ocho, y marcharon contentos á continuar sus graves ocupaciones.

III.

Aquella noche, como la mas decisiva é importante, se brindaron á quedarse á velar al enfermo casi todos los interlocutores de que queda hecha mencion al principio de este artículo; y convenidos de consuno en reconocer por *gefe de la vela* al severo anónimo, pudo este dar sus disposiciones para que cada uno ocupase su lugar en aquella terrible escena. Hízose, pues, cargo del improvisado botiquin, que en multitud de frascos, tazas y papeletas se ostentaba armónicamente sobre mesas y veladores; clasificó con sendos rótulos la oportunidad de cada uno; dió cuerda al reloj para consultarle á cada momento, y escribió un programa formal de operaciones, desde la hora presente hasta la salida del sol.

La vieja tia por su parte envió á su lacayo por la escofieta y el manton, y sacó de su bolsa un rosario de plata cargado de medallas, y un elegante libro de Meditacion, encuadernado por Ale-

Ayuntamiento de Madrid

gría. La juventud de ambos secsos, dirigida por el amable militar, se encargó de distraer á la condesita y su hermana, llevándoselas al efecto á un apartado gabinete, donde para enredar las largas horas de la noche y conjurar el sueño, improvisaron en su presencia una modesta partida de *ecarté*. El mayordomo, el ayuda de cámara, acompañados de la turba de familiares, quedaron en la alcoba á las órdenes del gefe de noche, para alternar armónicamente en la vela.

Todo estaba previsto con un orden verdaderamente admirable; cada cual sabia por minutos la serie de sus obligaciones, y durante la primera hora todo marchó con aquella armonía y compas con que suelen las diversas ruedas y cilindros de una máquina al impulso del agente que los mueve. La vieja rezaba sus letanías, y aplicaba reliquias y escapularios á la boca del enfermo; el mayordomo recibia de manos de los criados las medicinas, y las pasaba al ayuda de cámara, el cual las hacia tomar al paciente; uno revolvia á este en su lecho; otro ahuecaba las almohadas y estendia los sinapismos; el incógnito, en fin, velaba sobre todos, y corria de aqui para alli para que nada faltase á punto. Entre tanto en el gabinete del jardin el alumno de Marte redoblaba sus agudezas para distraer á las señoras; aplicaba bálsamos confortantes á las sienes de la condesita, sostenia los almohadones, y de paso la cabeza que en ellos se apoyaba, y con el noble pretesto de

Ayuntamiento de Madrid

evitar un acceso nervioso tenia entrambas manos fuertemente estrechadas en las suyas.

De pronto un fuerte desmayo acomete al enfermo; suenan voces y campanillas; y los que jugaban en el gabinete, y los que charlaban en la sala, y los mozos que dormian en los colchones improvisados, todos se mueven apresurados, y corren á la alcoba. El enfermo, sostenido por su buen amigo, yace desfallecido é inerte; los circunstantes prorumpen en diversas esclamaciones. — "¡El médico, llamar al médico!" — ¡El confesor! — ¡El escribano! — Cuál saca un pomo de álcali y casi se lo introduce por la nariz; cuál acude diligente con una estopa encendida para aplicársela á las sienes; este le frota los pulsos con *agua balsámica de la Meca* y *espuma de Venus* que encuentra en el tocador de la señora; aquel va á la cocina por vinagre, y viene diligente á rociarle la cara con el aderezo completo de la ensalada. Entre tanto las mugeres chillan — ¡pobrecito! — "¡Se ha muerto!" — Los hombres imponen silencio á voces — la vieja reza en alto en un latin que no entenderia el mismo san Gerónimo — la señora se desmaya y cae redonda... en un mullido sofá. El peligro y la atencion se dividen entonces; los unos abandonan al conde; los otros corren á la condesa; los agudos chillidos de esta despiertan, en fin, á aquel de su letargo; abre los desencajados ojos; mira en derredor de sí, y se ve rodeado de figuras angustiosas, que le miran ya como cosa del

Ayuntamiento de Madrid

otro mundo, y empiezan á contemplarle con aquel silencioso respeto con que se contempla á un cadáver.

Allá en el fondo, y detras de aquellos grupos misteriosos, se deja ver un hombre melancólico y de mirar sombrío, que aparece allí como el precursor de la muerte, como el avanzado portero de las puertas de la eternidad. Aquel hombre siniestro habia sido introducido con precaucion en la alcoba por el viejo mayordomo, que hablaba con él en voz baja, despues de haber dicho dos palabras al oido de la señora, y hecho tres profundas cortesías á la hermana del conde.

Algun tanto despejado ya este, no sé bien si por prudencia ó por precepto, fueron desapareciendo de la alcoba todos los circunstantes, á escepcion del gefe de la vela, el mayordomo y su misterioso compañero. — Aqui tiene usía, señor conde, á nuestro honrado secretario el señor don *Gestas Uñate*, que viene á informarse de la salud de usía, y de paso á saber si á usía se le ofrece alguna cosa en que pueda complacerle. — ¡Ay Dios! esclamó el conde. ¡El escribano! me muero sin remedio. — ¿Quién dice tal cosa, señor conde? (interrumpió el escribano) yo solo vengo á ley de buen servidor de usía á ponerme á sus órdenes y ofrecerle mi inutilidad. No es esto decir que usía hiciera mal en haber pensado en mi ministerio antes de ahora, porque, al fin, todos somos mortales, y cuando el hombre tiene arreglados sus negocios... —

Ayuntamiento de Madrid

El severo velador del conde habia guardado silencio durante esta corta escena, como sorprendido de la audacia del mayordomo, y penetrado de la misma idea terrible que habia asaltado al conde; sin embargo no dejó de reconocer que en el estado en que este se hallaba, acaso aquel paso tenia mas de prudente que de audaz, por lo cual trató de poner en la balanza todo su influjo para inclinar al conde á someterse á aquel terrible deber. — No tardó este en ceder á los consejos de la amistad y á lo crítico de los momentos, y significando por señas su resignacion, dió orden al mayordomo de que abriese cierto bufete, donde hallaria un pliego cerrado que contenia su última voluntad, el cual formalizase con todas las cláusulas necesarias, y él lo firmaria despues. — Pero por Dios (añadió), que nadie se entere de mis secretos hasta despues de mi muerte; este amigo (dirigiéndose al incógnito), el mayordomo y el ayuda de cámara, pueden ser los únicos testigos, y les reclamo la observancia de mi encargo.

IV.

Aquellas tres cortesías del escribano y del mayordomo á la hermana del conde, habian tambien hecho variar el espectáculo del retirado gabinete del jardin. Los amables interlocutores que en él

Ayuntamiento de Madrid

se reunian, arrancados á sus ilusiones por la escena del último amago de la muerte, empezaban á creer de veras su posibilidad, y á calcular las consecuencias consiguientes en aquella casa. La prócsima viuda, sin tanto aparato de desmayos, empezaba ya á manifestar una verdadera inquietud, en tanto que por un movimiento eléctrico los vaporosos ataques habíanse inoculado en la persona de la hermana, para quien las ya dichas cortesías de mayordomo y escribano acababan de darla á sospechar un magnífico porvenir. Los cuidados de todos los circunstantes se convirtieron, como era de esperar, hácia el nuevo peligro, hácia la nuevamente acometida; y á pesar de que los visages de su feo rostro, fuertemente contraido en todas direcciones, pusieran espanto al hombre mas audaz y denodado, y por mas que formase un admirable contraste la sentimental y ya verdadera tristeza de la hermosa faz de la condesita, veíase esta sola por una de las anomalías tan frecuentes en este pícaro mundo, al paso que todos se apresuraban á reunirse en grupo ausiliador en derredor de la presunta heredera. ¡Oh leyes! ¡oh costumbres...!

Al frente de todos aquellos celosos servidores, distinguíase el mismo jóven militar favorito de la condesa, que poco antes no parecia ecsistir sino para ella, y ahora olvidando sus gracias, y cerrando los ojos sobre la triste figura de la cuñada, se apresuraba á sostener á esta, á consolarla, y

Ayuntamiento de Madrid

yacía arrodillado á sus pies, estrechando su mano y aparentando toda la desesperacion de un romántico dolor... La convulsa heredera, sensible sin duda á esta súbita espresion de un género tan nuevo para ella, hizo un paréntesis á su terrible accidente; entreabrió sus cerrados párpados, dirigió sus hundidas pupilas al amable interpelante, y con un gesto inesplicable en que se retrataba la caricatura del dolor, correspondió con un suspiro á otro suspiro, y abandonó su mano á los labios del jóven triunfador; este entonces, alzando la osada frente en señal de su prócsima apoteosis, paseó sus miradas por todos los circunstantes con una sonrisa de desden; pero al llegar á fijarlas en los hermosos ojos de la futura viuda no pudo menos de bajar los suyos entre dudoso y turbado.

En este momento la puerta del gabinete se abre. — El escribano, el mayordomo y el ayuda de cámara se presentan, siguiendo al amigo incógnito. Este, procurando contener su conmocion, manifiesta á los circunstantes que su amigo el conde habia dejado de ecsistir... Todos se agrupan en torno de la nueva condesa... El escribano lee entonces el testamento, y la decoracion vuelve á cambiar... El conde declaraba en él tener un heredero natural, habido en una de sus varias escursiones amorosas antes de contraer su matrimonio; pedia perdon á su esposa por este secreto, y la encargaba la tutela y direccion de su legítimo heredero; en cuanto á su hermana, la dejaba pa-

Ayuntamiento de Madrid

sar tranquilamente á ocupar un vástago lateral en el tronco genealógico.

De esta manera nacieron, se manifestaron y desaparecieron como el humo tantas esperanzas y quiméricos proyectos; y la luz matinal que ya empezaba á iluminar aquella estancia, vino á poner de manifiesto el desengaño de aquellos desengañados semblantes; amigos y dependientes rodearon á la condesa viuda, tutora y gobernadora; y cada cual se esforzaba en manifestarla su no interrumpida adhesion, y á proponerla varios planes halagüeños; pero el severo Velador, valiéndose de su persuasiva influencia, la aconsejó por entonces lo único que debia aconsejarla, y era que se retirase á descansar. Hízolo asi, con lo cual todos los circunstantes fueron desapareciendo. Y luego que quedó solo el incógnito, se arrimó á un bufete, tomó una pluma, escribió largo rato, puso al principio de su discurso este título: "*Una noche de vela;*" y al final de él estampó esta firma

EL CURIOSO PARLANTE.

FIN DEL TOMO TERCERO.

Ayuntamiento de Madrid

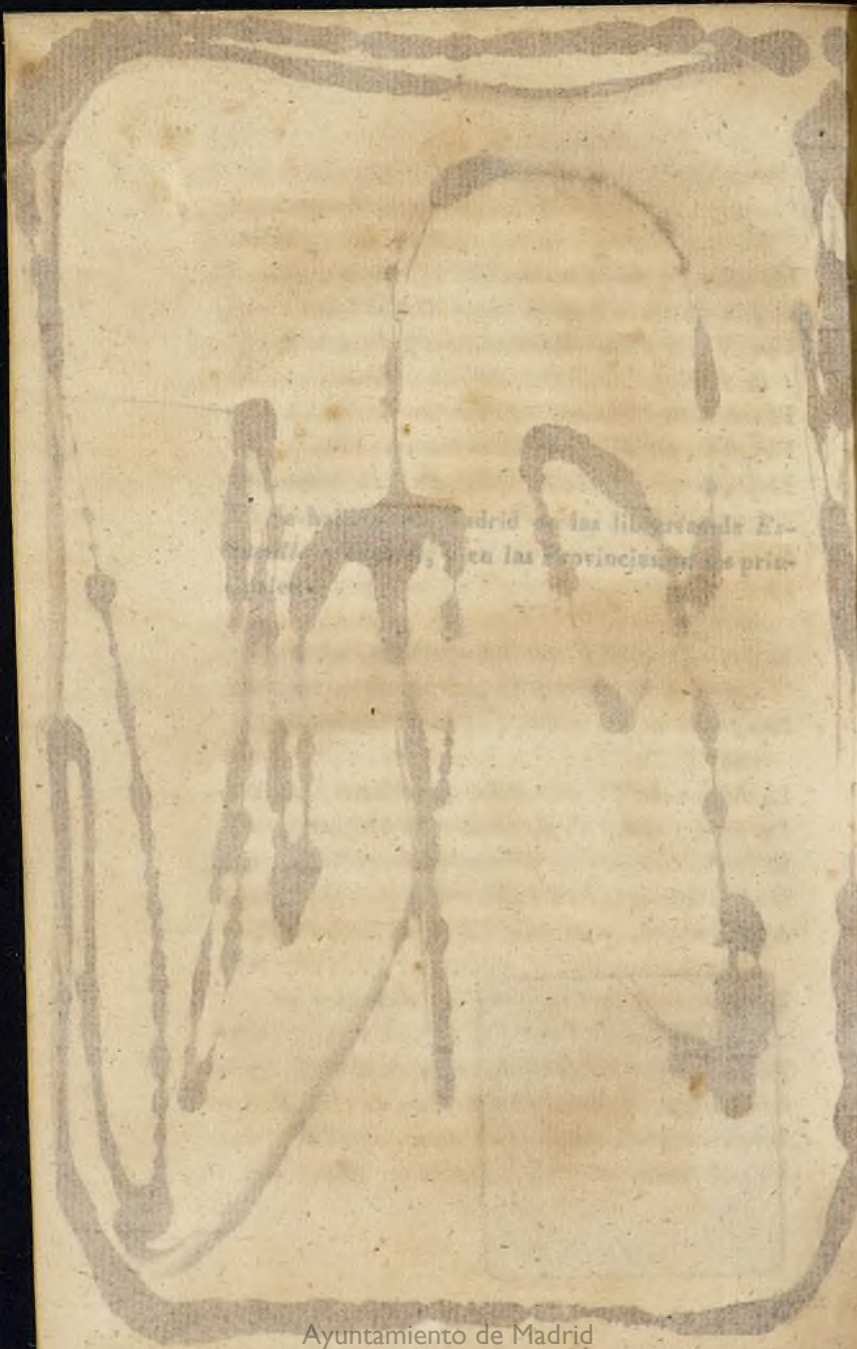
Ayuntamiento de Madrid

ÍNDICE.

Pág.

Mi calle (9 *de julio de* 1837.) 5
El Dia de toros (22 *de mayo de* 1836.) . . . 16
Una Visita á San Bernardino (7 *de agosto de* 1836.) 33
El Salon de Oriente (5 *de febrero de* 1837.) . 49
El primer dia en París (28 *de mayo de* 1837.) . 57
El Duelo se despide en la iglesia (23 *de julio de* 1837.) 71
El Cesante (13 *de agosto de* 1837.) 87
El alquiler de un cuarto (27 *de agosto de* 1837.) 101
El Romanticismo y los Románticos (10 *de setiembre de* 1837.) 112
Hablemos de mi pleito (24 *de setiembre de* 1837.) 133
La Almoneda (1 *de octubre de* 1837.) 150
De doce á una (15 *de octubre de* 1837.) . . 162
El Coche Simon (29 *de octubre de* 1837.) . . 178
Madrid á la luna (12 *de noviembre de* 1837.) . 194
Antes, ahora, y despues (3 *de diciembre de* 1837.) 215
Escenas de buardilla (17 *de diciembre de* 1837.) 237
El Teatro por fuera (7 *de enero de* 1838.) . . 262
Costumbres literarias (31 *de enero de* 1838.) . 277
Requiebros de Lavapies (11 *de marzo* 1838.) . 296
Una noche de vela (25 *de marzo de* 1838.) . . 301

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid

BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL
1200013704
Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

PANORAMA

MATRITEN

3

BHM

MB

1704